Historias a lo Divino

24 historias a lo divino, populares y tradicionales en el Ecuador, colectadas y re-narradas

por

Paulo de Carvalho - Neto

EDITORIAL UNIVERSITARIA
Colección Proyección Folklórica
Vol. 2

Centro de Estudios Folklóricos
© Universidad de San Carlos
de Guatemala
1979

DIVISION EDITORIAL
DIRECCION GENERAL DE EXTENSION UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CIUDAD UNIVERSITARIA, ZONA 12

8554–2 m.–3-79 Impreso No. 1,157
Impreso en Guatemala, Centroamérica ——— EDITORIAL UNIVERSITARIA

"**Magical** *is simply another word for* psychic."

C.G. JUNG

INDICE

0. INTRODUCCION 11

I. DE SERES SOBRENATURALES (Dios, Diablo, Santos, Angeles, Espíritus)

Adolfito 23
Dos hermanitos 33
El barco de tierra y agua 39
El compadre rico y el compadre pobre 49
El hombre pobre que no aprendió las lecciones de Dios 71
El huérfano que se casó con la hija del rey 83
El niño que salió a ver si llegaba hasta onde terminaba el mundo 95
Feroz batalla del diablo contra tres ángeles 99
Juan Marino 105
La mochita y los tres santos 131
La niña de los tres luceros de oro 151
Tedín, el ángel 161

II. DE ENCANTOS Y VIRTUDES (Poderes mágicos o psíquicos individuales)

Casín y los ladrones 165
El anillo de virtud 171

El hijo que no quiso estudiar 185
El rey que perdió un ojo 197
Historia de dos hermanos muy unidos 209
Juan del oso 221
Juan, el hijo querido 239
La bolilla de virtud 257
Ladrón de los legítimos 279
La hija del hombre que dio a luz 305
La humillación de un rey 315
Las tres plumas de virtud 337

INTRODUCCION

Este libro es el hermano gemelo de **Decamerón Ecuatoriano** (México: Editorial Cinco Siglos, 1975). La diferencia es que uno es sobre Sexo y Amor y el otro es sobre Seres Sobrenaturales, Encantos y Virtudes. Pero ambos están basados en la extensa colección científica de mis **Cuentos Folklóricos del Ecuador** y se estructuran y presentan en forma de *"proyección estética"*.

PROYECCION ESTETICA

Al decir que ambas obras son una proyección estética, estoy afirmando, implícitamente, que ellas no son una muestra de lo que en folklore llamamos *"literatura oral"*. La *"literatura oral"* es la narrativa no escrita y como tal, llena de mezclas, olvidos, redundancias. En una palabra, llena de imperfecciones del habla. Imperfecciones que, sin embargo, son aciertos para los ficcionistas no letrados o informantes. Las imperfecciones del habla son la vía natural y, en cierto modo, artística, del relato folklórico propiamente dicho.

En la proyección estética hay un corte casi vertical de dichas *"imperfecciones"*, dejándose únicamente aquellas formas admisibles por la literatura escrita. La literatura estética del

cuento folklórico es un proceso de conversión de la literatura oral en literatura escrita, las cuales son dos métodos distintos de narrativa. Ambas son re-narraciones, pero aquélla es una re-narración oral de narraciones orales, en un continuo devenir, por boca del escritor **folk**. Mientras que la literatura escrita de proyección estética es una re-narración en el papel, de relatos orales, a través de la pluma del escritor erudito.

En una proyección estética de este tipo se ofrece al lector un material *"limpio"* de los obstáculos orales que impedirían la comprensión inmediata y natural del relato impreso. Pero se observará que ciertas *"impurezas lingüísticas"* deben ser necesariamente mantenidas en función del sabor popular. Este proceso de *"limpieza"* al convertirse un relato que se oye en un texto que se lee no constituye completamente una desfiguración de la prosa oral, razón porque se prefiere usar la palabra *"aprovechamiento"* en lugar de *"desfiguración"*. La proyección del cuento es un aprovechamiento de relatos absorbidos por el oído y retransmitidos por vía visual. Se trata de transformar oralidad (captada por la grabadora y registrada **ipsis litteris** en el papel) en escritura erudita, sin dañar la esencia. Lo que es una tarea difícil, de mucha paciencia, muy lenta y cuidadosa. Por ella se puede medir la capacidad del escritor.

¿Y por qué es tan difícil así? Por varios motivos y uno de ellos es el factor tiempo. Se necesita tiempo para que cada cuento madure dentro de uno mismo. Sin lo cual, el escritor se ve imposibilitado de penetrar en el meollo de la narrativa, buscándole la interpretación que se halla oculta en las entrelíneas, ocultamiento que dificulta la comprensión clara de la trama. A raíz de esto, se ve el escritor, a veces, obligado a añadir frases, diálogos y expresiones que al informante *"se le escapó"* o simplemente omitió por no hacerle falta. Esto ocurre constantemente en la transmisión oral, puesto que el informante se ayuda con ademanes y variaciones de timbre, estando el público oyente complementando sus medios perceptivos al **ver** dichos ademanes y al **oír** las variaciones de voz. La proyección

estética, sin tales recursos visuales y auditivos, se ve obligada a introducir elementos substitutivos, los cuales, de por sí, constituyen agregados a la narración. Sin lugar a duda, la transmisión escrita es considerablemente más pobre que la transmisión oral.

Otra dificultad, entre las referidas, es la gramática. Muchos escritores, en su educación, sufren un proceso típico de lavado cerebral gramatical, llegando a considerar el habla libre y liberadora del pueblo como signo de atraso e ignorancia. Estos, al dedicarse a las proyecciones estéticas, frecuentemente hacen correcciones a más de la cuenta. Es decir, cometen verdaderos atentados, sin darse cuenta que la Gramática, en esencia, es un elemento conservador, antirrevolucionario, de élite, represivo y burgués.

EL PROBLEMA DE LA *"PATERNIDAD"*

Es oportuno ventilar aquí, en bien de su aclaración, un viejo problema ligado al tema de la proyección estética, cual sea el de la paternidad o *"autoría"* de los cuentos proyectados. No hace mucho, a través de una Agente Literaria, gané una contienda en contra de un editor alemán, quien, con el argumento de que el folklore pertenece al pueblo, tradujo y publicó en una antología tres de los cuentos que recogimos, sin darme aviso ni pagarme *"derechos de autor"*. La edición de dicha antología alcanzó la suma fenomenal de cien mil ejemplares.

El problema, pues, se plantea en las siguientes bases: ¿Quién es el autor de **Decamerón Ecuatoriano** y de las **Historias a lo Divino**? En términos de concepción temática, estos cuentos ya no tienen autor. Yo no soy el autor de sus tramas o desarrollo dramático, pero tampoco mis informantes lo son. Aquí se aplicaría en la medida exacta la expresión tan de moda en los modernos movimientos teatrales: *"Creación colectiva"*. Son estos cuentos, pues, productos de una creación colectiva

que se ha procesado por siglos y siglos a través del mundo. En su caso específico, eso sí, traen el sello inconfundible de la ecuatorianidad. Son una creación colectiva en que predominan los rasgos étnicos del Ecuador. Fue necesario sentir, pensar y actuar como ecuatoriano, en la medida de lo posible, para preservarles esta característica.

No siendo yo el autor de la estructura dramática de estos cuentos, entonces ¿cuál es el papel que juego en este libro? Creo que la respuesta satisfactoria debe ceñirse a la vieja fórmula **contenido** vrs. **forma**. El escritor de proyección estética es un retransmisor en la misma medida en que el informante también es un retransmisor. Este por vía oral, aquél por vía escrita. Como retransmisores, ambos ponen algo de su individualidad, enriqueciendo o empobreciendo el contenido y la forma, imprimiéndoles su impronta personal. Son legítimamente *"autores de versiones"*, por lo tanto. El informante es el Autor de la versión oral y el escritor es el Autor de la proyección, siendo ésta una autoría que tiene mucho en común con la labor de **editing**. Así como se reconoce y respeta el nombre del informante debe respetarse y reconocerse el nombre del escritor de la proyección. Y pagarse el *"derecho de Autor"* a los dos, en su oportunidad y equivalente al precio del mercado. Siempre he pagado al informante por cada historia que he recogido, en reconocimiento a su tiempo dedicado a mí y a su creatividad oral. La materia prima del folklore existe en forma de diamante en bruto, soterrado, desconocido e invisible. El recolector, para hacer justicia, debe pagar al informante, así como para cobrar por su trabajo de minero, es decir folklorista. Instituciones o universidades pagan al folklorista para que vaya a descubrir y extraer ese *"diamante"* del pueblo. Y él firma su trabajo como folklorista-recolector, respetanto siempre el nombre de los informantes. El folklorista no es un autor de versiones, el informante sí, lo es. Pero en una etapa posterior a la etapa del minero surge el joyero, quien va a pulir el diamante recogido, imprimiéndole su personalidad de artista, observable en el cambio de **forma** sin causar daño al **contenido**, o ese

diamante dejaría de ser diamante. El joyero también va a cobrar, debe cobrar y firmar.

En conclusión, la única paternidad admisible en literatura erudita de raíz folklórica –y raíz folklórica es sinónimo de Creación Colectiva Oral en proceso continuo de transformación a través de los siglos– es la paternidad de versión o re-narraciones, no la de creación absoluta. Muchas obras de teatro y muchos guiones cinematográficos se han de hacer basados en el **Decamerón Ecuatoriano** y en las **Historias a lo Divino**. Creo que el problema ético planteado quedó claro: el nombre del Autor de estas obras o versiones de proyección estética debe necesariamente ser citado. Así proceden dramaturgos de la talla de un Enrique Buenaventura quien creó su obra cumbre, *"A la diestra de Dios Padre"* basándose, sin omitir, en una proyección estética de Tomás Carrasquilla. El hubiera sido injusto si únicamente aludiera al hecho de haberse basado *"en el folklore colombiano"* por ser el folklore *"un bien colectivo"*. En algunos casos, teatro y cine hasta deben reconocer la obligación de conferir un porcentaje de las regalías al escritor de la proyección estética, en otras palabras, a quien les hizo llegar a manos el material virgen.

Debe observarse que, por una feliz coincidencia, he sido el minero y el joyero de estos cuentos. El minero de los cuatro tomos de la serie **Cuentos Folklóricos del Ecuador** donde he actuado únicamente como Folklorista, es decir, Recolector y Transcriptor fiel. Y el joyero del **Decamerón Ecuatoriano** y de las **Historias a lo Divino**, los cuales son libros de literatura erudita basados en el folklore, o sea, joyas elaboradas sobre materia prima, trabajo artístico de joyero sobre trabajo técnico de minero, acción de literato sobre acción de folklorista.

EL PROBLEMA DE LA UTILIDAD

Si el **Decamerón Ecuatoriano** y las **Historias a lo Divino** no son folklore a secas, pues, con justa razón, violan los cánones científicos, cabe preguntar a quiénes o a qué materias ellos

ofrecen mayor utilidad. En primer término, ellos sirven plenamente a las letras cultas, pues acarrean hacia su seno temas y formas absolutamente populares. Y sabemos cuán importante es para fomentar la nacionalidad este género de libros. Nelson Werneck Socré lo dijo sencilla y elocuentemente en estos términos:

> *"Sólo es nacional lo que es popular. La cultura de élite no es nacional y hasta, en muchos casos, puede ser antinacional por su contenido y su forma."* (N.W. SODRE, **Oficio de escritor.** Rio de Janeiro: Edit. Civilização Brasileira, S.A., 1965, pág. 63).

En segundo lugar, no sirven para los estudios lingüísticos en un ciento por ciento. Los lingüistas interesados en este tipo de lenguaje deben recurrir a los tomos de la serie **Cuentos Folklóricos del Ecuador**. Pero sí sirven a los estudiosos de psicología social.

Sobre este aspecto, veo en esta colección un rico manantial para la estructuración de una parte de la Ciencia Folklórica que llamaríamos el Folklore Espiritualista. Con efecto, si profundizamos en la lectura, comprensión e interpretación de los *"motivos"* que conforman estos relatos, vemos que hay en ellos la presencia constante del fenómeno mediúnico. Así siendo, estos cuentos podrían no ser otra cosa sino testimonios incomprendidos hasta la fecha de ocurrencias psíquicas, conocidas hoy día como trance, clairvoyance, clairaudience, profecías, auras, ESP, proyección astral, curación psíquica, exorcismo, etc.

Impresiona constatar la cantidad y la densidad de dichos rasgos en los cuentos ecuatorianos a lo divino. Para muchos, dichas historias todavía pueden parecer intrascendentes, bobas, tontas, sin sentido, historias para niños. Pero si nos detenemos a estudiarlas en conexión con el mundo mágico-psíquico planteado por Jung, entre otros, somos llevados a ver que por

detrás de cada historia hay *"otra realidad"* oculta por el aparente tono *"infantil"* del relato. Detrás de cada piedra que se desplaza físicamente (*"¡Abrete, César!"*), o cada muerto que resucita, o cada mantel que pone platos, o cada bolita que desintegra e integra personas y cosas, de un sitio al otro, no hay sólo un capricho de imaginación, porque hoy sabemos que fenómenos como tales también ocurren fuera de los cuentos y se van haciendo cada día más *"normales"* de acuerdo con los experimentos científicos. Me atrevería a decir, pues, que por detrás de estos relatos habría una posibilidad de verdad o un testimonio de hechos observados hace miles de años. Esta sería la esencia básica de una nueva materia que deberíamos llamar el FOLKLORE ESPIRITUALISTA. Disciplina o materia que no hemos sabido estructurar o interpretar hasta el presente por encontrarnos ofuscados por el prejuicio impuesto por la palabra *"superstición"*.

Me pregunto si los hipotéticos viajeros de otros planetas, hoy rastreados por la arqueología, también no han dejado su impronta en el folklore. Es bien posible, pues el folklore remonta a edades más antiguas que la arqueología. Habiendo nacido con el Hombre, el folklore no arranca de las eras históricas y ni tampoco de las arqueológicas, sino que de mucho más antes; el folklore viene de los períodos mismos de la paleontología.

A este Folklore Espiritualista pueden oponerse desde ahora los marxistas sectarios, aquellos que no hacen uso del Marxismo para ampliar su campo de visión personal dentro de la más sana aplicación de los principios dialécticos, sino para limitarse, reducirse, imposibilitarse. De todos modos, no se podrá negar a las **Historias a lo Divino** un alto valor revolucionario, no por su posición política tácita o expresa, que le falta, sino por su exactitud descriptiva de una temática que al fin de cuentas refleja la dominación de la clase burguesa. ¿No fue así que Lukacs reconoció a Balzac como siendo el autor de una literatura fundamentalmente revolucionaria, sin haberse autopropuesto a tal finalidad?

TABLA DE REFERENCIA

Aprovecho la oportunidad para indicar la correspondencia entre la *"narrativa oral transcripta"* de los **Cuentos Folklóricos del Ecuador** y la *"re-narración escrita"* del **Decamerón** y las **Historias a lo Divino.** Esto será de una gran ayuda para aquellos que se interesen por conocer y estudiar el proceso de traslación de la oralidad a la escritura. Se observará que hemos cambiado hasta los títulos de algunos cuentos, reflejándose en esta actitud mis inclinaciones y preferencias de re-narrador.

CUENTOS DEL DECAMERON

La niña Amalia = CFE. 91 La niña Amalia.
Bella Ninfa = CFE. 90 La Bella Ninfa.
Historia de una venganza = CFE. 109, 2ª parte – Un cura enamorado.
El viejo que se había olvidado = CFE. 105 La señora viuda con el hijo.
El cura enamorado = CFE. 109 1ª parte – Un cura enamorado.
El caso del marido flojo = CFE. 113 Frashisco.
El hombre tímido = CFE. 102 El enamorado.
El hijo que enamoró a la madre = CFE. 86 El hijo que enamoró a la madre.
Máteme el toro Palomo = CFE. 98 Un negro.
La mujer del Capitán = CFE. 89 El muchacho pillo.
El joven que durmió con la Príncipa = CFE. 87 Habitas tierras.
La niña Rucha = CFE. 73 Pedro Imala.
Ignorante = CFE. 97 El ignorante.
El castigo de la Virgen = CFE. 57 El padre envidioso.
No me gustan los huevos fritos = CFE. 55 El padre cura.

Bella Flor Blanca = CFE. 75 Bella Flor Blanca.
Historia de la esposa infiel = CFE. 79 El niño Alejandro.
Historia de la esposa ingrata = CFE. 88 Los dos niños que se crearon como hermanos.
El Quisquinay = CFE. 104 El Quisquinay.
Historia del amor del Príncipo Carcetín con Rosita del Bosque = CFE. 83 Los dos Príncipo más bellos del mundo.
El gran amor de un padre = CFE. 99 1ª parte – La ranita.

CUENTOS DE HISTORIA A LO DIVINO

Adolfito = CFE. 114 El pobresero.
Dos hermanitos = CFE. 93 1ª parte – El hombre viudo.
El barco de tierra y agua = CFE. 107 El rey que mandó hacer un barco que anduviera en tierra y agua.
El compadre rico y el compadre pobre = CFE. 95 Los dos compadres.
El hombre pobre que no aprendió las lecciones de Dios = CFE. 92 El joven que fue en busca de trabajo.
El huérfano que se casó con la hija del Rey = CFE. 56 El huerfanito.
El niño que salió a ver si llegaba hasta onde terminaba el mundo = CFE. 108 El niño que salió a ver si llegaba hasta onde terminaba el mundo.
Feroz batalla del Diablo contra tres Angeles = CFE. 93 2ª parte – El hombre viudo.
Juan Marino = CFE. 78 La madre que vendió al hijo.
La mochita y los tres Santos = CFE. 106 La mochita.
La niña de los tres luceros de oro = CFE. 101 María Sucia.
Tedín, el Angel = CFE. 115 El pescador.
Casín y los ladrones = CFE. 116 Casín con Abrhan.
El anillo de virtud = CFE. 103 El perro con el gato.
El hijo que no quiso estudiar = CFE. 81 El borracho.
El Rey que perdió un ojo = CFE. 63 Rey Molma con la Reina Mora.
Historia de dos hermanos muy unidos = CFE. 112 Los dos hermano que fueron a buscar trabajo.

Juan del Oso = CFE. 77 Juan del Oso. Juan, el hijo querido = CFE. 111 La mona. La bolilla de virtud = CFE. 85 El cuervo.
Ladrón de los legítimos = CFE. 76 Don Kiko y Don Kako.
La hija del hombre que dio a luz = CFE. 100 El hombre que dio a luh.
La humillación de un Rey = CFE. 94 El gusanillo.
Las tres plumas de virtud = CFE. 110 El pájaro pinto.
El hermano envidioso = CFE. 60 Pedro y Juan.
Juanillo Mata Tigres = CFE. 67 Juanillo.
Los dos adivinadores = CFE. 64 El hombre pobre.
Pedro Imala en el naranjal = CFE. 71 Pedro Imala.
Pedro Imala en la chanchera = CFE. 74 Pedro Imala.
Tío Conejo y mi Taita Dios = CFE. 53 Tío Conejo.
Tío Conejo y mi Tía Zorra = CFE. 54 Tío Conejo.
Tío Conejo y mi Tío Tigre = CFE. 60 El Tío Conejo y Tío Tigre.
Tío Sapo con Tío Venado = CFE. 68 Tío Sapo con Tío Venado.
Torta mató a Pabla = CFE. 80 Juan Bobo.
Un hombre vago = CFE. 66 El hombre vago.

No utilizamos las variantes, las cuales se publican únicamente en los **Cuentos Folklóricos del Ecuador** (CFE). Tal es el caso del cuento Nº 82, titulado *"El pájaro de loh buenoh aireh"*, el cual es una variante del Nº 110 –*"El pájaro pinto"*– estilizado en *Historias a lo Divino* bajo el título que hemos puesto de *"Las tres plumas de virtud"*. Tampoco aprovechamos aquellos cuentos que no hemos considerado suficientemente interesantes.

Observamos, pues, un estricto criterio selectivo, lo que nos autoriza a afirmar que en ambos tonos –el **Decamerón** y las **Historias**– se condensa lo más representativo, hasta el momento, de la ficción nacional popular de la Costa Ecuatoriana. A mi modo de ver –y no debiera decirlo– es este un tesoro de la tradición hispanoamericana. Por lo demás, no todos los días se publican Decamerones, simplemente porque un Decamerón no se hace sino que se descubre. El **Decamerón**

Ecuatoriano, a pesar de sus enemigos, ¡es el primer Decamerón en lengua española! Y las **Historias a lo Divino**, a su vez, son un inagotable abrevadero para los teóricos junguianos. Tenga buen provecho, querido lector.

Paulo de Carvalho-Neto
Los Angeles, California

I. DE SERES SOBRENATURALES (Dios, Diablo, Santos, Angeles, Espíritus)

ADOLFITO

Un hombre tenía muchos hijos. Y vivía de cortar leña en la montaña. Un día le sale un Gigante y le promete muchas riquezas en cambio de su *"perrito"*. El hombre aceptó el negocio, sin pensar que por *"perrito"* quería el Gigante decir *"hijito"*. Así que tuvo que darle su hijito, el menor, llamado Adolfito. De cómo Adolfito logra matar al Gigante y muchas otras peripecias, hasta casarse con la hija del rey. Un caballito lo ayudaba, su ángel de la guardia.

Fue este un hombre que no tenía trabajo. Lo que mantenía este hombre era su burrito. Iba a la montaña y traía sus leñas para vender y mantenerse con todas sus criaturas.

Entonces con eso se mantenía, hasta que un día llegó el caso que se alejó más la leña. Ya no encontraba adonde sacar leña. Entonces se fue a una parte más lejos. Se metió a una montaña que él no conocía. De ahí encontró un árbol. Y en la

pampa había harta yerba, verdesita. Entonces dice a su hijo, que lo acompañaba:

—Hijo, vea. Aquí la pampa tan verde esa qu'está. Aquí en este árbol tenemo siquiera pa má de un mes de trabajo. Aquí tenemo harta leña pa llevarle. Tracemo el aro.

—Bueno, papá. Noh barremo too.

Entonces ahí quedaron. Ya arreglaron el burro, se pusieron a comer, y ya cogió ése el hacha.

—Voy haciendo —dijo—. Se persignó en nombre de Dios. —Ahora sí —dice. Y ¡paaah! al dar el primer hachazo oye una campana tan clarita. Dice que dice: —¿Qu'el hacha que suena tan clarita? No puede ser.

Va y mete el segundo hachazo. Más clarito.

—¡Caramba! esto. . . ¿qué contiene, hijo? (Que un hacha que zumbe tanto el aro, tiene algún contenido, pues.) Bueno —dice—, voy a darle el último.

Cuando da el último hachazo, más clarito déjase oír. Poco ratito viene una quebrazón del palo sobre él.

—Hijo —dice— ¿esto qué eh lo qué pasa? ¿Qu'es que viene sobre nosotro?

Llega un Gigante ¡caray!

—Hola, mi buen amigo. ¿Usté qué hace aquí? ¿Con qué permiso ha dentrado Usté a cortar ese árbol? ¿No sabe que aquí todo es terreno mío?

—No, señor —dice—. Como soy una persona pobre, yo me mantengo sólo vendiendo leña. Como se me 'cabó allá en la montaña, yo no tuve más donde sacar leña, tonce venía a sacar por acá.

¡Carajo! El Gigante le propuso esto:

—No trabajes mucho, veteranito. Vea, igual hacemo un negocio. Cuando Usté va llegando a su casa, sale un poco de sus perrito. Me hace el favor, dame el perrito más chico de toos los que tiene Usté. Y yo le doy plata suficiente. Y no necesita cortar leña.

—Bueno, y ya está —dio la palabra.

—Ve —dice el gigante—, va y vire ese tronco y llene lo que Usté quiera.

—No —dice—. Yo no puedo ir. Vaya Usté mismo y vire el tronco.

El Gigante viró el tronco. El hombre llenó dos sacas de plata.

—Ahora sí ¡vayse!

Cuando él llega de tarde en la casa, dicen las criaturas:

—Mamá, mi papá no trae leña, sino lo que trae es un saco.

—¿Entonce qué traerá en ese saco? Deja, hijito, que alguna cosa traerá.

Y traía era plata. Oro, plata ¡fíjese! Llega el caso que el dueño de las haciendas ya vendía las haciendas onde estaba él. Va y le dice al dueño, le dice:

—¿Quiere vender, patrón, la hacienda?

—¿quéee, Usté?

—Sí, pue.

—Pero ¿Usté?

—Mi buen señor —vuelta a decir el veterano—. Yo he sabido que Usté tiene de venta l'hacienda ¿no es cierto?

—Sí, pue. ¿Pero Usté va comprar l'hacienda? Mire, a mí Usté no va a comprar. Si Usté eh pobre, que no tiene cómo comer, entonce ¿cómo va a comprar l'hacienda?

—Si no arcanza este dinero pa comprale, dígame cuánto vale.

¡Caray! Entonces compró, ochenta mil talegas que valía el solar. Por la tarde se va de nuevamente este señor allá mismo onde el Gigante, sacó más plata. Le preguntó que "¿Para qué era?"

—Pa la hacienda.

—Bueno.

Ya llegó onde el patrón:

—Ahí tá la plata.

Entonces ya los puso en estudio a los hijos. Poco tiempo eran unos señores ya, toditos sabían los estudios. Y el hijo más chico es el que llevaba la bandera de toditos, mejor dicho, el que sabía más de todos los hermanos. Hasta que un día se le acercó el plazo del compromiso con el Gigante. Vino este y le dice:

—Sabe, mi buen señor, ya eh el plazo. Y en esta semana quiero ver el perrito. Me da favor de traerlo que quiero velo.

Le lleva el perrito ¡caray! perrito que es de cuatro patas. Le dice el Gigante:

—Mi buen señor, si yo no he dicho perrito de cuatro patas. Yo l'he dicho perrito más chico. Su hijo fue, pue. Eh su hijo el más chico. Ese eh el contrato.

—¡Ajo! ¿Y cómo va ser entonce?

—Ese eh el contrato. Vuelva a noche y si no yo desparezco con toda su hacienda y me llevo a todito.

—No —dice—, sólo voy a traelo mañana. El sábado se lo traigo.

—Bueno, mi buen señor.

—Sí, se lo traigo.

Esa semana ya el padre no comía tranquilo. Ya comía descontrolado. Entonces le dice el más chico:

—Papá.

—Ven acá, hijo.

—Papá, ¿qué eh lo que ha hecho Usté? ¿Algún negocio? Dígamelo. Si Usté no me lo dice, ve, Papá, con este cuchillo (que cogió ya en la mano) con este cuchillo ya me mato. Si Usté no me lo dice, Papá.

—Sí, hijo. Yo he hecho el contrato de perrito más chico.

—Papá, ese soy yo. ¿Y no ve? Noh vamo mañana mismo pa allá, para ver al señor ese.

—No, hijo.

—Sí, Papá.

¡Fíjese! Que hijo bueno ¿no? Entonces ahí se alistaron al otro día. Por allá estaba el Gigante ahí:

—Mi buen señor ¿este eh el que Usté me dijo?

—Sí, mi buen señor. Este mismo. ¿Y de una veh se quiere quedar?

—Sí, se vino a quedar —dijo el veterano.

—¿Cómo se llama Usté?

—Carlito.

—Oye, ya no se va llamar Carlito. Ahora se va llamar Adolfito.

Bueno, le cambió el nombre. Regresó el padre. Lo subió arriba al muchacho en ese palacio que tenía:

—Vea —dice—, toita esas pampa que Usté ve, esas hacienda, toita son mía. Mañana te mato una vaca pa que me tenga cocinado.

Claro, pues, el muchacho tenía la idea de que cocinaba en esas ollitas pequeñitas. Como nunca había cocinado para gigantes. Bueno, le preparó las ollitas. Cuando el otro día, llega el Gigante:

—Muchacho, ¿ónde está la comida?

—Ahí está en las ollita esa.

—¡Jay! —dice— hijo. Yo vengo con un hambre, quisiera que yo te matara, mejor te comiera.

—Pero si Usté no m'ha dicho, no m'ha explicado nada, señor.

Vea, póngame asar toita esa carne.

—Ya mismo.

La puso en la parrilla todita esa carne. El Gigante se la comió todita.

—Bien, mañana, póngame asar una rez y una saca d'arroh.

—Yo no pueo en esas ollita.

Le dio unas ollas grandes. Y él ya le cocinó. Comió él, el Gigante, comió suficiente comida. No dejó nada, barriditas las ollas. ¡Fíjese!

—Ahora sí, toy contento, hijo. Cuidado no vaya andar destapando esos cuarto. Cuidado.

—No, señor, yo no me muevo d'aquí onde estoy.

Hasta que un día fue a dar onde estaban unas niñas. Había tres princesas metidas en un cuarto. Este muchacho gozó con las tres princesas. Y todas las noches se iba a ese cuarto a darse el gusto con ellas. Un día le sale un caballo a la puerta y le habla:

—Hermanito Adolfito. Ya mismo se te llega el plazo.

—¿De qué, ñañito?

—Sabe que las princesa están en cinta, toas tres. Y como llega a saber el Gigante, te come. Mañana noh vamo. Hoy día no noh podemo ir porque él noh se va dar cuenta ya. Pero mañana noh vamo.

—Bueno, ñañito —dice—. Noh vamo.

Un caballito, pues, le hablaba. ¡Imagínese! ¿Quién sería, no? Ya comido, comió, amaneció el otro día:

Vamono, señorito —dice el caballo—. Pero vea, a hora que Usté sale, ahí arriba en ese guardafrío hay tre huevoh. Llévalos.

—Bueno.

Se fueron. El Gigante estaba dormido, no los vio salir. Dice el caballito:

—Vea, cuidado. Allá vah a pasar un árbol, que ese árbol es hablantín. Con que le tropee las ramah vá a hablar y despierta el Gigante. Si se despierta tírales los huevoh. Con que le arcance la frente ahí se muere y no te come.

—Bueno.

Al pasar el árbol, se le voló el sombrero y tocó las ramas. ¡Caray! El árbol gritó:

Acá va, acá va. Y acá va.

El Gigante despertó y vino en persecución. Tiró el primer huevo y le pasó por el lado. Tiró el segundo y pasó por arriba. Pero el tercero le da derechito en la frente. ¡Cay! Muerto el Gigante. Ahí quedó, ya muerto.

—Bueno, ahora sí, noh vamo tranquilo —dice— ñañito. Vámono largo. Vamoh llegar onde está un moreno dando agua unas vacas. Que se le ve bravísimo, él no da favor a nadie. Ni regala ni un poquito de agua. Te ha 'e negar. Entonce al ver que te niega, tú lo coge y lo mata.

—Tá bien, ñañito.

Llegaron allá.

—Hola, mi buen amigo —dice Adolfito—, me da favor regalar un poquito de agua.

—Oh, muchacho. Yo, l'agua que yo tengo no me arcanza pa mis animale y no tengo para que regalale. No hay agua.

Una vez que lo dijo, Adolfito lo mató. Sacó la daga y lo mató. ¡Fíjese! Entonces le sacó las pulpas pretas, se las refregó en la cara y en los brazos, se volvió un negro terrible. Se fue en el caballito. Anochecieron aonde estaban las casitas. Ahí pidió posada, preguntó que "¿Adónde había trabajo?"

—Sabe que aquí en er palacio der rey se ha ido el jardinero y él tá necesitando un jardinero horita. Pero, está de noche. Mañana se van 'e mañanita.

—Bueno.

Entonces el caballito le dijo:

—Ve, hermanito Adolfito. Mañana te van a dar trabajo. Coge tú el machete, roza too el jardín, déjalo como el plan de la mano qu'ellos se han de quedar a'mirados. El mismo rey t'ha 'e decir que "Tú sabrá como siembra".

Y así fue. Le dieron trabajo. Todito ya estuvo. Brinca el jardinero:

—Mi Majestad, ve. Todita tu árbol el muchacho lo ha trazado y lo ha quemado.

—Meno mal que sabrá cómo hace.

Bueno, ya anocheció. Entonces le dice el caballito:

—Hermanito Adolfito. Mañana a la primera hora, hace unoh jarrone 'e flore más bonito, pa lo patrone y el resto a lo común como te parezca a Usté.

—Bueno.

Y así fue. De madrugada se despierta la niña, la hija del rey. Una fragrancia de flores ¡cay!

—¡Qué fragante! —decía— ¡Qué fragante, qué floreh, qué jardín eh qu'está con harto fragrante!

Y siempre en las ventanas hay unas endijas, ella fue a agoitar por las endijas. Y su jardín estaba pero lindo, con una piscina de agua en medio. Entonces ahí se estaba Adolfito bañando. Ella dice:

—Oh, qu'está bañando—. Lo vio que era negro. No se convenció. —Vea —dice— ¡quién ha sido qu'está bañando sea negro! ¿Cómo? No es negro. Negro postizo no má. Yo me caso con él, me caso.

Bueno. Al otro día ya amaneció. El moreno le hizo un ramo de flores, lo regaló todito a su patrona. Entonces dice:

—Ñañita ¿por qué no noh vamo a bañar en el río? Vamoh a bañar, tá bonito el sor.

Se fueron al baño. Y el caballito en la noche ya le había dicho:

—Vea, Adolfito. Mañana escóndale el zapato derecho de tu patrona. Entonce ha 'e decir que "El que encuentra el zapato, con ese me caso".

Bueno, escondió. Como había tantas piedras, no sabía adónde. ¡Cay! se metió para adentro a bañarse con él, solito. Cuando regresa, estaban que reviraban piedra, reviraban piedra.

—¿Qué se le perdió, niña?

—Aquí se me ha perdido mi zapato.

—¡Caramba! ¿y ónde lo ha dejado?

—Vea, moreno. El que encuentra mi zapato, yo me caso con él.

—Bueno, patrona.

Revira piedras y revira piedras. Se puso a revirar piedras.

—Vea —dice— ¿ónde está el zapato? Hemos andado nosotro por ahí cerquita y no hemo visto mi zapato. ¡Ay! —dice.

Siguió descontrolada. Hasta que Adolfito encontró el zapato. Ella viene acá a la casa:

—Papá, Papá.

—Mande, hija.

—No sabe un caso, Papá. Se me pierde el lado del zapato derecho y he dicho que quien encuentre el zapato, con él me caso.

—¿Quién encontró el zapato?

—El negro.

—¡Ay! Esto eh una bajeza, una bajeza. ¿Cómo va creer que el negro se va casar con m'hija, siendo la única que yo quiero?

—Bueno. He dicho que me caso y me caso. Entonce mañana me caso.

Se fueron y se casaron. Dice el rey:

—Vea, m'hija. Ahí está esa verda de los caballo, quédate ahí con tu marido.

Le dieron la vereda para que viviera el hombre. Y él esa vereda ya la arregló, estaba más mejor que el palacio der rey por dentro, que le brillaba de oro.

Días van días vienen, llegaron tiempos de guerra.

—Mañana se van'a la guerra —dice el rey a sus hombres—. Mañana viernes, se van a la guerra. Y el negro que se vaya también con su caballo.

Ya llega el día, ya amaneció, ya se levantaron todos, la gente. Dice Adolfito:

—Ve, mujer. Anda ver este caballo, ensíllalo pa yo ir a la guerra.

Salía la mujer, cogía, ensillaba el caballo, lo alistaba y lo ayudaba para montar. Ya cerca adonde iban a pelear, se perdió ¿no? Ya no había. Más allá se le presenta un señor:

Oh, mi buen señor, ¿adónde van Usté?

—Aquí peleá por nuestro patrón.

—Cuidado no va morir.

—Yo solito me defiendo.

Se fue y se metió a la guerra. Siempre no faltan los curiosos que fueron a agoitar. No le tocó la bala. Pero unos murieron y otros vinieron heridos, viviendo y dijeron cómo era.

Bueno, ya ganó la pelea, él. Entonces dice el rey:

—¿Qué quiere? ¿Qué paga?

—Sabe que no quiero nada de paga.

¡Caramba! Ese rey "¿Qué quiere? ¿Qué quiere?"

—Vea, hijo. Entonce quede con mi corona. Usté eh rey ahora.

¡Fíjese! Lo hizo rey. "Usté eh rey ahora". El rey ya no quiso más ser el rey, sino que lo hizo rey al negro, casado con la Príncipa.

Para eso, pues, pegó un salto el caballito, se volvió paloma y se fue. Y el color postizo negro de Adolfito se desapareció,

quedando un lindo muchacho. Y el rey:

—Ay, m'hijo, ay m'hijo.

Quedó para siempre ahí en esa tierra.

Eso es todo.

DOS HERMANITOS

El clásico relato de los dos hermanitos que son abandonados en el bosque. Encuentran la casa de una vieja y ésta los cría para comerlos cuando estuvieran mayorcitos. Pero un ángel protector y vengador, en forma de águila, les dijo qué deberían hacer para no ser muertos por la vieja.

Este era un viudo que tenía dos hijitos. Hijitos mujer y hombre. La mujercita era más grandecita, y el hombre más chico. Este viudo consiguió nueva mujer e hicieron un convenio ellos: que si él abandonaba a los hijos ella se iría con él, y si no, no. Por cumplir con ella, pues, él le dijo que sí: "Sí, abandonaba sus hijoh". Y que:

—Mañana loh voy —dijo— a dejar por allá en tar parte.

Así que al otro día cogió a los chiquillitos y se los llevó y los fue a dejar perdidos en una montaña. Allá los dejó. Y regresa él. De hecho pasó onde la mujer que se iba a traer y la trajo a su casa. Llegan tarde a la casa. Ya por la noche se acostaron. Ahí estaban dormidos ellos cuando a media noche la mujer sintió que abajo de la escalera lloraban dos criaturas. Lo despierta:

—Oye, oye, recuerda —le dice—. Ve que ahí lloran unoh. Creo que son tus hijo.

Se baja él. Eran los chiquillitos que había ido a dejar perdidos a la montaña. La muchachita, más grandecita había virado por ahí mismo y se vino; llegaron a media noche a la casa. El los subió. Entonces le dice la mujer:

—Hey ¡caramba! Vo ¿cómo dijiste que ias a dejar tus hijo onde no vinieran? Si eh así, me voy.

—Nooo. No te vayas que mañana loh voy a dejar má lejo.

Al otro día el padre los volvió a coger y se los llevó a otra montaña más lejos. Allá los dejó. Más lejos los dejó. Y regresó, pues. De allá no salieron ya las criaturas. Ya no vinieron, ahí se quedaron.

Esas criaturas esa noche por ahí no duermen toda la noche, sólo andar caminando perdidos en la montaña. La hermanita no dejaba al hermanito y lo cargaba de la manito. Ellos se clavaban por ahí, caían en los ríos, todo oscuro ¿no? Y toda la noche llorando "¡Ayyyyy!" esas criaturas. Cómo gritaban. Y su papá acá dándose gusto con la hembra. Cuando que parte de la madrugada, onde andaban perdidos, oyen el canto de un gallo. Oyó la hermanita mujer el canto de un gallo así: "Cucurú cuuuu..."

—Ay hermanito, vélo. Aquí son lah casah. Vamo por áhy.

¡Quéé́é! Cerradísimo el monte. Caían las criaturas y ella arrastraba al hermanito. No lo dejó. Hasta que salieron a esa casa onde el gallo cantaba. Llegaron hablando las criaturas. Sale una señora viejita que estaba adentro:

—Ay ay ay ¿quién stá aquí? Ay hijitoh ¿y qué andan haciendo por aquí, hijitoh, por Dio, esta hora?

—Señora —dice la niña—. Mi papá me ha llevao perdío a la montaña ayer. Y por aquí andamo.

—Ay, vengan hijitoh —dice—. ¡Pobrecitoh!

Ahí los subió. Y les hizo qué comer a esa hora. ¡Vay! Amanecieron, pues, con esa señora. Pero esa casa no había, sino que era un encanto. Casa de encanto. Y ahí se criaron las

criaturas. Esa señora tenía todo, disque. Ahí los ha criado a esas dos criaturas. Ya este muchacho se hizo más grande y salía por ahí a buscar la vida. Ahí estaban, pues, ellos dos; tres con la señora. Y a esa señora un lado de la vista le faltaba; cieguita ¿pues no? "Mih hijitoh" les decía y ellos "Mamita". Ya bien grande el muchacho ya salía a buscar la vida. Quedaba ella la muchacha, con la viejita de compañera. Salía con una escopeta que la viejita le dio para que aprenda a cazar. Entonces se traía aves, lo que pudiera tirar, para que comieran. O cogía una tarraya y se iba a los pozos, los esteros. Quedaba la hermanita con la viejita de compañera. Y así pasaban, así pasaban.

Cuando que un día le salió un ave al muchacho, en la sabana onde andaba cazando, y le habla de un árbol:

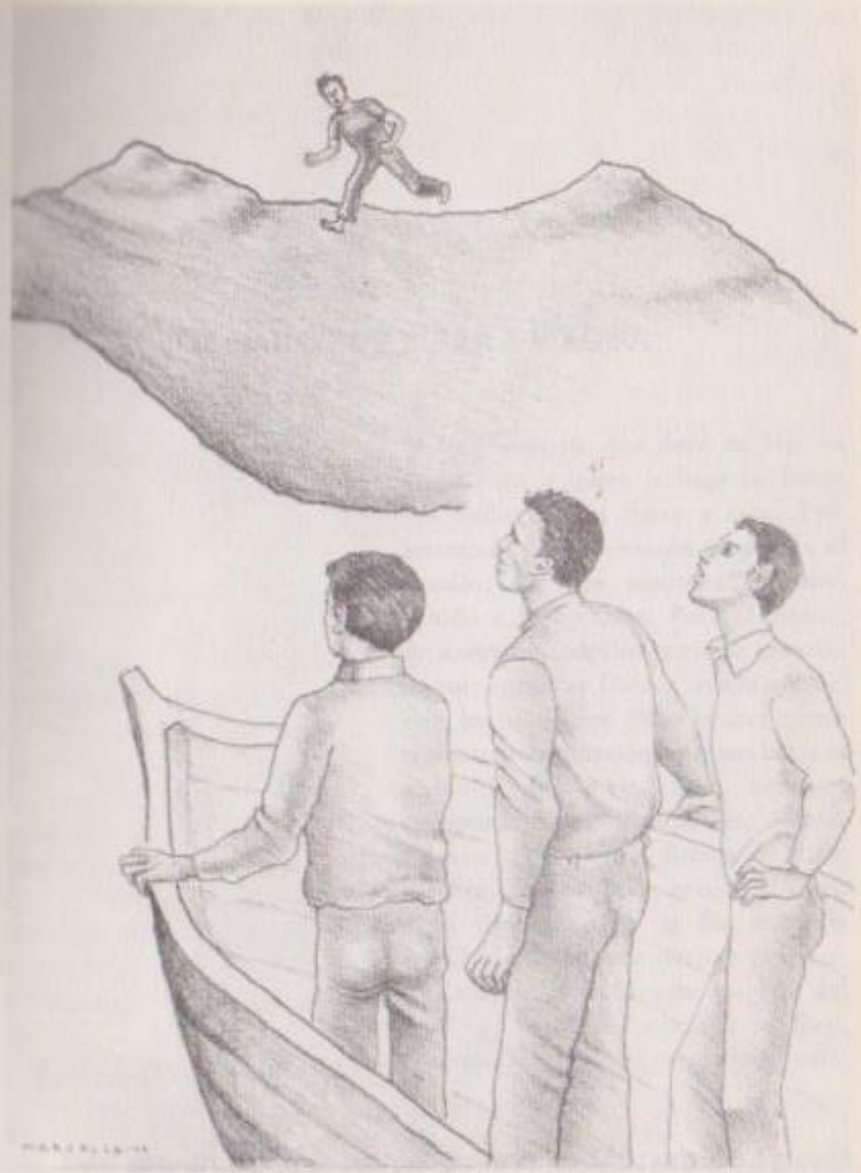
—Oye, hijo. Sabe que hoy día te va a pasar esto. (Un águila fue el ave que le salió.) Y esto te va a pasar —dice— a hora que llegues a la casa onde tu abuelita. Tu abuelita te va a matar hoy día.

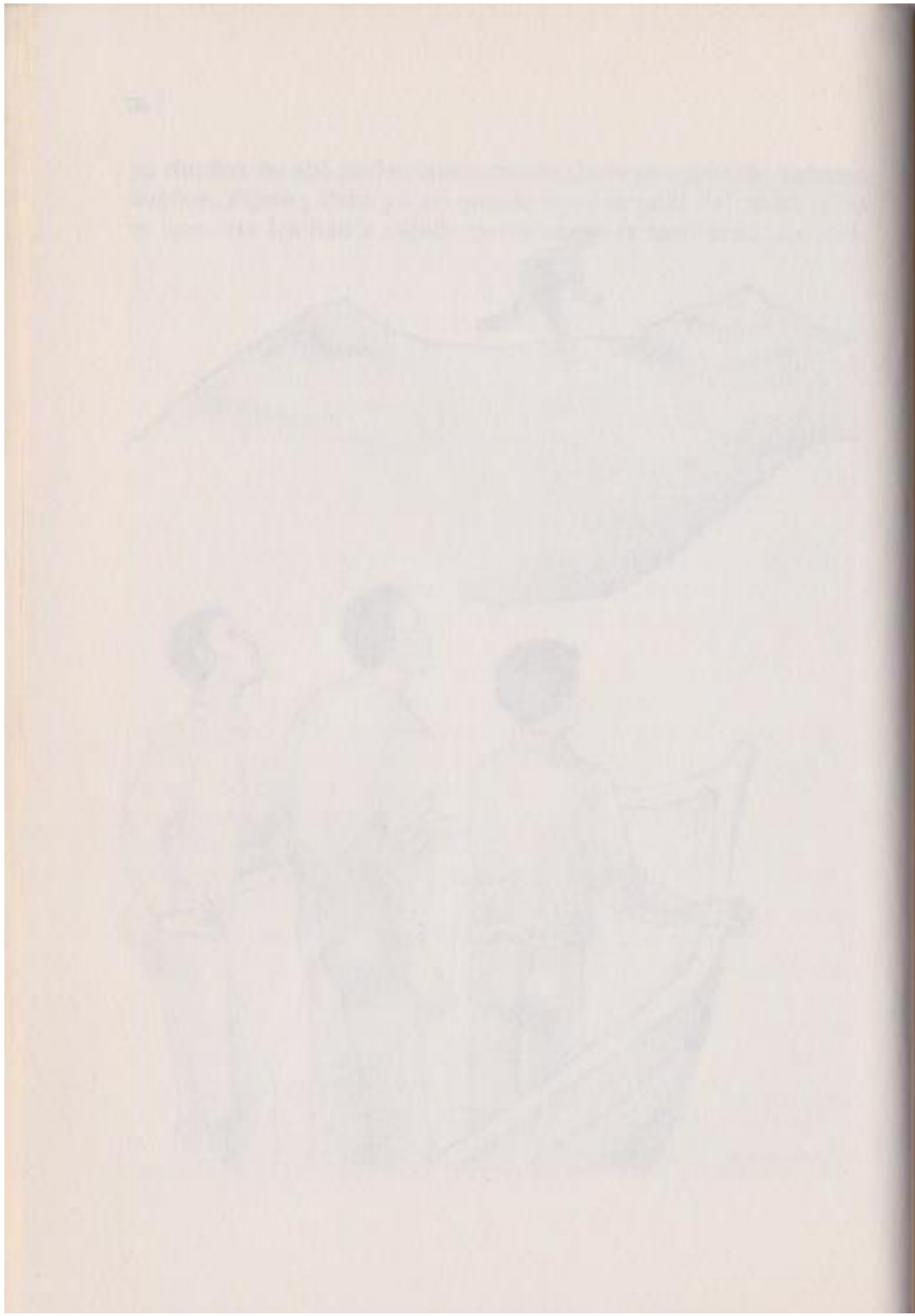
—¿Por qué?

—Porque sí. Hoy día te mata. Ya te voy a indicar qué debes hacer: A hora que llegues a almorzar, ella te va a mandar depué que vaya a traerle leña, que le vaya a traer agua. Y voh va (porque el muchacho, onde lo mandaba la abuelita, iba en seguida), voh va. Después que viene con l'agua y la leña, ella te va a hacer prender la candela ahí debajo de la escalera y te va a hacer poner una paila llena de agua y que hierva bastante. Y cuando ya está hirviendo eso, ella te va a mandar que subas arriba a traer no sé qué. Para eso, a lo que vas subiendo, te va a virar la escalera y vah a caer en la paila. Ahí te va a matar, hirviendo. Ahora sí, pue, voh te va a hacer que no va a poder subir —le dice—. Le va a decir: "A ver, suba Usté, abuelita, pa ver cómo sube" y a lo que va subiendo ella, le va a decir "De este modo se sube". Cuando ya va arriba, ahí le vira la escalera, que muera. ¡Ay!

Así fue, pue. El la mató. Ella no lo mató. El sí mató a la viejita antes d'él, este muchacho. Y los dos hermanos quedaron

ya dueños de ahí de las cosas que tenía la abuelita. Se hicieron dueños. Fíjese ¡ Pero ya no quisieron saber nada del padre. ¿No ve que éste los había dejado perdidos en la montaña? Así fue.





EL BARCO DE TIERRA Y AGUA

El Rey anuncia que dará su hija en casamiento a quien le haga un barco que anduviera en tierra y agua. Tres hermanos de otra nación aceptaron el desafío; los dos mayores fracasan, debido a su egoísmo. Pero el menor, de nombre Cumplín, tenía un corazón bueno; entonces Dios le ayuda a hacer este barco. Luego Dios le dice cómo reclutar la tripulación, camino hacia el palacio del Rey. Seis hombres componían esa tripulación: Bebín, Comín, Fuercín, Brinquín, Oín, Flechín. El Rey, feliz, recibió el barco y su tripulación. Y se fue a dar la vuelta al mundo, por tierra y por mar. Y Cumplín se casó con esa hija del Rey y también ascendió a Rey, viviendo feliz por el resto de su vida.

Este era un rey que no era de esta nación; era de algunas otras naciones. Por allá en su nación regó la voz para todos los

lugares que el que lo llevase en un barco que corriera en tierra y agua tendría a su niña, ésta sería su esposa. El que lo llevase en ese barco.

¿Quién, pues, iba a hacer un barco que corra en tierra y agua? ¡Iiiihhh! Así que la gente dondequiera decía: "¿Onde? ¿Quién, pue, va a hacer, pue? ¡Naide! Naide." Pero en estas partes de por aquí, de nosotros, de esta nación, hubo un hombre que tenía tres hijos. Y esos muchachos decían:

—Papá ¡caramba! Yo tuviera la suerte pa hacer el barco éste que corre en agua y tierra, pa irme a casar con esa niña d'ese rey.

—¡Qué! . . . ¿Qué van a poder, hijoh, andar haciendo eso?

Entonces dice que le dijo el mayor, un día:

—Papá, cómpreme un hacha y un machete que yo me voy a la montaña a cortar palo para hacer tabla a ver si podemos ir. (Allá en esa montaña había palo grueso, doble.)

—Caramba ¡qué van a poder, muchachoh!

Bueno. El hombre le compró el hacha y el machete un día a su hijo, al primer hijo. Y éste le dice a la mamá:

—Mamá, a las cinco 'e la mañana ten mi café que yo me voy a la montaña—. Y aun dice que le dice—: Echeme mi rancho. (Ellos acostumbran de agua no tomar casi, sino vino.) Echeme mi rancho.

Se fue, pues. Tomó su café y se fue este muchacho a la montaña. El solo. Se fue este muchacho, les dio rancho la madre. Llegó a la montaña, tanteó un palo de esos gruesos para hacer alfagía. ¡Caray! cogió el hacha y dale hacha ¡y dale hacha! Cuando que al mediodía no tumbaba el palo todavía y llegó la hora de ir a comer. Ahí dejó el hacha, sacó su rancho y se puso a comer. Comiendo él estaba solito, cuando un señor viejecito salió:

—Hola, mi amigo —dice que le dice—. ¿Qué hace Usté aquí?

—Aquí, estoy —le dice—, señor. Armorzando.

Le dice el viejito:

—Déme mi parte, pues.

—Señor, ya un poquito, ya mismo me lo 'cabo.

—Bueno —que le dice el viejito—. ¿Lleva agua? Regale un poquito.

—Señor, yo no acostumbro a tomar agua. Llevo un poquito de vino en una botellita. Este poquito no más sólo para mí.

—Bueno.

No le dio. Entonces el hombre viejo pasó, ahí lo dejó. Y él acabó de almorzar, estuvo un ratito, cogió su hacha y cogió su machete y se fue al palo que estaba trazando ¿no? Cuando que a lo rato se le quebró el hacha. Y a lo rato se le quebró el machete. "¡Caray!" Ahí dejó todo. "Ya no puedo trabajar." Se fue afuera de regreso onde su familia, el padre y hermanos.

—Papá —dice— ¡caramba! Se me ha quebrado el hacha y el machete. No he podido, ni un palo he tumbado.

—¡Caray, hijoh! ¡Qué van a poder Ustedes! —les decía el papá—. ¡Caray!

Dice el otro, el segundo hijo:

Cómpreme, papá. Pueda que para mí estea la suerte. Cómpreme el hacha y el machete. (Quiso o no quiso, el padre se lo compró.) Mamá, a las cinco 'e la mañana sargo también: el café listo.

También se fue a las cinco. "Mamá, a las cinco 'e la mañana ten mi café que yo me voy a la montaña. Echeme mi rancho", así le había dicho. Se fue a la montaña. Llegó. También empezó a picar esos palos gruesos que había. Llegó la hora de almuerzo, se puso a almorzar, cuando ¡tra! el viejecito:

—Hola, amigo. ¿Qué hace Usté ahí?

—Aquí armorzando, señor.

—¿Me da mi parte, pues? —le dice.

—Hiii, yo estoy un poquito no má.

—¿Lleva agua?

—No, señor, no acostumbro a tomar agua. Yo acostumbro a tomar vino y un poquito no má.

—Bueno.

El terminó de comer, reposó un poquito, embistió con el hacha otra vuelta a picar. Picando estaba cuando ¡trazz! el hacha. Otro rato ¡trazzz! el machete. Las dos herramientas se rompieron. ¡Fíjese! Ya se fue otra vuelta onde el padre, que "Eso le había pasado también".

—Yo le dije. Quieran o no quieran, no pueden Ustedes. Eso según se ve —sigue el taita—, eso son cosas de virtud.

Entonces el otro, el hijo menor, llamado Cumplín:

—Cómpreme, papá, el hacha para mí, y el machete. Que pueda que para mí estea la suerte.

—No, hijo, ya no gasto plata porque ¿qué van a poder Ustedes?

—Caramba, papá. ¡Cómpreme! . . . —pedía Cumplín.

¡Ay! quiso o no quiso, le compró también, al último hijo, a Cumplín. Se fue llevando su rancho, lo mismo. "Mamá, a las cinco 'e la mañana ten mi café." Lo mismo. Llegó a la montaña, empezó a trozar el palo. También horas de almuerzo se sentó a comer, cuando a lo ratito ¡trazz! el viejecito:

—Holá, mi amigo. ¿Qué hace aquí?

—Aquí, señor. Estoy armorzando.

—¿Por qué no me invita?

—¡Véngase! (Ese sí lo llamó ¿no?) ¡Véngase!

Ahí se pusieron a comer, los dos comiendo, ahí. Acabaron.

—¿Lleva agua, amigo?

—No —le dice—, no acostumbro. Una botellita 'e vino. Tómese la mitad.

Le dio la mitad. Bueno, acabaron de comer, estuvieron ahí un ratillo: el viejecito ahí, y el otro ahí. Conversando, conversando han estado y este muchacho se quedó dormido. Durmiendo ahí. . . y el viejito viendo. Quedó dormido. Cuando que no sé qué, como que se asustó, dice:

—¡Caray!

—¿Qué, amigo? ¿Le había cogío el sueño?

—Caray. Sí, me había cogido el sueño.

—Ah —dice que le dice—, mire su trabajo que está el palo allá trazao. (Estaba trazado.) Mire su trabajo.

Miró, y ya estaba el barco también, ahí estaba listo. ¡Fíjese! Era Dios, pues, que le salía a ese muchacho, a Cumplín. Bueno, ya estuvo el barco.

—Mire —le dice—, ya. Ahí está su trabajo. Ahora sí, Usté se va onde está ese rey. Vaya afuera a su casa onde su padre, su familia, despídase. Dígale que Usté se va, porque Usté es que había hecho el barco.

Bueno, ese muchacho se fue a las carreras afuera onde el padre, la madre, a decirles que él se iba, que el barco estaba formado. El padre no creía:

—¿Qué, muchacho?

—Vamo, papacito, pa que lo vea, que está listo er barco.

Se vino el padre a la montaña. Llegaron onde está el barco. Ahí está el barco. Pero el viejecito no había, estaba el barco solo.

—Véalo —dice Cumplín—, er barco.

—Ah hijo, para ti ha estao la suerte. Entonce ándate, pue hijo. ¡Andate!

—Sí, papácito. Me voy.

Se despidió y se fue. El padre despedía al hijo, que este sí se iba. Cuando hace más de un rato, salió el viejecito, Dios:

—Ahora sí —le dice—, hijo. Usté se va, embárquese. (Que en ese barco, no más como embarcarse y él mismo corría, pues.) Embárquese, hijo. Por el camino le van a salir sei hombreh a Usté. Ellos tan en tu camino. A cada uno que va encontrando, Usté le habla "Hola, amigo ¿qué hace ahí?" Ellos le han 'e decir: "Toy haciendo esto." Entonce Usté va a decir: "A ver, pruebe para ver." Y Usté esa gente se la va llevándola con Usté, en su barco.

Bueno. Embarcó y se despidió. El viejito:

—¡Andate!

¡Ay! ese barco por ahí como iba. Cuando por allá en el camino estaba un hombre parado, al lado de una laguna de agua. Ya va parando:

—Hola, amigo ¿qué hace Usté aquí?

—Aquí, señor —le dice—, que me han dejao a que me seque esa laguna de agua. (Fíjese, tenía que secar una laguna de agua.)

—A ver, prueba para verlo —dijo Cumplín.

El hombre quiso no quiso se pegó un estornudo "¡Uchchi!" Ajo, de un suspiro se la secó. Vea. Y entonces sí, ya se pudo embarcar. Y ese barco avanza, avanza.

Más allá iba otro hombre en el camino y adelante suyo estaban distintas comidas. Y bastante; cubría ese pedazo de aquí hasta allá. De comida. Puras comidas.

—Holá, amigo. ¿Qué hace Usté aquí?

—Aquí, señor. Me han dejao para que me coma toa esta comida. (¡Fíjese! tenía que comer toda esta comida, de un largo de aquí allá. Bastantísima.)

—A ver. Pruebe para velo.

—Echchch. . .

Así fue, pues, de otro suspiro se lo comió todo. "¡Ech'chch!" Embarca y se va. Ya llevaba dos. Y dale por allá. Por allá iba lejos, cuando llegó a dos cerros, uno más bajo y uno alto. Vio a un hombre parado..

—Holá, amigo. ¿Qué hace Usté aquí?

—Aquí, señor. Me han dejao que ponga yo este cerro más bajo sobre el otro cerro de arriba.

—A ver. Pruebe para velo.

Con una mano lo cogió y lo puso arriba. Embarca y se van. Ahora ya van tres. Y dale camino, ese barco. Más allá iba, cuando vio a un hombre que estaba arriba de un cerro alto, altísimo; ese hombre estaba parado sobre el cerro.

—Hola, amigo. ¿Qué hace ahí?

—Aquí me han dejao, amigo. A que de aquí vuele allá esos cerroh que apenita se aparecen.

—A ver. Pruebe para velo.

¡Jai, pues!

—Embárquese— Ya llevaba cuatro en ese barco.

Se lo llevó. Más allá iba, cuando encontró otro hombre en el camino, el quinto. Ese estaba parado, la mano ayudando la oreja como para oír mejor.

—Holá, mi amigo. ¿Qué hace Usté ahí?

—Aquí —le dice—, me han dejao, señor, a que oiga too. Que pusiera pa arriba l'oreja, a oír.

—A ver, pruebe para velo—. Y luego—: Ah, bueno, embárquese. Vamo.

Cinco, pues. Más allá iba lejos, encontró uno con una escopeta para arriba, apuntando.

—Holá, amigo. ¿Qué hace Usté aquí?

—Aquí me han dejao que tire al ave que anda más úrtima arriba.

—A ver, pruebe para velo.

Ahí tiró ¡paaaa! A los ratos caían las aves, tras de una, abajo. Tras de una, abajo.

—¡Embárquese, vamo!

Así completó seis hombres. Seis hombres en ese barco que se corría en agua y tierra. Cosa de virtud ¿cierto? Inmediatamente llegaron a la ciudad donde estaba el rey. Derecho; ese barco mismo sabía. Cuando acordaron, llegaron al pie del palacio del rey. Ahí hablaron no sé qué, ellos, y se asomó el rey. Vio el barco ese que corría en tierra y agua. Va onde su hija adentro:

—Hijita, alístese que hora Usté sí se casa. Ya está aquí er barco que hey pedido—. Entonces habló así a los del barco—: A ver, que suba arriba el dueño del barco. (El muchacho ¿no?)

Ahí subió arriba. Los otros quedaron abajo, los seis hombres. Quedaron abajo. Así que este muchacho ya dijo al rey que él era el dueño. El dueño del barco.

—Bueno —dice el rey—. Yo regué la voz para todos los lugares que el que me traía este barco que corría en tierra y agua, mi hija será su esposa. Bueno y Usté se casa.

Ahí lo hizo casarse. Para eso, estos hombres que llegaron con él, embarcados, todos tenían su nombre. Ese que secaba la laguna de agua, se llamaba Bebín. Y el que comía toda la comida, se llamaba Comín. Y el que ponía un cerro sobre otro cerro, se llamaba Fuercín. Todos tenían su nombre. Y el que

brincaba de un cerro al otro cerro lejos, se llamaba Brinquín. Y ese que estaba oyendo, se llamaba Oín. Y el que estaba tirando para arriba, se llamaba Flechín. Todos tenían su nombre. Bebín, Comín, Fuercín, Brinquín, Oín, Flechín. Eran seis. Seis eran. Siete con Cumplín.

Bueno, así que ya el rey casó la hija con el muchacho, con Cumplín. Entonces tuvieron su gusto, esos noyios. Y cuando el muchacho ya se desocupó del gusto que tuvo, ya el rey le dice:

—Bueno, hijo. Usté es el rey. (¡Fíjese! lo subió a rey.) Usté es el rey—. Le entregó todo lo que tenía, toda su riqueza—. Que yo me voy.

¡Cay! Se fue el rey viejo con todos los seis hombres del barco, a dar vuelta a todo el mundo. Eso es lo que había pensado, pues; hizo hacer ese barco para conocer todo el mundo. ¿No ve que ese barco se iba por tierra y agua? Ihhh. . . ¡caray! el que manejaba era Oín, porque ese como estaba oyendo, onde decía el rey "Vamo a tal parte", ya estaban allá d'hecho. "Vamo a otras partes", y allá estaban d'hecho. De modo que dio vuelta el rey, a todo el mundo. Conoció todito. Cuando que ya dio vuelta a todo, por ahí conociendo, se vino de vuelta a la ciudad onde estaba su yerno, el muchacho esposo de su hija. Ahora sí llegó. Le dice:

—Bueno, muchacho. Yo tengo que pagarle a Usté lo que le debo. Y tengo que regalarle a cada uno de sus amigoh una cantidad de plata —así dijo el rey.

Pero esos hombres le dijeron:

—Mi Majestad Sacarreal, nosotro no necesitamo plata, no necesitamo dinero. Hemo venido pa acompañálo. Somo su compaña del barco. Cuando Usté quiera ir a una parte, no más diga: "Quiero ir a tales parte". Somo su compaña, hemo venido pa acompañálo.

¡Cay! se embarcaba el rey veterano. "Yo voy a tar parte". Oín como estaba oyendo d'hecho endereza el barco adonde el pedido del rey. Y si el barco se llenaba de agua, Bebín se las bebía, nunca se hundía. Para el cruce de dos cerros juntos,

Fuercín unía los dos en uno. Y cuando había un valle, Brinquín brincaba el barco de un pico al otro. De las subidas difíciles se encargaba Flechín, jalando el barco hacia el cielo. Y cuando estaban con hambre, Comín hacía de toda clase de comida para toda la tripulación y el rey. ¡Cay! así viajaba ese rey, ahí con su tripulación y su barco. "Yo voy a tar parte."

EL COMPADRE RICO Y EL COMPADRE POBRE

El rico regala al compadre pobre una chanchita que se estaba muriendo. El compadre pobre la cuida y al año cogió cría. Y así cada año, hasta formar una manada de puercos. Ganancioso, el compadre rico fue a exigirle la mitad de los puercos y el pobre se negó a dársela. Tuvieron que ir a la autoridad y ésta dio razón al pobre. Despechado, el rico le exigió un ojo al compadre pobre. No satisfecho, le exigió el otro ojo, dejándolo cieguito. Para no ser comido por las fieras, el pobre se sube a un árbol. Y escucha por la noche la conversa de cuatro señores que habían recorrido el mundo. Una de las cosas que ellos conversaron fue cómo hacer para que un ciego recupere la visión. Al día siguiente, el compadre pobre, ciego, pudo recuperar la visión siguiendo la curación que había escuchado.

Después de varias aventuras, logra poseer algunos bienes, nuevamente. El compadre rico sabe de eso y desea imitarlo, pero es castigado por su ambición sin límites.

Estos dos compadres vivían en su lugar y eran vecinos. El uno era rico. Tenía todo, tiendas, todo de venta, comida, haciendas de animales, todo. El otro era pobrecito. A aquél decían "El rico". Era rico, cierto. Y a éste acá, "El pobre".

Un día pasa por la casa del compadre rico, el pobre. Por ahí iba pasando. Como este señor era hacendado de todos animalitos, tenía una hacienda de chanchos que se daba vuelta ahí abajo de la casa. Y él va cruzando, el pobre, y ahí se le estaba muriendo una chanchita al compadre rico. Y le dice, entonces:

—Compadre, se le está muriendo una puerquita aquí.

—Sí, compadre. Hummm, como hay tanto no se arcanza aquí a dar de comer.

Le dice el compadre pobre:

—Regálemela, compadre, para llevármela.

—Llévela, compadre.

Ahí la llevó. Así que entonces llega el compadre pobre onde tenía a sus hijitos y su mujer. Ya verá que el que no tiene una cosa así:

—¡Ay! decían los hijitos— ¡Ay el porquito! ¡Ay, que este animalito!

Dice la señora, la mamá:

—Denlo comidita, chiquillitoh.

Ahí le daban la comidita, ahí comía. Desmayadita, ya estaba muriendo. Y a modo que la alimentaron, no se murió. Y le crió la puerca y al otro día se alimentó y se crió, puesto que le daban ya comidita. Con lo que no comían las criaturas, la alimentaban. Se crió. Una chanchota linda, se le crió bien bonita.

Cuando que al año se hizo ya dispuesta, cogió cría. Parió. ¡Y fíjese! Ahí parió. Cría los chanchitos, tan lindos y por ahí fue el hombre pobre teniendo ¿no? Cuando que, la puerquita volvió a parir al año otra vuelta, de modo que el compadre pobre llegó a tener ya algunos puerquitos. Ya tenía su manada de puercos, todo de esa puerca. ¡Caramba! Y el compadre rico lo veía. Dice:

—¡Caramba! —le dice a su mujer—. Ve, mi compadre tiene una fuerza de coche de la puerquita que se llevó, que se estaba muriendo.

—Sí —le dice la señora—. Dioh habrá querido que no se le murió.

—Vende, engorda chanchoh. ¡Caray! mi compadre no fuera pillo ¿quién sabe cómo estuviera?

—Dioh habrá querido —le decía la mujer.

—No —dice— ¡caramba! Yo quiero ir onde mi compadre.

—¿Y qué va a hacer? —le dice la señora.

—Yo quiero ir onde mi compadre, que de loh puercoh que tiene a mi me pertenece la mitad.

—¿Y por qué, pue? —le dice.

—¿No ve que yo le dí la puerquita?

Si se la hubierah dao en buena condición, en buen estao, entonce sí. Pero se estaba muriendo. Dioh no ha querio, no se le murió.

—No, yo voy mañana onde mi compadre. ¿Y cuánto tiene? ¿Ve? Está rico. De eso vive ahora.

Bueno. Y fue al otro día, le habló de abajo:

—Compadre.

—Mande, compadre.

—Véngase por acá —llamó abajo.

Ahí bajó el compadre. Estuvieron conversando un ratito. Y le dice:

—Bueno, compadre. Yo vengo a esto.

—A ver —le dice.

—De cuando le dí la puerquita, pue, que no se le murió.

—Sí —le dice—. Véalo, cuanto tengo ahora.

—Sí, así es que a eso vengo. Que lo que hay en la hacienda de puercoh me pertenece a mí.

—¿Y por qué, pue, compadre?

—Porque por mí fue, pue. Que si yo no le hubiese dao la puerquita. . .

—Pero, compadre, me la dio Usté que esa se estaba muriendo ¡caramba! Y antes que Dioh quiso, crió. Y también me ha costado, pue, siempre le he mantenido.

—No no, compadre, Usté me da la mitad de loh puercoh. Y él de que "No, compadre", que "¿Por qué?"

—Bueno, compadre —le dice el rico—. Si Usté no me da la mitad de loh puercoh, lo demando. Noh vamoh a la autoridad.

—Bueno, pue —le dice—, compadre.

—Y noh vamoh. ¿No me da la mitad así en buena amistad?

—No, compadre. Yo no le doy porque también me cuesta para tener.

—Bueno ¡vamoh!

Se fueron a la autoridad. Llegaron a la autoridad, habló este señor que era rico con el Teniente. Y ya le declaró cómo era.

—Ajá —dice el Teniente. Entonces va al pobre:— Vea, ¿cómo es? Diga.

Ya le dijo el pobre también, que eso había sido así, que el compadre se la había regalado. Cierto le pidió él, pero porque se estaba muriendo la chanchita. Se la regaló y se la llevó. Y no se murió, crió. Dioh habría querido.

—Ah —dice el Político—. Ahora stá claro. Entonce no hay un porqué.

—No, señor Teniente —le dice el rico—. Usté me hace dar la mitad de loh puercoh.

—No hay un porqué —le dice el Político—. Vea, amigo, una cosa que se regala no es para quitárselo. Usté no se lo va estar quitando, le hace dolor. Mas bien no le regale nada.

¡Ajó! Se levantó bravo el hombre rico. "Cuidado, señor Político. ¡Cuidado!" Y la gente, un alrededor ahí. Y ese rico "Que si no fuera hecho por mí, su compadre cómo se viera, cómo anduviera". ¡Ajo!

Y salió bien el compadre pobre, no hubo un porqué, el Teniente no le hizo entregar los puercos sino que se los dejara. Y la gente embrazando al Teniente Político, que "muy bien, muy bien". Se fue el rico adelante, echando espuma. También se vino el compadre pobre a la casa. Le dice la señora:

—¿Cómo saliste?

—¡Caramba! He salido una parte bien, pues hemoh declarado todo y ha dicho el Teniente que no hay un porqué. Que mi compadre me la regaló y todavía estaba muriéndose y no había un porqué. He salido bien en esta parte. Pero por otra parte mi compadre, adelante de gente, me hizo avergonzar, porque me ha afrentado que por él vivo. Y yo le he dicho "Compadre, si yo también yo puedo trabajar en otrah cosah, no stoy solamente a eso, a criar puercoh de la puerquita que se estaba muriendo y que fue suya." ¡Caramba!

Como tenía un chancho gordo encerrado ahí en un corral, le dice a la mujer:

—Yo me voy. Oiga, mañana yo me voy. A lah cinco 'e la mañana mata er puerco, que me hagah un rancho, que yo me voy mañana en busca de trabajo porque mi compadre me ha afrentado que sólo por él vivo. Mañana me voy en busca de trabajo. Máteme el puerco y vo te queda ahí con el resto, con too.

Así que mató, a las cinco de la mañana, el chancho. Pidió a la mujer que hiciera una comelona para aguantar por ahí hasta llegar a una parte onde encontrase trabajo. Así que la mujer le cocina pedazos de carne, le echa sal y con todo le hace un atado así, grande, de comida hecha. Podría mantenerse por algunos tres días, cuatro días si no encontrara trabajo. Al otro día salió de mañana. Cogió su alforja, cogió su poncho y cogió un camino:

—Me voy, mujer, Me voy a ver. Cuando ya tenga alguna platita, vengo.

Se fue, cogió un camino. Y el compadre vecino vivía al lado. Lo alcanzó a ver cuando iba allá con su alforja al hombro. Y dice que dice a su mujer:

—Ve, mi compadre ¿adónde se irá? Allá se va con su alforja al hombro y su poncho. ¿A qué se va? Se va a viaje ¿qué me dice?

No callaba el corazón el compadre rico. Ya hacía rato que había salido el compadre pobre y no regresaba:

—Caray, mi compadre no ha regresado. Ay, carajo, ¿ónde se habrá ido? Hoy lo voy a verlo po allá po onde se fue. ¿Aónde eh que se ha ido?

Se fue el compadre rico atrás. Por ahí salió, ya llegó al camino, ahíííí el rastro clarito onde había ido (como iba a pie).

—Este he mi compadre ¡caray!

A pie ese, en parte corría por ahí y se iba al alcance, pues que en el camino veía clarito el rastro. Y dale y dale. Ya bien tarde se lo va alcanzando lejos, ya que había salido de mañana ¿no? Ya iba lejos. Para eso, iba llegando también cerca de una montaña. Cuando lo alcanzó a ver, allá iba el compadre y le pega el grito:

—Hey, hey compadre ¡pare!

Se vira el compadre pobre y el rico hizo señas y se paró. Ahí se paró. Ahí llegó ya él, el compadre rico:

—¡Caramba, compadre! ¿Y aónde se va Usté?

—Ah, compadre, yo por aquí me voy a otrah parteh a buscar trabajo.

—¿Y por qué se va? —le dice.

—Caramba, compadre, que como Usté allá me afrentó que por Usté vivo. Yo toavía puedo trabajar, me voy a buscar trabajo, compadre.

—No, compadre —le dice.

—Sí, compadre, a eso me voy. Como Usté ayer me afrentó que por Usté vivo —le dice—. Yo puedo, todavía.

—Caramba. Bueno, compadre.

Estuvieron parados un ratito. Este hombre lleva, pues, ese atadón de rancho. Le dice:

—Bueno, compadre, venga pue pa comer. Vamo comiendo, aquí llevo rancho—. Y sacó el mantel y lo puso ahí. —Venga, compadre. Compadre, coma no má. Venga, compadre. ¿No quiere, no?

—No, yo no quiero —le dice.

—Coma no má—. Así que viendo que el compadre no comía, él comió, pero no mucho. —¿No quiere, compadre?

—No. Acabe pronto no má —le dice.

Así que entonces él se comió su poquito y amarró la alforja.

—¿Vo no quiere, Usté?

—No —le dice—, 'cabe.

Ya amarró, echó a la alforja el mantel. Le dice:

—Así que Usté no ha querido.

—No —le dice—, compadre. ¿Ya acabó?

—Ya, pero Usté no ha querido comer.

—Bueno, compadre —le dice—. Entonces déme un ojo.

—¿Quéééé? ¿Y por qué, compadre?

—Déme un ojo, compadre. Si Usté no me da un ojo, lo mato. Déme un ojo—. De una vez le sacó la daga y se le fue encima. —Si Usté no me da un ojo, compadre, lo mato ya mismo.

¡Ay! ¡el compadre pobre!

—Bueno —dijo—. Sáquelo, pue, compadre. (¿Qué más, pues?) Sáquelo.

Ahí le sacó un ojo al compadre pobre. ¡Imagínese! Mochado de un ojo. Así que el hombre queda ahíííí y dizque prendido de la vista, pues, con qué dolor. Le sacó. Ya descanzó un poquillo, le dice el rico:

—Compadre, déme el otro lado del ojo.

—Compadre, déjeme con este lado.

No no, si no lo mato.

Carajo, así que se dejó sacar, pues. Ahí lo dejó cieguito. Ahí lo dejó ciego. Y para esto ahí había estado un matapalo al lado y él cuando tenía la vista completa lo había visto. Y estando ciego se arrastró allá, adebajo de ese matapalo.

Para esto, el compadre rico se vino. Cogió los ojos que los sacó, los trajo y los dejó botados por acá. Y se vino largo a su casa. Llegó a su casa onde su mujer. ¿Qué, pues? a la mujer no le dijo nada lo que había hecho. Nada. ¿Quién, pues, sabía eso? Así que así fue. El rico dejó al pobre para que se muera ¿no?

Así que entonces el cieguito se arrimó al matapalo ahí al lado. Ahí cieguito, arrimado. Cuando que sintió que era de noche:

—Caramba —dice—, aquí me comen esta noche estoh animaleh bravoh en esta montaña. Me comen loh animaleh en la montaña.

Este hombre había llevado una soga en la alforja y él pensó: "Caramba, aquí puedo subir en este palo arriba." Como era la vista no más lo que no tenía, pues los brazos y las piernas estaban buenos, así que pensó y sacó la soga y con la punta del cabo amarró la alforjita de aquí a media alforja ahí, y con la otra punta se amarró aquí al pie. Y se jaló en el matapalo y se ha elevado por ahí para arriba. "Po ahí me voy pa arriba", dijo. Se fue arriba, arriba. Y sube y sube, y la alforja amarrada, el largo le dio hasta arriba. Para eso, cuando se fue hasta el cogollo de ese palo (palo matapalo era) y ya tocó las ramas, dice:

—Aquí el cogollo ya, con la rama. Aquí me quedo—. Ahí se quedó en una rama que hacía dos ramas. —Ahí sí—. Aquí me quedo. Aquí no me arcanzan los animaleh.

Ahí se quedó. Ese hombre quería dormir, pues, que estaba con los dolores de la vista. Toda la vista afuera. Cuando que serían once, doce de la noche, siente un rumor que venía así en el camino. ¿No ve que estaba al ladito del camino onde iba? Ahí no más estaba arriba en la rama. Venían conversando. Calladito. Cuando ¡trah! llegaron adebajo del árbol onde arriba estaba él. Ahí se quedan esos señores. ¿Quiénes serían, no? Ahí

se quedaron ellos. Ahí se han quedaaaado, conversando. Eran cuatro individuos. Y él escuchaba arriba. Cuando, en la conversa, dice que le dice uno al otro, de los cuatro:

—Oye. Y voh cuando ya conociste er mundo ¿qué has visto?

—¡Ah! Yo lo que he visto cuando conocí el mundo: que un hermano vive con una hermana. ¡Fíjese!

Entonces dice que le dice el otro:

—Eso está mal. Eso está mal, hijo —dijo así—. Eso está malo.

—¿Y voh qué ha visto cuando ya conociste el mundo? —le dijo el otro al otro.

—¡Ah! Yo lo que he visto cuando ya conocí el mundo: que un primo vive con una prima.

—Eso está bien, eso está bien.

Eran los diablos, pues, esos que se llegaron ahí esa noche. Ahí venían a conversar, a esa hora de las doce de la noche. "Eso está bien", dezque le dice. Y al otro, como eran cuatro, le dice:

—Y vo ¿qué ha visto cuando ya conociste el mundo?

—Ah, yo lo que he visto cuando ya conocí el mundo, que un ciego, con refregarse con el cogollo del matapalo, le sale la vista buena.

Y el cieguito estaba allá, al lado del cogollo del matapalo.

—¿Y vo que ha visto cuando conociste el mundo? —preguntaron ya al último.

—Ah —le dice—. Yo lo que he visto cuando conocí er mundo, que onde un río onde no haiga agua, con dar cuatro martillazos en una piedra corre el río lleno de agua, no seca.

—Eso está bien, eso está bien —dijeron todos.

Bueno. Entonces, pues, ya ahí completaron los cuatro. Ya quedaron en silencio esos caballeros, y se fueron. ¿No ve que ya se les había pasado la hora? Se fueron. Entonces el ciego ya empezó a jalar las ramas del cogollo y refriega la vista, y refriega la vista, y refriega la vista. Y cuando ya iba aclarando el día, iba aclarando la vista a él, el cieguito. Y jala cogollo. Cuando aclaró el día ya estaba con la vista buena, ya clarita. ¡Fíjese!

Entonces ya él de una vez bajó con su alforja y no regresó a su casa, sino que siguió largo, en busca de trabajo. Por allááá se fue. Ya iba con la vista buena. Y dale camino otra vuelta, y dale camino. Cuando que ya sería medio día, llegó a un punto onde había casas. ¡Caramba! y ahí el sol estaba duro. Y llega a una primera casa que estaba ahí. Habló:

—¡Hey! — Le salió una señora y le respondió. El le dice: —Buenoh díah, señora.

—Buenoh díah.

—¿Con quién vive aquí, señora, Usté?

—Con mi marido.

—¿Onde está su marido?

—Stá trabajando. Ya no má va venir otro momento.

—Déme una posadita, señora, aquí, para reposar un poco que voy a armorzar también, que está er sor duro.

—No hay, señor —dice—. No le doy posada.

—¿Y por qué?

—Vea, señor —le dice—, yo no le doy posada. Por aquíííí no anda naide, sólo nosotro vivimo aquí. Y para esto mi hombre es muy bravo.

—Vea, señora, má que sea abajo, déme aquí adebajo que voy pasando y ya mismo me voy.

—No, señor. No, ni abajo, porque mi marido viene, es muy bravo, es muy celoso—. Así que no le dio la posada porque era muy bravo el hombre ¿no? Entonces le dice (estaba un árbol ahí, así a los lados, así afuera de la casa), le dice: —Ve, vaise allá en ese árbol ahí. Ahí hace sombra.

No le dio la posada y el hombre se fue allá y quedó debajo de ese palo que hacía sombra. Entonces este hombre saca el rancho, y se pone a comer aquí entre medio de las piernas el mantel. Y se come todos esos pedazos de carne que llevaba. ¿No ve que ahí llevaba todo el rancho? Y come. Come estuco de carne. Y para esto, esa señora estaba encinta, esa al frente. Entonces baja de su casa y se va onde estaba el hombre comiendo.

—¡Ay, señor, vea. Me ha hecho desear Usté su comida. Mire que estoy encinta. Me diera un pedacito. Véndame un pedacito, señor, que me ha producido.

—No, señora. No vendo ni lo regalo, porque Usté no me dio la posada ni arriba ni abajo. Si Usté me hubiese dado la posada, yo lo regalaría, no lo vendería. Así que Usté no me dio, no lo regalo.

Y no le vendió ni le regaló. Así que se fue ella para allá, a su casa. El hombre acabó, terminó de comer, un ratito acomodó su alforja y cogió camino. Se fue por ese camino. ¡Dale! La señora llegó a su casa, pues, y a lo ratito le cogen los dolores. ¡Caray! Guindó la cama y ahí abortó. ¿No ve que no le vendió, éste? Ella deseó, pues. Abortó. Era un hombrecito. Nace muertiiito ahí la criatura. Y a lo ratillo ya llega el marido y como era un poco bravo tanteó la cama: guindada.

—¡Ay! ¿Qué eh que te pasa, pue? —le dice.

—¡Apura, hombre! Ve, que aquí me ha ido a doler, nació muerto mi hijo.

Cae el hombre:

—¿Qué cosa, diantre? ¿Por qué eh que te pasa esto?

—¡Caramba! —le dice—. Vea, por aquí ha pasao un hombre y aquí ha pedío posada. Vo, como soh tan bravo, yo no le quise dar posada, que ese hombre quería armorzar y no le di la posada que me pedía, ni arriba ni abajo. Como vo soh así. Y se ha ido a armorzar allá en el árbol ese y lo he deseado la comida que llevaba, tan bonita su comida. Y no me ha vendío ni me ha regalao porque no le di la posada.

—¿Quién eh ese?

—Yo no sé, pue, un hombre.

—¡Caramba! —dice—. Yo voy al arcance d'ese hombre.

Ese marido era casta de mala ¿no? "Que se le iba al arcance por áhy." Por ahí se fue. Yaaa lo iba alcanzando por allá bien lejos. Gritó:

—¡Hey, oiga!

Por ahí se paró. Le hizo señas de parar. Se le va encima el hombre, bravísimo.

—Oiga, amigo. ¡Caramba! yo me lo llevo preso ya mismo a Usté.

—¿Por qué así, amigo?

—Vea, Usté ha sido un malo. ¿Por qué no ma ha vendio su rancho que llevaba? Mi mujer se ha abortao ahí y Usté me va a pagar mi cría de que está muerto y Usté va preso. Vamo, vamo pa atrá.

Se lo trajo para atrás. Ahí se vino y pasaron a la Tenencia. ¡Fíjese! Se fueron a la autoridad. Llegó el hombre de la mujer:

—Señor Teniente, esto pasa: que este hombre ha sido así, que no vendió, mi mujer se ha arborta, y ahí está. Usté me lo hace pagar todo, porque este hombre eh malo.

—Ah —le dice el Político—. A ver, amigo ¿cómo era? Diga.

Ahí dijo, pues, el hombre:

—Vea, señor Político, yo no le regalé, no le vendí eh porque yo llegué ahí, le pedí posada, no me dio, ni arriba ni abajo. Me dijo que su hombre era bravo y por eso no me daba. Me mandó allá a un árbole que allá me fuera almorzar. Allá me fui. Fue, cierto, a comprarme. No le vendí porque no me dio la posada. Y yo le dije que si ella me hubiese dado la posada, no le vendería sino que lo regalaría. Y como no me dio posada.

—Está bien, está bien —dijo el Político—. Entonce, amigo, no hay un porqué. Puede ir no má.

—No, señor Político —el dueño de la mujer—. Usté me lo hace pagar la cría que me ha hecho arbortar por no venderlo.

—Ah —dice— ¿y cómo él te va da la cría, pue, a vo? Ahora si quiere vo que él te dé tu cría, dale tu mujer, pue, pa que él lo haga.

¡Cay! Así salió bien el hombre. Habían declarado ahí. No le hizo autoridad el otro, el Político no encontró un porqué. Y él se fue avante. Y dale y dale. Ya se fue.

Al otro día llegó a un pueblo, pidiendo agua:

—A ver, señora. Regale un poquito de agua.

—Ayyy, señor, no eh porque no la quieramo dar. Aquí estamo hasta careciendo de agua ¡caramba! Porque el agua noh viene de otra parte por tiempo. No tenemo.

Le dijeron claro que no tenían. Le dice el hombre:

—Ah, bueno. ¿No hay agua?

—No, no tenemo agua.

Le dice:

—Vea, señora. Avise a suh vecinoh y todo aquí de su pueblo, que si me pagan lo que yo cobro, ya mismo leh lleno el río de agua.

—¿Cierto, señor?

—Sí —le dice—. ¡Vaya y avise!

Por ahí esa mujer se fue, se bajó:

—Oiga, que ha llegao un hombre que si le pagan lo que cobra, llena el río de agua.

—¿Quién —Ahí llovió la gente—: ¿Usté eh que dice?

—Sí —les dice.

—Bueno, si Usté cumple con eso, se le paga lo que Usté cobra.

—Ya stá, eso eh lo que quiero saber. Me pagan, ya mismo tienen agua. Y no les secará.

—Ah, vamo a ver. Se le paga. Toditoh amigoh, pagamo.

—Ya stá. Quiere el agua, pue, diga Usté ¿no?

¡Caramba! Se fue al río. Tanteó una piedra y cogió un martillo y le da cuatro martillazos. De hecho corrió ese río de agua, llenito. Esos señores contentísimos.

Ahí se hizo de a plata. ¡Fíjese! El pobre, sin trabajar, se hizo de a plata. Ahí la gente venía:

—¿Cuánto quiere Usté?

—Déme tanto—. Lo que él quería, pues, cobraba. Ahí se hizo de plata, de algunos miles, ¡caray! el hombre. Los que no tenían tanto dinero, le daban mulares. Porque él dijo: —Bueno, el que no tiene plata me da un mular—. Ahí le daban un mular. De modo que ahí en ese pueblo reunió once mulares. Y él que era poquísimo de plata, ahora estaba con tantísima plata y con once mulares. Buscó un señor que también tenía dinero, para dejar guardado su dinero; y a un otro señor quien le cuidara los mulares.

Y siguió adelante. Cogió su alforja y se fue. Y adentro de la montaña onde iba, estaba tascoso. El hombre se arremangó el pantaloncito hasta acá, para no enlodarse. Ya por ahí iba con lodo en las piernas, por esa manga lodosa. Y él avante con su alforja.

Cuando que allá iba, alcanzó a ver uno que estaba allá en el camino. Estaba ese hombre ahí parado. "¿Qué hacía?" "¿Qué eh eso?" Y él avanza, avanza. Ese era un viajador que iba en ese camino y ahí, como estaba atascoso, un mular se le había atascado. Estaba hasta aquí el mular, las piernas presas ahí. "¿Acaso su dueño podía sacarlo?" "¿Onde, pues, él solo?" Estaba ahí atascado, cuando el otro fue pasando. Iba en su camino pasando. Entonces, que ya iba pasando, le dice:

—Oiga, amigo. ¡Hey! Buenah tardeh.

—Buenah tardeh.

—¿Para ónde va Usté?

—Por aquí voy en este camino —le dice.

—Oiga, amigo, vea. Déme una manito que mi macho se me ha atascado aquí. No lo puedo sacar.

—Bueno, amigo—. Viró, puso la alforja ahí. —Bueno, vamo amigo a darle la mano. Yo voy a alzar del pecho del mular y Usté va a alzar del rabo.

—Bueno, amigo.

—Así que, espérese, déjeme acomodar—. Va, pues, donde el macho y se acomoda el hombro aquí en el pecho del macho para suspenderlo. Acomodó el hombro. —Ahora sí, amigo. Coja el rabo y asuspenda. Ahora sí, haga fuerza.

Levantan para arriba y el dueño del mular levantó el rabo y se le arrancó el rabo al macho. Todo se le arrancó el rabo ¡caramba!

—¡Ah, caramba! —dijo el dueño del macho—. Vea, arrancarme el rabo del macho.

—Señor, no tengo curpa. Usté me dijo "déme una manito", se ha arrancao, pue.

—No no —dice—, hágase cargo ese macho. Yo no quiero macho colín.

—Caramba, amigo, pero si yo no tengo la curpa.

—No no. Usté se hace cargo del macho porque yo no quiero ese macho colín.

—¿Y qué, señor? ¿Yo por qué voy a pagar, a hacerme cargo?

—Vamo a la autoridad—. También se fueron a la autoridad. ¡Fíjese! Llegaron a la autoridad, ya el diantre ese, el dueño del mular, de una vez y habló con el Político: —Señor, éste me ha arrancao el rabo del mular, y Usté me hace pagar mi macho.

—Ah, bueno, vamo a ver. A ver, venga Usté. ¿Cómo eh?

Le dice:

—Vea, señor. Yo ia pasando en el camino y este señor estaba con su mular ahí atascado y él me ha llamado que le dé una mano para a ver si lo sacábamo. Yo arcé del pecho del mular y le dije "Arce del rabo" y él lo cogió y lo arzó y se arrancó.

—Ah, entonce Usté no tiene curpa —le dice el Político—. No tiene curpa.

—Pue, no, señor Teniente. Usté me hace pagar, yo no quiero ese macho.

—No tiene curpa ese hombre.

—Sí, señor, así fue. No que yo le hice arrancar de a propósito, sino que me pidió, lo arzamo, se ha arrancao.

—No, entonce no hay un porqué —dijo el Político—. No hay un porqué.

Y el otro en pendencia, y que "Usté me hace pagar mi mular, yo no quiero ese macho colín".

—Bueno —dice el Político—. Si Usté no quiere ese macho colín, entonce lléveselo, pue, Usté —le dice al hombrecito—. ¿No dice que no lo quiere?

—No, señor. Usté me hace pagar, yo no quiero ese macho colín.

—Lléveselo, amigo. Lléveselo. Coja.

Ahí cogió el mular, pues, el hombrecito y se lo llevaba. Allá iba. Entonces dice el dueño del mular, al Político:

—Caramba ¿así que el señor Teniente no me hace pagar el mular?

Contesta el Político:

—Pero si ese hombre no tiene curpa. Usté le obligó. ¿Qué curpa puede tener él?

—¡Caramba! Hágame pagar mi mular, señor Teniente.

—No —dice—. Usté no lo quiere. Si lo quiere, anda ar arcance, que venga acá.

Y se va al alcance ya otra vuelta, el dueño del mular. Allá iba el otro por ahí.

—¡Ven acá! —Y lo trajo para atrás. Llegaron ahí: —Aquí está, señor Teniente.

—Bueno —dice el Teniente—. ¿Cómo eh? ¿Va recibir Usté su macho así colín? ¿O que él se lo lleve? Por úrtima vez, vamo.

—No, señor Teniente. ¿No le digo que me haga pagar y que yo no quiero ese macho colín?

¡Ajo! esê Teniente. Ya de mala ¿no? ¡Ajo! Dijo al hombrecito:

—Oiga, amigo. Lleve Usté el macho. Vamo, ande. Llévelo. Pero si mañana que amanece, amanece el macho con rabo, déselo a su dueño ¿ah? (¡Qué le iba a criar el rabo, si había arrancado!) Y si no amanece con rabo, es de Usté, pue, pa siempre. ¿Tá bien así? —preguntó al dueño del macho.

—Así tá bien. Si manece con rabo eh mío, y si no que él se lo lleve de una vez.

—Ah, bueno.

Se lo llevó. Y ahí viró para atrás. Viene el hombre a dormir onde había dejado los once mulares guardados y onde había dejado todo el dinero. Ahí completó doce mulares. ¿No ve que había dejado once? Completó doce. Fue onde el señor con quien había dejado el dinero, ya pidió su dinero y ya también le entregaron los mulares. Este hombre esa noche no duerme de estar pensando: "¿Qué hago con todo este dinero? Yo ya me voy de aquí para atrá." Se hizo de esa plata sin trabajar. Pensó

esa noche: "Yo, mañana, este dinero le voy a llevar todo invertido en vívere."

Al día siguiente se fue comprando quintales de comida, comprando fardos de arroz, de todo. De modo que hizo doce cargas para los mulares. Todo lo llevó cargado:

—Y ahora sí, me voy.

Se fue con sus mulares cargados y él atrás. Como era Dios quien hacía eso, en ese día mismo llegó a su tierra. Temprano del día se llegó, con doce mulares cargados de todo ¿no? Llegó y el compadre rico, quien le había sacao los ojos, como vivían vecinos, pues claro, ahí estaba viéndolo que llegaba. Cuando llegó, dice el compadre rico a la mujer:

—¡Caray! Ya viene un cargamento ¿qué eh? ¿Quién será? Toditoh son mulareh. Estoh no son de aquí, eso son mulareh de fuera. Este eh alguno que viene con negocio aquí.

Y avanza y avanza ya. Cuando que ya más cerca iba, dice que dice el compadre rico:

—Caray, parece mi compadre—. El que le había dejado sacado los ojos. —Parece mi compadre—. El creía, pues, que se había muerto. —Parece mi compadre que viene allá.

Se asoma la señora:

—Sí, ese es mi compadre que ahora no má viene desde cuando se fue—. Y más cerca. Y ese aquí de una vez encaminó las bestias a su casa. —Ese es mi compadre —dijo la señora del rico.

—Cállate. Este es arguno. Atrá han de venir loh dueñoh. (Porque él iba solito arreando los mulares.) ¡Caray!

Llegó a su casa. Este hombre tenía sus hijos. Bajaron los hijos, descargaron los mulares, y arriba con las cosas, arriba, arriba. Y ahí desensillaron los mulares y los amarraron afuera por ahí. Y el compadre rico:

—Caramba ¡Hay de bieneh! ¡Hay de bieneh! ¿Qué compadre que ha traído esto? Ha de ser arguno que vendrá por áhy amañana o ahora—. No se hallaba el compadre rico. Más tardecito veía que "¡Caray!" Ya él tenía una bulla en su casa

con su familia, el hombre rico. Cuando que dice: —Voy onde mi compadre. Voy onde mi compadre a preguntar.

La señora de él no sabía que él había dejado al hombre sin ojos. ¡Qué le iba a conversar! No sabía, pues. La señora del otro, lo mismo. Nadie sabía. ¿No ve que el rico no había dicho a nadie? Cuando que ya llega:

—Compadre.

—Mande, compadre —le dice de arriba, él.

—¿Ya llegó?

—Ya, compadre. Ya vine, compadre—. El otro no lo negaba, pues. —Ya vine, compadre. Véalo, no m'he muerto desde cuando yo me fui que me fue Usté al arcance y me fue a dejar sin sojoh pa que me muriera—. ¡Ajo! así dijo. ¡Fíjese! "Que Usté me fue a dejar sin sojoh." —Ya vine, pue, compadre.

—Calladito, compadre —imploró el rico—. Bien calladito—. Que no sabía nadie. Pero él había dicho a toda voz, pero la gente no se dio cuenta, pues, de lo que estaba diciendo él. —Venga acá pa conversar acá abajo—. Ya bajó, lo saludó: —¿Cómo está, compadre?

—Aquí bueno —le dice.

—¿Ya regresó?

—Ya, pue. Que Usté me fue a dejar allá pa que me muriera, que me sacó loh ojoh.

—Calladito, compadre —le decía él—. Calladito. Entonces le dice: —Caramba. Bueno, compadre ¿y qué eh este cargamento que ha traído, este vívereh?

—Compadre, todo lo que ve que he traído, todoh estoh mulareh son propiedad.

—¿Suyos son, compadre?

—Sí, compadre. Ya ve ¿no le dije que podía yo trabajar, cuando Usté me fue a demandar y me afrentó que yo por Usté vivía? Pues todo eso es mi trabajo. Todo es mi trabajo.

—No, compadre.

—Sí.

—Caramba, compadre, convérseme. ¿Cómo ha sido su suerte? Convérseme, compadre. ¿Cómo ha sido su suerte?

—Vea, compadre. Yo le voy a conversar.

—Sí, compadre, convérseme.

El otro no le negó nada. Los dos abajo. Y ahí le fue conversando todo, pues, de cuando lo fue a dejar allá, que le sacó los ojos y lo dejó al lado del matapalo y en la noche se elevó arriba. Todo le fue indicando cómo era. Todito. Y él escuchando.

—Vea, compadre. Yo mi suerte fue ahí en el palo onde Usté me sacó loh ojoh. Yo ahí en la noche me subí arriba del palo, en el matapalo y me fui al cogollo. Y estando allá, a lah doce de la noche vinieron cuatro hombre, señoreh, ahí, a conversar ahí adebajo. Y yo estaba oyendo eso.

El le va conversando cómo fueron estos caballeros. Dice:

—Y vinieron elloh y dijeron todah estah cosah. Yo estaba despierto, oyendo. A lah doce de la noche. Y así ha sido mi suerte, que yo he hecho eso y me salieron la vista bueno con refregarme con la hoja del matapalo.

Y todo: cómo puso el agua, cómo se hizo de plata, cómo se hizo de los mulares, todo. Todito le conversó. Entonces le dice el compadre rico:

—Compadre ¿cierto? ¿Así ha sido?

—Así fue mi suerte, compadre —le dice—. Dioh por una parte 'tuvo mal y por otra parte ha estado bien, que por ahí así ha sido mi suerte.

—Ay, compadre. ¿Así ha sido su suerte, no?

—Sí —le dice.

—Bueno, compadre. Vay y déjeme a mí también allá onde le dejé.

—Humm. . . , compadre. Si Usté quiere, pue.

—No, compadre, vamo. Ya mismo voy a mandar a dejar hecho un poco de rancho pa llevar. Noh vamoh. Como muy a lah seih noh vamo de aquí, de mañana para llegar allá temprano. (Era lejos la montaña.)

—Bueno, pue, compadre. Si Usté quiere.

—No, compadre. Duerma listo que yo vengo listo para irme, mañana.

El hombre subió, se descuidó. Y el rico, pues, a las cinco de la mañana ya estuvo haciendo el rancho con la mujer para llevar en un atadón, también. ¡Caray! Estaba ya, pues, que se amanecía, cuando de una vez, a eso de las seis, le va hablando al compadre, de abajo:

—¡Compadre! ¡Compadre!

—Mande —le dice.

—Ya, ya stá listo. Venga, venga, que ya noh vamo.

Sale el compadre afuera. "¡Caramba! va listo con la alforja."

—¡Caray! —dice— ¿Qué? ¿Se va siempre, compadre?

—Sí, pue. ¿No le dije que noh vamo? Vamo, vamo —le dice.

—Caramba, compadre. Yo no quiero ir.

—¡Venga, compadre! Pa eso me fuera dicho "No voy". Si yo vengo listo.

—Bueno, pue, compadre. Vamo.

Y se fueron. Ahí cogieron camino. Ya con el compadre rico adelante, iba con la alforja:

—¡Corra, compadre! Apriésese. Vamo apriesa pa llegar pronto.

Se fueron. Dale camino y dale camino. Tarde el día bien tarde, cuando dice:

—Veálo, compadre. Aquí eh que lo dejé, pue. Aquí, este eh er palo, pue. Ese eh que está ahí. Aquí fue, aquí noh quedamoh.

—Ahora sí, compadre. Vamo, venga—. Le sacó el rancho del atadón: —Venga. Coma, compadre. Vamo comiendo, pue, compadre.

—No, yo no quiero.

—Como Usté que ahí tiene a la disposición que quiera. Coma—. El rico se llenó todo; él no quiso, el compadre pobre. Y él no comió. Ya acabó de comer el rico: —Ya. Bueno, compadre ¿Usté no ha querío?

—No, no —le dice—. ¿Ya comió?

—Ya me llené, compadre—. Amarró el atado otra vuelta y amarró. —Ahora sí, compadre. Sáqueme un ojo.

—Caray, compadre. Yo no lo saco.

—Saque saque, si no lo mato—. ¡Fíjese! "Si no lo mato." ¿Qué más, pues, podía el compadre pobre? ¡Tazzz! fuera un ojo. ¡Ajo! quedó doliendo. —Compadre, sáqueme el otro ojo.

—Compadre, quédese con ese uno no má.

—No no. Saque si no lo mato—. ¡Carajo! Afuera el otro ojo. Le dice: —Bueno, compadre. Váyase, llévese esos ojoh. (¿No ve que él así había hecho?) Llévese esos ojoh.

Ahí se fue, pues, el compadre pobre. Cogió esos ojos, los tiró en un hueco por ahí. Y regresó a su casa. Llegó allá allá a su casa.

Y el rico, pues, había llevado la alforja, todo llevó, soga y todo. Por la noche amarró la alforja y se amarró también ahí y atocó el palo y se elevó arriba. Iba a hacer lo mismo que el pobre. ¿No ve que le había oído todito cómo había sido? Caray, pero ese era de esos palos grandes en que ahí no muy alto ya reparten las ramas. Se va él subiendo y llegó ahí cerca, al primer brazo del palo.

—¡Ajó! —dice— Aquí no má me quedo pa oír más claro.

Ahí bajito se queda, pues, en el primer brazo del palo. Ya no subió al cogollo, quedó ahí "Pa oír má pronto, pa oír bien." Ahí se ha quedado. Se montó en el palo así con las piernas para abajo, las dos piernas. Ahí se quedó a caballo en el palo ahí, grueso, esperando a ver qué hora venían. Doce, once de la noche serían cuando ¡tra! el rumor.

—Ahí vienen, esoh son.

Venían esos cuatro diablos, que ahí venían ellos a conversar en esa hora ¿no? Ahí mismo adebajo. Ahí se llegaron, ahí se quedaron. Ahí estaban y el rico arriba, calladito. Cuando que, uno de los cuatro que llegaron, dice:

—Como que hiede a carne humana.

Y se levanta, atocando y alcanza las piernas que estaban ahí. ¡Bulundún! abajo. Ahí cayó. Ahí le brincaron todos

cuatro y se lo comieron vivo. ¡Vivo! Ese sí se lo comieron. ¡Fíjese la envidia! Caray, se lo comieron vivo, vivo. ¿No ve que él no subió al cogollo por oír más pronto? Y era riquísimo.

De ahí, pues, como digo, ya se lo comieron y el hombre pobre se vino. Un día, ya el pobre estaba así en su casa, cuando la mujer del rico viéndolo, dijo: "Mi compadre vino má pronto que la otra veh que se fue. Y mi marido no aparece y ya hacen muchos díah." Se ha venido onde el compadre pobre, la comadre mujer del rico. Ya llegó:

—Compadre.

—Mande, comadre.

Subió:

—¿Cómo está aquí?

—Bueno.

Y saludó la familia. Le dice:

—Compadre, yo vengo a preguntarlo que su compadre cuando se fue, pue, con Usté, que se fueron para allá, no ha venido. Y desde cuando Usté se fue, Usté vino má pronto y éste ya no aparece.

—Comadre, tal vez se ha muerto, pue—. El no le negaba las cosas. —Se ha muerto, pue. ¿No ve que él cuando me fue a dejar a mí, me sacó los ojoh para que me muriera y yo y Dioh quiso no me morí? Y así mismo por eso, él me dijo que lo fuera a dejar. Yo le saqué los ojoh y po ahí quedó sin sojoh. Tal vez se habrá muerto, pue.

También su señora ahí vino a saber, tanto la una como la otra. Ya les contó todo: "Así me hizo mi compadre."

—¡Caray! —dijeron.

¿Qué más, pues? Hasta ahora no vino más. Que ahí se lo comieron los diablos. Merecido.

EL HOMBRE POBRE QUE NO APRENDIO LAS LECCIONES DE DIOS

Un joven fue en busca de trabajo y por el camino encontró a un hombre que también estaba en lo mismo. Siguieron juntos. Ese hombre repartía su comida con el joven. Le encargó que matara un borrego y le reservara un riñoncito. Pero el joven comió los dos riñoncitos, hasta que llegaron a una ciudad. El hombre, que era Dios, resucitó a un muerto y el joven quiso hacer lo mismo y no pudo; lo llevaron preso por eso. Dios lo ayudó nuevamente, pero el joven no supo resistir los vicios y murió pobre pobre.

Este era un joven que fue en busca de trabajo. El se recomendó a Dios y dijo a su familia:

—Mamá, yo me voy a buscar trabajo porque aquí no tengo trabajo.

Se fue el hombre. El era pobre, por ahí cargaba unos cuatro reales, compró pan; con eso se fue. Cogió un camino y se

fue por ahí, ese día. Por allá ya lejos encontró un hombre en el camino y éste le preguntó:

—Olá, amigo ¿aónde va?

—Por aquí, señor, yo voy en busca de trabajo y onde encuentro trabajo ahí me quedo.

—Ah —le dice.

—¿Y Ud. para ónde va?

—Por aquí ando también en eso mi'mo.

—Bueno, entonce vámono de aquí par'atrás. Puede que encontremo trabajo por ahí.

—Bueno, ya.

Y este hombre iba andando, en el camino iba comiendo su pancito. Le alcanzó el ótro:

—¡Caramba, amigo! ¿Va comiendo, pues?

—Sí, un pan.

—Bueno, me parte, pue.

Vio el otro dos pancitos. Ahí le dio uno. También le dio un pedacito de queso. Así se hicieron amigos. Se fueron para atrás. Por ahí se fueron. Y dale camino y dale camino, ellos por ahí ¡caray! se iban. Cuando que por allá llegaron. Y ahí al lado del camino había un saibo, de esos árboles grandes y verdes. Era un saibo que estaba ahí. Y ellos iban rendidos. Le dice el ótro, el hombre:

—Descansemos, amigo, un ratito, aquí.

—Bueno —dijo el joven.

Y ellos ya no llevaban rancho y era tarde. Se había acabado los dos pancitos. Dice el joven:

—¡Caramba, amigo! Por aquí no llegamo ninguna parte. No hay casa, pue.

—No no. Es porque no llegamo toavía.

—¡Caramba! Y es tarde y ya hace hambre, pue.

—¿Ya lleva hambre? —le dijo el hombre.

—Sí —le dice—. ¿No ve que ya son horas uno de comer?

—Ah, bueno—. Estaba sentado ahí en la raíz del saibo. —Ah, bueno, amigo. Entonce vea, amigo. Dése vuelta hacia el

otro lao ahí. Ahí está un borrequito; tráigalo acá—. Así que entonces el hombre se fue, dio la vuelta al palo, no encuentra nada. Dio vuelta otra vez al palo y viró acá—. ¿Qué fue?

—No hay nada por ahí, amigo. No hay.

—Ah, entonce espere que ya regreso—. Fue él y trajo el borreguito que estaba detrás del saibo. ¡Caray! —Aquí está —le dice—. Mátelo pa que coma.

¡Ajo! había dado vuelta al palo y no había visto el borreguito. "¿Cómo eh eso?"

—Mátelo pa que coma —le dice el hombre.

—No llevo fó'foro ¿y cómo que vamo a cocinar, pue?

—Aquí te cargo un fó'foro. Mate, que comamo máh que sea asao.

Mataron el borreguito. Prendieron la candela. De hecho asar y comer. Así que el hombre lo dejó ahí cocinando. Dice:

—Cocina, amigo. Y coma hasta donde quiera, para mí no me deje naa, que yo voy por acá que ya regreso—. Pero dijo bien claro: —Oiga, téngame estito para mí: loh dos riñoncito. Hacémeloh por ahí bonito. Sólo loh doh riñoncito eh lo que quiero pa mí. Téngaloh acá y como Usté lo que quiera, pero no loh doh riñoncito. Y el resto guarda para mañana en er camino.

—Bueno.

Se fue él, el hombre, por ahí a andar. Y el joven asó y comió. Y después asó los dos riñoncitos en un palito, ensartados. ¡Y se asaron tan lindo los dos riñoncitos! "¡Caramba!" dijo, "tan lindoh". Cuando que ya a lo rato ya viene el hombre:

—¡Jay! ¿Qué fue, pue, mi amigo? ¿Ya merendó?

—Ya —le dice—. Ahí tiene Usté las piernita.

—¿Qué?

—Asadah. Sirve eso pa el camino —le dice.

—No no, amigo. ¿Qué fue de mi encargo que te encargué, de loh doh riñone?

—Ah, bueno —y va sacando unito—. Ah, bueno, señor. Este unito no máh tenía el borreguito.

—¿De veras?

—Sí, pue.

—Ah, pero si too animalito tiene doh.

—No, señor. Este unito no máh tenía.

—Bueno, bueno.

Se lo comió. ¿Qué más, pues? si el amigo le había dicho que "Unito no máh tuvo ese borreguito". ¡Caray! Por ahí ya los cogió la noche, por ahí durmieron, al otro día amanecieron. Otra vuelta fue hora de comer. La hambre otra vuelta. ¡Cay! Prendieron candela. En fin que ya en el camino se terminó el borreguito. Y por ahí se fueron. De tarde dieron puerto a una casa que estaba solita.

—¡Caramba! ¿Y esta casa? —dijo el joven.

—Vamo arriba, amigo—. ¡Fíjese! El otro hablaba firme, sin dudas. —Vamo arriba, amigo.

Se vienen arriba. Y el joven:

—¡Caray! Esta casa ¿de quién será? Está sola.

Y miran para adentro. Había una mesa, había tres pilas de plata así. Empilada esa plata así. Nadie, silencio. Entonces le dice el hombre:

—Y yo aquí ¿no hay naide? Esta plata eh pa nosotro, pue. Llevémola. Coja una pa mí —le dice.

El joven cogió un pañuelo de plata. El hombre también cogió su parte. Quedaba el tercer pilo. ¿No ve que eran tres pilas y ya se habían cogido dos, cada uno la suya? Quedaba el último pilo. Dice el hombre, al joven:

—Coja Usté, compañero, el pilo qu'está ahí. Porque este pilo es para el que se comió el otro riñoncito del borreguito.

—Ah, bueno, eso mi'mo eh, pue. Yo me lo comí.

¡Ajo! Ahí, pues, el hombre le quitó la mentira. ¡Fíjese! Y para esto, éste era Dios que le había salido a este joven. ¡Caray! El joven cogió el último pilo de plata, dos pilos para él y uno para el hombre. El hombre no dijo nada. Cogieron la plata y se fueron. Dale camino y dale camino ellos. Por allá llegaron a una ciudad. Ahí en la ciudad va el hombre y le dice:

—Compañero, aquí vamo a comprar una casa.

—Bueno.

Y compraron la casa, porque la habían encontrado. ¡Linda casa! Entonces le dice el hombre:

—Oiga, vea, compañero. Nosotro vamo a recorrer siempre. Usté se va a ir por una parte y yo por otra parte. Si por argún caso Usté viene primero, ya sabe la casa. Llega a la casa. Y si yo llegó primero, también llego a la casa y aquí nos encontramo.

—Bueno.

—Entonce, vamo.

Dejaron esa casa comprada y se fueron por ahí. Dale y dale. Por allá iban en un camino y llegaron a una parte en que ahí estaba un muerto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntaron.

—Se ha muerto un muerto.

—Ah, bueno —dice el hombre—. Oigan, si Ustedes me pagan lo que yo leh voy a cobrar yo leh puedo resucitar er muerto—. ¡Fíjese! Que "podía él resucitar er muerto".

—¡Como no! —le dijeron—. Ven, amigo, si lo resucita se le paga.

Entonces el hombre, pues, que era Dios, se prepara para resucitar al muerto:

—¿Usté eh de la familia der cadáver? —pregunta.

—Sí —le dice éste que ahí estaba. Y el joven mirando.

—Bueno, tráigame una tarea de leña verde—. El familiar del cadáver trajo la tarea de leña verde. —Ahora sí, tráigame una escoba nueva y un bejuco nuevo, que naide lo haya tocado. Tráigame eso—. Ahí lo trajeron. —Ahora sí. Busque un tarro de querozén—. Le trajeron el tarro de querozén. —Ahora sí, bájeme er cadáver y póngame encima 'e las leñas.

¡Ajo! Pusieron el cadáver encima de las leñas.

—Ese hombre —dijeron— ¿quién eh? Que ha venido a quemar er muerto. Que aquí no se quema, sino que se entierra. Ese hombre ¿quién eh, pue?

—Déjemelo un fó'foro —dijo el hombre.

Prendió el fósforo y ahí se ardió. ¡Fíjese! Y la gente alborotada. ¡Ajo! Se hizo ceniza el muerto.

—Vea éste que qu'ha venio a quemar er muerto. Tanta ceniza ahí ¡caray! Oiga, amigo ¿de ónde eh Usté? Oiga, vamo a l'autoridad.

Cuando que hecho ceniza, todito desapareció el muerto. Entonces dice el hombre, que era Dios:

—Coge la escoba y ayunta toa esa ceniza.

—Ah ab, bueno.

Ayuntaron toda esa ceniza. Hicieron un montón de ella ahí en la leña.

—Ya está listo —le dijeron.

—Ve, páseme er bejuco—. Le pegó tres bejucazos a la ceniza esa. Y le dice: —¡Levántate, muerto flojo!— Así como digo: coge el bejuco y le da tres bejucazos en el montón de ceniza. —¡Levántate, muerto flojo!

De hecho se levanta ese muerto, vivo. Ahí lo levantó vivo. ¡Caray! Esa gente admiradísima, pues. Lo había quemado y con darle los tres bejucazos lo envivió. Ahí vivo. Al hombre le pagaron lo que él cobró, pues. Envivió a ese muerto. Ahora sí, salieron de ahí. Se fueron.

—Vamo, amigo, a camino nosotro.

Salieron por ahí, para otra parte. Por allá iban lejos, cuando se presentaron dos caminos: uno salía por aquí, el ótro, por acá. Dice el hombre, que era Dios:

—Bueno, amigo. Aquí sí, Usté se va por éste, yo me voy por acá. Que algún día nos encontramos.

—Bueno —le dice.

—Y si Usté va primero a la ciudad, se va a la casa. Y si yo llego, ahí lo espero.

—Está bien.

Ahí sí, ya se dividieron. El hombre se fue por allá y el joven, por acá. Y le dice el que había bejucado; le dice:

—Oye, compañero. Cuidao, pue, no va a hacer lo que hice yo. Eso te encargo ¡cuidao! —Le recomendaba que no hiciera

lo que había hecho con ese muerto. —¡Cuidao, no vay a hacer!

—No, compañero.

Bueno, se fueron. El uno por allá, el otro por acá. Avanzaría un poco del camino, el joven, cuando allá estaba un pueblito. Ahí llegó a una casa:

—A ver, señore, regálenme agua—. Y le dieron agua. ¡Caray! —¿Qué pasa por aquí, señore, qué hay?

—Naaa, pue. Aquí no hay na, señor —le dice una señora—. Sólo un muerto que está allí en esa casa.

—¿De vera?

—Sí —le dice—, se ha muerto un muerto.

—¿Cuándo se ha muerto?

—Ayer se ha muerto.

—Vamo allá—. Allá se fue. Llegó allá: —A ver, señore, a ver. ¿Cuáles son loh dueñoh de aquí del cadáver del muerto?

—Aquí somo, aquí loh que estamo en la casa.

—Vea, señore —dice—. Si Ustede me pagan lo que yo cobro, ya mismo tienen vivo er muerto.

—Caramba, si fuera lo que Usté dice se le pagaría no solamente lo que dice Usté.

—Por eso le digo. Ya mismo si Ustede me pagan, ya stá vivo.

—Bueno ¡vamo a ver! Pero eso sí —le dicen—, va cumplir, cuidao. . .

—No no. Venga no má.

—A ver, vamo, pue. Bajen, tráigame una tarea de leña verde. (Tal como había visto al otro ¿no?) Tráigame una tarea de leña verde.

—¡Como no!

En seguida la leña.

—Ahora sí. Búsqueme una escoba nuevecita y un bejuco que no haiga pecado naide que le haiga cargado. Y tráigame la escoba y tráigame un tarro de kerosín. Y bájeme el muerto abajo—. Ahí lo bajaron y él hizo la misma operación del otro. Pusieron el muerto encima de la leña. —Ahora sí, rieguen el tarro 'e kerosín.

¡Caray! lo regaron. Y ¡ras! el fósforo se ardió también. El muerto se hizo ceniza ahí con toda la leña. Y la gente ahí alrededor viendo. Tantísima gente, pues diga ¿una cosa así, no? ¡Caray! Cuando esa gente:

—Vea —dicen—. Ha quemao el cadáver del muerto.

Y lo tomaron. Ahí sí lo tomaron, que iban a llevarlo a la autoridad.

—No no —dice el joven.

—Llévenlo preso, ve. ¡Venir a quemar el muerto! ¡Caramba! —decían— Cojan, tómelo ya.

—Espérense, amigoh, que ya van a ver —dice—. ¡Tráiganme la escoba! —le llevan la escoba. Ahí hizo pilo de ceniza y viene: —Tráiganme el bejuco—. ¡Carajo! Y le da ese bejucazo: —Levántate ¡muerto flojo!— Las cenizas cómo brincaban para allá, de los bejucazos. —¡Y levántate, muerto flojo!

¡Caramba! ¿Cuándo qué, pues? Ya no levantaba nada, pues. Y todos ahí. ¡Caray! que lo cogieron y lo llevaron preso.

—¡Caramba! —dice él.

—Vete vete. Ve, pónganlo a la cárcel ¡carajo!

Preso fue. ¿Qué, pue? si él no era Dios. El otro sí que era Dios, el compañero del camino. Así que entonces, preso el joven ahí. ¡Caray! y con penas. Dijeron:

—Este se va a las penas. Mañana lo mandamo.

Lo estaban alistando, que lo mandaban no sé adónde. Y entonces en eso estaban, cuando lo sacaron que ya lo mandaban, cuando ¡tras! se le presentó el compañero por allá en el camino. ¡Fíjese!

—Hola, compañero ¿qué eh que te pasa?

—Caramba, compañero. Me llevan preso, pue.

—¿Y por qué te llevan preso?

—Caramba, compañero. Onde vine había una casa y un muerto. . .

—Lo que te encargué que no fuera a hacer lo que había hecho y fuiste a hacer.

—Caramba, yo creí que también ia a hacerlo.

—¡Carajo, compañero! Vea ¿y aónde ha hecho eso?

—Aquí no má—. ¿No ve que recién lo llevaban? —Aquí no má.

—Vamos allá. Vamos allá.

Cuando que ya llegaron allá. Y todavía esa ceniza un poco para allá, otro poco para acá, de los bejucazos que le había dado. ¡Caramba! Dijo el hombre, a toda esa gente:

—A ver, pásenme la escoba.

El hombre era Dios, pues. Esa ceniza que estaba para allá, en un ratito la amontonó. Dijo:

—Pásenme el bejuco—. Tres bejucazos: —¡Levántate, muerto flojo!

¡Ajo! Ají lo resucitó. Ahí vivo el cadáver del muerto. ¡Caray! Esa gente toda "¿Quién eh ese? ¿Quién eh ese?"

—Y sorten a mi compañero.

Ahí lo soltaron. ¿Qué más, pues? Si el muerto ya había envivido. Ahora sí, a ese hombre que resucitó a él le pagaron lo que no cobró, más plata, más plata. Y era Dios. Así que entonces ya salió libre el preso. Dice el hombre:

—Ahora sí, compañero. Noh vamo—. Se abrieron de ahí, se fueron. Cogieron camino y se fueron. Por allá él le iba diciendo: —Carajo, compañero. Tanto que le dejé encargao que no hiciera lo qué hice. Carajo. Ahora tenemo que separarno, pue. De aquí se va Usté solo, que yo ya me voy a otra parte y ya no regreso. Tanto que te encargué y no me hiciste caso.

—Pero, compañero. . .

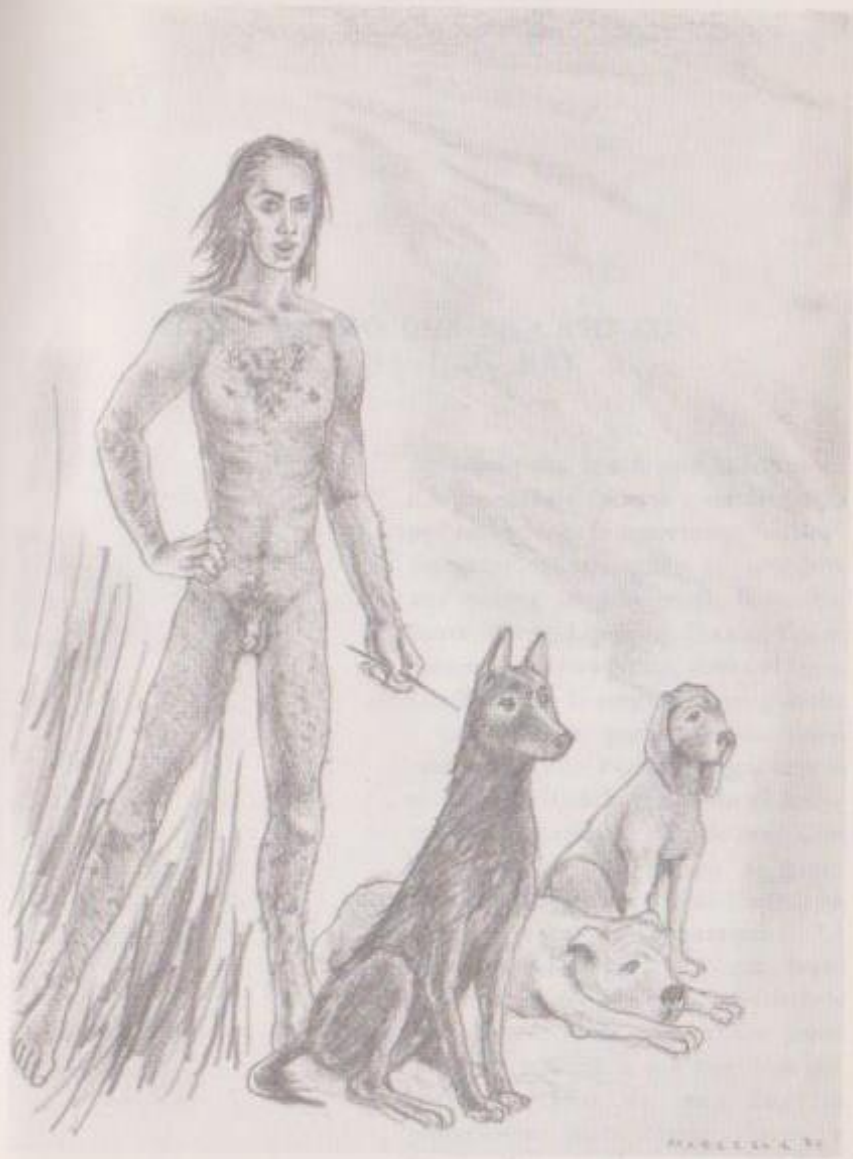
—Ve, vayse Usté a la ciudad onde está la casa que compramo, que ahora eh suya.

—¿Y adónde se va Usté?

—Me voy, pue. Me voy al cielo. Tanto que te dejé encargao. Ve, y toa esa plata que habíamo ganao, llévela Usté. Toma, vayse. Con eso póngase a negocio.

Y ya desapareció el hombre. Se hizo ave y voló. ¡Fíjese! Y el joven regresó a su casa, lleno de plata. Pero no vivió feliz, pues. Cogió el vicio. Como le gustaba el trago, cogió el vicio

estando en pena. Toditos los días estaba tirando trago y tira trago. A los tiempos ya se le acabó la plata. El remató vino, vendió la casa y él se fue de vuelta a su tierra de donde había salido la primera vez. ¡Fíjese! Si él no había aprendido nada con el compañero. Tres oportunidades tuvo. Primero fueron los riñoncitos, después el pilo de plata, y después el cadáver del muerto. ¿Qué más, pues? Cogió el vicio. Acabó enviciado. Hay muchos que son así.



EL HUERFANO QUE SE CASO CON LA HIJA DEL REY

Agraviado con la tía, este huérfano va a la montaña dispuesto a ser devorado por un tigre. Se le aparece un "viejito" protector (Dios), quien le obsequia tres perros (tres ángeles), llamados: Santa María, Ligero y Pesado. Por el camino, esos tres perros matan el tigre. Luego matan la serpiente que cuidaba a una Princesa, pudiendo este joven casarse con ella. Pero un Negro mintió al Rey, diciéndole que sólo él había muerto la serpiente y nadie más. Con la ayuda de los perros, el joven consigue desenmascarar al Negro, en plena fiesta de casamiento. La hermana del Negro, la Negra, logra vengarse contra el joven, metiéndole tres alfileres en la cabeza. Ese joven muere y resucita a los tres días por intervención de sus ángeles protectores: Santa María, Ligero y Pesado. Vence el Bien contra el Mal.

Este era un niño huérfano. No tenía padre ni madre, vivía recogido con una tía. Y esa tía lo puso al colegio.

Entonces, pues, este niño pasaba por el colegio y al frente del colegio había un tigre, enjaulado. Enjaulado tenían a ese tigre. La tía todos los días le decía:

—Vea, m'hijito. No pases por ahí por ese tigre que tienen enjaulado. Cuidado, de repente se va a romper la jaula y te va a comer.

Bueno, el chico no hacía caso. Todos los días era eso, todos los días. Así que un día, más o menos el chico se había visto como agraviado con la tía:

—Vea —dice—, mi tía. Tanto que Usté me molesta. ¿Cómo se va romper la jaula a este tigre qu'está enjaulado en una jaula de fierro?

—Vea, hijo —le dice la tía—. ¿Por qué pasa por ahí? Te he prohibido que pases.

—No, tía. Si Usté me prohibe la pasada, pues sólo hasta hoy día yo le acompaño en su casa. Porque entonce yo me voy. Usté me echa la bendición que me voy a rodar. Voy en busca "del tigre que me coma". (¡Fíjese! así dijo. Que ya quería ser comido por un tigre, de tanto hablarle la tía. ¡Caray!)

Entonces la tía, que hacía como madre, se puso a pensar:

—¿Cómo, hijo, te vas a ir?

—No, es que me voy y me voy.

Y se fue. Se fue. Anduvo algunos tiempos rodando, en la montaña o por ahí en el campo, comiendo frutas, lo que hallaba. Así que entonces, este niño llegó a la edad de quince años, rodando por la montaña. Cuando un día se encuentra con un viejito. Ya el niño ya no era vestido, sino todo desnudo. Pasaba por un camino, venía ese viejito. Le dice el viejito, le dice así:

—Holá, m'hijito. ¿Adónde te vas?

—¡Ay, mi abuelito! Voy en busca "del tigre que me coma". Porque en mi pueblo, donde yo estaba, había un tigre enjaulado y mi tía too los días me restaba porque yo pasaba por

ahí. Y yo le he prometido que voy en busca "del tigre que me coma".

—Pues, hijo, no está lejo "el tigre que te coma". Aquí no más está.

—Bueno —le dice.

Para esto, ese ancianito empezó a darse cuenta de la situación de'ese joven, ahí casi desnudo rodando por montañas y sabanas, sólo alimentándose de frutas y raíces. Flaco y débil, y sin miedo a las fieras tigres. Ahí queriendo ser comido porque se había agraviado con la tía. Pues todos los días esa tía le había amenazado con que "Te va a comer el tigre". Entonces le dice el ancianito:

—Pero, hijo. Pensando estoy que no te ha de comer el tigre. No no. No te va comer el tigre. El tigre no te come—. Y entonces ya le aconsejó esto: —Ve, hijo. Toma estah tre piedrah y esta vara. Esta varita; ésta pídele lo que tú quieras. Tú quieres agua, tú quieres comer, tú quieres todo: ¡pídele! Tú coge esta varita y tú le dice: "Varita varita, por la virtud que Dios me ha dado, dame qué comer", que en seguida vas a tener una mesa tendida de comida, de distinta clase de comida para comer.

Bueno, así que entonces el joven cogió la varita y las piedras, tres piedras. Y el ancianito:

—Ve, en ese poste que está allá tú pega un piedrazo, diciendo: "¡Levanta, Santa María!" Y en aquel otro poste, otro piedrazo, diciendo: "¡Levanta, Ligero!" El último piedrazo en aquel poste de más allá: "¡Levanta, Pesado!" Que ellos son tres perroh ángeles para tú. Treh perroh que te defienden al momento que el tigre te salga. Santa María, Ligero y Pesado, tus tres ángeleh perroh.

¡Cay! Se fue. El viejito le echó la bendición; ahora sí, que se fuera. Cogió el camino de la sabana. Camina y camina, cuando más o menos, ya pasado un río, le dio ganas de comer; hambre, pues. Ya se veía hambreado. Entonces sacó su varita:

—Varita varita —le dice—, por la virtud que Dioh me ha dado, dame qué comer.

La comida ahí, de distinta clase de comida. Comió, se durmió, se despertó y se fue. Más allá estaban los tres postes. Entonces él ya tiró el primer piedrazo:

—¡Levanta, Santa María!— Un lindo perro. Más allá: —¡Levanta, Ligero!— Como era Ligero, se levantó ligero. Lindo perro. Más allá: —¡Levanta, Pesao!

Ya, ahí los tres ángeles. Ahora sí. Siguió. Cuando pasado un estero, vio ai tigre, allá. El tigre que se lo iba a comer. Ya se lo iba a comer.

—Ligero y Santa María —grita el joven—, ¡sácame de esta prisión!

Los perros se lanzaron sobre la fiera y lucha y lucha y lucha. Le hicieron destrocidad. Mataron la fiera, pues. La mataron ¡fíjese!

Ya se fue otra vuelta el joven con sus tres perros. Llegó a una ciudad, y en esa ciudad había un rey. Que ese rey tenía tres hijas. Y a una de ellas, la más menor, la había retirado del palacio a una casita, guardada por una serpienta. Como no la quería, la había apartado de las hermanas. Eso sí, quien matara la serpienta se casaría con esta hija. Tendría el permiso para casarse.

Bueno, el joven camina, camina, cuando, más o menos allá, llegó a divisar la casita en que estaba la Príncipa.

—Allá me voy a hacer la posada —dice—, que quiero ver a esta Príncipa.

Llegó. Cuando llegó a esta casa estaba la niña llorando.

—Mi buena niña —le dice—. ¿Por qué llora?

—¡Ay —le dice— mi buen joven! Vayse vayse porque ya mismo viene una serpienta que te va a comer.

—¿Y por eso llora, mi buena niña?

—Sí —le dice—, mi buen joven.

—Déme una posadita aquí para posar.

—No, porque ya mismo viene la serpienta, l'he dicho, y si eh que te ve ahora mi'mo te come. Y come tooh los perroh que tiene ahí.

Se sonrió el joven:

—No —le dice—, no es que me va comer. Deme la posadita—. Bueno, le dio. Entonces él: —Vea, mi niña. Yo voy a ser su esposo. Déme su falda, que vengo rendido y quiero dormirme en su falda suya —Bueno —le dice.

—Ahora, sí, mi buena niña. Usté enciende una vela y apenah que cuando Usté oiga un rumor que ya viene, Usté me deja caer una gota de esperma d'esa vela. Pa que yo me recuerde que ya viene la serpienta.

Cuando así fue. En eso estaba, dormido, cuando ya se venía la serpienta a comérselo. Y viene y viene, arrastrándose, haciendo ese rumor. Entonces la niña le deja caer la gota de esperma. Se se recuerda, pues, purque se estaba quemando. Entonces bajó abajo y grita:

—¡Ligero y Santa María y Ligero y Pesado! ¡Sácame d'esta prisión!

¡Cay! En seguida los tres ángeles cogieron a la fiera. Y lucha lucha lucha lucha. Le hicieron destrocidad. ¡Fíjese! La dejaron en cuatro pedazos. ¡Ajo! Entonces este niño cogió una navaja y saca las siete lenguas de la serpienta.

—Santa María —dice—, guarda eso—. El perro comió las siete lenguas; las guardó, pues. —Ahora sí —le dice—, mi buena niña. L'he sacao de una prisión y me voy, Usté se queda. Pero yo vuervo a buscála, que nos casemo.

Entonces para esto todos los días este rey mandaba a vigilar cómo estaba la serpienta. Cuando un día, pues, un Negro sirviente del rey, yéndose por el agua de un pozo que había, se encuentra con la serpienta.

—¡Púchica! —se asusta el Negro—. Ya me come la serpienta—. Cuando no sé qué pasa, descubre que: ¡Se ha muerto!

Ya los gallinazos estaban cayendo; ¿no ve que hacía dos tres días que había muerto? Se fue este Negro a la carrera ¡rrriii! dejó los barriles botados y se fue donde el Sacarreal Majestad. Cuando llega:

—Mi Sacarreal Majestad —dice—. Vengo rendido porque he luchado con la serpienta y que ya le dejo muerta y yo me caso con la niña.

—¿Qué qué qué que?

—Yo me caso con la niña.

¡Fíjese! Diciéndole al rey que él había matado la serpienta.

—Bueno —dijo el rey. (Como es palabra de rey, no ha de faltar.) Bueno. Se casa Usté. Usté se casa con m'hijita. (Fíjese. Ahora diciéndole "m'hijita".) Usté sí se casa. (¿Qué más, pues?)

Entonces ya vinieron a comprobar, pues. ¡Cierto! La fiera estaba muerta. Muerta la serpienta. "Usté sí se casa con m'hijita." ¡Ajo! Este Negro.

Así que así fue. Hacen las invitaciones a las familias para que lleguen al casamiento, haya el matrimonio. Entonces se reunen todos los invitados y ya se casó el Negro. Se regó la voz de que se había casado la hija del rey. El joven, pues, ya estaba retirado de la ciudad, pero supo. Y como en los casamientos hacen una comelona (comen gallina y toda clase de comida) el joven se fue allá. Llegó a la hora de la comelona:

—Santa María —dijo a su perro—, el primer plato que le sirven al novio con la novia, quiero que tú me lo traigas inmediatamente.

Estaba en la mesa el novio, cuando sube el perro Santa María. Subió para dentro, y casi le arrancha al novio, que metía la mano al plato. El perro se le quita ese plato. Y se va. Se fue. No lo vieron más aonde se fue.

Volvieron nuevamente a poner otro plato al novio. Dice el joven a su otro perro:

—Ligero, Usté como es ligero, Usté llega y rápidamente me trae el plato que le sirven al novio. Eso le conviene a Usté.

Subió el perro. Cuando vieron, ya había entrado. Metía el novio la mano al plato, cuando Ligero se lo gana. Y no lo vieron más, como era ligero.

¡Cay! el Negro no podía comer, pues. Volvieron a ponerle un tercero plato a ese novio. Dice el joven:

—Pesado. Usté como es pesado, al primer cucharazo que pega el novio al plato, Usté se lo gana. Y me trae ese plato o Usté se sirve.

Se fue este el último perro. Pesado, así se llamaba. Cuando el novio pegaba el cucharazo, Pesado se lo quitó. Pero como Pesado claramente era pesado, lo vieron y lo siguieron. A este sí, pudieron seguir; a Santa María y a Ligero no. Lo siguieron hasta que llegó onde el amo.

Para esto, pues, esas familias grandes estaban molestas, los invitados todos. ¿No ve que el novio no comía? Todos comían, pero el novio no comía. El rey molestísimo, dijo a sus respaldos, sus policías, sus pajes:

—¡No! tráiganme al dueño d'esos perroh, que estos perroh lo matamos y el dueño d'ellos también se muere.

¡Caray! fueron en seguida a la pata del joven y lo trajeron con sus tres perros:

—Aquí están, Majestad.

—¡Ajahn! Usté —dice el rey— ya mi'mo se muere y mueren sus tre perroh.

—¿Por qué —le dice—, mi Sacarreal? Yo es que debera de casarme con la niña porque yo fui el que le ha matado la serpienta.

Enojado se levanta el Negro, bravísimo (era de casta mala ¡fíjese!):

—Que no —dice—. Yo m'he casao con la Príncipa porque yo sí, he matado la serpienta.

¡Ajo! Los dos ahí en plena comelona, en el palacio.

—A ver —seguía el Negro—, a ver. Muéstreme Usté las siete cabezah—. El joven le va mostrando las siete cabezas de la serpienta. —¿Adónde están las lengua? —pregunta el Negro—. Quiero ver las lengua.

El joven dijo así:

—¡Santa María! Déme las lengua que le di.

¡Pooo! ese perro le pone un lindo pañuelo. Y el joven, al rey:

—Aquí están —dice.

Maravillado el rey:

—¡Ay, mi hijo!— Y llamó a sus peones: —Ustedes me cojan esos tres mulare más bravo que hay allá en el potrero y tráigame ellos. Y amárreme el Negro, este bandido.

Van los peones y cogieron los mulares. Mulares chúcaros. ¡Púchica! le hicieron pedazos a este Negro. Ahí mismo, ese mismo día del casamiento, en la comelona, a la vista de los invitados todos. Le hicieron pedazos. ¿No ve que él había mentido para casarse con la Príncipa? Y el rey:

—Bueno, ahora sí. Se casa Usté, mi buen joven, con mi hija. Usté sí se casa.

Y se casó. El joven se puso un Príncipo; decir que con la virtud que tenía se puso de lo mejor, más mejor que el rey. Lindo tipo de hombre. Hicieron la celebración del noviazgo y se casó. Ya se casó y se casó.

Pero para esto, la sirvienta de ellos era hermana del Negro. De ese Negro ya muerto. Dice la sirvienta:

—Yo, patroncito, arreglo la cama.

¡Fíjese! "Yo arreglo la cama." Que se iba a arreglar la cama. Entonces en la almohada la Negra pone tres alfileres.

Va el Príncipo y se acuesta y ¡ahh! tira de golpe. Se le habían metido los tres alfileres. Queda, digamos, como muerto. Tres alfileres metidos en la cabeza. Muerto el Príncipo. ¿Qué cómo? De la noche al día. ¡Ajo! Se cumplieron las horas de darle sepultura. Lo fueron a dejar allá y lo sepultaron. Lo sepultaron.

El rey cogió los tres perros y les puso cadena. Así que estos perros solamente pasaban aullando. Aullaban aullaban. No comían. Les ponían comida, no comían. ¿Y qué? ¡Nada! No comían nada. Solamente aullando. Aullaban aullaban.

—¿Qué pasa —decía el rey— con estoh animale? Sortemo —dice— uno.

Sueltan a uno. Luego soltaron los otros. Los tres perros sueltos se fueron al cementerio. Cuando menos, sacan al muerto, los perros. ¡Fíjese! Sacado el muerto por los tres perros.

Entonces estos sirvientes del rey volvieron y nuevamente dieron sepultura al muerto. Decían: "¿Por qué estos animale iban a sacar al muerto? Ya si está muerto, no era de sacar."

Volvieron los perros también y cuando menos, otra vuelta sacan al muerto. Los sirvientes de nuevamente entierran al muerto. Tres veces. Tres veces afuera, tres veces adentro. A la tercera, ya dijo el rey:

—No no, dejemoh pa ver al fin qué hacen estoh animale.

A los tres días muerto el Príncipo, regresaron sus perros al cementerio y cuando menos lo sacaron. ¡Cay! Y esta vez sí: empezaron ellos a lamerle la cabeza, la parte donde estaban los tres alfileres metidos. Y los sacaron y entonces, sí, resucitaron al Príncipo. ¡Ya! vivo quedó otra vez. ¡Vivo!

Para esto corrió la voz que quien arreglaba la cama era la Negra y que ella le había puesto los tres alfileres. ¡Ajo! El rey mandó coger a la Negra y los tres mulares chúcaros que estaban allá en el potrero.

—Amárrenme la Negra, esta bandida.

¡Ay! le hicieron pedazos a la Negra. Y este joven ya ahora sí pudo vivir con la Príncipa. Para siempre. Hasta que un día le dicen los tres perros:

—Ahora sí —le dicen—, mi buen amigo. Hasta aquí le acompañamos. Ya no ha de pasar más de lo que ha pasao. Ahora nosotro noh vamo.

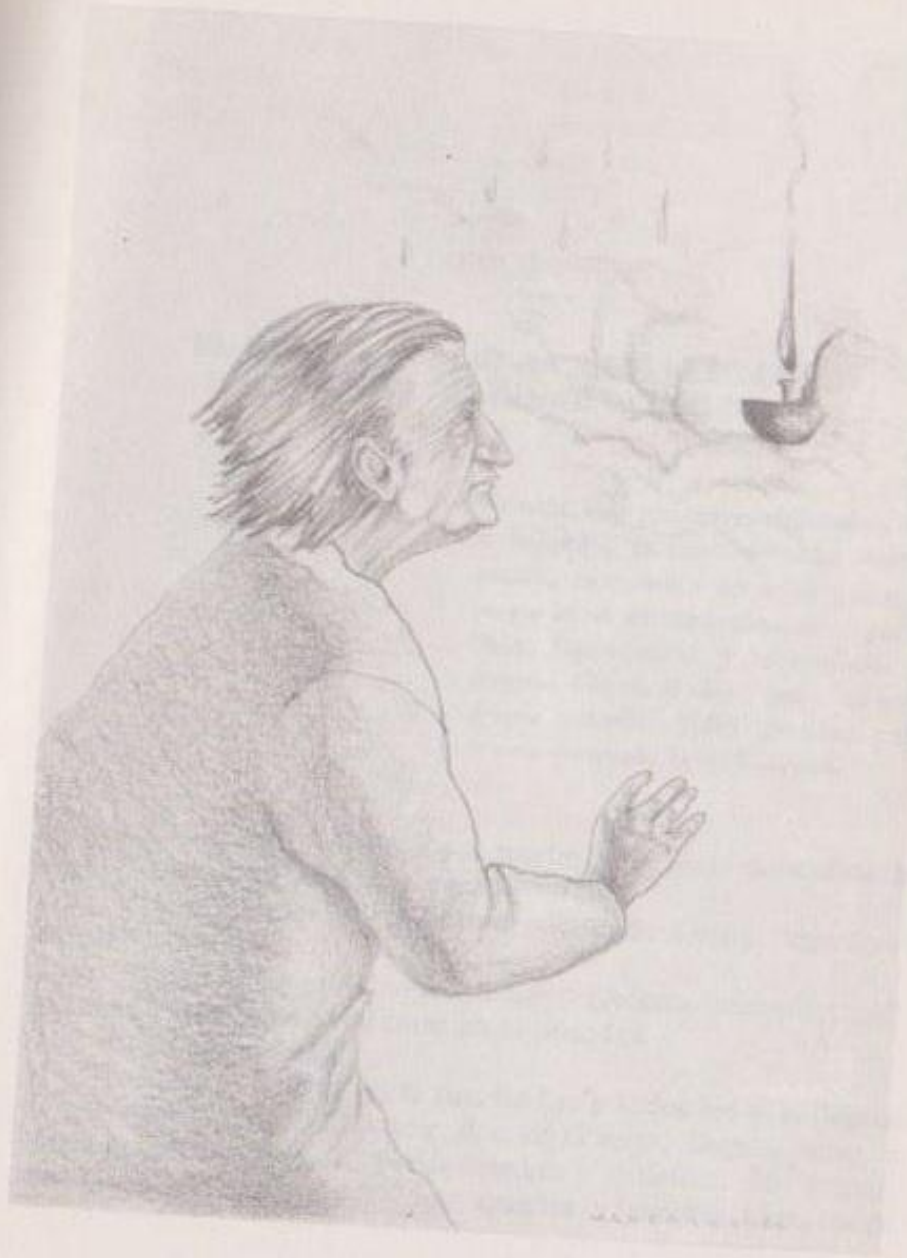
Se puso triste el niño:

—¿Por qué? —le dice.

—Ya noh vamo. Fuímoh sus ángele y hasta aquí le acompañamo. Ya no ha de pasar más de lo que ha pasao.

Entonces, pues, se despidieron. De mano se despidieron, el Príncipo y sus tres perros. A cada uno de mano: a Santa María, Ligero, Pesado. Y éstos se hicieron tres palomas. Y alzaron el vuelo y se fueron. Y se fueron para siempre.

Terminado.



EL NIÑO QUE SALIO A VER SI LLEGABA HASTA ONDE TERMINABA EL MUNDO

Un niño salió a recorrer el mundo a ver si llegaba a su fin. Ya estaba viejito, cuando encontró a un señor quien le preguntó si deseaba conocer al padre Dios. Dijo que sí y lo conoció. Y estando allá en el cielo, pudo ver a su propia estrella. Pidió permiso para tocarla y cuando la tocó, murió.

Ese niño tenía el padre y la madre. Y él tenía siete años de edad. En esa edad, le dijo a la madre:

—Mamá, yo me voy a recorrer el mundo a ver si llego onde termina el mundo.

—¡Jajay hijo! —le dice la madre—. ¿Aónde quiere ir, hijo? ¿Qué va a saber que ónde termina er mundo?

—¡Me voy, Mamá!

Todavía el muchacho se fue. Se fue y todos los días llegaba a un lugar ¿no? Salía hoy día de Playas, llegaba aquí a Engabao, ahí dormía. El pedía comida y le daban. Ahí comía, iba pasando, pasando. Y dale camina y camina hasta onde

terminaba el mundo. Cuando que ese muchacho ahí se le iba criando sólo en caminar y comer. Y dale y dale y dale y dale. A los tiempos por ahí, hasta que llegó a ser hombre ya. Ya se crió y se puso hombre. Y él seguía. Todos los días, onde llegaba pedía comida y ahí dormía; al otro día, para otro lugar. Y dale y dale. Cuando acordó, a los tiempos ya iba para abajo, ya se notaba a sí mismo que iba haciéndose viejo. Y dale y dale camino. Ihhh. . . a los pocos tiempos ¡ya viejo! ¡Caramba! Y dale y dale. Todos los días camina.

Cuando acordó, ya viejecito ahí, viejecito. Se hizo viejecito. Entonces un día llegó onde pegó el cielo con la tierra, ahí ya no pudo avanzar porque ahí es que terminaba el mundo. (¿Qué sería, no?) Pero viejecito el hombre, que ya andaba con bastón ¡y saliendo de su tierra a los siete años de edad! Todos sus años fueron en andar ¿no? Llegó onde pegó el cielo con la tierra, dicen. Así que ahora ese hombre ahí, pues, viejecito, ya no pudo ir para allá nada, sino que regresó para atrás con su bastoncito. ¿No ve que ya había llegado donde quiso? Había llegado, pero ya más para adelante no alcanzó; estaba viejito. Entonces regresó. Había regresado un poquito, ahí no más cerca, cuando le salió un señor, también veterano:

—Ah, amigo, ¿qué anda haciendo Usté por aquí?

—Por aquí, señor —le dice.

—¿De adónde Usté viene?

—Yo —dice—, salí de mi tierra desde la edad de siete año a recorrer a ver onde terminaba er mundo. Aquí he llegado que ha pegado el cielo con la tierra. Será ahí onde terminó el mundo. A eso qu'he salido.

—¿Y ahora Usté se va para tras?

—Sí, pue. ¿Qué voy a hacer por ahí? Me voy.

—¿Y Usté piensa llegar a su tierra otra vuerta, en esa edad?

—¡Quééé! . . . —le dice— No llego. Yo voy para tras hasta onde llegue, pue. Porque yo salí niño y ahora, viejecito, aquí he llegado.

Entonces le dice el veterano:

—Y, oiga Usté. ¿Qué va llegar en esa edad que tiene ahí?

—Sí, señor. Si yo hubiera por aquí onde quedarme, por aquí en una parte me quedara. Porque ya no puedo caminar, pue, ya no puedo caminar. Que si supiera por aquí p'onde está mi padre Dioh, me fuera onde está mi padre Dioh.

—Oiga —dice—. ¿Usté quiere conocer al padre Dios?

—Sí, lo pudiera yo conocer lo conociera.

—Véngase por acá —le dice—. (Por allá se lo llevó. Había una casa muy alta, con las escaleras ahí.) Bueno, por aquí Usté se va arriba. Suba, pues, esa escalera. Allá arriba hay una puerta, ahí gorpea Usté y sale el puertero d'esa escalera y le pregunta que "¿Adónde va?" Usté le dice que "Va arriba al cielo donde está el padre Dios" y sigue. Tiene que cruzar Usté argunas escalera. Más arriba hay otras escalera; lo mismo, lo gorpea la puerta, sale el puertero y Usté lo dice que "Va arriba al cielo".

Y ese mozo fue derecho arriba. ¡Caray! Golpea las puertas y pasa y pasa. Cuando que acuerda, subió al cielo, arriba. Subió al cielo. ¿Qué será ese mundo, no? Lo que él vio: que había un gentío, pero hartisisímo. Mucha gente arriba. Que "¿Adónde va?" le decían.

—Voy —dice— a conocer mi padre Dios, ¿aónde está?

—Por allá está. "¡Siga, pue!"

Le abría paso la gente, que "Siga". Ese viejito por ahí balanceando. Y dale y dale, cuando acordó llegó onde estaba la gente todita amontonada y era allá onde estaba el padre Dios, como en un altar. Ese era Dios. Todos los angelitos están alrededor onde está el Padre, así a los lados, con alitas hecho aves, los angelitos. Y Dios está ahí. Entonces la gente le pregunta:

—¿Adónde va Usté?

Ahí dice que le dice:

—Señor, dígame ¿cuál es padre Dios?

—El que est'allá es.

—Deme permiso que voy allá. Déjeme entrar—. Por ahí se

fue, llegó onde el padre Dios, se arrodilló, le dice:

—Padrecito ¿Usté eh mi padre Dioh?

—Sí, hijo, yo soy —le dice—. Yo soy. ¿Y has venido?

—Papacito —le dice—, yo he venido por conocerlo a Usté.

—Ahhh. . .— (El Padre Dios lo sabía, pues. ¿No ve que él mismo lo había subido?) —Ahhh. Sí, bueno.

Este señor estuvo ahí conversando un ratito. Y desde allá veía acá las estrellas, como farolitos encendidos, acá bien bajito.

—Bueno, padrecito —le dice—. Allá en el mundo onde yo he vivido dicen así: que cuando nace una persona, nace con su estrella.

—Sí, hijo.

—Ay, padrecito. Sí, yo quisiera que me enseñe cuál eh mi estrella para conocela.

—Ah, bueno, hijo.

Los faroles, unos encendiditos, otros más apagados, pues. Ya los más viejos ya estaban más apagados.

—¿Quiere conocer Usté su estrella?

—Papacito, sí. Enséñeme.

Ahí estaba una bajita, casi apagada.

—Esa es su estrella qu'está ahí —le dice.

—Déme permiso pa irme a verla allá cerquita con mi estrella con que nací. Pa tocarla, pue.

—Bueno —dice—, vay.

Y se va el viejito, traspellando. Llega al lado de su estrella, para verla. Y al tocarla, ya la apagó. Y cayó muerto, el viejito. El mismo apagó su estrella ¡fíjese! De niño había salido a ver si llegaba hasta onde terminaba el mundo. Tenía como la edad de siete años. Y llegó, veteranito ya. Habló con el Padre Dios, ¡fíjese! Como es este mundo, que uno no sabe. Murió tocando su misma estrella.

FEROZ BATALLA DEL DIABLO CONTRA TRES ANGELES

El caso de un muchacho protegido por tres ángeles en forma de perros. El Diablo se propone matarlo. Hace varias tentativas, inventa trucos, ilusiona a la hermana. Pero al fin abandona sus propósitos.

Este era un muchacho que tenía tres perros. Esos eran sus compañeros. Uno se llamaba Rompecadena. El otro se llamaba Oriente, y el otro se llamaba Sarvamelavida. Tres perros. Onde andaba el muchacho, ahí andaba con sus perros. No se quedaban en casa, sino que se iban siempre con el muchacho.

Días van días vienen, este muchacho salía todos los días por allá, a la cacería o a traer pescado. Quedaba la hermana solita en la casa. En un día, le salió un caballero a ella. Y como ya estaba señorita, este caballero le salió proponiéndole a casarse. Que quería casarse, dijo. Y ella le decía que "No no". Pero como estaba solita, ahí la cogía él. Hasta que se la consiguió. ¡Fíjese! Se la consiguió. Y el hermano andaba por allááááá. . . cazando palomas, trayendo pescado y todo. ¡Cay!

Este caballero era el Diablo. Consiguió a la muchacha. En dos tiempos se la consiguió. La dejó ahí con el encanto. Luego le dice:

—Oye, yo me voy a comer a tu hermano. Me lo como pa quedarno loh doh aquí no má. Así que mañana me lo como. Mañana, de que ya toma su café, lo va a mandar que te vaya a traer una paloma, argo así, que tú la has deseado. Por allá me lo voy a comer a tu hermano.

Así que así se fue, pues, este caballero. Al otro día:

—Hermanito, anda tírame una paloma que me ha producido.

—Bueno, ya mismo te traigo una.

Se fue al monte y van los tres perros adetrás. Rompecadena, Oriente, Sarvamelavida. Esos no se quedaban. Por allá iba tanteando los árboles onde había una paloma, cuando acordó el tigre "Aaannn" se lo cogió ¡carajo! al muchacho. Brincan los tres perros, se le pegaron al tigre y le hicieron pedazos. No lo dejaron comer al muchacho. Perros bravos. Así que él cogió la paloma, la tiró y se trajo. Se vino:

—Aquí tieneh, hermanita, la paloma. —Le dice: —Caramba, ni sabe lo qué me ha pasado, hermana.

—¿Y qué te ha pas. . .?

—¡Caray! Casi me ha comido el tigre. Si no han sido mih perroh, es que me come.

—¡Caray! Vea —dice.

¡Ajo! ¡Fíjese Usted, señor! Al otro día, como él salía, ya va el Diablo. Otra vuelta:

—¡Carajo! que estoh perroh que carga tu hermano casi me hicieron pedazoh. ¡Caramba! Oye, mañana me lo como. Mañana dile que has deseado un pescado, que se vaya estar allá al lao de los estero, me voy a hacer un lagarto. Allá me lo como.

Bueno. Al otro día tomaron el café. Ella le dice:

—Hermanito. Deseaba un pescao.

—Tonce me voy a pescar.

Cogió la tarraya y se fue al estero. Los tres perros atrás. Allá llegó a un esterón de agua y se metió. Hasta aquí andaba de

agua. Atarraya atarraya, cuando acuerda se lo arregló un lagarto. ¡Qué zambullón! Era el Diablo, pues, hecho un lagarto. ¡Los perros también al agua! Se arbolaron, hicieron pedazos al lagarto. ¡Fíjese! No lo dejaron comer. Trajo el pescado y se vino:

—Aquí tiene hermanita.

—¿Ya vení?

—Sí. Ni sabeh lo qué me ha pasao.

—¿Y qué te pasa?

—¡Caramba! Llega un lagarto y m'estaba "Ahan ahan ahan" que si no han sido mis perroh me come.

—¿Cierto?

—Sí.

Al otro día él salió para otra vuelta. Cuando ¡tra! el Diablo ahí en la casa:

—¡Carajo! que no puedo comerme a tu hermano. Loh perroh son bravísimoh. Caramba ¿cómo hacemo? Oye (había una mata de cocos de palma; una palma así al lado de la casa, para allá), oye. Mañana sí, me lo como. Mañana sí lo mato. Mañana dile a tu hermano que hah deseado un coco, que suba a la mata de parma, que te baje un coco.

Bueno. Al otro día ya fue ella:

—Hermanito. He deseado un coco. Anda ¡bájamelo!

Se fue. Ya mismo éste se ha subido arriba. Los tres perros ahí abajo, viéndolo para arriba, al dueño. Esas palmas son altas ¿no? Cuando que ya subió él, arrancó un coco y lo tiró abajo. Ya cuando él ya se acomodó para guindarse abajo, y tantea para abajo el árbol del palo ese, no era más que lanzas todito el palo. ¡Ajo! esas lanzas desde abajo hasta arriba, que si él se escurría, se ensartaba. Pura lanzas todo el árbol.

—¡Ajo! Ahora sí que aquí muero, pue. ¿Cómo me voy a tirar de aquí abajo? Está esto harto. Aquí muero.

Un ratísimo estuvo ahí. Y los perros se levantaban y lo veían arriba.

—¡Carajo! Ya aquí muero—. El hacía por bajarse pero ¡tra! lo sentaban aquí las lanzas, que estaban las puntas para

arriba. —Muero si me aflojo. Al escurrir eh que me ensarto todo.

No se animaba a tirarse. ¡Ajo! ya rato los perros se levantaban y lo veían para arriba y él también. Dice que ya dizque:

—Caray. Mih perroh me ven pa arriba—. Ahí habló él. Dice: —¡Rompecadena!— Iiii. . . le hacía el perro con las manos. Iiiii. . .

—¡Oriente!

—Iiiii —haciendo así con las manos.

—¡Sarvamelavida!

—Iiiii —la manitos así para arriba.

—¡Ay! mih perroh como que me hacen seña. Allá voy, Sarvamelavida.

—Iiii. . . —le hacía el perro, moviendo la manita.

—Me tiro, allá voy.

—Iiii. . . Iiii. . . Iiii. . .

—¡Caray! Este perro como que me apara. ¡Hey! yo me arbuelo —les dice—. Yo me arbuelo más que me muera.

Y se arboló. Se ha arbolado. Ahí venía de arriba, cayendo sobre las lanzas, se iba a morir ensartado. Brincaron los tres perros y d'hecho lo apararon en las manitas. ¡Fíjese, señor! ¿Qué me dice? Los perros lo apararon en las manitas. No se murió. Entonces ya se fue con el coco onde la hermana.

—Toma el coco, hermanita.

—¿Qué eh que hacíah que no aparecíah? Ya es tarde.

—Caramba ¡ni sabe lo qué me ha pasao! —Ya le conversaba: —¡Caray! Me han llenao de lanzah el árbol.

Ella no decía nada. Al otro día se fue por ahí el muchacho. Ya viene el Diablo:

—¡Carajo! Oye, sabeh que no puedo comerme a tu hermano. Pero yo me lo como. Mañana sí, me lo como—. Ella no decía nada, como ya estaba contratada con éste ¿no? —Mañana me lo como.

De mañana ella le hacía la cama al hermanito. Vino el Diablo al otro día y le trae una caja de alfileres. Le dice:

—Ahí onde le haceh la cama, en la armohada, lo vah a dejar estoh alfilé, todah lah puntah pa arriba. En la armohada le dejah todah así.

Entonces ahí le hizo la cama y le dice:

—Pero sí, hermanito, ya stá tu cama.

Va él, pues, con el gozo de acostarse; ya era de noche. ¡Taasss! se tira en la almohada. ¡Caray! se empataron toditos los alfileres aquí. Ahí se murió. Ahí sí se murió. Y los cachorros abajo, habían cogido ahí y dormían abajo. Ahí se murió. Yaaa. Ya no volvió, se murió. Serían mortales esos alfileres ¿no?

Entonces ya lo vido ella, ya lo sacó de la cama. Ya le prendió vela, lo puso a velar. Y a llorar. Como que se daba cuenta ¿no? Cuando a lo rato llegó el Diablo:

—Ajá —dice—, ahora sí (Si el muchacho ya estaba muerto). Ahora sí—. Quizo comérselo: —Es que me lo como —dijo él.

Entonces brinca la hermana:

—No —dice—. Aquí a mi hermanito no te lo comes.

Ya no se lo comió. Lo velaron. Ahí durmió ya ella con él, con el hermanito. Como que se había dado cuenta. Amaneció el día, otra vuelta el Diablo ya quería comérselo.

—No —dice ella—. Vamo a hacer un hueco hondo para enterrar a mi hermano.

Quizo ella hacer un hueco. Hicieron un hueco hondísimo. Hicieron entre los dos el hueco, ella y el caballero. Y tanto así de alto puso un tablado dentro del hueco. Tablado de tablas para poner el cuerpo. Puso el cuerpo arriba del tablado, para que no le llegue la tierra. Así quizo ella. Y ahí lo dejaron. No lo enterraron.

—Ahora sí —dijo ella.

Se vinieron ella y el Diablo, el caballero ése. Ya se quedó el joven en el tablado, enterrado en el hueco hondísimo. Y los perros tristes, abajo. Dice el Diablo:

—Lo que voy a hacer: que estoh perroh me lo como yo. Estoh loh mato. (¡Fíjese! no había comido al muchacho, ahora quería comerse los perros. Casta de mala.)

Estos cachorros todos los días cuidaban a su dueño. Tenían una bandeja onde comían. Ella les llevaba la comida. Todos los días cuidando a su dueño. Ese día mismo dice el Diablo:

—A ver. Yo voy a dar de comer a loh perroh—. Empezó a llamar a los perros: —¡Rompecadena!

—Ñeeeee. . . —le pelaba los dientes.

—¡Oriente!

—Ñeeee. . .

—¡Sarvamelavida!

—Ñeeee. . .

Que estos animales ¡cay! Pelean y pelean con el Diablo. ¿No ve que sólo estaban esperando ser llamados? Y eran ángeles. Eran ángeles estos perros. ¡Po! El Diablo no pudo, pues. No pudo. Los dejó. Y se fue de una vez. Se largó corrido ¡ajo!

A lo que se largó, los perros se fueron onde estaba enterrado el amo, en el tablado del hueco. Y como eran tres, escarban y escarban. ¡Carajo! Que esto sería media noche. Lo sacaron. Lo sacaron y se lo llevaron afuera. Amanecieron afuera. Y ahí también ya lo envivieron, decir, lo resucitaron. Que estos perros eran virtuosos. Perros de virtud.

Entonces ya le dijeron que ellos ahora sí ya se iban. Que no había más un porqué, estaba salvado. Ya el Diablo no iba a venir a perseguirlo.

Quedó ahí con la hermana, el muchacho. Dijo "Muchas gracias" o no dijo, qué sé yo. Y se hicieron aves los tres perros y se fueron al cielo.

JUAN MARINO

De cómo una madre mala vendió a su hijo por cuatrocientos sucres, al Capitán de un buque, quien le enseñó todo el arte de navegar. De tan buen navegante que fue, luego lo conocieron por Juan Marino. De cómo Juan Marino, ya hombre, cancela su contrato con el Capitán y vuelve a tierra, encontrándose con unos ladrones, quienes tenían encerrada a una princesa. Se describe la huída de los dos, en bote, hasta llegar a otras tierras. De cómo otro Capitán intenta matar a Juan Marino y logra raptarle la princesa. Una canoa encantada salva a Juan Marino, en el océano y lo trae a la ciudad del Rey, el padre de la princesa. De cómo esta acusa al Capitán, frente al Rey y confiesa su amor por Juan Marino, casándose con éste.

LO VENDEN A JUAN

Esta era una señora que tenía un hijito. Sólo ese uno. Y para esto, era muy querido. Siendo unito, ella lo quería tanto. Ella no lo mandaba a hacer mandado. Y si lo mandaba, no oía el niño. Como lo quería tanto, ni le exigía, ni le amenazaba de pegarlo. Ella misma hacía los mandados. Y así lo crió, pues. El muchacho aprendió a leer también, se crió ya bien grande. Y no le hacían mandado. Nunca.

Para eso, un día le estaba mandando, no sé a qué. Ella no podía ir y él no fue, porque estaba enseñado que no iba. Se le reía no más a la madre. Entonces le dio coraje a la madre; dice:

—Anda, muchacho. Tú no me he hecho nunca un mandado. Algún día que venga comprando gente algún hombre, yo te vendo —le dijo. Le dijo así. El no hizo caso.

Bueno, dicho y dicho. Cuando un día va por ahí un señor, Capitán de un buque. Saltó a tierra en ese lugar a comprar sus compras y casualmente pasa al lado de esa casa. Esa señora ahí estaba asomada y le dice:

—Buenos días, señora.

—Buenos días. ¿De adónde viene?

—Yo vengo de tales partes, que mi barco está aquí fondeado ajuera.

Y ahí se apegó. Lo saludó y siguieron conversando.

—Señora, ¿con quién vive Usté aquí?

—Yo, señor, vivo sola con m'hijito.

Ahí estaba el muchacho.

—Bueno —le dice el Capitán.

Ahí conversaban. Cuando ya que se estaba despidiendo este hombre, para avanzar para el centro, le dice ella:

—Oiga, señor, ¿Usté no compra muchacho?

—¿Qué? ¿Tiene algún muchacho en venta?

—Sí, claro. Le vendo este muchacho.

—Qué va a vender, señora. ¿A su hijo?

—Señor, yo se lo vendo. Porque este muchacho, ve, a la edad que tiene nunca me ha hecho un mandado. Por eso se lo vendo.

—¿Y por qué, pue —le dice—, señora?

—Uhmmmm. Se lo vendo se lo vendo, pue. Se lo lleve.

— ¡Qué va a vender, señora!

—Señor, yo no lo puedo engañar. Yo no lo conozco a Usté, ni Usté a mí. ¿Por qué lo voy a engañar? Sí, se lo vendo.

—Bueno, señora. Si Usté lo vende, yo lo compro—. Era Capitán de un buque. —Yo lo compro.

—Bueno, señor.

—¿Y Usté cuánto quería por ese muchacho?

Le dice la señora:

—Deme unos cuatrociento sucre.

—Bueno, ya stá—. Y se lo vendió en cuatrocientos sucres. —Pero eso sí —le dice el Capitán—, señora, vamos a l'autoridad. Allá me entrega el muchacho y yo le entrego er dinero.

—Bueno, vamo allá.

Y se fueron, pues, a la autoridad. Llegó allá, el Capitán subió y habló con el que sería el Político.

—A ver, ¿qué se le ofrece? —dice el Político.

—Vea, señor. He comprado este muchacho y quiero que me haga un paper de hoy día qu'he comprado este muchacho.

—Cómo no. Diga.

En seguida se puso a escribir el Político.

—Póngame de hoy día, la fecha que he comprado este muchacho a esta señora de fulano de tal. Ella me lo da vendido y se lo he comprado en cuatrociento sucre. Y aquí yo se lo voy a pagar la plata delante de Usté y ella me entrega el muchacho.

—Cómo no.

Así puso en el papel. Y al ratito:

—Ya está su papé.

Entonces ahí entregó el dinero a la señora. El muchacho viendo. . . Entonces le dice la mamá:

—¿Ve? ¿Ya ves, sordo? ¿No te dije que te iba a vender? Ya te vendí.

El muchacho era un muchacho ya grande. Dice:

—Bueno, mamá. Stá bien, stá bien.

—Así que, te vas con él.

—Bueno, mamá.

Ahí habló el muchacho al Político, a la autoridad:

—Vea, señor Teniente. Quiero que también me haga un paper para mí.

—Bueno, hijito. A ver, diga.

—De hoy día que mi mamá me ha vendido con este señor Capitán, que yo me voy con él. Y póngame que yo voy con él a trabajá. Pero el día que yo chancelo mi plata, hasta ahí lo acompaño.

Este Capitán siempre andaba en las alturas. No iba hasta por los tiempos a las ciudades. Dijo así:

—Chancelamo cuando sartamo a tierra.

—No no no no —dijo el muchacho—. Sea en tierra sea en las artura, lo acompaño hasta el día que yo chancelo mi plata.

—Bueno —dijo él, el Capitán—. Ya stá.

Así quedó en el papel escrito por el Político: "Que el día que chancelaba su dinero por el que le había vendido la mamá, él ahí no más acompañaba al Capitán, fuera en artura o fuera en tierra".

Y se fueron. Se lo llevó el Capitán al muchacho. De ese día que ya se lo llevó para afuera, ya trabajando en el barco, aprendió a ser un buen marino. Juan se llamaba el muchacho. Después como aprendió a marino, le pusieron de Juan Marino.

¡Shiiii! Este muchacho todos los días que iba ganando (¿Quién sabe cuánto ganaba?) iba apuntando también en su cuenta. No decía nada al Capitán. El Capitán lleva su lista y él también. Ahí en su camarote, dormía con los compañeros. Como a los diez años sería que trabajaba. Ya era marino. Un día a los tiempos:

—Ya —dice—, voy a ver mi escritura. Si ya he pagado argo—. Fue y repasó. —Jiiii ¡caray! Ya voy más de la mitad que he pagao.

Se daba cuenta. Y sigue y sigue. El no decía nada al Capitán y sigue trabajando y sigue. Cuando otros pocos tiempos fue y volvió a ver:

—Shiii —dice—. Mañana chancelo mi plata.

Al otro día chanceló. Doce, quince años pagando el dinero de su venta, pues. Y estaban en altura. No veían más que cielo y agua. Lejisísimo. Entonces le avisó al Capitán.

—Mi Capitán.

—Mande —le dice—. Véngase por acá.

—Aquí está. Vea mi escritura. Que me parece que hoy día ya le chancelo el dinero que me vendió mi mamá.

—A ver, hijo. Voy a ver la mía, también—. Sacó el papel que era de ese rato. Ahí estaba, pues, clarito. Ya vido: —Caray, ¡cierto!

Entonces le dice el Capitán:

—Bueno, hijo, ya chancelaste. Sigue, pue, trabajando siempre. Que con argún día que vamo a tierra, te pago todo esto. Ya le pago después.

—No no no, mi Capitán. Aquí está en er papel el negocio qu'hicimos: "Que el día que yo chancelaba mi dinero, yo me quedaba sea en tierra o sea en artura. Y me quedo. Me quedo y me quedo."

¡Fíjese! Y lejísimo, pues.

—¿Cómo, hijo —le dice el Capitán— te vas a quedar aquí en la artura?

—Me quedo, porque así fue el negocio.

"Que se tiraba al agua." ¡Imagínese! Ese Capitán, asustado de que este muchacho se tire al agua, lejisísimo, tuvo que dejarle un bote. Le dejó un botecito.

—Ah, hijo, ¡con qué dolor te dejo! Quédate en este bote. ¿Cómo te encajas aquí? ¿Aónde te va a llevar?

Le puso agua, le puso comida y un remo que llaman, para que remée. ¡Jiiiii! se quedó en el bote y se fue. Y se baja. Que el Capitán que "Con qué dolor deja ese muchacho".

LOS LADRONES

Entonces, ese muchacho, a lo que se embarcó al botecito ese, no cogió nada de remo, sino que se tiró para tras a dormir. Ahí ya durmió. El agua lo lleva para arriba y para bajo. El no cogía el remo. Sólo que así andaba. Anocheció el día y amaneció. Por ahí rodando, toda la noche y el otro día. Tres días estuvo navegando. Cuando que a los tres días que amaneció, vido esa sombra cerca. Dice que dice:

—¡Caramba! Esto ya es tierra, porque tiene forma de cerro.

Al otro día de esa noche, amaneció a tierra de una vez. A un remanso tan mansito, al lado de una alta montaña. Por ahí eso, lejísimos. Por ahí no había casa, sino que era montaña. Amaneció y la marejada lo subió allá. Como el botecito era chiquito. Tres días no más estuvo en agua. Saltó y como era chiquito el bote, lo arrastró como pudo. Más arriba lo dejó, donde ya no llegaba el agua. Ahí lo dejó.

—Por aquí voy a ver si no hay camino por aquí, en algún sitio.

Salió fuera, ¿pues, no? Y por allá iba, cuando encuentra una casita.

—Caramba. Vea, una casa—. Hay señas de que ahí vivían gentes. Llegó ahí: —A ver, señora de arriba. A ver—. Se asoma una señora veterana. —Bueno día, señora.

—Bueno día. ¿Qué anda haciendo por aquí, Usté?

—Por aquí, señora, ando caminando.

—¿Y de adónde viene?

—Yo vengo, señora, de lejo—. Le dice: —¿Con quién vive Usté aquí, señora?

—Yo vivo con mis hijo.

—¿Y adónde están sus hijo?

—Tán trabajando.

—Oiga, señora. ¿Sus hijo no harán trabajo por aquí, para mí?

—No sé. Porque por aquí no vive más naide, sino nosotro. Y puede irse, porque si lo encuentran aquí mis hijo, le pueden hacer argo. Le pueden hacer argo.

—No, señora, déme posada para esperarlos. ¿Y a qué hora vienen?

—Mis hijo vienen a las doce de la noche.

—Déme posada para esperarlos.

—Bueno, pero si le pasa argo no me eche la curpa a mí.

—Déme no má la posada.

Ahí se quedó. Ahí anocheció. Se arrumó ahí. Esta señora se metió a su cuarto a dormir adentro. Le dejó con luz. El no dormía, esperando a qué hora llegaban estos. Y estos jóvenes eran tres hermanos que andaban a su trabajo. Eran ladrones. Se iban siempre a robar a una ciudad lejísimo. Al palacio de un rey le robaban el dinero. Y ya de madrugada regresaban a su casa. Iban a caballo. Montaban aquí y ya llegaban allá. Porque eran como viento estos caballos.

Bueno, se queda ahí esa noche esperando a ver, pues. Cuando en eso estaba ¡tran!, un tropel abajo. Son ellos que van llegando. Llegaron a pie, abajo. Van subiendo. Tenían la idea estos, como eran ladrones, que cuando llegaban, subía uno para arriba a ver si no había alguien arriba en la casa. Cuando que sube uno a revisar y él, como estaba con luz, en seguida se levantó y dijo:

—Holá, amigo. ¿Cómo está Usté?

Se asusta el ladrón:

—¿Quién es Usté?

—Yo por aquí ando, señor. Pidiendo posada aquí, a la señora.

Le dice:

—¿Y qué anda haciendo Usté por aquí?

—Señor, yo ando perdido.

Brincan los demás:

—¿Quién está arriba?

Y los dos seguían conversando:

—¿Cómo se llama Usté? —preguntó el ladrón.

—Fulano de tal. Juan Marino.

—¿Y por qué anda Usté por aquí perdido?

—Señor, por aquí ando huyendo. Ando huyendo.

—¿De qué parte es Usté? ¿Eh?

—De parte lejas, señor. Ando desartado por aquí. Anduve perdido en la montaña. Por eso estoy aquí mismo—. ¡Fíjese! Mentía, pues.

—¿Y qué ha hecho porqué anda huyendo? ¿Qué ha hecho Usté en su tierra?

—Amigo, yo ando huyendo porque hice un robo. Por eso me sigue la Comisión. Hice un robo—. ¡Fíjese! Mintiendo más mentiras.

Ahí le dice el ladrón:

—Ah, eso está bueno. Si vo eh ladrón, entonce sí. Ve, nosotro le damo trabajo si es que noh acompaña a lo que trabajamo nosotros. Nosotro somo ladrone.

—Caramba, yo le acompaño, amigo.

Ahí se hizo liga. Ahí se quedó, ya, de ladrón también. Bajó, se hizo representar a los demás. "Fulano de tal: Juan Marino."

—Bueno, si me acompaña quédese aquí —le dijo el ladrón.

—Entonce mañana noh vamos—. Ellos salían a las seis de la mañana de ahí y llegaban a las doce de la noche onde iban a robar.

Bueno. Cuando ya los ladrones esa noche se reconocieron con él, ya descargaron los caballos. Traían cargados los caballos. Tres caballos con carga. Así que ya salió la mamá a servirle la comida:

—Véngase, amigo—. Ahí comió.

Al otro día de mañana, antes que se fueran, otra buena comida. Porque se iban.

—Ahora sí —dice el jefe a uno que andaba con los caballos por allá—. Tráigame un caballo más, que ahora hay otro compañero.

Se fueron hoy día. Anochecieron adonde iban a robar, a otras partes, al palacio de un rey. Ahí anochecieron. Llegaron allá. Estos entraban a las doce de la noche, subían arriba, todos tres juntos, los hermanos. Eran hermanos. Subía uno primero y de ahí de la ventana guindaba el brazo y jalaba el otro para arriba, y el otro para arriba. Iban adentro todos tres. Y para bajar, lo mismo: todos tres los hermanos. Tres noches estuvieron jalando a él para arriba; que aprendiera cómo subían. A las tres noches que ya le llevan, le dice el jefe:

—Oiga, Usté. Mañana Usté va arriba primero y Usté nos va a jalar a nosotro pa arriba como lo hamo hecho.

Bueno, se viene pensando este: "¡Caramba! Ahora estos me van a matar arriba. Ahora farta que me hagan coger a mí. Fregao."

El usaba una cuchilla y la despalmó bien ese día, y la llevó aquí debajo, metida en el saco. Se fueron; noche. Llegaron a las doce de la noche.

—A ver, suba amigo, arriba. Que nos jale.

Ahí subió, con su cuchilla ahí, despalmada y al alcance. Tiró la mano y el brazo de uno para arriba se le prendió. Le jaló arriba pues. Pero ya llegando arriba, él le echa mano al pelo y sacó la cuchilla: ¡Raz! el pescuezo. Lo despescuezó. Ahí lo dejó adentro del palacio. Echó mano al otro, ¡cay! lo jaló y echó mano al pelo ! raz! ahí el pescuezo. Al otro, el tercero, lo mismo. Tres hermanos. Los dejó muertos. Y el que andaba con los caballos, quedó afuera esperando; ese no era ladrón, sino que sólo cuidaba los caballos. Bajó Juan Marino en busca del que tenía las bestias. Se tira abajo:

—Compañero, vámono que ya los compañero los cogieron en er palacio adentro. ¿Quién sabe yo cómo me he librado?

¡Ajhnnn! Y corrieron y montaron y se fueron en esos caballos. Como eran viento, ya estuvieron allá donde la madre de los muchachos. Ya llegaron a esa misma hora: las doce de la noche. Llegaron.

—¿Onde están mis hijos? —dice la señora.

—Señora, sus hijos lo cogieron dentro del palacio que estamos arriba. Y yo, ¡quién sabe cómo m'he librado!

¡Caramba! Llanto esa señora por los hijos que ya los habían cogido. (Ella no sabía, pues, que ése los había dejado muertos.) Así que entonces, ya esa señora ahí llora. Y como pudo, llorando, le dio la comida a él. Y llorando, le hizo el café. Había dos cuartos allá, el primero sin candado y el otro con candado metido. Le dice ya cuando se desocupó del café.

—Bueno, señora. ¿Y qué tienen sus hijo aquí adentro, en este cuarto?

—Ahí —le dice—, ahí, ahí. . . tiene. . .

—Déme permiso para ir adentro.

Fue adentro al cuarto sin candado. Y tenían medio cuarto de plata de la que robaban. Todita esa plata la traían de por allá. Ese era su trabajo de ellos. Bueno, salió de este cuarto. Llegó a la puerta del otro cuarto, el candado metido adentro:

—Oiga, señora. ¿Y qué tienen sus hijo aquí en este cuarto qu'está con candado?

—Hummm. . . se lo tienen ahí, m'hijo. Hummm. . . Ahí lo tienen así cerrado.

—¿Usté tiene las llave?

—Hummm. . .

—Présteme las llave.

—No, mis hijos no destapan este cuarto. No no no.

—Présteme la llave, señora. Usté carga las llave. Présteme no más las llave.

Le prestó la llave, pues. ¿Qué más? A lo que le prestó la llave, cogió él la cuchilla ¡razzz! a la viejita ahí la dejó templada, a media casa. Y fue y abrió el cuarto ese con llave. ¡Cay! Le salió una niña como de quince años. La tenían los ladrones, que se la habían robado. La llevaron chiquita y ahí la tenían. Ahí la estaban criando. ¡Fíjese! Se asusta la niña:

—¡Ay, señó. ¿Quién eh Usté?

—Juan Marino.

La niña vio a la viejita bien muerta, descabezada. Entonces le dice:

—Ay, señó. Lléveme de onde eh Usté. Lléveme que aquí estoh ladrone me han robado. Me traen chica, me están criando.

¡Caray! Así que ya, pues, él le dice:

—Entonce, vámono. Coraje.

Llamó al que estaba con los caballos ahí afuera. Cuatro caballos cargaba. Lo llamó:

—Ven acá. Oye, háceme cuatro carga de plata y lárgate a tu tierra.

¡Cay! Se fue llenito de plata y el resto lo llenaron en pacas. Y en un caballo él iba con la niña. Los dos en el mismo caballo, ¡imagínese! Y su bote estaba allá donde él había saltado a tierra. Ahí estaba el bote, con la comida y el agua, todo. Arrastraron adentro del bote las pacas de plata y se embarcaron y se fueron a bordo. Se la llevó y dejó a la vieja muerta con sus hijos ladrones también muertos. Despescuezados.

Entonces ya se fueron a la altura, navegando en ese botecito. Todo el día, toda la noche navegaron en ese botecito. No les pasó nada. Amanecieron mañana cuando puerto en un puerto de una ciudad. Ahí dentraron de una vez al puerto. Ya cuando dentraron, le dice la niña:

—Oye, donde vamos nosotro te han de preguntar la gente qué somo nosotro. ¿Qué lo va decí?

—¿Yo qué sé?

—Si te preguntan arguno, dile que somo hermano —le dijo ella.

—Está bien.

LA HIJA DEL REY

Llegaron al lado de un buque grande. Estaba ahí fondeado, ahí en el puerto ese. Y ellos en su botecito chiquito. La niña compuso el café y tomaron. Dice él:

—Quédate aquí, que yo me voy a tierra. Voy a conocer aquí este lugar.

—Bueno —dice ella.

Se fue a tierra y dejó a la niña en el bote. A lo que se fue, el Capitán del buque se tiró abajo al botecito, a preguntarle a la

niña que de "Onde venían, quién eran, cómo eran?" Así que la niña le decía todo, pues. Y el Capitán:

—¡Caramba, niña! Pueden frascasar en este botecito que viene de tan lejo.

—Sí.

—¿Y qué, pues? Er compañero ¿qué?

—Es mi hermano.

¡Cay! Vido que Juan Marino no era novio sino hermano, le dice el Capitán:

—Oiga, niña, ¿Usté no desea casarse conmigo?

—Señor, yo no pienso en eso todavía. No pienso en eso.

—Ay, niña ¡vámono casando!

Y Juan Marino andaba por allá paseando, conociendo a tierra. Así que este Capitán molestándola ahí. Y ella de que "No no". "No pienso en esas cosah."

Cuando que lo rato, ya viene Juan Marino por ahí, acercándose. Ya llega donde la niña.

—Apura, hombre —le dice ella—. Desde que te fuiste, el Capitán del buque ha estado molestando aquí a la cabeza. Que quiere que me case yo con él.

—No. ¿De vera, hermana?— Y el Capitán ya había subido arriba al buque grande. —¿De vera, hermana?

—Sí, pue. El Capitán.

—Pero, vea. Cuídate vo. Porque mañana tengo que ir más adentro 'e la ciudad, a conocer más. Hoy aquí no má he andao.

—No no —dice—. No te vaya mañana.

—Sí. Voy a conocer más pa dentro, oye.

—¡Caramba! No te vaya, hermano. El Capitán. . .

Pero él se fue otra vuelta, Juan Marino. Se fue más para adentro. Y a lo que se iba, se tiraba el Capitán abajo, a enamorar a la niña, pues. Y ella de que "No" de que "No". Molesta porque Juan se había ido. Y Juan más para el centro. Por allá iba al centro. Encontró que había un poco de gente debajo del portal de una casa. Se fue allá. Llega allá adebajo de ese portal:

—¿Cómo están, amigoh?

Va a saludar a algunos. Y tiende la vista, ¿qué ve? Un muerto estaba ahí en el portal. Dice:

—Caramba, ¿qué leh pasa, amigoh, aquí?

—Amigo, estamo cuidando er cadáver.

—¿Qué? ¿Se ha muerto?

—Sí, dos días tiene muerto ya.

—¿Y las velas, pues? ¿Por qué no las velas?

—El patrón sólo nos tiene cuidando. Por aquí está el patrón arriba. No sé, pue, no quiere velalo. Sólo nos tiene cuidando.

—Ah, caramba, tá malo. Cuando se muere un muerto, lo primero es las velah. Tá malo. ¿Onde está el patrón?

—Aquí arriba stá.

—¿No será molesto para ir hablar con él?

—No —le dicen—. Suba no más. Ahí stá la escalera.

Fue arriba Juan Marino. Como llevaba plata, los bolsillos llenos, de una vez fue al patrón:

—A ver. Buenos días, señor.

—Buenos días. ¿Qué dice? ¿De ónde viene Usté?

—Señor, vengo de otras partes.

—A ver, suba. ¿Qué dice?

—Caramba, señor. Vea, perdone si yo he llegado aquí. Yo eh la primera vez que sarto aquí. Y vengo por aquí apenao, porque está ahí un cadáver abajo con los cuidandero. Sin velalo. No más cuidando.

—Sí —dice el patrón—. Se ha muerto. Ya stá.

—Bueno, señó. ¿Por qué no lo ha velado er cadáver?

—¡Ah, no! Yo no lo velo porque ese muerto que s'ha muerto me va debiendo mucho dinero. Por eso no lo velo. Permito que se pudre y después tirarlo ajuera.

—Patrón, stá malo eso.

—No no. Me debe mucho dinero, por eso no lo velo.

—Vea, señor. Si Usté quisiera recebir el dinero que le ha debío ese cadáver, me lo diera pa sepultarlo yo.

—¡Ay! que me diera Usté la plata ¡como no!

—Por eso le pregunto. Si quiere Usté recebir el dinero que le ha debido. Pa sepultarlo yo. ¿Cuánto ha debido?

—Aquí stá el libro—. Fue y trajo el libro y lo abrió. —Aquí stá. Tanto ha debido.

Juan Marino metió la mano en el bolsillo y sacó y cuenta la plata. Este blanco contentísimo; cogió su plata:

—Ahora sí, lléveselo pa enterrarlo mañana o de una vez. Llévelo.

Baja abajo Juan Marino. Y pregunta a todos que estaban ahí cuidando el cadáver:

—Oiga, amigoh. ¿Cuál de Ustedes tiene su casa grande y buena, para llevar er cadáver allá, para velarlo ahora y para sepurtarlo mañana? Yo pago lo que me cobren. Pago lo que me cobren. (Los bolsillos llenos de plata.)

Entonces dice uno:

—Yo. Mi casa grande stá desocupada.

—Entonce vamo allá.

—Vamo.

Cogieron el cadáver; se lo llevaron allá a la casa grande. Llegó allá a la casa grande. Juan Marino le dijo a éste, dejándole plata:

—Toma, me hace el ataúd y la seportura y too. Usté se encarga con el cadáver. Que yo vengo a las sei de la mañana pa sepultar este cadáver.

¿Quién sabe cuánto le dejó, para que ahí le dé algo a los acompañantes de noche?

—Está bien —le dice el dueño de la casa.

Y lo dejó ahí, Juan Marino. Quedó arreglado el velorio y se va a su bote otra vuelta. ¡Cay! El Capitán estaba con la niña enamoradísimo allá. Y ella desesperadísima. Llegó Juan Marino. ¡Caramba! ella bravísima:

—Púrate, hermano, qu'el Capitán. . .

—¿Quéé́é?

—Sí, pue. Cada que te va, él está aquí a la cabeza. Y molesta y molesta.

—No. ¿De vera, hermana?— El Capitán ya había subido arriba al buque. —¿De vera, hermana?

—Sí, pue. El Capitán.

—¡Caray! Vea. Pero eso sí, hermana. Mañana me voy a tierra otra vuerta. (¿No ve que él había dejado muerto un cadáver para sepultarlo? ¿Que fuera velado y sepultado?) Me voy a tierra otra vuerta.

—No no no no, hermano.

—Sí, ps, hermana. Mañana.

—No no. Vamo pa fuera. Dejemo too. Que ese Capitán. . .

—Pero yo voy a tierra, mañana y en seguida vengo. Una diligencia.

¡Caray! Esa niña ahí, desesperada. Bueno, Juan Marino tomó su café y se fue. Allá a la casa grande ya tenían listo todo. Cogieron el cadáver, se lo llevaron al cementerio y lo sepultaron. Entonces, sí. Cuando se desocupó de eso, en seguida vino derecho a su bote. Llegó de allá, apurado. Y se hacía la marea. Se hacía la marea. La hermana ahí en la proa, a ver cuándo él regresaba, pues.

—Ahora sí. Nos vamo, hermana —le dijo.

De una vez los dos se acomodaron en el bote, que ya se hacía la marea. Ya se veía que ya el botecito estaba para irse. Se tira el Capitán:

—Oiga, amigo.

—Mande.

—¿Adónde van Ustés?

—Nosotro vamo a tales partes.

—Caramba, amigo. Pueden frascasar con la niña en el bote.

Le dice Juan Marino, pues:

—¡Ja jai! Tal vez no, mi Capitán.

—Oye. Si tú quiere te puedo llevar en mi buque. (Era un buque grande.) Te puedo llevar en mi buque. Si tú quiere.

¡Cay! Juan Marino dijo al fin:

—Bueno—. Que "Bueno" así dijo. —¿Qué más, pues? Tanta insistencia.

El Capitán guinda arriba el botecito con la niña adentro. Al ver esto, la niña:

—No no no no. Vámono no má en el bote.

—No, hermana ¡caramba! Vámono aquí arriba.

—Aquí arriba eh tu casa, niña —le dice el Capitán, enamoradísimo. —Aquí arriba eh tu casa.

Bueno. Pero a lo que subió arriba, ya la niña dijo:

—A ver. Déme un camarote para mí sola, para dormir. Y déme las llave.

El Capitán le dio el camarote para ella sola y le dio las llaves. ¡Ajo! Ya encerrada no más. El cocinero oía su llamado y le echaba la comida por la puerta medio tapada. Y ella seguía encerrada. El Capitán no tenía lugar de conversar nada, ni de día ni de noche. En camarote sola va ella.

Y Juan Marino iba fuera, con el Capitán y todos. Ya lo vido que él era un buen marino, de una vez quedó para ayudante. Ayudante.

Para eso, pues, ese buque era de una ciudad que era de un rey. Y ese Capitán cargaba el retrato de la hija del rey, que se había desaparecido. El rey le había dado el retrato de su hija para que en todos los lugares que llegara, saltara a tierra y pusiera ese retrato a todas las niñas. La que él viera que era parecida a su hija, que se la llevara de una una vez. ¡Caramba! El cocinero del buque siempre que echaba la comida al camarote a la niña, se iba de vuelta al camarote del Capitán y se fijaba en el retrato que cargaba el Capitán.

Un día, pues, ya lo vido le dice el cocinero al Capitán:

—Mi Capitán. ¿Usté se ha fijao en una cosa?

—¿De qué?

—De la niña, pue. De la niña. A mí me parece que eh el retrato que carga.

—¿Cierto? A hora que vaya darle la comida, me llama —dijo el Capitán.

Bueno. A la hora de comer, ya lo llamó el cocinero:

—Ven, Capitán. Que ya bajo la comida.

Fue el cocinero, la niña destapó la puerta para que él entre y él dejó la puerta medio destapada. El Capitán afuera, escuchando. Entonces el cocinero llegó el retrato a la niña:

—Oiga, niña. ¿Usté conoce este retrato?

—Ay sí —le dice. Era ella misma. ¡Fíjese! —Ay sí.

A lo que dijo "Ay sí" el Capitán entró en el camarote. Se asusta la niña. Dice el Capitán:

—Ese retrato, mi niña, me lo ha dado su papacito. Que onde le encuentre a Usté, que le lleve por orden d'él en mi buque.

—¡Ay! Papá. . .

—Sí, su papacito.

¡Cay! El rey había dicho al Capitán "Que el que llevaba a su hija de onde arguno la tendría, se la daría pa esposa." ¡Cay! El Capitán ahora lo vido estaba más con gusto, pues. Dijo entre él: "No le enamoro más, porque tiene que ser mi mujer."

Salió del camarote de ella y de una vez hizo parte al rey que ya llevaba su hija en el buque. Que tal día, tal tiempo, estaba allá con la niña. Y que fuera preparando las bodas porque él iba a casarse con ella. ¡Pooo! Alegrísimo el rey, también.

Y Juan Marino ahí con los compañeros, los otros marinos, sin saber nada. ¡Nada! Ayudante en este buque. Pensó el Capitán: "¡Ajo. Yo no llevo a este hombre. ¿Qué, pue, voy a llevarlo? Se lo dejo. Llevo la niña sola no más onde el rey. Que va a ser mi esposa."

Cuando que, a las doce de la noche hizo levantar a todos los marinos. ¡Fíjese! A las doce de la noche.

—Levanten, muchachos, que arriba se ha roto un cabo. Levanten—. El buque en la altura. El viento y la noche oscura. —Levanten. Se ha roto un cabo. ¡Apuren! Corran. Suban.

Corren ellos ¡cay! ese viento les da para atrás.

—No no no, mi Capitán. Podemo volar al agua. No no. Deje el cabo suerto.

Y el Capitán:

—¡Caramba! Oye, ve. Hablen a ese marino nuevo. (A Juan Marino.) Que asuba él que eh nuevo.

¡Fíjese! Y Juan Marino estaba durmiendo enzapatado. Se despertó y dijo:

—Sí, como no. Asubo, pue. (Como era un gran marino.)

Y subió. De hecho subió arriba. El vieeennto. . . Y amarró el cabo. El, solito. Juan Marino se llamaba. Juan Marino. Y gritó para abajo:

—Ya stá amarrado.

Entonces, pues, vino ese Capitán en el oscuro (con razón, pues, a medianoche, nadie lo veía), vino ahí por detrás con su cuchilla despalmada. Y ¡razz! cortó el cabo por donde se había subido Juan Marino. ¡Púchica! De la velocidad que llevaba el barco, allá voló fuera al mar. Y más estando enzapatado. La niña no vido, pues, en su camarote metida. El Capitán contentísimo, pero se hizo triste (haciéndose ¿no?):

—¡Caramba! Perdí un buen marino —decía así—. Caramba, mi buen marino.

Y los otros:

—¿Ya ve, mi Capitán? ¿Ya ve? Yo no subo. Yo no subo.

LA CANOA

Juan Marino cayó al agua, empezó a manotear, a manotear. ¡Ehhh! Lejísimo. Ya no más se moría ahogado. Bebía agua de onde ya no podía. Cuando acordó, venía una canoa negrecita, aquí a los lados. De una vez se vino ella a su lado, allegándose. Canoa sola. En la altura ¡fíjese! y él piponazo de agua. Es que había bebido harta agua. A lo que se llegó esa canoa, subió adentro y quedó. Durmió. Ya no podía nadar. Fíjese Usted: ¡de noche! Amaneciendo el día, ahí amanece a tierra de una vez la canoa, con él adentro. En un remanso, en un pueblo, no sé qué ciudad era. Cogió aspiración él y ya se compuso. No murió, sino que se compuso. Saltó a tierra. ¡Vea las cosas! A lo que saltó a tierra, ahí le habló la canoa:

—Mi buen amigo —le dijo la canoa.

—¿Qué qué qué? No tengo cómo pagarle. No le pagaría. Mi plata quedó en mi bote, guindando allá en el buque del Capitán.

—No —le dice la canoa—. Oiga, ¿Usté se acuerda cuando pagó pa sepurtar un cadáver que se había muerto?

—Sí, pue.

—Yo soy aquel muerto que le ha venío a salvarle—. Imagínese. Las cosas como son ¿no? Que era aquel muerto que se estaba pudriendo sin ser velado. —Yo soy. No le valgo nada. No más vine a salvarle.

En ese momento, la canoa se hizo ave y se fue al cielo.

LA VERDAD

Así que Juan Marino quedó en tierra, salvado. Y el buque del Capitán faltaba una semana para llegar a tierra. En esa misma tierra, que era la tierra del rey. Se iba dando vueltas en la altura, el buque. Por eso tardaba tanto.

Bueno. Cuando que ya amaneció, se fue Juan Marino por ese camino, a buscar trabajo para trabajar. Allááá estaba una casita a la orilla y un hombre asomado:

—Bueno día, amigo —le dice Juan Marino.

—Bueno día.

—Déme una posadita.

—Suba.

Ahí se quedó. Ya le empieza a contar cómo había andado él. Entonces le dice:

—Y por aquí ¿ónde hay trabajo, amigo?

—Caray, trabajo no hay. ¿Usté no es carpintero?

—No.

—Trabajo de carpintería sí hay en la ciudad.

—No soy carpintero.

Bueno, quedó aposado en la casa de este hombre. Pero sin trabajo. Y el hombre sí, iba a su trabajo en la ciudad. Ya los dos tres días, le dice al dueño de la casa:

—Caramba, señor. Que si hubiera un cuartito abajo, sería mejor pa estar yo ahí.

—Amigo, onde estoy trabajando hay facilidad. Ahí hay tablah, cañitah. Puedo traer. Yo mismo puedo hacerte el cuartito.

—Bueno, si lo puede, tráelo.

Al otro día, trajo un poco de caña. Hizo el cuartito. Y lo arregló bonito. Una semana estuvo ají viviendo. Para eso, le dice otra vuelta al dueño:

—Oiga, señor. Bueno sería de darle una pinturita ¿no? al cuarto.

—Hay too donde trabajo. Puedo traer.

—Traiga, pues.

Trae. Se vino el dueño trayendo tres layas de pintura. Y Juan Marino pinta el cuarto. Queda bonito con tres layas de pintura. Ahí vivía.

Cuando el día domingo, el rey sale del centro a pasear a la orilla. Si vino por ahí, un día domingo a pasear a la orilla. Y pasa tan al lado de ese cuarto, que estaba hecho nuevito, de tres layas de pintura. Y se queda el rey viendo. Dice:

—¡Caray, qué lindo!— Estaba asomado el dueño de la casa. —Oiga, amigo. ¿Usté es dueño d'esta casa?

—Sí, mi Majestá.

—¿Usté ha hecho este trabajito?

—No, mi Majestá. Aquí lo ha hecho un hombre sin trabajo. Que ha venido de otras parte.

—Ah, buen pintor es él. ¿Y adónde está ese hombre?

—De cacería, pue. Ya vuerve. Ya mi'mo ha de venir.

—Ajá ¡buen pintor! Oiga, tenga la bondad que a hora que viene, dígale a ese señor que mañana a las diez del día l'espero. Que vaya al palacio que quiero hablar con él, a ver si me hace una pintura.

—Está bien.

—No se olvide.

—No, mi Majestá.

Así que tarde llegó Juan Marino. Entonces ya le dijo "Que el Rey había pasado y había visto eso y mandaba que fuera allá".

—¡Ah, caray! Entonce mañana me voy a la llamada del Rey.

Así que el otro día se fue donde el rey. Llegó allá, subió al palacio. Le dio su nombre. Le dice el rey:

—Ah, sí sí. Vos eh de allá donde está el cuartito.

—Sí, mi Majestad.

—¿Me puede hacer un trabajo?

—Como no, mi Majestad.

—Quiero que me dé lujo a mi palacio. Dé unos tre lujo también, como ha hecho a su cuarto.

—Como no, mi Majestad.

—¿Me acabará dentro de unos tre día?

—Como no, mi Majestad.

—Porque me va llegar una hija de otras parte leja. Que stá perdida y me llega de aquí a tre día. ¿Me acabará?

—Como no, mi Majestad.

—Bueno, póngase a trabajar, peón.

—No, mi Majestad. Eso sí, yo no trabajo hasta mañana.

—¿Me acabará en los tre día?

—Como no, mi Majestad. Hoy día —dice— dejo preparado el material. Vengo de mañanita. ¿Está bien?

Dejó preparado el material. Al otro día se vino a pintar. Y pinta pinta pinta pinta. Dentro de los dos días casi y medio, estuvo listo el trabajo. Y ya a la niña el rey la esperaba esa tarde. Tarde o por la noche, no sé qué, amaneció el buque fondeado. La niña con el Capitán adentro. Cuando que Juan Marino llama al rey:

—Mi Majestad, venga pa pasar revista.

¡Ajo! le vino, pasó la vista:

—¡Caramba! Está muy bien, hijo. A conforme yo lo deseaba—. Se quedó el rey viendo. —A conforme yo lo deseaba.

—Bueno.

¡Caramba, hijo! Oye, me he olvidado. ¿No me puede dar otro lujito más a ese cuarto? porque ahí eh donde reposa mi hija que va a llegar de aquí a mañana.

—Como no, mi Majestad. Le puedo dar otras laya 'e pintura.

Fue a traer más pinturas. ¡Ehhh! en seguida le puso otras pinturas. Puso tres layas de pintura más. Llamó:

—¡Venga! —al rey.

—Ahora sí, hijo. Ahora sí, tá bueno.

—Oiga, mi Majestad. Vea. ¿Qué dice Usté?

—¿De cómo, hijo?

—Que si yo dejara pintao mi nombre en la puerta del cuarto, pero del lado de adentro.

—¡Ay, hijo! Eso es lo que m'había olvidao. ¿No ve que m'hijita ha de preguntar quién ha hecho este trabajo? Píntalo, píntalo no más. Lo mejor que pueda. ¿No ve que m'hija tiene que preguntar quién ha hecho ese trabajo tan lindo?

Viene y le pone con seis layas de pintura, cada letra. Su nombre dice clarito: JUAN MARINO, JUAN MARINO. Ahí lo dejó puesto. Le pagó el rey lo que él quiso.

Cuando que, al otro día llega la niña. Llegó en el barco con el Capitán. El rey, en seguida a lo que ya llegó su barco, manda la canoa a que saltara el Capitán. Toda la ciudad había ido a recibirlo a la orilla. Compañeros, señores todos, gentes fueron a la compaña del rey, a la orilla. Saltó el Capitán con ella. ¡Caray! se lo trajeron al palacio de una vez. Entonces el Capitán sabía que el rey había ofrecido la niña. Llegaron acá todos los caballeros, y tuvieron un congreso un rato y todo. Dijo el rey:

—Toda mi compaña no se va, porque yo tengo que cumplir con lo que yo ofrecí. Yo ofrecí que el que me traía m'hija de onde lo tenían los ladrone, ella sería su esposa. Y el Capitán, como la trayó, se casa. El Capitán se casa con m'hijita.

¡Caramba! ese Capitán contentísimo. Y la niña allá triste triste. Ve.

Dice el rey a uno:

—¡Vay! Vay y diga al padre cura que venga a casarme un par de novio ya mismo.

Ahí vino el cura. Y la niña allááá, en ese rincón. Bien triste. Cuando que ya vino el cura:

—A ver, ¿ónde están los novio?

—Aquí están —dice el rey—. Hijita, prepárese, pue. Usté se va casar. ¿No ve que yo ofrecí qu'el que te trayera sería tu esposo? El Capitán tú te casas con él.

—Pero, papacito. Eso eh imposible.

—¿Qué qué qué?

—Que 'cabamos de llegar y d'una vez vamos a casar. Deje para mañana.

—Ah, bueno, hijita. Entonce hasta mañana. Vay, padre. Mañana se viene otra vuerta, de mañanita, porque tengo que cumplir. Toos se vienen mañana.

—Stá bien, mi Majestad.

Se fueron. Le carga al Capitán:

—Hijo. Usté viene mañana listo, que mañana te casa. Tengo que cumplir con lo qu'he ofrecido.

—Stá bien, pue. Mañana me caso.

Al otro día vinieron todos. Y el Capitán vino más acomodado. Hacía ser novio, ahí acomodado. Cuando también ya viene el cura otra vuelta, ahí ya listo. Ya de una vez el rey llamó a la hija. La niña fue y se vistió de casorio. Cuando salió afuera, se paró ahí. Y el novio ya estaba acá con el padrecito.

—Véngase, hijita, pues. Ya ahora sí, se casa. Que tengo que cumplir.

Entonces le dice la niña:

—Pero, Papacito. ¿Sabe Usté una cosa?

—¿Qué cómo, hijita?

—Que er Capitán ¡cierto! me ha traído en er barco. Pero él no me ha sacao de onde me tenían los ladrone.

—Ah, ¿no te ha sacao, hija? ¿No te ha sacao? ¿De qué qué? ¿Cómo?

—No. No me ha sacao.

—¿Y quién te sacó?

—El que me sacó de onde me tenían los ladrone, Papacito, eh ese que pintó el cuarto y que dejó su nombre ahí. Ese eh que me sacó de onde los ladrone.

—¿Ese eh que te sacó?

—¡Ese!

—Ve ve —dice el rey, bravísimo con el Capitán—. ¡Lárguese lárguese! Yo no lo necesito más.

Ahí lo desempleó. ¿No ve que el Capitán iba mintiendo? Cierto: la llevaba en el barco, pero no la había sacado. Y ella dijo que su esposo sería el que lo había sacado de onde la tenían los ladrones. ¡Cay! Juan Marino se había ido por la orilla, solo, triste. Su vestido viejo. Sucito. Dice el rey:

—Vay Usté, muchacho. Vayse allá a tal parte, ahí está uno y pregunte por fulano de tal. Juan Marino. Tráigamelo acá ya mismo.

El curita y toda la compaña admirados, pue, del caso. Se fue el paje por voz de Juan Marino Juan Marino Juan Marino. Cuando llegó a la orilla y se lo prendió de aquí.

—¡Ajo! déjeme —dice Juan Marino—. ¡Déjeme!

—Venga acá. Está llamando Usté, el Rey.

—¿Quién? ¿A mí?

—Sí, venga. Venga.

Así que se fue, pues. Entonces llegó allá al palacio y subió arriba y dentró. Ahí estaban todos esos señores grandes, el padre cura. Y la niña aquí cuando dentró.

—Buenos día, mi Majestad.

—Buenos día. Pase adelante.

Sale la niña:

—Papacito. El eh que me sacó de onde me tenían los ladrone. Ya será mi esposo.

¡Bahhh! De una vez fue el rey. Le dice:

—Venga acá, Usté, m'hijo—. Se lo llevó adentro y le dio vestidos. ¿No ve que estaba sucito? Salieron afuera al salón. —Ahora Usté, cáselo —al cura.

¡Ajo! Se casaron lo más bonito. Y se querían, pues, esos dos. No más que Juan Marino era muchacho bueno, no tomó venganza contra el Capitán ni nada. Ahí con su mujercita esposa. Espositados. Príncipa ella y Príncipo él.

Y el Capitán salió corrido. Nunca más fue Capitán ni nunca más llegó por allá. Por andar mintiendo.

LA MOCHITA Y LOS TRES SANTOS

Historia de un padre que tuvo tres hijas y a la más hermosa no la quiso, dudando de que ésta fuera realmente su hija. Un día la lleva al bosque y allá la amarra en un árbol, abandonándola. Una semana estuvo la niña ahí, hasta que un cazador la encontró, pero en tan mal estado que un brazo se había ya arruinado. Tuvo que amputarlo. A los días, el cazador se acuesta con la niña y le hace un hijo. Mientras el cazador se halla afuera, la suegra inventa una mentira y expulsa a la nuera.

Por el camino, ella encuentra a San Juan, San Pedro y San Pablo, quienes la ayudan y bautizan al niño. Este niño se hace hombre y sigue el viaje con su madre. Adelante encuentran una casa de mal asombro, habitada por tres espíritus. Estos espíritus le regalan la casa con todos

los bienes. Quedaron riquísimos. Un día, por coincidencia, el niño encuentra a su Papá, a quien nunca había conocido. Y lo trae para casa y pasan a vivir los tres, felices.

Tiempos después, ella manda una carta a la Mamá y esta viene a verla. El Papá de ella se avergüenza, pero no se arrepiente.

EL ABANDONO

Este era un hombre que tenía su mujer y tres hijas mujeres. No tenía hijos hombres. Y de las tres hijas mujeres, una le salió bien simpática; las otras eran como nosotros. Y a esa una que era simpática, no la quería el padre porque, decía, "Esta no eh hija mía". El papá siempre estaba en consulta con la mujer, que "Lo ha traicionado", que "Esta hija no eh mía". Y ella le decía "¡Cómo no! ¿Con quién voy a vivir yo sino contigo?"

Bueno, así andaba viviendo días con su hija. A esa una no la quería, pero ahí estaban viviendo. Para eso, un día él se va a una ciudad, un pueblo, no sé qué. Y oye, pues, que necesitan una muchacha. Regresa a casa y dice a la mujer:

—Oye. Sabe que allá en el pueblo donde había ido, tán buscando una muchacha para sirvienta. Que se vaya tu hija, pue. (La hija estaba oyendo ahí.) Que se vaya tu hija, que gane, pue, por ahí. (Que él no le daba nada.)

Entonces dijo la muchacha:

—Yo sí, me voy.

Es que veía que el padre no la quería. Entonces dijo la mamá:

—Hijita, anda, pue. Si quieres ir, anda porque tán pagando allá para que les vayan a servir. Por ahí Usté compre algo que te falta.

—Sí me voy, mamá —dijo la muchacha.

—Entonce que se aliste mañana, que la voy a dejar —dijo el padre—. Mañana la voy a dejar.

Al otro día, pues, de mañana, la cogió y la fue a dejar.

—Vámono.

¡Pa! y se fueron. Todo el día caminaron, y no llegan a ninguna parte sino dentran, ya con la noche, a una montaña lejos. Ahí llegaron. Este hombre, lo qué hizo, pues: Por la montaña como hay tantos árboles inmensos, en un buen árbol hizo parar a la hija, arrecostada derechita en este árbol. Quedó parada ella. Y viene y la lía de acá, todita la va liando con el palo, a la hija. Ahí la dejó liada. A los brazos los amarró así acá atrás también. Ahí la dejó liada. ¿Ella ónde, pues? Toda trincada desde abajo hasta arriba. ¡Ajo! así la dejó.

Se vino, llegó a su casa en la noche conversándole a su mujer que ya la había dejado de empleada. La señora contenta que ella, su hija, ya estaba, pues, que iba a ganar su plata.

Era lejos ya de ahí a la montaña, todo el día del camino. Para eso, esa niña queriendo salir. ¿Quién, pues? Esa niña estuvo una semana ahí. A la semana la encuentran dos cazadores. Salieron por ahí a esa montaña a cazar los dos hombres cazadores. Cuando que habían dentrado a la montaña y salían ya tarde casi, para afuera, en el camino donde iban saliendo, así hacia los lados oyeron un llanto. Se hacía allá "Ieen ieenn ieenn"; lloraba así, pues, lloraba. "Carajo, ¿qu'es qué llanto que llora aquí? ¿Quién anda por aquí esas montaña?" Y ella, pues, estaba con "Ayyy enn hun hun"... Dice:

—Vamo a velo. Corre.

—Yo no voy —dijo el otro—. Eh una cosa mala.

Uno era valiente, y uno dice:

—Carajo, vamo. Dele la vuelta.

Por ahí se va camino al llanto. Pero él va con el arma esa lista por si que fuera alguna cosa mala, le disparaba ¿no? Se va agoitando por ahí. Como era montaña, agoitando por ahí. Iba

cerca, cuando otra vuelta "Hiimm himm"... "Púchica vida ¡carajo! aquí eh." Cuando lo ve: esa niña está con el pescuezo torcido así, ahí. La moscarada como volaba. El hombre ahí le habló:

—¡Ey!

—Hiii hiiimm... —dice ella, que casi no podía hablar.

—Venga acá —dando la mano—, venga acá.

De una vez ella le dijo:

—Venga, señor, no me deje que yo soy gente buena—. Ya le dijo que el padre la había dejado amarrada. Y "Venga", y "¡Lléveme!"

Carajo. La moscarada. Cuando estrechoneaba, se cortaba con la soga y la tenían atada llenita de gusanos por este lado del brazo derecho. ¡Caramba! Y ella se apegaba por allá y ella le suplicaba:

—No me deje, señorcito. Lléveme que yo soy de tal parte, que mi papá no me ha querido, pue, vino aquí pa que me muera.

—Ve, carajo ¿ah? —él era valiente.

Y se dio vuelta "A ver si hallaba la escopeta". Y saca el puñal (a cazador no le falta el puñal también). Se va dentro. Vio que ella estaba ahí liada. ¡Ajo! y va, le pega el corte a la soga. De hecho se deshizo el lío y ella se fue al suelo. Al suelo. ¡Al suelo! ¡Carajo! el gusano por este lado acá abajo del brazo, que era ahí onde se defendían. Estrechoneaba unos estrechones, se cortaba con la soga. ¡Qué fuerza anduvo haciendo! Así que, ahí cayó y él la cogió.

—Ahora sí —le dice al compañero—, llevémola.

Ella les suplicaba, que no la dejen. Ya les dijo de que parte era, y que no la dejaran. Se la llevaron. Le dice el uno:

—¡Ayuda, pue, carajo!

—No, hombre. No hay porqué —le daba asco ver gusanos.

El valiente solo lleva la herramienta y la coge y se la echa al hombro. Por ahí se la lleva, la sacaba a su casa. ¡Fíjese! Llegaron a su casa. Llegaron, ya la gente se amontona para ver a esa mujer. Los gusanos ¡hiiii! una destrocidad.

—Mamá, venga —a curar, pues—. Venga, mamá—. La madre también con asco. Entonces le dice este hombre, cazador valiente: —Vea, mamá. Póngame una olla y déme un poquito de agua.

Ahí le calentó el agua. Entonces viene hasta ella. Todita la lavó. Todita ¿no ve que destilaba? Y todita la lavó este joven, la lavó bien. Después le puso cura, le mató los gusanos. Ahí ya se hizo de noche ya. La pusieron a la cama adentro. Cuando que el otro día amaneció, se le arrancó el brazo ¿no ve que ya estaba acabada de tanto gusano? Se le arrancó el brazo y quedó mochita. Por eso, este es el caso de la mochita.

Así que el hombrecito la curó. La curó, le daba la vida y todo hasta que se sanó. Ahí se sanó, ya bien la muchacha. Y era simpática como digo ¿no? por eso no la había querido el padre. Ya estaba buena, ahí vivía con ellos, mochita. Un día llamó al hombrecito por allá afuera en su casa, solito. Le dice:

—Oye. Sabe que, por vos no m'he muerto —le dice—. Si no hubiese sido vos, me muero—. Entonces le dice: —Ahora, pues, no tengo como pagarte, porque por vos no m'he muerto. Quédese cerca de mí, por ahí.

Llegó la noche, ya se la llevó a su cama, ya estaba sana. Lo único que era mochita ¡caray! Bueno, así que entonces vivieron los días. Cuando que en pronto día, la hizo encinta. ¡Fíjese! Ahí la hizo encinta. Cuando bastantes días ya, ya se notaba que estaba encinta. El también sabía, pues, así que invita al amigo:

—Vamono a trabajar ¿no ve que aquí no tenemo trabajo?

—Bueno, vámono.

Le dice a la mamá:

—Mamá, aquí dejo a ésta. Cuídemela y pa esto, si todavía nosotro no venimo y le coge de dar a luh ¡cuídela! vea.

—Bueno —dice la mamá.

Bueno. Para eso se fueron lejos.

—Si es que nosotro podemo mandar carta con arguna persona que venga para cá, seguro mandamo. Y si no, no

mandamo. Porque es lejo onde vamo y arguno no entregan, pue. Por aquí Usté ¡vea! cuídemela hasta que vengo.

—Bueno, hijo.

Se fue. Se fueron a otras partes lejas. De aquí para allá arriba, donde están esos trabajadores, donde casi no llegan las cartas. Bueno, se fueron lejos a trabajar. Se fueron largo, pues, lejos como digo.

Para eso, ya a los tiempitos días le cogió de dar a luz esta muchacha y dio a luz. Y ya la suegra no le dio ayuda. ¡Fíjese! Ni le buscó una partera. Se pare ella en su cama, sola. Así no más se parió. Parió un niñito, un hombrecito.

A los tres días de estar que había dado a luz, la suegra se fue a una vecina que estaba ahí al lado de su casa. Se fue a conversar (¿lo qué sería, pues? porque no la quería). Entonces hicieron entre ellas una carta falsa. Entre ellas. Hicieron esa carta. Y de allá se vino onde la nuera que estaba en la cama todavía. Tres días que había dado a luz. Y viene y le dice:

—Oye, acabo de recibir ahorita esta carta que manda mi hijo.

—Bueno —le dijo ella.

—Y te la voy a repasar, para que oiga.

Y la repasó adelante de ella. Dice que "Desde hoy día que recibe esta carta, que te largue ya de la casa que no te quiero. Y te va."

¡Caray! Tres días tenía parida. La suegra dijo:

—Sí, te va porque mi hijo manda ecir que no te quiere, que el día que recibía esta carta que te largue.

LOS TRES SANTITOS

¡Ajo! la maldad. Tres días tenía parida. Ahí salió, envolvió a su niño y se fue con su criatura por ahí. Cogió un camino no sé qué por otras partes y se fue. Ese día ya iba por allá, del mediodía para abajo, cuando le salió un santigo. Solita

iba por allá, con su niñito. Le salió ese santito. Era San Juan. Y él le dijo que "¿Aónde iba ella?" Ella le dijo, pues, que "Iba por ahí a otras parte. Que aonde había vivido, la habían botado."

—Yo voy acompañándole hasta donde ve el fin —le dice el santito.

Se fueron. Por allá anochecieron, ahí durmieron, con el santito ahí. Tuvo tres días para llegar a un lugar onde había gente. Tres días caminaron en camino. Al otro día, en esa misma hora otro santito le salió. Era San Pedro. Lo mismo:

—Voy acompañándole a ver el fin hasta dónde van.

—Bueno.

Ya lleva los dos: San Juan y San Pedro. Al otro día, le salió San Pablo ¡tres santitos! Lo mismo:

—Ahora sí, nos vamo.

Ahí se fueron de compañeros. Tres días ella sin comer, sin tomar agua, porque ya va en camino ¿no? Así que ya tarde casi del día, dijo ella:

—Por aquí no llegamo todavía a ninguna parte donde haiga casa. Voy que no aguanto de la sed. Ya van hacer tre día que no. . .

Le dice el santito:

—¿Lleva sed?

—Sí —le dice.

—Bueno, vamos aquí, ya mismo toma agua—. Había un río ahí. Ellos quedaron acá al otro lado. El santito le dio un martillo. —Tome, lleve este martillo. Vaya al río y da la vuerta así. Ahí está una piedra. Dele tres martillazos a esa piedra y que le haga una poza y tome. Deje el niñito aquí para mientras viene.

Ella se fue, pues. Les dejó el niñito con los tres santitos. Se fue y bajó y dio esa vuelta, ahí está la piedra. Pegó los tres martillazos: ahí tiene el agua en la poza. Tomó hasta donde quizo. Cuando subió arriba onde estaban ellos con el niñito, ya el niñito había crecido. ¡Fíjese! estaba del porte de ellos,

grande. Se creció el niñito. Ya grande. Bueno, entonces le dijeron estos santitos:

—Vea, hasta aquí la 'compañamos a Usté. Ahora Usté se va. Aquí se va.

—Bueno —dijo ella.

—Pero eso sí: vamo a bautizar aquí a su hijo.

Ahí lo bautizaron. Un santito se hizo el cura, el otro lo cargó y así que todos tres se ocuparon y lo dejaron bautizado al niño. Y ya cuando lo bautizaron, le pusieron el brazo a ella. ¡Fíjese! Quedó buena. Ya no quedó mochita, sino buena. Bien simpática. Entonces ya la mandaron.

—Mire allá —dicen—. Estaba un caserío, una poca de casas, un pueblo ¿qué sería? —Allá se va. En la primer casa que llega Usté está un señor. Pídale posada, porque allá no dan posada, no dan posada, pero pídale posada. Entonce él le ha de decir "Señora, aquí no damo posada, aquí no acostumbramo a dar posada a naide". Y hay una casa allá afuera retirada, que allá la van a mandar, pues que allá no hay naide, sólo está esa casa cerrada, una casa grande. Allá la mandan. Usté se va allá, porque por ahí se cansa de andar pidiendo posada y no le dan. Usté se va ahí a esa casa, no hay nadie. Ahí se duerme abajo en el portal siquiera, hasta mañana.

LA CASA DE MAL ASOMBRO

Bueno y se despidieron los santitos. Ella se fue allá con el hijo grande bautizado. Llegaron allá, dentraron ahí a la primer casa donde estaba el señor parado.

—Buenas tarde—. Ya con la noche. —Buenas tarde, señor.

—Buenas tarde. ¿De adónde viene?

—Por aquí, señor, de tales partes vengo. Vea, señor, dame una posadita para dormir aquí hasta mañana con mi hijo.

—No, señora. Aquí no hay posada, naide da posada. Aquí no damo posada. Vea, vayse a esa casa qu'está allá, ahí no hay naide. Duérmase abajo, pue, en el portal siquiera.

—Bueno. Por aquí yo voy, me voy a dormir.

—Sí, aquí no damo posada.

Así que se fue, pues. Ya llegaron ya con la noche. Tres días no habían comido, pero ella sí había tomado agua. Así que ahí llegaron ahí cerquita. Estaba cerrado eso todo. Y la puerta de la escalera era ahí. Se acomodaron ahí al lado. Esa señora se quedó dormida, pero el niño no dormía. El niño estaba despierto, dice que no dormía. Sería medianoche, las doce de la noche cuando "Ta ta ta" un paso en el portal, "Ta ta ta". Tres señores caballeros. Entraron y el niño estaba despierto viendo; la mamá estaba dormidísima. Y yan pasado aquí al ladito de ella, onde estaba acostada ahí. ¿No ve que era al lado de la escalera? Así que han pasado así al ladito. Pusieron la llave, sonó y destaparon la puerta y subieron arriba. Se fueron arriba. Este niño viendo todo. Y él despierto y la madre bien dormida. Cuando que al rato, como estaba al lado de la escalera, abajo de la puerta, el niño fue curioso. Se levantó y se asomó. Alcanzó a ver el reflejo de la escalera que estaba alumbrando. Tenía luz arriba. Ahí estaban ¡caramba! estos hombres en esta casa. Con luz arriba. Cuando a lo ratillo oye una bulla como que sonaban platos.

—Hee, platos. . . ¡tan comiendo! —dijo que dijo él— tan comiendo. . .

Esa bulla. Y se ha levantado y se asubió, pues, la escalera, calladito. Calladito, asubió y llega ahí a la puerta. Esos señores estaban sentados a media sala, el uno allá, el otro acá, abiertas las piernas. Eran tres, de piernas abiertas. Y él se quedaba viendo. No les habla, viendo. "¡Caray! ¿Que qué iban haciendo?" Cuando que hacían "pla pla pla". Así se hacían con las manos y él alcanzó a ver la plata. Tenían unos montones de plata, estaban como jugando y por eso hacían ese sonido. "Pla pla pla pla".

Este niño: "Ay ¡y eso es plata! Estos señores me dieran unas cuatro reales para comer mañana con mi mamá", dice este muchacho entre él, calladito, ahí. Caray, todas las ventanas cerradas. Este muchacho se descubrió arriba y les dice:

—Buenas nocheh, señore.

Se asustan. El uno pegó allá, el otro acá, como estaban encerrados.

—¿Quién eh Usté?

—Señor, yo. . . —le dice.

—¿Quién?

—Señor, por aquí vengo. Aquí voy con mi mamá, pasando. No somos de aquí. Mi mamá está ahí abajo. Sí me regala unos cuatro reale pa comer mañana. Tenemo tre días de camino que no hemo comido.

—Ah hijo, bueno. Bueno —le dice—. Nosotro somos muertoh.

Eran muertos. ¿No ve que esa casa estaba cerrada? Los dueños se habían muerto y fueron unos señores riquisísimos. Habían dejado cerrada la casa porque no tenían familia. Así que ahí estaban, pues.

—Vea, muchacho, nosotro somos muertoh. No tenemo familia y como tenemo a todas las cosas aquí adentro, por eso penamo. Andamo eh penando. Y nosotro cuando nos morimo, dijimo que el vivo que era de valor, que nos hablase a nosotros, sería dueño d'esto. Ahora no te vamo a dar cuatro reale, sino que vos va a ser dueño de aquí. De toa esta plata.

Y la madre durmiendo abajo.

—Bueno —dice el muchacho.

—¿Y adónde está tu mamá?

—Ahí está abajo.

—Va y recuérdela. Usté es dueña, tome las llave. Si no ha comido, abra las puertas 'e la cocina que adentro tiene comida. Que coma de una vez. Usté se queda aquí. Usté es dueño. Aquí quedan los libro, mañana vean lo que nosotro hemos manejado. Usté es dueño. Ahí están nuestra tres camas, vea Usté en cuál se acuesta. (Tres camas lindas, de esos caballeros.) Ahora sí nos vamo, ya no penamo má. No penamo má porque lo que penamo teníamos que penar. Ahora ya no penamo má. Nos vamo.

Así que ahí se fueron ellos, ya largo. Que ya han entregado

su plata y ya no penaban más. "Adios" ¿pues no? Bajó el niño ese, pues, a recordarle a la mamá.

—Vamo, vamo arriba, Mamá.

—Ah hijo ¿y qué?

—Sí, ya llegaron los dueños de esta casa. Vamo arriba que me dicen que suba.

Subieron. Pero los muertos ya se habían ido.

—Caramba, Mamá. Vamo, vámono acá a comer, que aquí hay comida—. Y destapa la puerta de la cocina. Tenían la comida, comieron hasta donde quisieron. Acabaron, vinieron al cuarto. Le dice: —Mamá, aquí hay tres cama. Acuéstese en una y yo me acuesto en otra.

—¿Y eso? ¿Cómo, hijito, esto?

Ya le declaró a la madre que eso había pasado y él era dueño ahora.

—¡Ajo! Bueno.

Ahí amanecieron. Ahí amanecieron. Y los señores, los tres hermanos muertos, le habían dicho que "Mañana cuando te desocupe, va Usté abajo y abre la tienda. Que ahí en la tienda hay todo lo que busca." Una casa de comercio era. Riquísima.

Para eso, pues, ya la señora le hizo haciendo el café. Tomaron café, desocuparon y ya mismo el niño bajó y abrió la tienda abajo. Cuando abre esa tienda, la gente del mismo lugar la vio abierta.

—Ay —dicen—. Ve, ya ese que ha llegao ahí, ese es dueño. Ese es arguno de la familia. Ya ve, ese es dueño. ¿Cómo ha destapao, pues?

Así que la gente iba allá. Llegaban unos, pues. Iban a comprar, que estaba abierta. Llegaban y le preguntaban:

—Amigo, ¿de adónde ha venío?

El les dice que él había venido de otras partes.

—Yo soy er dueño ahora. Yo soy er dueño. Esto había estao cerrao.

—¡Caray, amigo! Entonces. . .

Ya quedó esa tienda abierta para todos los que compraban ahí. Y arriba la señora, la madre. A los dos días, ya empezó a

leer un libro que cogió. Y vio que esos señores tenían algunos peones. Así que a toditos fue llamando, a esos peones, para hacerlos saber que él era el dueño ahora. Y todos se callaron ¿no ve que eran peones? El era el dueño. Todito ya lo manejaba: fincas, bienes, yo no sé qué, todito. Riquísimo. Dueño de todo lo que estaba en los libros. Ya la gente creía, pues si eso había estado cerrado no más.

EL PAPA

Para eso, un día de estar él ahí, asomado, ve que allá venía por una manga del camino, como unos seis hombres pasando, que iban al trabajo. Eran trabajadores suyos. Trabajan todos con sus herramientas. Eran carpinteros. Y este niño estaba asomado, como digo. Cuando ya iban cerca pasando, llamó a la madre este muchacho.

—Mamá, oiga. Vea ese que va allá, es mi papá.

—¡Qué, muchacho! ¿Y conoce a tu padre? Tú estabas toavía que no habías nacido.

—Mamita, ese eh mi papá. Si a ese lo conozco. Ese eh mi papá. ¡Ei, ei! —gritó—. ¡Venga acá! ¡Ei!

El hombre no hacía caso también. ¿Qué, pues? Si nunca se habían visto. Y vean aonde Dios mandó a ese muchacho: onde estaba trabajando el papá ¿no? que por ahí venía conversando con los compañeros.

—¿De ónde, muchacho? —le decía la mamá—. ¿Quién es esa gente, que uno ni la conoce?

Gritó:

—¡Acá, mamá! ¡Ese eh mi papá!— Se tira abajo y se va al alcance. Allá lo alcanzó y se le coge el brazo: —Venga acá, papá. Hombre, papá. Que Usté es mi papá —le decía—. ¡Caramba! Venga, papá —y lo jaló, que le hizo caer una herramienta y él se aladea—. ¡Venga acá, papá! Deje eso, que más de eso tenemo.

—¿Qué? eres tú un muchacho.

—¡Venga, papá, que te vean!— La señora estaba asomando

allá. —Véalo, papá —le dice—, esa que está allá es mi mamá—. Estaba asomada en la casa.

De allá lejitos bastante no se distinguía, pues. No lo conocía ella, todavía. Y jala él ¡caramba! hasta que se lo trajo jalando acá a la casa y los demás ahí parados, viendo eso. Y ahí lo esperaban. Cuando que ya va llegando a la casa y la ve, ahí la conoció. Pues claro, pues, que era ella.

Ahí se hizo suave el hombre y subió arriba con el muchacho. A lo que se subió, se afijó en el brazo de ella, pero ella era, pues. No más que ahora tenía su brazo de vuelta. Ya no era mochita. ¡Fíjese! Ya ahí de una vez ya se aclaró que eran ellos, el marido y la mujer. Largos tiempos perdidos ¿no? Entonces el muchacho le dice:

—No va, Papá, má. D'esto nosotro somo dueño.

Se asoma al otro de los compañeros que estaba allá y le dice:

—Compañero, vay no más, que yo ya no voy.

Y se fueron. De allá ya no bajó él, se quedó ahí. Ese rato mismo se pusieron en consulta los tres a conversar, ella y él todito. Todo como había sido y que como había rodado esa mujer por ahí tan lejísimos. Cuando que ya le aclaró ella cómo fue. Todo le dijo: lo que había hecho la suegra, que le habían hecho esa carta falsa y que cuando recibió la carta la suegra le mandó que se fuera, que "su hijo ya no la quería".

—Me vine, vine acá por la carta.

LA CARTA

Bueno, ya el marido se queda ahí. Cuando que ya tenía días, dentró un hombre al almacén a comprar. Y fíjese como son las cosas. Este era un hombre de su tierra, de la tierra de esta muchacha. Viene ese hombre que había venido por ahí no sé qué, y dentra a esa tienda a hacer sus compras. Entonces encuentra a ella abajo, ahí la conoció también:

—¡Ah! —le dice el hombre—. A Dioh ¡caray! ¿que por aquí está vo?

—Sí —le dice ella—. Aquí vivimo ahora. ¿Y mi mamá? —no pregunta por el padre sino por la mamá —¿Y mi mamá?

—Buena ha estao. Todoh tán bueno.

Le dice ella:

—¿Me va a llevar una carta?

—Bueno. Alista la carta pa llevala—. El hombre pensaba que esa muchacha era empleada. —Alista la carta que sí la llevo a tu mamá.

—Bueno.

Hizo sus compras el hombre. Dice:

—Ahora regreso a ver la carta.

—Bueno.

Así que ahí ya ella hizo una carta para la mamá y a lo rato vino a llevarla el hombre ese que se iba. El, pues, como digo, creía que ella era empleada. Y le dice:

—Caramba. ¿Usté aquí trabaja?

—Sí. Aquí estoy trabajando.

—Caray, está en buenas posicione, pue. En buenas posicione.

—Sí, señor. Vea, señor, todo lo que ve aquí es propiedad nuestra.

—¿Cierto?

—Sí, señor, todo esto es propiedad.

—Caray —le dice—. Bueno, entonces aliste la carta.

Bueno. Ella hizo la carta y la dio, pues. No le conversa más nada. Así que se fue el hombre para su tierra. Cogió su pollino y se fue. A los dos días, llegó a su tierra. Lo qué primeramente hizo: él mismo da la carta a la familia de la muchacha.

—A ver, amigo —al padre—. A ver, amigo.

El padre ¿ónde, pues? pues si el padre no la contaba viva. Creía que se había muerto en la montaña.

—A ver, amigo. Aquí tiene una carta de a su hija.

Que no dijo nada, el veterano. No dijo nada. Oye la señora:

—Ay —dice—. Ay ¿mi hijita?

—Sí, señora, que eh su hijita que le manda esa carta.

—¿Y adónde está mi hija?

—Ihhh, señora. Está en parte leja. Aquí le manda.

—¿Y está buena? Si Usté ha ido por allá. . .

—Sí, de allá vengo. He ido allá sin pensar. Caramba, señora, su hija está en buenas condicione. ¡Hiiii! Tiene un buen armacén, yo creo que se ha casao—. Así le dijo: —Yo creo que ya se ha casao ella, pue. Está en unas buenas condicione. Ella m'ha dijo que onde está, son propiedades todas suyas.

—¿Cierto, señor?

—Sí.

La señora pensó lo mismo que dijo el hombre ¿pues no? No sabía, pues, ella tampoco, de que el padre la había dejado en la montaña. Y el padre ¿qué le iba a decir?

Bueno, así que cogió la carta y la leyó. Para eso, pues, ella había puesto: "Mamita, yo estoy en tar parte en tar lugar" (le dio el nombre del lugar) "y espero que se venga. Véngase Usté, venga" (al padre no lo mentaba, sino a ella) "que venga, que yo estoy aquí."

Dice al marido:

—Oye, viejo. (Tenían un pollín.) Oye, viejo. Coge el burro, pue, pa irno mañana.

—Bueno. Cogió el pollino, el marido quiso no quiso. Y se vino ese viejo en su burro y la señora a pie, pues, en los caminos. Caminando todo el día. Lejos lejos. Al otro día, llegaron casi al mediodía (¿No ve que está en pollino?). Casi al mediodía. Ahí dentraron ya al pueblo ese, qué sería. Por ahí averiguando qué aónde es que vivían esas personas. Cualquiera les dijo:

—Allá. En esa tienda que está allá, grande, ahí vive esa señora de tal nombre.

Allá oyeron que allá vivían. Allá tiraron derecho, la señora a pie y el veterano en su burro. Ya dentraron al pueblo. Y la niña, pues, dos días que ya le esperaba a la madre. Estaba asomada y de lejos la alcanza, la conoció y dice:

—Esa que viene allá es mi mamá y este es el perro 'e mi

papá. ¡Fíjese! Llamó "perro" al papá. —Ese es el perro 'e mi papá.

Cerquita ahí, ella asomada arriba. Llegaron al pie de las casas. El veterano, a lo que iba llegando, se agachó. Agachado.

—Hijita —le dice la madre—. ¿Aquí vives? ¿Cómo estás?

—Sí, mamita, bien.

El veterano no dijo nada, sino que se agachó y se apegó en el pollino. Cuando dice ella:

—Mamita, ahí está la escalera, suba. Lo que es mi padre no sube—. El veterano ahí. ¿Qué, pues? Si él sabía, pues, las cosas que le había hecho a esta muchacha. —Lo que es mi padre no sube. Suba Usté. Pa Usté está la escalera abierta.

¡Ajo! ahí subió, pues, la mamá arriba. Subió arriba, abrazó a la hija. Todas las dos se dieron sus sentimientos. Bueno, para eso ya se pusieron a conversar. Conversa y conversa y le vino conversando todo, pues, la muchachona esta qué le había hecho el padre. Todito (¿Aónde sabía, pues, la madre? ¿Aónde sabía?).

Así que entonces ya fue hora de almuerzo, de comer. Cocinó ella, la señora tuvo que bajar a dejarle la comida abajo al marido. El no subió. ¿No ve que la hija le dijo claro que para el padre no había escalera? La señora bajó a dejarle la comida, pues, abajo. Ya bajó, le dio la comida y le dice el marido:

—Apúrate, porque nos vamo. Vamo temprano (medio bravo). Noh vamo temprano.

¿Qué, pues? era su marido, pues. Tenía que obedecerle a él. Ya fue arriba onde la hija, dice "Nos vamo".

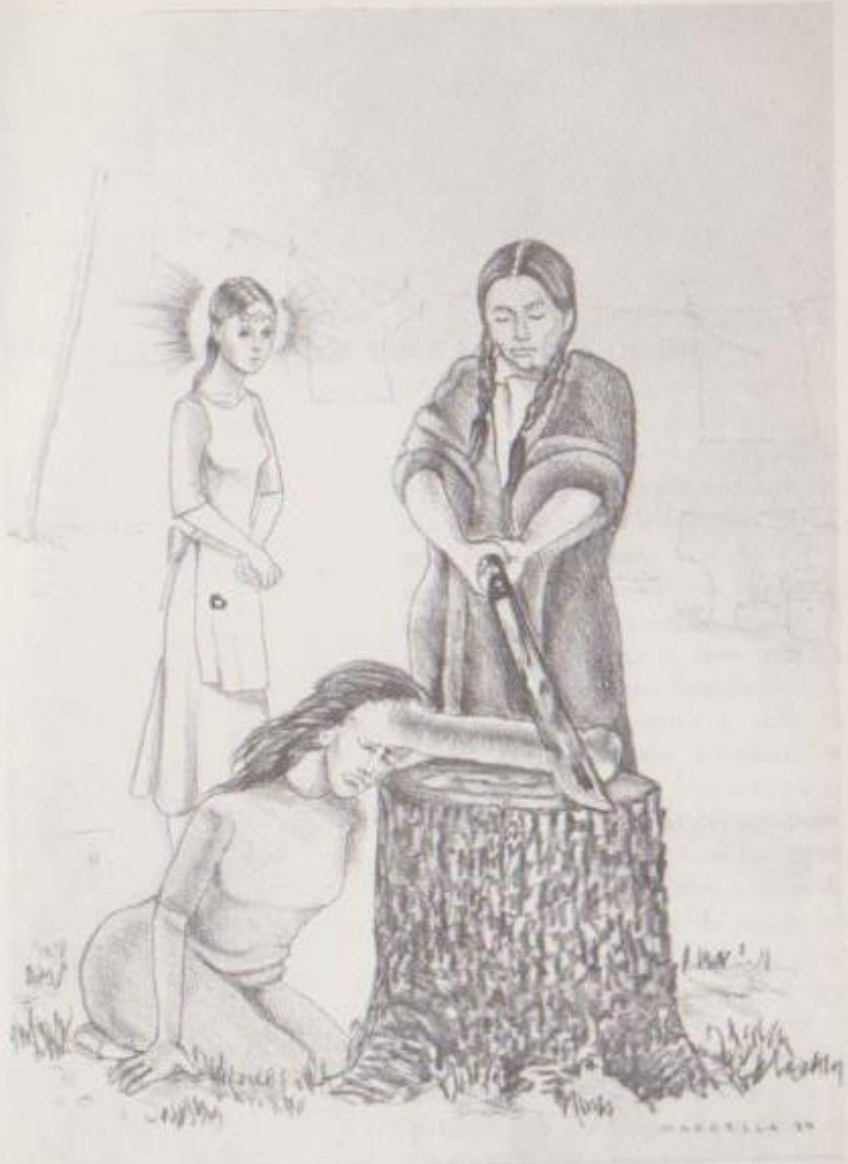
—Bueno, mamita.

Así que "Tal hora ya nos vamo". Cuando que esta niña, claro, tenía plata, le va acomodando a la madre con semejante talega de plata, "que se lleve". Y el pollinito le echó cargado de comida, de cualquier comida por ahí. Y se fueron. (Siempre logró, pues, el veterano. ¿No ve que su mujer le dio esa cantidad de plata?).

Y se vinieron. Pero ella vino sabiendo la verdad, lo qué le había hecho su hombre a su hija allá en la montaña. ¿No ve que

no la quería? Pero no conversaron del asunto, pues era su hombre. Ella decía entre ella: "¡Caray! me puede hacer lo mismo."

Y por ahí termina.



LA NIÑA DE LOS TRES LUCEROS DE ORO

Historia de una niña huérfana, criada por una señora que tenía una hija. Un día la señora manda la huérfana a lavar unas tripas de chancho en el río. Fue y perdió las tripas. Le aparece la Virgen, luego el Niño Dios, y finalmente el mismo Dios, quienes le devuelven las tripas y le regalan tres luceros de oro. Regresa a casa contenta y todo lo cuenta a la madrastra. Envidiosa, la madrastra instruye su hija sobre este sucedido, y la manda al día siguiente, al río, a que se fuera a lavar las tripas. Regresa a casa no con tres luceros de oro, sino con el pene de un burro pegado en la frente. La madre lo corta a machete. Por ese tiempo el rey quería casarse y corre la voz que se casaría con la niña más hermosa. La madrastra encierra la huérfana y va al palacio con su hija. Reaparece la Virgen a la niña huérfana. Y le regala

un vestido de oro y zapatos de oro. Así se fue al palacio, quedando el rey enamoradísimo de ella. Pero tuvo que regresar primero que la madrastra y la hermanastra. Al día siguiente, el rey sale en búsqueda de la niña de los tres luceros de oro. La madrastra hace una última tentativa para engañar al rey. De cómo el rey descubre la trama y logra encontrar de nuevo a María Sucia, casándose con ella.

Esta era una niña guacharita, decir: no tenía padre ni madre. La había criado una señora. Vivía ahí con esa señora que tenía una hija. Y no la quería, pues, casi, la señora a la muchacha, porque era guacharita. No la estimaba bien. Así que no la estimaba. Y esta señora tenía su hombre. El era trabajador. Un hombre pobre que era de todos los días irse al trabajo. Dejaba ahí, pues, a la muchachita con la señora.

Tenían un chancho encerrado, gordo y un día dice la señora, al marido:

—Oiga. Déje muerto el puerco que yo voy hacer algunas cosa para vender.

—Bueno.

De madrugada estuvo matando el chancho; ahí lo dejó que se beneficiara ella. Amaneció, pues, ella preparando cualesquiera cosas del chancho: comida, chicharrones, todo. Y para esto las tripas del chancho estaban ahí. Entonces, como a esta muchachita no la quería, le dice:

—Ve, muchacha. Cógeme esas tripas en un tarro, y allá en el río va, y láveme esas tripas y tráigamelas bien hechas. Como no me traiga eso bien limpio todo, ahora verás que te castigo.

Cogió la muchachita, metió en un tarro y se fue allá al río a lavar las tripas. Ella llega al río y saca las tripas del tarro y las

pone ahí y se sienta ella allí. Cuando acordado venía un pescado y se ha llevado las tripas. Por siempre ¡caray! Unos llantos la muchacha que venía, pues, amenazada de la mujer esa.

—Es que este animal se me ha llevado mis tripas.

Por ahí se va a la orilla del río, por ahí para abajo, llorando. Llorando la niña, ya bien grande. Cuando que por ailá iba, venía una señora por esa orilla. Dice que le dice:

—Hijita, ¿y pa ónde va?

—Señora, voy a ver unas tripa que me mandaron a lavar y se me lo ha hallado un pescao. Voy a ver si no vararán por aquí.

—Ay ¡hijita! No llore, hijita, anda a velo. Puede que por áhy vare, más abajo—. Bueno, ahí llorando. Y para eso le dice la señora: —Oye, allá más abajito ahí tá una casita y allí stá un niño llorando arriba en una hamaca. Sube y pégalo má. Y ahí en el fogón, hay un tarrito así lleno de agua caliente. Dáselo que llore más.

—Bueno —dice.

(Y esa señora era la Virgen.) Anda para abajo la niña por ahí, cuando ya está la casita. Estaba ese niñito que gritaba. No le pegó, sino que le frió la aguita y se la dio y lo mecía y lo dejó que ya no lloraba. Y ella se fue siempre avante. Ahí lo dejó. (Ese niño que lloraba era Niño Dios.)

Bueno, entonces avanzó ella por ahí llorando. Ya más abajo iba cuando venía un viejecito arremangado hasta arriba de la rodilla.

—¡Ay, niña! (Ella iba llorando.) ¿Para ónde va, hijita, llorando?

—Por aquí, señor. Voy a ver unas tripa que se me ha llevao un pescao y si no andarán por aquí.

—Pobrecita.

—Y que a hora que voy me van a pegar, porque he dejao llevar las tripa.

—¡Caramba, hijita!

Y lo mira a ver para abajo a las piernas del hombre. Ese hombre en las piernas era todo sangre. Y esa muchachita andaba

con los trajecitos por ahí volando las tiras; se arrancó un pedacito de tira y le dice:

—Venga, señor, pa secarlo.

—Ay no, hijita, déjame no má.

—Venga para se lo limpiar.

Ahí lo limpió; sangre que cargaba en las piernas. Entonces desque le dice:

—Ve, hijita, anda. Vete por aquí. Pueda que por ahí encuentre las tripa. Allá abajo termina el agua del río. (Era un río de agua). Termina el agua. Usté va a llegar a dar una vuelta al río y en esa vuelta hay una poza de agua y tá una piedra grande: siéntate en ella encima. Puede que por ahí encuentre las tripa, porque de ahí ya no hay agua más para abajo. (Y ese era Dios, el viejecito. ¡Fíjese! Era Dios.)

Así que se fue la niña para allá. Llegó donde el agua al tobillo y vuelve hasta donde se terminó el agua. Vira, ahí estaba la poza y está la piedra a media pocita. Ahí se sentó en ella, encima.

Un momento ya estaba ahí, cuando ha venido un pescado, no sé qué. Zapateó una patada —como era la poza chica— y le brincaron tres gotas de agua a ella, en la frente. Y se hicieron luceros de oro. ¡Esa luz! ¡Tres luceros!

Cuando acordó tantea; ahí están las tripas. Cogió las tripas y se viene ella contenta; los tres luceros en la frente. Se fue largo por ahí para fuera, de una vez derecho a su casa, donde la señora.

—¿Qué eh que staba haciendo, hija?

Pues ya le dijo todo cómo había sido, que se le habían ido las tripas y que había andado ella por ahí hasta que las había encontrado. Y le va conversando todo.

—¿Y eso que tiene, hija? ¿Por qué está hecho así?

Ya le dijo todo cómo había sido.

—Ay hijita ¡por Dios! — La señora venía y más se le refregaba la frente más aclaraba, más ardía ese lucero. ¿No ve que era de oro? —¡Ay, hija!

Ya le dijo la niña cómo había sido.

—Oye, m'hijita. Mañana te vas vos, a ver si te aceptan también —dice la señora a la hija de ella.

—Bueno.

Al otro día ya viene:

—Anda, hijita—. Por ahí había unas tripas de quién sabe qué animalito. —Con estah te vas a lavar. (Le dijo todo cómo sería.) Te hacés así vos también.

Y se fue. Cuando que llegó al río y se sentó, sacó las tripas. Cuando acuerda ¡tras! el pescado se las llevó. Lo mismo ¡caray! el pescado se las llevó. ¡Jay! unos llantos también, pues, como la otra. Por ahí se va para abajo en el río, también llorando, cuando ya venía la viejecita:

—Hijita ¿pa ónde vas? ¿por qué vas llorando?

—Señora, me han mandao lavar unas tripa a mi mamá. Y se me lah hah llevao un pescao por aquí. A ver si Usté no sabe.

—Ah, bueno. Entonce por ahí busque, puede que por ahí sale. Andate—. Entonces le dice: —Oye, hijita. Ahí en una casita ahí abajo, ahí stá un niñito qu'está llorando en una hamaca. Pégalo durísimo que llore má. Y ahí stá un tarrito de agua caliente; dáselo así, caliente.

—Bueno —le dice.

Así que se fue. Cuando entraba a la casa, y llegó ¡Jennn! ese niño que se gritaba. Subió y le pegó, pues. ¡Caray! más gritaba. ¡Ey! fue donde estaba el tarro, así caliente; lo hizo tomar el agua. (Y ese era el Niño Dios como antes ¿pues, no?)

Se fue avante. Cuando más abajo, ahí venía el viejecito, otra vuelta, así mismo, arremangado.

—Oye, hija ¿por qué vas llorando ni más?

—Señor, voy buscando unas tripa que se me ha llevao un pescao por aquí.

—Caray —le dice.

Y ella lo ve, pues, que por abajo era todito materia, los pies reventados. Esa se tapó así bien la nariz. No lo secó, no lo limpió con un trapito. No hizo nada, no más que se tapó la nariz. Le dice el viejo:

—Ve, hijita. Hasta ahí no más termina el río, ahí en esa vuerta. Hasta ahí termina el agua. Dale la vuerta al río que ahí está una poza de agua y una piedra. Siéntate en ella encima. Puede que ahí 'parezcan tus tripas.

—Bueno.

Ya está el agua ahí, se sentó en media piedra. Quedó ahí sentaaaada. Sentada allá rato. Dice:

—¡Caray!

Nada, esperaba a qué hora pateaba el pescado, pues. "¿Qué hora viene?" Nada. Cuando tanteó así por allá, perdonando la palabra, allá viene un pollino. Y se venía a beber en esas pozas. Ahí venía a beber. Muy bien. Lo alcanzó a ver la niña que estaba en la piedra. Se quedó el pollino paraaaado allá. Se animaba a entrar y se desanimaba. ¿No ve que ella estaba sentada ahí? Se animaba y se desanimaba el pollino. Ya rato ahí bastante ese pollino a ella viendo. En eso anda, cuando le va aflojando el asunto del pollino. Aflojó y con eso se vino y se ha apegado a la poza. Y ella sentada ahí cerquita, pues, esa muchacha. Cuando que se agacha el pollino apegándose al agua y hace ¡Juuuuun! Se asusta la muchacha y se vira para allá y zangolotea ese aparato. Le pegó en la frente de la muchacha. ¡Cay! Y ahí se arrancó del pollino. ¡Fíjese! Y ella se quedó con eso. Y así se fue a su casa. Ese aparato en su frente. Llegó onde la mamá, que le dice:

—Ay hija ¿y qué eh eso?

Ya va conversando. Dice:

—No sé.

—¡Ay, hijita!

Viene la mamá con un machete cuchillo ¡zas! se lo rebanó. En fin que pónele cura, pónele cura para que sane, pues. Se lo había cortado.

A uno, dos, tres días que esa había estado así, el rey de la ciudad regó la voz que todas las señoritas niñas tuvieran la bondad de presentarse al palacio. Hija de quien sea, que vaya. Que él se iba a poner arriba en el mirador y mirar a todas esas

niñas. Iba a quedar arriba el rey mirando todito alrededor abajo del palacio. Y a la que le cayera en gracia, de todas las niñas, esta sería su esposa.

Regó la voz el rey. Bueno. Ahora en la ciudad toditas esas jóvenes niñas se acomodan:

—Vamo, así noh casamo con el rey.

Abajo llenito. Por acá, por onde quiera, lo mismo, ya ni. Y el rey arriba mirando a ver cuál, pues, que le caía en gracia. ¡Jey!

Y para eso la voz llegó onde la casa de la señora que tenía la niña de los tres luceros. Y era linda la niña. Y a su lado estaba la otra que no había sanado bien donde le habían cortado el aparatón del pollino. La hija. Cuando que llega la boca que "Todos se presenten hoy día, que la que me place a mí, será mi esposa." Dice la veterana:

—Ay hijita, allá anda y vamo. Pueda que s'enamore.

Estaba bien guapa, pues, la muchacha. No era tan mala. Lo único esta cicatriz en la frente, del aparatón cortado.

—Te pone aquí una cosa así, pa que no 'parezca. Acomódate, hazlo. Pue'e ser que el rey se enamore de vos.

Ahí se acomodó y se fueron. A la niña de los tres luceros no la llevaron; esa muchachita ya estaba grande; la dejaron encerrada adentro.

—Vos no va —dijo la señora.

Cuando llegaron, ya estaba ese gentío y el rey arriba viendo todito, a cuál le placía para casarse.

¡Caray! Quedó la niña solita en su casa. Cuando le llegó la Virgen otra vuelta:

—A Dioh, hijita ¿y a vo no te han llevao?

—No, señora.

No sabía que era la Virgen, sólo veía a una señora veterana.

—¿No te han llevao a vo, hijita?

—No. Me han dejao aquí. Tooh se han ido.

Le viene trayendo un par de zapatos de oro y un vestido de oro.

—Andate, hijita. Ponte este zapato, ponte este vestido, que te vaya. ¡Y ándate! Y a hora que llegas, métete en medio de toa esa gente mujerada. Métete en medio. Y cuando ya ves que se está saliendo la gente, entonces te venís antes que llegue de vuerta tu madrastra, tu mamá esa. Así regresas primero y desvístete, dejas el vestío y lo zapatoh ahí arzado.

—Bueno.

Ahí se puso el vestido de oro y los zapatos de oro, esa niña. Se fue. Y ¡tras! que era buena, pues, y más con los tres luceros. Ajo, parecía esa niña más buena. Se fue. Cuando va llegando, pues, esta niña la alcanzó a ver el rey. ¡Ajo! qu'esa niña hada, con los tres luceros que le ardían en la frente. ¡Ajo! ese rey de una vez los dos ojos. Y ella dentrando y él más que no le perdía de vista. Dice que decían las compañeras:

—Ve, esa es la esposa del rey. Ya no mira más naidies, sino esa que ha dentrao ya, con los tres lucéroh.

Vestido de oro, zapato de oro, esa niña ardía ahí. Le puso el ojo el rey. Entonces ya a lo rato dice que decían las otras:

—Yo ya me voy. Ya no mira a naidie más, el rey. Esa tiene que ser la esposa.

Empezaban a salir todas. Se fueron ya unas. Salían. Dijo la niña:

—Me voy también.

Llegó a la casa. Se desvistió y puso los zapatos y el vestido ahí a la entrada de la puerta del cuarto, alzados. Y se puso el vestido como andaba siempre, de guacharita, la pobre.

Cuando que ya se fueron todos, la madrastra a lo ratillo también regresó. Lo primero que hizo llegando, pues, fue tantear y ve el vestido y los zapatos.

—Ay —dijo—, esta ha sido María que ha ido a la fiesta. Ahí está el vestido y los zapato de oro. Y como le vieron los tre lucero de oro no han sabido que es guacharita—. Esta ha sido —dijo la veterana, la señora.

No dijo nada a María. Hacían un momento que habían llegado, cuando ¡traz! mandó un hombre el rey a la señora esa:

—Señora, manda decir el rey que dentro de unos tres, cuatro minutos stá aquí. Que se viene llevar a la niña que se presentó con los tre lucero de oro en la frente. Ella es la esposa d'él.

—¡Ay, Jesús! Ya se la va llevar el rey a m'hija. (Decía ella: "M'hija".) A m'hija. Ahora ¿cómo hacemo? que ya mismo va venir.

Cogió a la muchacha y dice a la hija:

—Vamo encerrándola pa que no la encuentre aquí afuera.

La han encerrado en el cuarto y la hicieron meterse ahí adentro de un cajón grande. Ahí que esté metida para que no la vea el rey a la niña de los tres luceros.

—Ay, hija —dice a su hija—, acomódate. Ponte esos zapatos, ponte el vestío a ver se te lleva a vos.

—Bueno —dice la hija.

¡Caray! y a la María Sucia la hicieron meter adentro del cuarto en un cajón. Cuando que se ha puesto los zapatos, pues, la hija de ella. Pero los zapatos no le estaban buenos; estaban chicos para ella.

—Mamita, no me dentran los zapato.

—¿Cierto, hijita? Apúrate que ya mi'mo llega el rey.

—Pero si no me dentran, Mamá, los zapato.

—Córtate loh dedos, hija, pa que te dentren.

¡Fíjese! Así dijo "Córtate los dedos." Y se cortó unos dedos de los pies. La sangre se ha ido. Ya vino con unos trapos y los amarró ahí hasta que hizo embonar los zapatos. Con qué dolor no estaría ahí también ¿no? Y se puso el vestido de oro. Cuando que se sentó ella ahí a frente, en una silla. Cuando en eso ¡zas! se descubre el rey.

—A ver, señora, buenas tarde, buenos díah (¿qué sería, no?).

—Suba, mi Sacarreal.

Y subió.

—Vea, señorita. ¿Adónde está la niña que se presentó ar palacio, de los tre lucero de oro?

—Aquí stá —le dice.

—¿Qué? ¿Vestida de oro?

—Aquí stá —le dice.

La hija, pues, estaba vestida de oro ahí. Quedita porque estaban mochos los dedos. Quedita.

—Bueno —dice el rey—. Oiga, niña, tenga la bondad de pararse aquí a mí delante. Tenga la bondad de pararse a mí delante.

Se levanta esa niña. ¡Con qué gozo venirse a parar adelante del rey! Y a lo que levantó, se fue al suelo. Por allá brincaron los zapatos. Y el rey ve, pues, los pies coloreando. Recién mochos los dedos. Ni estaban forrados con unas tiras, porque estaban recién mochos.

—Señora. Usté no me va engañar a mí —dice—. Preséntememe la niña que se presentó allá de los tre lucero de oro. Esta no eh. Déme permiso, señora, voy adentro.

Fue adentro, pues ¡caray! Y viró el cajón ese que tenía. Ahí salió la niña. Ahí salió.

—Esta es mi esposa, señora. Alístese que nos vamo, niña.

Se la llevó el rey. Se la llevó y la otra quedó mocha de los dedos. ¡Ajo! El castigo, ¿pues no?

TEDIN, EL ANGEL

Un pescador muy pobre, quien un día pescó harto pescado. Al día siguiente, quiso obtener lo mismo y como no lo obtuvo por la gracia de Dios, apeló a la ayuda del Diablo. Pero el Diablo le ofrece un negocio: darle riqueza en cambio del hijito menor. El pescador acepta el compromiso. Se hizo rico y un día el Diablo se presenta a buscar al hijo. Desesperación. Por suerte, Tedín, El Angel de la Guardia del pescador, porfía contra el Diablo y lo vence. El susto fue una buena lección para el pescador, por toda su vida.

Este era un pobresero pescador, sólo tenía harta criaturas. No tenía él dónde ganar, sólo ganaba de la pesca. Y ya ese día fue, trajo el vagón llenecito de pescado. Vendió harto. Contento. Dice:

—Mujer, ya tenemo sequer pa unos quince día comer tranquilito y más que sea unos cuatro reale para ir juntando.

—Anda no má pescar otra vuerta —dice la mujer—. Que Dios si es tan grande te ha'd dar má.

Bueno. Se fue a pescar el otro día. Ya se venían toditos los pescadores y él ese día no podía coger ni un pescado.

—Ay —dice—, Dioh mío, ¿por qué ni er diablo me ayuda? ¿ni er diablo me ayuda siquiera pa ya no pescar?

Eso dijo fuera del mar. Estaría lejos de su casa. Entonces se le apareció el Hermano (el Diablo ¿no?):

—Holá, mi buen amigo. ¿Qué? ¿Está de pesca?

—Oh —dice—, yo no he cogido nada, ni para mear ni nada.

—Pero Usté mentó que Usté necesitaba dinero ¿no eh verdad?

—Sí —dice—, yo necesitaba más dinero po que soy muy pobre.

—Vamo hacer un negocio: Usté me da su hijo su más pequeño y yo le doy plata suficiente.

—Bueno, está bien. Yo le doy.

—Bueno, y vea un papel.

—Ya.

Se fue el Hermano. Cuando el pobresero llegó de vuelta a la casa, traía mulares de toda marca. Se queda admirada la mujer, dice:

—¿Qué negocio ha hecho, marido? ¿Ha hecho de algún negocio?

—Sí —dice—, pero déjame que quiero descansar.

—Bueno, está bien.

Días van días viene, ya se le iba acabando el dinero.

—Marido —dice la mujer—, a mi compadre le estamo debiendo una plata. Vamoh a pagale antes que noh gastemo toa la plata.

—Cierto —dice—, vamoh adonde el compadre pa pagale, porque sino acaba la plata y después no tenemo cómo pagale.

Se fueron de noche. Una noche como el día, clarita la luna. Se fueron. Y llevaron las criaturas ¿no? a pasear. Todavía pasaban por unos palmales que tenían que pasar y por ahí

mismo tenían que regresar, cuando llegó un niñito que no era de ellos. Pasando ya iban por acá esas palmas, cuando oyeron llorar a esa criaturita.

—Ve —dice—, esta criatura, tan desnudita qu'est'aquí. ¿Por qué la han dejao botada? Vamo llevar.

Bueno, la cogieron. Entre ellos la trajeron. En casa d'ellos amaneció la criaturita. Ni fueron a casa del compadre. Regresaron del camino con la criatura. De mañanita le preguntó el pobresero:

—Tedín ¿quiere agua?

—No quiero —dice la criaturita.

—¿Quiere café?

—No quiero nada. Déme un traguito de agua. Con agua eh mi man'tención.

Llegó las once del día, las doce:

—¿Quiere comer?

—No quiero nada. Déme un trago de agua. Esa eh mi ma'tención.

Ya como a las seis de la tarde, le dice la criatura:

—Ve, señor. Usté ha hecho compromiso con El Malo. Ya se le va venir esta noche, a eso viene, a llevar a tu hijito. Me hace el favor de que no conteste ninguno de los dos. Y no contesten nada, que yo voy a contestar.

—Bueno, Tedín.

Por la noche, a las doce de la noche, llega El Malo:

—José José José, abre la puerta que ya vine. Que ya se cumplió el compromiso. José José, abre.

—No —dice José—, no abro.

—O desarrajo la puerta.

Cuando dijo "Desarrajo" entonces Tedín le dice:

—Desarrájalo, a ver con quien te encuentra. ¿No sabe que yo estoy aquí? Me hace el favor de retirarte y no pisar más en esta casa. Y si quiere arreglar argo, arreglemo nosotro, no con el señor.

¡Caray! Se va El Malo, El Hermano, pue. Dice Tedín al pobresero:

—Agradece. T'encontraste quien te defendió. Hoy día era fin de tu vida, con toda tu familia. Hoy día sí te llegaba. Agradece. Y con esta me despido, adiós.

Se fue. Pero al otro día, amaneció Tedín ahí otra vuelta. Dice:

—¿Tú me conoce a mí, mi buen señor?

—No —dice.

—Yo soy tu Angel de la Guardia. ¿Por qué hace esos compromiso así? No haga más nunca. Ya queda tú firme, queda con plata y trabaja bien, que tú un tiempo llegará feliz. Ahora sí, súbame aquí en la ventana y déme la bendición que ya me voy.

Entonces el pobresero cogió a su Angel de la Guardia y le dio la bendición. Pegó un salto, se volvió una paloma y se fue.

II. DE ENCANTOS Y VIRTUDES (Poderes mágicos o psíquicos individuales)

CASIN Y LOS LADRONES

Historia de Casín y Abrhan, dos hermanos, el uno pobre y el otro rico. Un día sale el hermano pobre –Casín– a cazar. Y encuentra una cueva de ladrones. Regresa cargado de oro y plata. Abrhan, ambicioso, le pide que lo conduzca a la cueva. Los ladrones matan a Abrhan y van en búsqueda de Casín, sin encontrarlo. De cómo Casín venga al hermano, logrando matar los ladrones y viviendo rico y tranquilo por el resto de su vida.

Abrhan era un hombre millonario. Millonario, completamente millonario, tenía casa, mulares, chanchos, gallinas, todo. Y Casí era un hombre muy pobre él. Trabajaba por ahí, en cualquier cosa, de cargador, de eso, de aquello, de lo que más podía él, trabajar trabajaba para ganarse la vida, para mantener la familia.

Un día Casí se fue parte lejas a la cacería. Tuvo un tiempo por acá y ya la cacería se lo fue alejando más y más y más para

adentro. Hasta que un día él llegó a un cerro adonde estaba un árbol bien copado y limpiecito abajo. Entonces dice él:

—Ve, este árbol. Este árbol tan lindo como está ¿qué eh qué contiene? Aquí voy anochecé y 'manecé. Algo tiene que haber.

Bueno, se quedó. Cuando está llegando un poco de negros con unos mulares de plata, oro, transitando un cerrito. Llegaron ahí, descargaron los mulares de plata, toda mercadería. Entonces dice un negro:

—Mor César ¡ábrete! que vamoh a guardar esto.

Cuando acordó, el cerro se abrió. Casí oyendo todito. De nuevamente los ladrones se largaron. Se largaron. Ya él vio que iban bien lejos, entonces ya se bajó, cogió su burro, sus dos sacos:

—Mor César ¡ábrete! que voy a entrar.

Se abrió. Se entró él, llenó un saco de plata, el ótro de oro. Se vino. Dice ahí:

—Mor César, ábrete para salir.

Se abrió. Entonces a ver esto, manda un recado al hermano, al millonario Abrhan: "Que m'haga el favor de prestarme la pesa para pesar un oro."

—Pero mi hermano es pobre, ¿cómo va tener oro? Si eh un pobre que no tiene ni para él, y manda a pedir prestado la romana y pesar el oro. ¡Jen! ¡Qué cosa! Cosa de increíble.

¡Jay! Fue el hombre creándose poco a poco y aumentando, aumentando.

—Vea, mi hermano —dice Casín—. Ya no me carece nada.

—¡Jen! Usté arguna cosa está robando, mi hermano. Yo tengo que descubrir eso.

No podía descubrir. Y Casín siempre tenía plata, oro. Un día se vino Abrhan acá a la casa de Casín:

—Vea, hermano. Si Usté no me dice lo que tú qué secreto tiene, hoy te mato. Te mato y te mato.

—¿Y por qué me va matar, pues si no tengo nada?

—¿Y no? ¿De ónde saca dinero? ¿De ónde saca oro?

—No tengo nada. Dió me dá.

—¿Ah, sí? ¡Y tiene por tonelada!

—No —dice.

—Vaya enseñándome, que pasará tranquilo.

—Bueno. Vamo, alístate.

Llevó Abrhan tres burros, tres mulares de un golpe.

—Vea, eh ahí en ese cerrito —dice Casín.

—¿Cómo llama?

—"Mor César ¡ábrete!" Asimismo es para salir, porque eso se abre y se cierra.

—Está bien, ñano—. Había hecho las seis pacas para llenarlas de oro. Dice: —Mor César ¡ábrete!

¡Ta! se abrió. Entró adentro Abrhan y Casín ya se vino, pues, de vuelta. Adentro Abrhan. ¡Caray! Llenó él todititas las pacas. Seis pacas. Ya fue hora de salir. ¿Cómo, pues?

—Ahora está cerrado, ahora ¿cómo es esto que ya me olvidé? Ya me olvidé. Frijol —dijo—. Arroz, mulare, frijolito. . .

—¡Cay! De toditos nombres él mentaba y no podía dar con ninguno.

Ya no pudo dar. En eso llegan los ladrones, llegan los ladrones. Dicen:

—¿Qué vido? ¡Carajo! Aquí hay ladrone, aquí hay de estoh ladrone. Este ladrón tiene compañeroh. Pero ya lo vamo a matar.

Y cogieron a Abrhan y ¡paaaa! le hicieron cuatro pedazos. Afuera dice el hermano:

—¡Cay! Mi hermano no ha venido. Lo han encontrao y lo han matao, ya lo mataron. Voy a velo.

Ahí estaban los cuatro pedazos de Abrhan. Los trajo y los llevó a un sastre "¿Si le podía coser un muerto?"

—¿Por qué no? —dice el sastre—. Podíamo coselo bien.

Cuando regresaron los ladrones, ya no encontraron los cuatro pedazos del cadáver del muerto. ¡Jen! misterio. Entonces empezaron a rondar, pues, a averiguar quién se había llevado los cuatro pedazos del cadáver muerto. A rondar, a

rondar. Y Casín había cosido al hermano y lo había enterrado calladito. Que "¿Cómo no iba a coselo pa enterralo?" Y después que lo había enterrado se había ido por las calles de este pueblo y en cada casa escribió un letrero que decía "AQUI ES". ¡Fíjese! "AQUI ES" en toditas las casas. Lloraba la gente la muerte de Abrhan. Como lo había conocido, lloraba esa gente. Y lloraba y lloraba. Llegaron los ladrones y derecho fueron a la primera casa que decía AQUI ES.

—¿Adónde es? —preguntó un ladrón.

—Aquí es —dijo el otro ladrón.

—¿Adónde? ¿En qué casa, pue?

—Aquí es —dice éste.

—No, aquí es —dice aquél.

¡Caray! No pudieron dar. También con semejante indicación. Si todas las puertas tenían la misma marca.

Bueno, pasan días días pasan, Casín ya tenía bastante pensado lo qué iría suceder. Dice:

—Estoh ladrone me van matar. Y yo tengo que matalo a todito pa que no me maten. Me quedo con toa la fortuna.

Y los ladrones rondando. AQUI ES por todo lado. Tiempos con AQUI ES.

—¡Ay, ya no hay vida! —dicen los ladrones—. Ya no hay vida, qu'este es un ladrón declarado.

Para eso, Casín se enamora de una señorita simpática. Bien simpática era la señorita. Y con el oro que él tenía, se casa y construye un palacio para vivir con ella. Todavía no era tan rico, pero era rico. Construye un palacio, vamos a decir.

Tiempos van tiempos vienen, llegan ahí los ladrones y ven a esta señorita asomada.

—Vamo a robar aquí —dijo el jefe de los ladrones.

Mandó hacer unos cuarenta embudos y metió su gente ahí. Pero en un embudo sólo puso miel. Y fue al palacio a vender "miel". Vino con esos mulares cargados con los embudos. Llegó al palacio, pidió posada.

—¿Y eso qué eh? —dijo la señorita.

—Miel, es, pue— y ya le fue abriendo el embudo de miel. Los otros no, sino sólo el de miel. —Miel es, pue.

—Ah, bueno, entonce entre, pue.

Ya entró, descargó los mulares. A lo rato viene la cocinera:

—Señorita, señorita.

—Mande, muchacha.

—Ve, en estoh cartucho hay gente. Son los ladrone.

¡Cay! Se fue adentro, pues, la señorita donde el marido que estaba en los libros. Tenía unos libros de sus negocios.

—¿Cierto? —dijo el marido.

—Así habló la muchacha.

—Son ellos, m'hija. Vamo hacer esto.

Esta señorita cogió un puñal y se puso a tocar la vitrola. Saca el Jefe de los ladrones a bailar. ¡Fíjese! Y baila y baila y baila y baila. Y en eso lo mata. Lo mata.

Mientras Casín abajo había mandado comprar gasolina y tendió la gasolina en todos los cartuchos. Dijo a la cocinera:

—Ahora sí, ¡póngale fuego!

¡Shiiiii! Ese fuego. Quemó toditos los ladrones.

—Ahora sí, estamo sarvado —dice—. Ahora sí, ya quedamo bien. Ya quedamo tranquilo.

Quedaron para siempre ellos con la mina, Casín rico, millonario ahora. ¿No ve que hizo esto porque los ladrones hicieron cuatro pedazos del cuerpo cadáver de su hermano? Por eso fue. "Mor César, ¡ábrete que quiero entrar!" "Mor César, ábrete que quiero salir."

Terminado.

EL ANILLO DE VIRTUD

Historia de un muchacho que salvó de la muerte a un perro y un gato. Y luego compró una escopeta y salió a cazar palomas. En esa cacería, unas cuantas palomas se escaparon por un huaico profundo. Una señora veterana le indica lo qué tiene qué hacer para recuperar las palomas. Las recupera y, además, regresa trayendo un anillo de virtud. Tiempos después, se va de viaje, llevándose el anillo. Le llega la noticia de que el rey ofrece su hija en casamiento, a quien logre preñarla, aunque se halle encerrada a siete llaves. Con el auxilio del anillo, él logra embarazar a la princesa. Y se casa con ella. Pero ella tenía un enamorado. Entonces roba el anillo de virtud al marido y huye con el enamorado. Enojado por haber perdido a su hija, el rey lo amenaza de muerte. Le dio un plazo de tres días para encontrar y

traer de vuelta a la hija su esposa. Felizmente sus amigos —el perro y el gato— lo ayudan y él escapa a la sentencia del rey. Pero el rey descubre el adulterio y destierra a su propia hija con el enamorado. Al muchacho lo deja libre y en paz, con el anillo de virtud.

SALVANSE UN PERRO Y UN GATO

Este era una señora, a quien ya se le había muerto el marido. Y había quedado con un hijo hombre. Sólo los dos vivían en la casa. Y tenían ¿no? como vivir, pues el cadáver le dejó plata a su mujer. Vivían ahí los dos, la mamá con el hijo ya grandecito. Así que el hijo un día le dice:

—Mamá, déme cuatro peso.

—¿A qué querés plata, hijito?

—Mmmmm. . . me voy a pasear acá al pueblo, por aquí por allá. Me voy a pasear al pueblo. Déme cuatro peso.

Le dio los cuatro pesos, la mamá. Se fue este muchacho. Y allá salió para acá fuera del camino, cuando encontró, pues, a dos muchachos matando un perro. Les dice este muchacho:

—Caray, muchachos, ¿por qué matan el perro? No lo maten.

—Jey, stamo matando este perro.

—No lo maten, muchachoh. Pobre animal. Véndamelo.

—Bueno —le dicen ellos.

—¿Cuánto quieren?

—Cuatro peso.

Ahí compró ese perro y regresó para atrás. Llegó onde la mamá, le dice:

—Mamá, he comprao este perro. Lo taban matando los muchachoh y l'he comprao.

—¡Caramba! —la madre— ¿Y por qué compra esos animale que no sirven para nada?

—Mamá, cuídemelo que par' algo me ha de servir —le dice—. Cuídemelo, mamá.

—No sirven para nada. . . —dice.

Ahí lo dejó amarrado. Que lo cuidara la mamá.

—Mamá, déme cuatro peso má.

—No, muchacho ¡caramba! que vo anda comprando eso animale que no sirven pa nada. No hay plata.

—Déme, mamá. Mi papá dejó la plata —decía él.

Tanto y tanto, la mamá le volvió a dar los cuatro pesos. Por ahí mismo cogió el camino y se fue. Esos muchachos, ellos mismos estaban matando un gato. Fue un gato. Les dice:

—¡Caramba, muchachoh! ¿Por qué matan el gato? No lo maten. Ve, véndamelo. ¿Cuánto quieren?

—Cuatro peso.

Ahí lo compró en los cuatro. Regresó otra vuelta donde la mamá a dejarlo. Ya le dice:

—Mamá.

—¡Caramba! Ve qu' este muchacho comprando esoh animaleh que no sirven para nada.

—Cuídemelo, mamá. Que para argo me han de servir.

—Yo no cuido animaleh —decía la mamá.

Ahí lo dejó. Otra vuelta dice:

—Mamá, déme otro cuatro peso.

—No no no. No hay plata, hijo. Que anda comprando esoh animaleh.

—Déme, mamá, que mi papá dejó la plata.

Así le dijo. Quiso no quiso, le dio los cuatro pesos. Y estaba comprando los gatos, los perros. Ahí se vino otra vuelta por el mismo camino. Para eso, pues, ya no encontró nada de muchachos. Se fue largo. Allá se fue. Por ahí anduvo paseando. Por ahí, después por allá. Se fue a una tienda. Por ahí andaba paseando en esas tiendas, cuando se sienta y alcanza a ver cuatro escopetas. Estaban alzadas. Y dezque le dice:

—Amigo, ¿son de venta lah escopetah?

—¡Cómo no!

—Véndame una.

—Cómo no, son de venta.

Le dice:

—¿Cuánto cuesta una?

—Cuatro peso.

Ahí compró la escopeta en cuatro pesos. Ahora sí, pues. Anduvo por ahí otra vuelta y ya a lo rato ya se vino. Llegó onde la mamá. Ya viene trayendo la escopeta.

—Mamá —le dice—, he comprado esta escopeta.

—¡Caramba, hijo! Tú no sabía andar con esas cosah. ¿Para qué compra?

—No, mamá, deje no más. Vea, yo mañana sargo por ahí al monte. Me cazo unas palomah, le traigo para Usté.

LA CACERIA

Así fue. Así que al otro día tomó su café y acondicionó su escopeta ahí, y se fue.

—Me voy a la sabana, por áhy unas parte.

—Cuidao, hijo, que vo no sabe andar con eso ¿eh?

—Ah, déjeme, mamá. ¿Qué llóralo?

Ahí se va por ahí, para fuera de la sabana, tanteando los árboles. Cuando por allá ya lejos, un árbol estaba lleno de palomas sentadas. Y le disparó el tiro. ¡Carajo! a toditas les bajó abajo, este muchacho. Y coge y coge palomas. Estaba un huaico por ahí. Algunas cayeron adentro y por adentro del huaico se escaparon. Ya hizo un gajo y se vino con ese gajo de palomas onde la mamá. Viene onde la mamá. Le dice:

—Vea, mamá. Aquí tan las paloma.

—¡Ay, hijo! ¿Y tantas palomas has matao?

—Sí, mamá. De un tiro he matado toas.

—¡Caray!

—Y que unas se me fueron por ahí abajo de un huaico, pues. Esas las dejé ir.

—¿Y por qué no las fuiste a sacar?

—¿Yo? Que han de star ahí abajo muerta. Las dejé.

—Anda a tr'erlo. Anda a tr'erlo que ahí tán.

Regresa el muchacho para tras con su escopeta. Llega ahí, pues, estaba el huaico por onde se habían rodado abajo.

—Ay —dice—, voy ahora. Las voy a traer.

EL ANILLO DE VIRTUD

Se fue abajo. Bajando iba cuando se le presentó una señora veterana:

—Oye, niño, ¿ónde va?

—Aquí, señora, a bajo este huaico a sacar unas palomah que tiré y unas se me fueron abajo. A traer.

Entonces la señora le dice:

—No vaya, no vaya.

—¿Por qué, señora? Si aquí se me fueron abajo. Yo las voy a traer. Stán muertas.

—No vaya, hijo. Porque allá bajo es un encanto —le dice.

—¡Caramba! No, señora. . .

—Bueno, ándate pue, hijo, ándate. Ahora que vah ir por ahí más abajo de aquí, te van a salir dos niñah que stán bailando. Y te van a llamar. No vayah porque ellas te llaman. No vayah. Tú lo que les vah a decir: "No quiero nada" y pasá. Hacelo así. Cuando te llamen: "No quiero nada". Pasá pa bajo. Y más abajo hay un señor, vestido colorado, harto grande. También te llama y vos le decís: "No quiero nada" y pasás no más. Bueno, más abajo ahí sí, está la sierpe. Esa sí te come. Pero voh te ha bajao con la escopeta. Oye, voh lo que vas hacer: pegarle un tiro. Pégale la pegada en toa la cabeza. Ahí pégale. Bueno, porque si a voh te ha cercao, a voh te come. Entonce le pega el tiro y a lo que le pegas el tiro, el animal ese va sacudir la

cabeza. Y a lo que sacode la cabeza, va botar un anillo de la boca y éste vuela allá. Corré y coge el anillo. Y el anillo va caer onde stán las palomah que habían rodado por el huaico. Entonce coge las palomas y coge el anillo y te venfh.

Bueno, ya le indicó, pues, qué tenía qué hacer, la veterana. Se fue abajo por el huaico. Ya ahí ¡carajo! abajo estaba cuando encontró a esas dos niñas que estaban las dos bailando.

—Ay —le decían—, ven acá, ven acá, ven.

—No quiero nada —les decía él—. No quiero nada.

Pasó. Más abajo está el hombre ese vestido colorado harto.

—Oye, amigo. Ven acá.

—No quiero nada —dice.

No fue, pues. Cuando que más abajo, la sierpe. Cierto, ¡ajo! que bien viene, que levanta ¡tazz! en la cabeza y sacudió la cabeza y por allá brincó el anillo aonde estaban las palomas. Por ahí le echó mano al anillo y a las palomas y subió para afuera del huaico. A la sierpe sí, la dio por muerta. ¿No ve que le pegó en la cabeza? Ahí se subió. Cuando ya subió arriba, ahí estaba la señora esa aguardándolo.

—¿Ya vení, m'hijo?

—Ya —le dice.

—A ver, ¿traes el anillo?

—Sí, aquí stá.

—Bueno, hijo. Ahora sí, váyse a su casa. Llévese ese anillo y váyse a su casa onde su mamá. Ve, hijo, este anillo es de virtú. Y a hora que llegas a tu casa, le decís a tu mamá: "¿Qué fue, mamá? ¿Ya stá la comida?" Ella te ha de decir: "Ya mismo stá, hijo." Entonce voh lo vah a decir: "Mamá, tiéndame un trapo limpio aquí en la mesa". Y cuando ya tienda el trapo te saca su anillo y le dice: "Por la virtú que Dióh te ha dado, que me cubra esta mesa de comida, de distintas comidah". Y entonce ahí llamas a tu mamá y comen. Y todas cosah que quiereh, saca el anillo y pídelo.

Bueno. Plata, sea lo que sea, pues, todo le daba el anillo, pues. Como era de virtud. Entonces así fue, pues. El muchacho

regresó. Llegó allá, estaba la señora cocinando:

—¿Ya vení, hijo?

—Ya, mamá. Aquí stán la palomita que fueron abajo. ¿Y qué fue la comida, ya stá?

—Ya mismo stá, hijo —le dice.

—Ah, bueno. Entonce, mamá, tiéndame un trapo limpio aquí en la mesa.

Fue y lo tendió. Entonces ahí sacó el anillo:

—Por la virtud que Dióh te ha dado, que se cubra esta mesa llena de comidas, de tal laya de comida.

Ahí comió.

—Venga, pues, mamá a comer.

Y comió, pues, ahí con el hijo, mientras estuvo. Así que comieron. Ya acabaron de comer, él pedía lo que él pensaba. En seguida tenía. Todo le daba la virtud.

Bueno. Ya tenía sus días y tenían plata, porque lo primero que había pedido: dinero. Tenían plata, ahí. Para eso, a los pocos tiempitos días, le dice a la mamá:

—Mamá, yo me voy a recorrer. Usté aquí tiene ahora como vivir—. Ella quedaba con la plata y él se llevaba la virtud. —Yo me voy a recorrer, mamá.

—Bueno, hijo. Andate, pue.

LA PRINCESA

Por ahí salió. Por ahí se fue andando, hasta que a los días que iba recorriendo, llegó a una ciudad. Llegó a una ciudad. En esa ciudad, por ahí se hizo amigo con algunos. Paseó por ahí. Andaba paseando. Uno, dos días estuvo ahí. Ya con los amigos. Se había hecho amigo con algunos. Cuando que por ahí fueron por el palacio del rey y había unas gentes que andaban paseando alrededor del palacio. Entonces dice:

—¿Y qué eh esta gente que anda por aquí, paseando?

El rey había regado la voz que el que hacía encinta a su hija, sería su esposo. Pero la hija vivía adentro a siete llaves. Adentro a siete llaves. ¿Quién podía dentrar a esa profundidad? Así que los señores cruzaban al lado.

Así que él llega ahí y conversa. Preguntó "Que qué había, pue, que esta gente había cruzado y vivía por ahí". "¿Qué qué es qué pasaba ahí?" Uno le dice: "Esto pasa. El rey anda ofreciendo la hija a quien la haiga encinta." ¿Pero cómo, pues, iba a ser posible si la hija estaba adentro a siete llaves en el palacio? ¿Quién iba a subir de noche? Dormía ella a siete llaves adentro.

El no dijo nada, no dijo nada, sino que sólo dijo entre él no más. Anocheció la noche. Y se fue allá al palacio:

—Caray, me voy allá a ver.

Como estaba con el anillo de virtud, llegó y subió la escalera arriba. La puerta estaba bien cerrada. Sacó el anillo y dijo:

—Por la virtú que Dióh te ha dado, que me haga una hormiga más chiquita.

¡Cay! Al instante se volvió una hormiguita. Y cruza puertas y cruza puertas, todas cerradas. Hasta que pasó las siete llaves y llegó onde estaba la niña. Y fue onde estaba ella y se convirtió, pues, en gente y la tocó. Se asustó la niña. Gritaba mismo:

—¿Quién quién?

Si ahí no entraba naidie. "¿Quién? ¿Por dónde, pue?" Ya él andaba tocando, ya hecho gente. Y la niña ahí. La tocaba y gritaba ella:

—¿Cómo? ¡Hey, hey!

¡Qué gritos!

—Calladita, que yo soy —le decía él.

—¿Quién?

—Calladita, que yo soy. Yo te voy a hacer preñada y yo me caso con vo.

Y como ella, la niña, ya sabía de eso porque había regado la voz el padre, por ahí ya a los ratos se quedó; ya no gritaba.

—Calladita, oye. Tú vas a ser preñada y yo me caso con vo.

La niña, pues, tuvo que preguntarle que si él era de ahí de la ciudad. Y él le dijo que "No". Le preguntó "Que de aónde era". Le dijo que "De tal parte soy".

—¿Y cómo te llama vo?

—Julano de tal.

Entonces ya le consintió, pues, la niña. Y ahí durmió con ella. Ya de día salió; se hizo hormiga y salió otra vuelta. Y se fue, pues. Estuvo unos días por ahí en la ciudad, y se fue. Se fue a su tierra otra vuelta.

A la niña acá a los pocos tiempitos ya fue pareciéndole que quedó encinta. Se quedó encinta. La reina después ya la notó. Estaba encinta. Le decía que ella estaba encinta.

—No, mamita, no. No estoy encinta.

La reina le hizo saber al rey que viera, que la niña estaba encinta. El rey vino y le puso a confesión. Que "¿Cómo era?" Ya le hizo ver que estaba encinta y le obligó a que confiese de quién era el hijo.

—De julano de tal.

—¿Y de ónde eh éste?

—De tal parte—. No era de ahí de la ciudad y era fulano de tal. ¡Fíjese!

Entonces el rey lo qué hizo: Mandó a traerlo allá a su lugar a ese muchacho. Cuando ya vino, ya el rey le dijo que se casaría con su hija, que él es quien la había hecho encinta. No negó el muchacho. Dijo que sí, que él es que había vivido con la niña. Ahí lo hizo casar el rey. ¿No ve que había regado la voz? Ahí se casó. El rey le dio una casa, pues, a que viviera ya con su niña. Allá quedó viviendo el muchacho con ella.

ADULTERIO Y FUGA

Cuando que él salía por ahí. Siempre en el día andaba por ahí, paseando. Y para esto, pues, esa niña había tenido un

enamorado. El rey había regado la voz y ese enamorado no pudo hacerla encinta porque ella estaba a siete llaves. Pero andaban enamorados.

Cuando ya estuvo casada, viene ese enamorado y le tocó por esos asuntos. Y lo quiso la niña, ¡fíjese! lo quiso. Ahí sí se dieron el gusto. Ya no quiso. Y el marido paseando. ¡Cay!

Bueno, pues, y ella guardaba el anillo de virtud. Cuando el marido salía, ella guardaba. No más un día pidió al anillo que le sacara ahí de su casa a otra nación, a no sé adónde, lejísimo. Y voló con el hombre su enamorado, dejando al marido. Se fueron ¡caramba! lejísimo.

EL SOCORRO DEL PERRO Y EL GATO

Entonces le dijo al rey, este muchacho, que él había dejado su mujer y cuando vino no la encuentra. Ni al anillo que tenía él, de virtud; ella se lo ha llevado. El rey se hizo molesto. Lo puso preso, en la cárcel, pues. Y le dijo:

—Treh díah doy de plazo. Si a los treh díah no me traes m'hija, yo te mato.

—Bueno.

¡Caray! ese muchacho asustado ahora. ¿Cómo iba a buscar a su mujer, preso todavía? Pensando: "¡Caray!" Esto fue hoy día; durmió preso. Mañana que amanece, de mañanita, ahí estaba en la puerta de la cárcel, preso, cuando llegaron el perrito y el gato. Llorando los dos, allá fuera. Y él los conoció. El metía la mano por las rejas, no los alcanzaba, no podía.

Dice que pasaba un hombre. Le dice:

—Diga, vea, amigo. Cójame esos animalitoh y échemelos por acá. (Está un huequito arriba.) Echemelos por acá, que son míos.

Así que ahí los echaron adentro. Ahí durmieron ellos esa noche. Cuando que mañana de mañana, lo hizo sacar el rey a este hombre para que fuera a estar en su casa, que de las doce

del día para abajo iba a ir a matarlo. Que ya era el día, pues, el último día de los tres días ¿no? Lo iba a matar. Ahí estaba con los dos, el perrito y el gato. Así que lo hizo sacar bien de mañana. Ahí lo sacaron.

Se fue el hombre ya a pie, a su casa, por ahí con sus dos animalitos. Antes de llegar a la casa, había una quebradita, así en unos montes. Iba allá con los dos animalitos, cuando salió un ratón por ahí durísimo, y le brinca el gato y lo apuñó.

—Ya está —dice el gato.

—Comámolo, cada uno la mitad —dice el perro compañero.

Así que se han comido.

—El rabito, llevémolo —dice el gato.

Ahí se llevaron el rabo. Se llevaron el rabo. Cuando que por ahí ya de mañana, ya llegaron cerca de la casa de ellos a orilla del mar.

—Bueno, mi amo —le dijeron el perro y el gato—. Vamos a l'orilla 'el mar.

—Bueno.

Fueron a la orilla del mar. Ahí le dicen:

—Espérenos aquí, que nosotroh noh vamoh a los mares, a nadar.

—Bueno.

—Siéntate aquí.

Y se tiraron a nadar. El perro nada más que el gato. Y llevaba el rabo del ratón. Y el muchacho quedó sentado, esperándolos.

Inmediatamente estuvieron el perro y el gato al otro lado ¿no? Cosas de virtud. Se fueron y van tan derechito a una ciudad y derechito a la casa onde estaba la niña con el mozo que la había llevado. Ahí subieron. Cuando que ellos suben arriba y vieron dormidos en la cama los dos. Entonces dezque le dice el gato:

—Estáte callado, no los recuerde. Déjalos.

Ahí dormidísimos. Y la niña se había llevado el anillo y lo tenía debajo de la lengua. ¡Figúrese! Con qué miedo de perderlo.

—Espérate, oye —dice el gato al perro—. Oye, yo le voy a hincar la nariz con el rabo del ratón. Y ella va a estornudar y va botar el anillo. Ahí le echas mano.

Así que el gato le metió, pues, el rabo en la nariz. ¡Ajo! se estornudaba y allá brincó el anillo. Corre, pues, el perro. Y el gato:

—¿Que qué haiga sido? Lo cogió, ¿no?

Partieron a la orilla. Cuando que en la orilla, dice el perro:

—Yo lo llevo—. ¡Fíjese! Que se iba a llevar el anillo.

De modo que el perro lo traía al anillo apuñado, pues. Se venían nadando, carajo, para acá. Cuando que ya venían cerca, el perro extendió la mano quizá emocionado del mar y se le aflojó el anillo. Se le fue. ¡Caray!

Dezque andaban pescadores en una canoa ahí. Y un escador jaló la atarraya y se le vino un pescadito. El gato tiene, pues, ¡qué vista! ¿no?

—Velo, compañero, ese que va jalando. Ese pescadito se comió el anillo. Vámonoh a la canoa.

Se fueron a la canoa. Ahí andaba el hombre.

—Señor, socórranos que nos morimoh. Que andamoh mojadito.

—¡Ay, animale! súbanse ahí a la canoa.

El gato le había dicho al perro:

—Yo voy a coger el pescadito. Y voh stás alerta. A lo que me descuido y se echa al agua, voh le echás mano.

—Bueno.

Entonces ya se subieron a la canoa, que ellos mojaditos andaban. Lo vido el pescadito, lo cogió en ese momento, le echa mano.

—Ay, este pescadito bien bonito es —decía el perro al gato.

El hombre no dijo nada, pues. Y ellos saltaron a tierra y se fueron onde el amo que estaba sentado allá, esperándolos. Entonces le entregaron el anillo:

—Aquí tiene, mi amo. Lo sacamo de las prisione. Y ahora sí, nosotroh hasta aquí lo acompañamo. Noh vamoh, pue. Adiós.

Ya se había cumplido casi la hora del rey, que lo venía a matar. Se fueron los animales y el muchacho regresó a casa él con su anillo. En seguida sacó el anillo y pidió que inmediatamente le pusiera su mujer ahí en su casa. De hecho esa mujer ya estuvo en su casa, pero vino con todo lo que andaba, pues, y con el esposo ese que se la había llevado. Y como estaban allá durmiendo, siguieron acá en la cama dormidos.

Ahí pasó el rey, apurado; se cumplía la hora. Brinca el muchacho y le fue a avisar que viniera a ver a su hija, que ya estaba en la casa. Entonces llega el rey y la encuentra ahí, pero acostada con el otro, durmiendo. ¡Fíjese! Los recordó el rey. Qué susto no se pegarían ¿no? Cuando ya los recordó, los mandó a destierro a esos dos. A ella, su hija, con el enamorado. Y al muchacho sí lo salvó, pues. No lo mató. Ya no lo mató. Ahí lo dejó viviendo en paz.

EL HIJO QUE NO QUISO ESTUDIAR

Historia de tres hermanos a quienes el padre mandó a España a fin de aprender algún oficio. El primero regresó con el título de médico; el segundo, como abogado. Pero el hijo menor, lleno de complejos porque el padre no lo apreciaba, se entregó a la bebida y no estudió para ninguna profesión. Sin embargo, llegó un momento en que el padre necesitó ayuda de los hijos. Los dos que eran ya doctores no pudieron ayudarlo. Y el que no se formó, éste sí, lo ayudó, demostrando así su cariño por el padre, y su capacidad.

Así que este hombre tenía esos tres hijos. El primero, el segundo y el tercero. El último, el menor, andaba no más todos los días tomando trago. Vaya uno a saber su dolor. Era su vivir, jumo. Entonces este hombre, ya los hijos grandes, un día dice a su mujer:

—Voy a poner a que aprendan a oficio mis hijos.

Entonces le dice la mujer:

—Bueno, póngaloh que es lo bueno para elloh mismoh, que aprendan.

Este hombre tenía un amigo, hagamos en España. Para eso, mañana casualmente se iba la barca, salía a España. Entonces él fue y habló con el dueño de la barca. Dice:

—Amigo ¿me puede llevar tres hijo a España? Que loh voy a mandar allá en un amigo que sabe de oficio, que aprendan el oficio que quieran aprender elloh.

—Cómo no —le dice el hombre—. Alístelos, que yo sargo mañana.

En seguida, ya al otro día alistó los tres hijos.

—Hijoh, ustedes se van.

—Está bien, papacito.

—A ver, deme trescientos sucre —le dijo a su mujer, el hombre.

A cada uno de los hijos dio cien sucres para que se coman y paguen su pasaje para llegar allá, hagamos, a España. Entonces se fueron estos muchachos. Llegaron a España, desembarcaron los tres. Al que le gustaba el trago:

—Mis hermanoh, váyanse por allá, que yo ya voy.

Los dos fueron derecho al taller onde el Maestro, y el otro salió por acá, el que le gustaba el trago. Por acá se fue. Y ya por ahí llegó onde unos amigos:

—Amigos ¿ónde venden trago?

—Ahí venden.

Fue y compró y tiró su trago. Y por ahí se fue. Y los otros se fueron derecho al taller del Maestro. Llegaron éstos:

—Buenos días, señor.

—Buenos día.

Le manda una carta el padre de ellos. Dice uno:

—Que le manda mi papacito esta carta.

—Ajá.

La leyó y lo vido, dice:

—Cómo no, de lo que ustedes quieran aprender, le enseño argún oficio.

—Está bien.

—¿Cuántos son? ¿Loh doh?

—Somos tre, señor.

—¿Y ónde está el otro?

—Por allá se fue y hora viene.

El borracho se fue por allá. Así que entonces ahí lo estuvieron esperando. "¿Qué hora viene éste?" Y él se había ido. Llevaba en la mano una botella con un poquito de licor. Adelante encontró una poca de gente. Llega allá él, esa persona desconocida.

—Buenos día, amigoh ¿cómo están? —Lo veían y no decían nada. Persona desconocida. Entonces—: Sírvase un traguito.

—Nooo, amigo.

Unos le apreciaban, otros no. Como no lo conocían... Este gente ahí y este borracho se alzaba la botella. Ya medio juno ¿ah? Ahí estuvo un rato. Dice:

—Oiga, amigos ¿qué es lo que pasa aquí, que veo tanta gente?

—Amigo —le dicen—. mire para arriba. —Ahí estaba en el palacio del rey la Príncipa asomada—. El que le pega con una flor a la niña en la frente será su esposo.

Volteó para arriba y la niña asomada estaba. Y ahí estaban todos los cajones llenos de flores. Y la cárcel también ahí, pues al que menos se reía lo ponía preso la Príncipa. La verdad es que la flor no vuela lejos ¿pues no? Ella estaba arriba y la flor ni alcanzaba. Esto causaba la risa. Pero el que se reía ahí, ella llevaba preso.

—Sírvase un trago —les decía a los demás.

—No, amigo. Deje no má.

Cuando ella lo alcanza a ver:

—Oye ¿quién eh ese hombre que anda ahí, borracho?

—No sé, mi niña —le dicen—, no es de aquí. ¿Diónde será?

—Ve —dice—, llévenlo preso.

Ahí lo cogieron, ya no más a la cárcel.

—¿Quién manda que me llevan preso?

—La niña.

—¡Jay! —Miró él para arriba —¡Jay, mi niña! ¿Usté me manda preso?

—Ya ya.

—Se acordará que va a ser Usté mi esposa.

—¡Llévenlo!

Lo metieron preso al borracho. Y los dos hermanos esperándolo en el taller a qué hora va. Ya viendo que no aparecía:

—Búsquenlo —les dice el maestro.

Lo fueron a buscar. Cuando "¿Qué fue?" Estaba preso. Cualquiera les dice que el borracho estaba preso. "¡Caramba!"

—¿Cuándo sales, hermano?

—Hummm ¿quién sabe, pue?

Regresaron onde el Maestro:

—Sabe que esto le ha pasao, está preso.

—Ah, bueno. Entonce, pue, mañana que sale, viene —dijo el Maestro. Luego pregunta—: ¿Cuál es mayor que loh doh?

—Yo —le dice el uno.

—Bueno. ¿Qué oficio quiere aprender Usté?

—Mi Maestro, yo quiero aprender para un Doctor.

—Está bien.

Ahí le dio que aprendiera para Doctor ¿no? Y al otro:

—¿Qué oficio quiere aprender Usté, amigo?

—Yo, mi Maestro, quiero aprender para un abogado.

—Está bien.

Ahí quedaron aprendiendo eso, los dos. ¡Fíjese! El uno para Doctor, el otro para Abogado. Y el borracho preso. Cuando que al otro día fueron a ver al preso otra vuelta. Ese, pues, a lo que dentró preso, dentró con su botella ¿no? ¡Caray! les daba a todos ahí trago. La cárcel estaba llena de gente presa y amaneció con todos esos presos jumos. ¿No ve

que él les daba trago y la botella que cargaba no se secaba? No se secaba esa botella.

Bueno, para eso, pues, la Príncipa había puesto dos cocinera que cocinen para que coman todos esos presos a hora de almorzar. Así que entonces, ese día estaban jumos cuando ya estuvo la comida. Los llamaron:

—¡Vengan a la mesa!

Y andaban medio jumos, que él los había tenido borrachos.

—Vamo, amigo —le dicen—. Vamo a la mesa.

—Bueno, ya está, pue —dice él—. Vamo.

Ahí se sentaron todos, ya trayeron la comida. Y esos presos, pues, esos eran señores, caballeros. De una vez los platos, de una vez ya queriendo ellos comer.

—Espérense, amigos —dijo él—, todavía no se sirvan. Espérense.

—Vamo comiendo que esto es la comida que manda la Príncipa para nosotro, los preso.

—No, amigos, espérense. ¿Quién cocina esto?

—Ahí están lah cocinerah.

Estaban las dos cocineras viéndolos:

—Sírvase no má —le dicen—, señor. Sírvase que esa es la comida que manda la Príncipa para que almuercen.

Nooo, señorita. Vea ¿Ustedes son lah cocinerah?

—Sí, señor.

—Vea, hágame el favor. Cójame esto, yo no como esto —dijo el borracho—. Yo no como esto, hágame el favor.

—Como no má.

—Venga, amigo —le decían los caballeros—. Como no má.

—Coja coja que yo es que mando —dice medio ya recio a las cocineras—. Coja coja que yo es el que mando. Coja esto. Yo no como esto.

Que "No quería comer". ¡Fíjese! Entonces cogieron estas señoras la comida. El borracho llevaba en el bolsillo, puesto atrás, una servilleta. Sacó la servilleta y tendió una mesa:

—Por la virtud que Dio me ha dado, que esta mesa se cubra de comida que por aquí no se haiga visto.

¡De hecho esa comida! ¡Caray! ¿No ve que él cargaba una botella que no se secaba? Sabía cosas de virtud, pues. Era virtuoso. Y ahora la servilleta. La botella para el trago y la servilleta para la comida. ¡Ajo!

—Esto es lo que como yo —dice—. Ahora sí, amigoh, vámonoh comiendo—. Comieron todas esas cosas. Vengan, amigoh. Es para todoh.

Todos, toditos comieron ahí. Acabaron. Comieron otra vez. Acabaron. Otra vuerta. Comieron. Acabaron. ¡Caramba! Y las cocineras con las ollas llenitas, ya no comió naide más de su comida. ¡Caray! Acabando de comer, con la botella:

—¡Sírvanse! —a toditos.

Y tomaban y tomaban trago. La botella no se secaba nunca, así tomara con miles de gente y no se secaba. Esas eran cosas de virtud.

Bueno, para eso, pues, las cocineras dicen.

—¿Y la comida, pue? No le han hecho caso naide.

Como eran dos cocineras, dice la una:

—Anda, dile, pue, a la niña, la Príncipa, que ya loh presoh no han querido comer nuestra comida. Ha venido ese hombre que no sé quién será. ¿Cómo ha hecho y ha puesto esa comida? Los presoh no comieron.

Se va la otra cocinera onde la Príncipa, ya. Llegó allá:

—A ver, mi Príncipa, a ver. Sabe que le vengo a decir a Usté que la comida que hemoh cocinado hoy día, ya no han comido loh preso de hoy.

—¿Por qué?

—Porque allí echaron a un preso jumo, no sé quién será y él ha hecho esto, mi niña.

—¿Quéééé?

—Dijo que nuestra comida no comía él. Que la cogiéramoh. Se puso bravo y todo, que cogiéramoh nuestra comida y la

cogimoh. Entonces sacó una servilleta no sé qué tendió y dijo "Dioh: que esta mesa se cubra de una comida que por aquí no se haiga visto". Señora, unah comidah ¡qué linda!

—¿Cierto? —dijo la Príncipa— ¿Cierto?

—Sí, pue.

—Oiga. Baya y llame al portero de la cárcel, que me saque ese hombre y tráigamelo ya mismo aquí.

Mandó la Príncipa. Y fue la cocinera, habló al portero:

—Oiga, dice la Príncipa que ese hombre que se lo lleve allá ya mi'mo.

Lo sacó el portero:

—Oiga, amigo, venga acá. ¿Sabe? Usté va pa fuera. Manda la Príncipa que vaya.

—¿A mí?

—Sí —le dice.

—Bueno, bueno. Amigoh, regreso.

Se despidió de los caballeros presos y salió. Se fue onde la Príncipa. Lo llevó la cocinera. Cuando éste iba llegando, la Príncipa estaba allá abajo en el pie de la escalera, en el palacio. Llegó, le dice:

—Ya. Ya, mi Príncipa. A lah órdene, buenoh díah.

—Buenoh díah.

—Usté me mandó preso ayer ¿verdad? ¿No se acuerda que yo le dije que Usté ia a ser mi esposa?

—Ah, sube, sube no má. Le dice así: —Sube.

Lo llevó arriba, pues. Ahí está. Ya no bajó más. No bajó más, que lo cogió ella misma para su esposo. Y no necesitó pegarle con una flor a la niña en la frente. Ella misma lo cogió para su esposo. ¡Fíjese! De ojo en la servilleta ¿no? Y él ahí ya se hizo de la Príncipa. Ya durmió junto y todo. Ya no baja.

Al otro día "¿Qué es de este borracho? " los hermanos que ya estaban ahí estudiando a qué hora viene. Nada. Se fueron entonces a la cárcel otra vuelta, hablar con el portero:

—¿Ya salió nuestro hermano?

—¿Quién? ¿El borracho?

—¿Qué le ha pasao?

—De aquí se lo llevaron ayer —dice el portero—. La Príncipa debe saber.

Allá fueron al palacio, a preguntar. Y él estaba llá:

—Sube, hermanoh, hermanoh.

—¿Quéééé, pue? —le dicen— ¿Aquí en er palacio?

—Jeeee, hermanoh. Yo ya no, pue. Yo ya no. Aprendan ustedes lo que quieran aprender. Yo ya no.

¿No ve que estaba con la niña? De una vez había dormido con ella esa noche. ¡Fíjese! Y sabía de cosas de virtud. Entonces ya les conversó a los hermanos que "Ya no", que ya "No quería aprender oficio".

—Pero eso sí, hermanoh —les dijo—. Cuando Ustedes ya se vayan que salen, no me dejen, me avisan do o tre día con tiempo para alistarme. Porque la Príncipa no me da un lugar de salir, ni abajo me deja bajar. Yo aquí me quedo sólo el tiempo que stán Ustedes aprendiendo a oficio.

—Bueno, hermano.

—No me dejen.

—No, hermano.

Bueno, ya se despidieron y todo. Esos dos hermanos estuvieron un año aprendiendo. Al año salieron, ya aprendieron el uno a doctor y el otro para un abogado. Ya salieron. Dice el uno:

—Hora sí, anda, vete. Dile a mi hermano, pue, que nosotro noh vamo pasado mañana, para que se aliste mañana.

Se fue a avisarlo, un día, dos días adelante. Dijo ese hermano menor, el esposo de la Príncipa, que "Bueno", dijo.

—Mañana que se van, si el dueño de la barca está muy apurao, deténganlo un momento que voy a ver cómo sargo yo mañana. La Príncipa no me da lugar de salir. Pero eso sí ¡No me dejen Ustedes! ¡No me dejen!

—Nooo, pue.

¡Caramba! Esa noche pensó él cómo había de hacer. Ya hacía un año que ese vivía con la niña Príncipa. Ya, pues, la

gente sabía que él era el marido. Así que al otro día le dice a la Príncipa, de mañana:

—Vea —le dice—, póngase su vestido mejor que tiene, que va a llegar su mamacita de por allá, a por er centro.

—¿Ah, sí?

—Oí que estaba por llegar.

Entonces le dio su vestido mejor. Ella ¿ónde, pues, creía que no iba a ser? Se acomodó y se fue al centro, a esperar la mamacita que dice venía por el carretero. Salió por esa calle por ahí, se fue. A lo que salió del palacio, él salió también y luego viró y partió derecho a la orilla onde estaba la barca y ya los hermanos estaban ahí deteniendo la barca, esperándolo a él. Se embarcó. ¡Ajó! se embarcó.

Y la Príncipa regresa del centro y espera, espera el esposo. Ya tarde, no aparecía. Y mandó por ahí a uno, a ver ónde estaba. No lo hallaron, pues. Después no faltó quien vido que ese se embarcó. Le dijeron a la Príncipa:

—Iiii ¿aónde no irá este? De mañana se embarcó en una barca. Se fue. Se habrá ido a su tierra.

¿Dónde le iban a alcanzar, pues? ¿Onde iría? Ya en altura. Se fue. ¡Fíjese! Así son los casos. Estuvo la Príncipa llorando. Después asomó otra vuelta y regó la voz de que se iba a casar nuevamente con el caballero que le pegara en la frente con la flor. Pero al que medio se reía lo ponía preso. Ahí estaban los cajones llenos de flores y los caballeros pasando y no la alcanzaban. ¡Ajo! La cárcel se llenando de presos. Y ella pensando, asomada: "Ah, ingrato, te fuiste y no me dijiste. Ah, ingrato". ¡Caramba!

Los tres hermanos estuvieron tres días navegando para llegar a su tierra. Llegaron a su tierra, a regreso de España. Porque eso fue en España. Ya saltaron los dos hermanos, se fueron derecho aonde el padre, en su casa. Y él saltó, pues, cono era en su tierra ¡ay! con su botella en la mano. Se salió ¡caray! Cualquiera lo conocía ¿no?

—Vamo, amigoh —él invitando al trago—. Vamo, amigoh.

—Ay ¿ya llegaste?

—Ya. Toma estoh tragoh. . .

—¡Ay!

Se cogió a tomar con los conocidos todos, sus amigos. Cualquiera lo conocía. Y los dos hermanos se fueron. Llegaron, saludaron al padre, los dos. Y él allá, que no quería venir a ver al padre ¡fíjese!

—¿Y el borracho aónde está? —preguntó el veteranito. ¡Fíjese! Así le decía, de "Borracho". —¿Y el borracho aónde está?

—Papá, el borracho por allá sartó, po allá se fue con su botella.

—¿Y ése no orvidó eso?

—Nooo, papacito.

Entonces pregunta el padre "Que qué oficio ha aprendido él ¿ah? ".

apá —dicen—, el borracho no aprendió nada de oficio.

—¿No ha aprendido?

—Noooo, él no ha aprendido nada. No más que se hizo allá de una mujer. Una blanca. Una señorita blanca, de hacienda.

—¡Ajo! Hoy día no se me descapa éste —dijo el padre.

—Eh que él no quiere estudiar, Papá. Y Usté lo ha mandado a que aprendiera a oficio. Mejor fuera haber quedado. El no quería irse.

—Hoy día no se me descapa.

—El es bueno, Papá. Y Usté no lo quiere, por eso eh que vive "toma trago" "toma trago".

—No se me descapa hoy día —¡Ajo! la rabia de ese padre.

Para esto, ahí en la casa de ese veteranito estaba un hombre. El veterano debía un dinero y ese hombre que estaba ahí le estaba cobrando, porque el dueño del dinero —decía— mandaba apurarle que le diera el dinero, que ya lo necesitaba. Y ese momento, el veterano estaba que no tenía.

—Caramba, amigo —le dice—. Dígale al señor que me haga una esperita, que yo se lo busco mañana o pasado. (No tenía pues, cómo).

—Nooo —le dice el cobrador—. Manda que le mande, que lo necesita.

Estaba ahí ese hombre, la cuenta cobrando. Cuando que llegaron los dos hijos ahí.

—Y bueno, hijito ¿qué oficio aprendió Usté? —pregunta al mayor.

—Papacito —le dice—, yo he aprendido para un doctor.

—Está bien, hijo.

—¿Y Usté? —al otro.

—Papacito, yo he aprendido para un abogado.

—Mucho má mejor, hijo.

Y le estaba cobrando éste. Entonces, les dice:

—Vean, hijos, esto me ha pasao. Estoy en una deuda, me está cobrando el hombre ese. ¿Cómo hacemo? No tengo la plata.

Brinca el abogado:

—Ah, entonces papacito, ya mi'mo, ya mi'no le mandamo una carta al dueño del dinero.

Y el cobrador:

—Nooo, carta no. Manda decir que quiere eh el dinero.

Brinca el doctor, el que estudió para médico:

—Ah, entonce papacito, mejor Usté se acuesta y le voy a dar un remedio pa que olvide.

Y el cobrador:

—¡Caray! Vea, señor, pague. Pague.

¡Ajo! Estos hijos que se habían ido a España no sabían, pues, de qué modo sacar al Papá del aprieto. Así que ahí estaban en eso, ellos. Cuando ¡taz taz taz! la escalera. Se descubrió arriba el borracho, con su botella en la mano:

—Buenoh díah, papacito.

Nada. El papá no le contesta. Estaba bravísimo. Hum hum. Ahí se le va adentro:

—Buenoh díah, pa. . .

—¡Siéntese ahí! —le dice— ¡Carajo! ¡Siéntese ahí! Deje que se vaya la visita.

Y ese hijo jumo, no entiende. Ahí estaba parado con su botella:

—Hum, papá —le dice—. Hum, cierto pue, yo no he aprendido nada. Mis hermanos aprendieron.

Le dice el padre:

—Lo que te digo ¡eh que te amodere!

—Hum, papacito. . .

El jumo alzaba la botella, él. Y a los otros:

—¿Tú quiereh?

—No, yo no quiero.

¡Caray! Estaba ahí el padre molestísimo. Cuando que le dice el borracho:

—Papacito, lo siento triste. ¿Qué siente Usté? —El padre estaba bravísimo—. Dígame, papacito ¿qué siente? Yo siento que está Usté triste. Mis hermanos, cierto es, elloh han aprendido, yo no he aprendido nada, papacito. Papacito —le dice—, si es por dinero tome, papacito, si es por dinero—. Sacó del bolsillo una pila de plata.

—¡Ay, hijo! —le dice— ¡Ay, hijo!

Y salió de la deuda de una vez. Y ya no quiso castigar al borracho. Y los otros andaban sin ni un medio en el bolsillo y que sabían su oficio. Si así es la vida, pue. La vida está llena de estos casos.

EL REY QUE PERDIO UN OJO

Historia del Rey Molma y la Reina Mora. En batalla, el Rey Molma pierde un ojo y una oreja. Regresa a su casa, enfermo y vencido. Sus tres hijos salen en busca del ojo y de la oreja. Por el camino, se casan; el mayor con una Chicharronera, el mediano con una Mondonguera y el menor con una Sapita. De cómo el menor consigue rescatar el ojo del padre, ayudado por la Sapita. Y de cómo sus hermanos intentaron engañarlo, siendo desenmascarados al fin. Victoria del Bien contra el Mal.

Este era el Rey Molma con la Reina Mora. El era guerreante, le gustaba guerrear. Y nunca perdía en su batalla; siempre ganaba. Un día, pues, supo la Reina Mora. Dice:

—El Rey Molma ha peleado y ha ganado la batalla y él nunca pierde. ¡Ah, yo le gano! Yo soy el que le voy a ganar la batalla a él.

Así que un día, pues, cuando menos le escribió la Reina Mora al Rey Molma: "Que se preparara para un combate que iban a tener, un encuentro". Entonces, como este rey era guerreante, no temía. Enseguida contestó que estaba preparado para la pelea. Señalaron la fecha fija en que se iban a encontrar para enfrentarse. Se les llega el día y se enfrentan. Estuvieron en su batalla y pierde el Rey Molma. ¡Fíjense! Pierde el Rey Molma. Le saca un ojo la Reina Mora al Rey Molma. Quedó sin el ojo. La Reina Mora le sacó el ojo y se lo llevó. Se fue.

Entonces él ya regresó, pues, a su ciudad donde vivía, este Rey Molma. Ya vino ciego, con pena que él había perdido y nunca perdía. Y para eso, él tenía tres hijos. Llegó ahí el rey ciego, con un solo ojo, a su casa onde sus hijos, sus hijas y su reina. Ihhh, que llegó todo vendado en la vista ¿no? Le dicen los hijos:

—Papacito ¿cómo ha quedado del encuentro que Usté ha tenido con la Reina Mora?

—¡Ah, hijitos! —le dice— Vengo perdiendo, vengo perdiendo. Vean, hasta un ojo he perdido.

¡Cay! los hijos se pusieron entre ellos en congreso:

—¡Púchica! ¿Cómo ha perdío, pue, mi papá? Que mi papá nunca sabe perder en la guerra y ahora ha perdío. Ha venío hasta ciego.

Entonces dice el mayor al menor y al mediano, dice:

—¿Qué dicen Ustedes, hermanos? Vamoh a pelear, pue, nosotroh también con la Reina Mora?

Contesta el hermano menor:

—Ve, hermano. Si mi papá, que él nunca en sus batalla ha perdío, que solamente ha estudiado para ser un guerreante, ahora ha perdío... Nosotroh que no hemo estudiado eso ¿a qué, pues, vamoh a pelear? Quiere decir que la Reina Mora ha estudiado más que mi papá. Lo que hay qué hacer —así lo dice—: ¡Vámonoh de aquí los treh hermanoh a buscar adonde hallamoh el ojo de mi papá. Noh vamoh ya en camino, pue.

Bueno. Así decidieron: que se iban a buscar el ojo.

—Ahora sí, papacito, échenos la bendición que nosotro vamoh en busca de su ojo.

—Hijitoh, ¿aónde van a hallar mi ojo? ¿Quién sabe —dice—, adónde habrá volado la vista? ¿Cómo aónde van a hallar?

—No —dicen—, échenos la bendición que nos vamoh en busca del ojo suyo, papito.

Bueno, quiso o no quiso le echó la bendición y se fueron sus tres hijos a camino. Camina y camina. Caminaron un largo tiempo. Días van días vienen en su camino, cuando un día llegan a una parte en que había tres jóvenes hermanas. Dos de ellas eran personas naturales como nosotros, y la tercera era un animal. Se llamaban Chicharronera, Mondonguera y tía Sapita. La mayor era la Chicharronera, la segunda, la Mondonguera. Tía Sapita era la menor, un animal. Y como era la menor y era animal, Tía Sapita vivía cosiendo; sastre.

Bueno, cuando ellos llegan, de los tres hijos del rey se enamora el mayor de la Chicharronera, viendo que era una niña simpática. Se enamoró y se casa. Se casó. Los hermanos molestísimos.

—Vea —dicen—, este ha casao. Este no ha salido a buscar el ojo de mi padre, sino ha salido a buscar mujer.

Molestísimos. Se casó y se quedó casado.

—Vean —dice—, con la Chicharronera.

Bueno, pero estas tres jóvenes vivían en tres puntos distintos. Supongamos, la una aquí, la otra ahí, y la tercera allá. Tres puntos distintos. Se quedó casado el mayor con la Chicharronera. Se fueron los otros dos.

Bueno. Camina y camina y camina y camina y camina. Tres días que ellos habían caminado y llegan más adelante onde una casa donde vivía la Mondonguera, una linda mujer, linda niña, pero solamente preparando mondongo. ¡Cay! Se enamora d'ella el hermano mediano. Y se casa. Casó. Molestísimo el menor:

—Vea, Usté no ha salido a buscar el ojo de mi padre, sino a buscar mujer.

—Así eh, pue. Y ahora tú te regresa.

—Yo no, pue. Yo me voy solo a buscarle el ojo a mi padre. Y yo estoy seguro que yo sí, lo llevo.

Bueno, se fue solo. ¿Qué más, pues? si los otros se habían casado, el uno con la Chicharronera y el otro con la Mondonguera. Entonces tuvo éste, el hijo menor, caminando unos unos días más, cuando llega a una casa. Estaba un hombre en la casa, cuidandero de esa casa. Dice:

—Hola, mi buen niño ¿qué busca Usté aquí?

—Si voy en busca del ojo de mi padre, que él perdió.

—¿Y Usté —dice— adónde lo va a hallar? ¡Hiiii! Usté no pasa más de aquí. De aquí para adelante Usté no pasa, porque ya mismo ahí está el gigante. El gigante, si pasa Usté, se lo come. Usté tiene que pelear con él para que pase.

Este hombre, pues, era bueno, quería ayudar al joven.

—Vea —le dice—, mi buen niño. Vaya aquí abajo al cuarto, encuentra una espada. Hay unas nuevecitas. Pero Usté coja la más vieja, que esa espada vieja aguanta para la lucha. Una nueva no aguanta.

Este joven vio estas lindas espadas, nuevecitas y al lado esa una viejecita, casi inservible. Así que ha cogido la más viejecita. Y se fue. Ahora sí, se fue. Cuando más adelante, a una o dos cuadras de la casa, allá está el gigante.

—Hola amigo —le dice— ¿A dónde va?

—Amigo, por aquí voy en busca del ojo de mi padre.

—¡Hiii! Usté para llegar adonde está el ojo de su padre, Usté tiene que pasar donde está el ABC y después pasar una montaña. Por allá está la Reina Mora. La Reina Mora tiene el ojo del Rey Molma. Pero Usté no pasa ni siquiera de aquí. El que más, tiene que pelear conmigo. Aquí no pasa naide. Yo soy el que te voy a sacar el ojo a vos.

—¿Por qué, pue?

A la voz de pelea, se cogieron a pelear. Pelea y pelea ellos. Cansaron de pelear, uno se paraba allá, el otro acá. Descansaban y volvían y de nuevamente a la lucha. Cuando en una de esas,

pues, dice que le mete un sablazo este niño al gigante y se le va llevando un lado de oreja.

—¡Vaya! —dice que dijo él— Ahora sí, siquiera le llevo un lado de oreja.

Bueno, así que entonces, pues, cuando el gigante que no se daba, bravísimo:

—¡Ajo! —dice el gigante.

Va el niño otra vuelta y le vuela la mano, también. También se la cogió. Quedó mocho el gigante. ¡Imagínese!

—Oye —dice el gigante, vencido ¡carajo! —Oye, voh, pase adelante. (¿Qué más, pues?) Pase adelante.

Bueno, pasó adelante. Cuando más adelante ya se llega a una casita donde estaba una sapita. La sapita, pues, dice que cantaba y cosía. "¡Qué linda! ¡Púchica! "—y ella ahí abajo.

—Ei, señora. ¡Señora señora! ¡Ei!

—¿Quién es? —le dice sin asomar.

—Yo, señora —le dice—, mi buena niña.

Cantaba y cosía. ¡Ajo! ¿Cómo iba a asomar, pues, si era una sapita? Ella brincaba arriba ¿y aónde, pues, iba a poder? Y que se oía el sonido, que cosía, porque "tra tra tra" sonaba la máquina.

Bueno, para esto, pues, entonces dijo él:

—Señora, mi buena niña. ¿Puedo subir arriba?

—Suba —dice que le dice.

"Carajo, yo me caso, qué linda que canta y que cuese. Yo también me caso; si mis hermanos se han casado". Subió arriba, abrió la puerta: una sapita andaba ahí, brincaba allá, brincaba acá. El no vio a nadie, sino la sapita. Entonces ya le habló la sapita:

—Mi buen niño, ¿para ónde va?

—¡Ay! —le dice— Por aquí voy en busca del ojo de mi padre.

—El ojo de su padre lo tiene la Reina Mora en la Boca y nunca lo deja. Nunca. Ahí donde ella se duerme ahí lo tiene.

—¿Y cómo hago para sacarlo?

—De aquí Usté se va largo —dice—, que más allá está el ABC. El ABC, él sí, lo puede sacar.

Bueno, se fue. Sí se fue al camino, en busca. Camina y camina, estuvo algunos días caminando ahí, todavía. Cuando llegó adonde estaba el ABC, una ave tan linda, tan linda que lo menos tenía que ser el ABC ¿no?

—Mi buen niño, ¿para dónde va?

—Voy en busca del ojo de mi padre.

—¡Ay, mi buen niño! Eh imposible que Usté llegue. Yo yo me hablo con la Reina Mora —dice—, yo me hablo con la Reina Mora, pero también eh imposible que yo lo pueda traer. Usté allá llega adonde la Reina Mora y la Reina Mora se lo come. A Usté, quiera que no, se lo come.

Entonces él insistió:

—Pero yo tengo que llegar, porque voy en busca del ojo de mi padre.

—Hummm... —dizque le dice—. Bueno, ve. Toma esta pluma. —Le dio una pluma—. Con esta pluma tu te vas. Ve, mira ese cerro que est'allá ahí arriba; la Reina Mora ahí vive. Pero al llegar al pie del cerro ahí te ha a llegar una paloma. Entonce tú le da esta pluma a la paloma, que le manda el ABC, y dile que se vaya a traer el ojo de tu padre. Y tú ahí la espera.

Bueno. Se fue. Cuando ya llegó al pie del cerro, estaba la paloma.

—Mi amo —le dice él.

—¿Qué busca? —le dice ella.

—Voy en busca del ojo de mi padre. Y vengo a mandado del ABC, que le manda esta pluma a Usté aquí, para que Usté se vaya donde está la Reina Mora y me traiga el ojo de mi padre.

—Huumm... —dizque le dice—. ¿Cómo lo voy a traer, pues? Si la Reina Mora lo carga es adentro, en el paladar. ¡Imposible! Pero en fin —dice—, voy a ver, voy a ver. Me espera de un momento, que ya estoy aquí.

Se fue y para esto, pues, se llega allá a la casa onde la Reina Mora. La Reina estaba bien dormida, que estaba que se roncaba

y el ojo revolvía ahí adentro en el paladar, el ojo que ella tenía. Llegó la paloma y ¡ya! cogió el ojo el momento en que la Reina se roncó abriendo la boca. Y se vino, trayendo el ojo:

—Aquí está, mi buen niño, el ojo de su padre.

Bueno. Así que entonces él se regresa para atrás. Camina y camina y camina hasta que llegó vuelta de nuevamente adonde estaba el ABC.

—¿Ya llegó —le dice el ABC—, mi buen niño?

—Ya —le dice.

—¿Lleva el ojo?

—Aquí lo llevo.

—¡Ah, bueno! Ahora sí, ahora sí.

Se fue. Camina y camina y camiha cuando ya llega donde la sapita. Que llegó, pues, se canta esa sapita. Que cantaba tan lindo ¿no?

—¡Ajó! Yo me caso, mis hermanos se han casao, uno con una Chicharronera, el otro con la Mondonguera, ahora yo ¿por qué no me puedo casar con ésta?

Bueno, total que se casó. Se casó con su sapita, la cogió en los brazos y la llevó, porque ¿ónde podía caminar? Si no podía caminar; era una sapita.

Bueno. Cuando ya llegó onde el gigante, que estaba mocho, enfermo. Enfermo el gigante. Herido ¿pues no? Mocho el brazo y mocha la oreja. Le dice el gigante:

—Mi buen amigo.

—Ya —le dice—, mi buen Gigante.

—¡Ay! —le dice— Por favor, déme mi mano.

—Hummm... ¿tu mano? ¿Cómo te voy a dar tu mano?

—Déme mi mano, que por mi mano me muero. Más que la oreja se la lleve.

Bueno. Le dio la mano. Se le dio la mano al gigante. Y como era bueno, un niño bueno, también le devolvió la oreja.

Cuando llegó donde el hermano, el casado con la Mondonguera. Este le dice:

—Ay, hermano, ¿ya regresa?

—Ya, hermano. Ya regreso. Y yo llevo el ojo de mi padre.

¡Púchica! Al son del "Ojo de su padre" el hermano se pegó un brinco:

—¡Ay! ñañito, hermanito, a ver —dice—, empréstame. Ya se lo quería coger el ojo.

—No no no no.

—Ahora sí, nos vamoh, pue, hermanito. Yo me voy con mi mujer. ¿Y voh, hermano, te has casao? ¿No te has casao?

—¡Cómo no —le dice—, hermano! Aquí la llevo, pues, a mi señora. Esta es mi señora.

—¿Quéééé? ¿Cuál es tu señora?

—Esta eh, pue.

—¿Qué, pue? ¿Una sapita?

—Hermano, ¿pa qué te has casao con esa sapa? Una sapita.

Así que se fueron, caminando. Ya los dos se fueron. Cada uno con su mujer. Cuando ya llegan onde el hermano mayor.

—¡Hiiii! . . . —le dice el de la Mondonguera —hermano. ¿Por qué te fuiste a casar aquí de una vez? Apenas la primer casa en que llegamoh te casaste. Vea, nosotroh hemoh luchado pa llegar. Vea, yo peleé con el gigante y aquí llevamo el ojo.

A la voz de que "Llevaban el ojo", entonces el otro dice:

—No, hermanito. Yo también. ¡Vámono!

—Ya —dicen—, ¡vámono!

Para esto, pues, la sapita le había regalado una linda caja de oro al marido para que se metiera ahí en esa cajita de fósforo el ojo del padre. Pero cuando llegaron cerca, él como era casado con una sapita se puso, pues, receloso de llegar a su casa. Le dice el hermano mayor:

—Vamo, pue, vamo a presentarle las mujere a papacito.

—Ay, yo no voy.

—¿Qué? ¿No te vas?

—Yo no voy. Yo me voy a quedar aquí no má a la de la ciudad. Aquí no má me quedo.

—Bueno, hermano. Si tú no te vah, pue, dame el ojo de mi padre pa llevarlo.

—No —dice— ¿qué te lo voy a dar? ¿Qué te lo voy a dar?

Y quedó ahí con el ojo en la cajita de fósforo; de oro eh la cajita. Ahí bien guardada. ¡Cay! y sus hermanos no sabían cómo quitarle. Entonces ¿qué hicieron? El uno le saca un ojo a un gato y el otro le saca un ojo a un perro. Y así se fueron al padre. ¡Ajo! esa fiesta que se habían llegado los hijos con su ojo. ¡Fíjense! Entonces el mayor saca ese ojo de perro y se lo puso al padre.

—¡Púchica, hombre, pue! Qu'ese ojo no es mi ojo. Háquenlo porque no aguanto. Pedazo 'e majadero, que me vienes trayendo un ojo que no eh mío.

—¡Papacito! ¡Papacito!

Va el mediano con el ojo del gato y ¡ya! se lo puso al padre. Bueno, como el ojo del gato es más débil ¿pues no? en fin, no le duele mucho. Dice:

—Este sí, m'hijito, este es mi ojo, porque más o menos sí arcanzo, apenas veo. Este es mi ojo.

Ya puesto el ojo, le presentaron sus mujeres, la Chicharronera y la Mondonguera. ¡Lindas mujeres, pues! Simpáticas señoritas. Contento el rey con las nueras. Pregunta:

—¿Y tu hermano el menor?

—¡Jiiii! Mi hermano por allá se quedó en la entrada. Porque —dicen— su Señora es una sapa. Una sapita. ¡Qué va a venir!

Y el rey llama a un paje, un empleado ¿no? y le dice:

—A ver. Va y dígale al niño que venga aquí.

Se fue el paje:

—Manda aquí su papacito que se presiente al palacio.

—Ay, no. No voy. Yo no voy. ¿Qué voy a ir con mi sapita?

—Manda que se presiente ahora, que se venga conmigo.

—Bueno, si es así, dígale que ya voy.

Regresó el empleado con este mensaje al Sacarreal Majestad. "Dígale que ya voy".

Entonces la sapita, pues, ya más o menos le vio con pena.

—¿Y por qué tiene pena? Porque yo soy una sapita ¿verdad? No tengas miedo, no tengas pena de nada que ya mismo nos vamos allá onde tu papá.

Bueno, puso a alistarse para ir. Alistándose. Entonces le dice:

—¿Y tú aónde vas a ir si sois una sapita? ¿Cómo vas a subir arriba?

—No, ya mismo verás. Oye, saca una lavacara qu'esta allá y ponle un poco de agua, que yo me voy a meter ahí. Y a lo que salgo, tú me das un corte. Que me cortes la mitad.

—¡Caramba! ¿Cómo te voy a cortar?

—¡Córtame! Cuidado no me va a cortar, córtame.

Bueno. Así que así fue. Sacó la lavacara y le pone un poquillo de agua. En eso, pues, esa sapita pega un salto y se zambulle ahí y sale para afuera de nuevamente. Entonces va el niño y le mete su corte a la sapita, mitad mitad. ¡Ajo! Se invertió en una niña de la más linda que había. Si la Chicharronera y la Mondonguera eran buenas, la Sapita ¡uuufff! no había lindura para ella. Era una Príncipa.

—Ahora sí —le dice—. *Sí* noh vamoh onde tu papito.

La sapita era virtuosa, pues. Virtuosa, hacía cosas de virtud. Se fueron, bien vestidos. Cuando ya llegan por allá.

—Buenos días, papacito.

—Buenos días, hijito.

Asube esta Príncipa también:

—Buenos días.

—Buenos días, hijita. ¡Ah Oh Ah Oh! ! !

El rey ni sabía onde ponerse. Entonces para esto la sapita ya llevaba el ojo.

—Vea —le dice ella—. Y el rey con el ojo de gato, pues, blanco ese lado de ojo. Ojo de gato es blanco—. Vea, mi Sacarreal Majestad —le dice esta niña—. Sáquese ese ojo, qu'ese no es su ojo. Este es su ojo, éste que está aquí.

Abre la linda caja de oro. Caja que brillaba. Ahí le muestra el ojo, su ojo verdadero, que se lo había arrancado la Reina Mora en la batalla.

—Ese es su ojo.

Enseguidita se lo puso. Se lo colocó. ¡Púchica! el rey clarito veía ahora. ¿Cómo no iba a ver, pues? Si era su ojo.

—Este sí, m'hija. Este sí eh mi ojo, m'hijita. Estos pedazo de majadero me han venido trayendo un ojo de perro y un ojo de gato. Váyanse para bajo, sinvergüenzas Ustedes.

Abajo. Y se fueron. Y se quedaron en el palacio el joven y la Príncipa Sapita, con el rey. Allá todavía han de estar viviendo.

HISTORIA DE DOS HERMANOS MUY UNIDOS

Dos hermanos se fueron juntos a buscar trabajó. Llegaron a un pueblo, ahí quedaron trabajando. Uno de ellos se casa. Y hace un juramento de amor con la mujer, que si uno se muere, el otro se entierra vivo con el cadáver del cónyuge. Así fue. Ella se enfermó y él se enterró vivo. Pero una culebra y una paloma la ayudan a que resucite. Y vuelven a vivir su vida normal. Sin embargo, ella se deja seducir por un forastero y huye con él. Los dos hermanos salen en peregrinación a fin de encontrarla. Y pasan muchos lugares, hasta llegar a un pueblo donde se había muerto la Reina. Usando la misma virtud de la culebra y la paloma, el joven resucita a la Reina. En pago, se casa con la Princesa. Mientras el hermano sigue la búsqueda de la primera esposa desaparecida, infiel e ingrata. Al fin la encuentra. Y ella es menospreciada por ellos.

Este eran dos hermanos que se fueron de su lugar onde vivían, a buscar trabajo. El uno dice:

—Hermano, vamo a trabajar, buscar trabajo por áhy.

Se fueron. Estos hermanos eran muy queridos (que se querían ¿pues no?). Muy queridos, onde estaba el uno, estaba el otro. Andaban juntos todo el tiempo.

—Hermano. Ya sabe, pue, que nos vamo por allá en tierra ajena. De qué tienes vo, de ahí comemo. Y si tengo yo, de ahí comemo. Vamo a estar allá como hemo estado aquí.

—Cuidado, pue, ¡en tierra ajena vamo andar!

—No, hermano ¡Vamo!

Se fueron. Llegaron a una parte por ahí, también encontraron trabajo. Se quedaron. Trabajaban por ahí, alquilaron una casa apartada, sola. Casa sola. Todos los días se iban a su trabajo onde el patrón. Y regresaban de tarde no más cuando venían a cocinar ¿pues, no? (¿No ve que no tenían cocinera?) Tizaban la candela y hacían su comida y comían. Al otro día se iban, lo mismo.

Bueno. Ya estuvieron algunos días ahí. Se hicieron amistosos con los jóvenes (como eran jóvenes, ¿pues no?) y por ahí ya se hicieron conocidos. Paseaban con gente de por allá. Ya estaban enseñados. Así que unos los llevaban a su casa:

—Vamo a la casa.

Tenían su familia, la hacían conocer a estos hombres que habían llegado. En la casa de uno de estos amigos, uno de estos hermanos fue poniendo el ojo a la hermana del amigo. Hasta que se la consiguió y llegó a hablar a ella y le dijo que "Ella se casaría con él". ¡Fíjese!

Entonces viene donde el hermano y le dice:

—Oye, hermano, ¡caray! me conseguí una mujercita y yo me la voy a traer. ¿Qué dice, hermano?

—Tá bueno, hermano, pa que nos cocine, pue. Nos haga las cosas ahí. Tráigala.

—Entonces vamo trabajando, hermano, unoh díah pa hacer unoh dos reale. Ahí me la traigo.

Se fueron, pues. Trabajaron. Ya cuando estuvo, ahí se trajo a la mujer. Se la sacó hoy día. De una vez la hizo casar el padre, porque, dijo "Estos muchachoh no son de aquí, pueden irse. De una veh que se casen".

Ahí se casó. Así que ya se la llevó a la casa que tenían ellos alquilada. Ahí ella les hacía las cosas, cocinaba para los dos, lavaba y ellos se iban a su trabajo. Se iban a su trabajo, se iban a su trabajo, todos los días. Vivieron sus días ahí ellos. Ella quedaba solita en la casa. Ahí hicieron un convenio con la mujer.

—Oye —dijo ella—. Si yo me muero primero ¿qué hacé?

— ¡Caramba, pue! La enterramo.

—No —le dice la mujer—. Si yo me muero primero, no me entierres, pide bóqueda y méteme ahí, pero vo también te metés ahí. Bueno, que si vo te morí primero, yo hago lo mi'mo. Te pido bóqueda y me encierro con vo ahí.

—Bueno —le dice.

Así fue. Dicho y dicho, un día se enfermó ella y se murió. Entonces este hombre pidió bóveda y se encerró con ella. Ahí encerrados, derechito los dos, la muerta y él vivo, pues. Una semana estuvieron ahí encerrados. Este hombre vivo; pero él no comía, no tomaba agua. Cuando que él acordó, en ese día que completa la semana, dentró una culebra y se le atravesó aquí en su pecho con un pan en la boca. Allá el rabo para onde la mujer estaba, y la cabeza viene aquí. Y este hombre ahí, pues, quedito que él no se movía nada.

Entonces él fue tanteando ahí "¿Qué qué, pue? esa culebra". Pero no podía mover nada. Cuando que, en un rato se desapareció la culebra y le dejó el pan ahí. Entonces este hombre, estando con hambre, que no había comido una semana, cogió el pan y se lo comió. Se le había dejado aquí en el pecho el pan. Se fue la culebra, él no supo por onde se iría.

A otro momento, dentra una paloma. Lo mismo. Esa se sienta aquí en cima del pecho de la muerta, con una flor en el piquito. Y ahí se sentaría vieeennndo él ahí. Pero él no ha podido mover. Entonces viéndole él esa paloma, cuando acordó

ella también se fue. No supo por dónde se fue. Salió. Y le deja la flor ahí. Y él viéndola, dice que "Ay ¡ese animal! "

Cuando que a los momentos empieza a moverse la muerta. Y se movió hasta que se sentó ¡viva! como era. Y ahí echó mano de la flor. Ahí ya se hicieron vivo de todo. El estaba vivo también. Ella viva como era. Entonces estando vivos, empezaron a gritar. Gritaban en voz alta porque las bóvedas eran apartadas del cementerio. A tiempo cruzaba un hombre ahí. Dice:

—Yo oí eso no sé qué. . . —escuchando— gritaban ahí adentro. ¿Qué, ónde grita estos?

Hasta que él se imaginó que eran ahí adentro que gritaban. Y fue y dio parte afuera al pueblo "Que ahí en la bóqueda gritaban unos, que vinieran a velos".

Vinieron a verlos, pues. Destaparon eso y sacaron. Ahí salieron. Ahí salieron, Y se fueron, pues ya ella estaba buena como era. Se fueron a su casa onde estaba el hermano que había quedado solo. Entonces ya el marido contento, que ya había ido con la mujer buena y todo. Otra vuelta cogieron el trabajo y ya quedaron.

Un día llega un hombre que no era de por ahí de ese lugar. ¡Caray! como la encontró solita (diga Usted) ya empezó a enamorar a esta joven. Hasta que la enamoró y ella lo quiso y se la fue llevando. Para eso va dejando al marido y al hermano del marido. Y se fue un día.

Cuando ellos regresan del trabajo, no la encuentran y a la mujercita ahí. Ya no la encontraron. Preguntan a los vecinos ahí al lado de la casa:

—Señora, ¿no me ha visto aquí a la vecina? Que hamo venido del trabajo y no hay.

—Temprano la vi de ahí. Ahora a tarde no m'he dado cuenta, no la he visto ahora a tarde.

—¿En que no hay?

—No —dice—, aquí no hay naide.

—Y pa esto ni ha cocinado. Las ollah tán puesta en el fogón, pero no tienen naa 'e comida.

—Yo no sé, porque temprano sí estaba ahí. Ahora tarde no

m'he dado cuenta. Tará donde su familia. Se habrá ido onde su familia.

Fue el marido allá, a preguntar a la madre.

—No —le dice—, aquí no ha venido m'hija.

Ya el día de una vez ya tardísimo, ¡y nada! Entonces el otro hermano ¡carajo! dice:

—Bueno, por ahí tá en la hora de venir.

Nadie la vio más. Se anocheció y ni aparecía ¡nada! Y el marido decía:

—Por ahí ha de estar.

Ya noche bastante ya, anduvieron por ahí y naide le daba nueva. Entonces el hermano dice:

—Oye, hermano ¡carajo! ésta se ha ido. S'ha ido con arguno.

—¡Qué! —dice el marido—. ¡No! ¡Qué se va ir! —No creía el marido—. ¡No! Que por ahí tá, mañana viene.

—¡Carajo! ¿Y aónde pue, ha de estar?

—Puede estar onde su familia, por áhy. . .

—¿Qué, pue, por áhy? ¡No hay! ¡Esta s'ha ido!

—No, mañana viene —decía el marido.

Amaneció, tomaron su café, se fueron al trabajo. De tarde salieron y nada de nuevo.

—Hermano —le dice el otro—, ésta se ha ido. ¡Carajo! ¿Qué aónde va estar? Esta se ha ido. Con arguno se ha ido —le dice el hermano. El no creía, el marido—. Vámono al arcance, hermano. Argunos nos da nueva, preguntando por ahí. . .

—¡No, hermano! ¿Y qué vamo a ir? Si ésta se ha ido ya no querrá tar con nosotros, vivir con nosotro.

Bueno, no fueron. Ahí siguieron trabajando. Ya no la hallaron, ni tuvieron nada de noticia, sino que ellos se descuidaron, quedaron trabajando ahí. Ahí quedaron trabajando algunos tiempos. Ya ellos olvidados. Cuando que una noche —hacía ya tantos tiempos— recuerda soñando él, que era el marido. Y le habla al hermano, en ese momento que había recordado de noche:

—Hermano, hermano hermano. . .

—¿Qué? —le dijo.

—Oye, sabe que ¡caramba, hermano! que taba soñando en un sueño que he visto a mi mujer. Caray, hermano. A hora que amanece nos ponemo a camino.

Hacía cinco años que había pasado. Le dice el otro:

—¡Carajo, hermano! No quisiste ir cuando te decía "Vamoh al arcance" ahí mismo. Ahora cinco años ¿aónde? Hasta se habrá muerto ya por áhy.

—No, hermano. Yo mi mujer la he visto anoche y ahí la tenían cogida. Noh vamoh a camino. Hermano ¿me acompaña? ¡Vámono, pue, de aquí ya, hermano!

—Sí, hermano, noh ponemoh en camino.

Y fueron donde el patrón, le dijeron que "Ya no trabajaban, que ya se iban".

—Bueno, pue, muchachos —dice que le dice—. Ya se van, pue.

Ya. Se fueron. Cogieron de un camino y se fueron por ahí. Pasan lugares y pasan lugares y pasan lugares. Por ahí ellos averiguaban de que "Si no habían visto por ahí arguno que había ido con arguna mujer argún tiempo". "¿Quién, pue? " Les decían:

—No. . . ¡Qué! Por aquí tantos tiempo nosotro no hamo puesto cuidado, no hamo visto.

Bueno. ¡Y pasan lugares y pasan lugares! Hasta que llegan a un pueblo donde ven las casas de duelo.

—¿Qué pasa, señora, con lah casah qu'están de duelo? —pregunta el hermano marido.

—Señor, aquí s'ha muerto la reina en la ciudad y todos lo sentimo.

—¿Cierto?

—Sí —le dice.

—¿Y el rey?

—Tá ahí.

—Bueno —dice—, señora, vea. Va y dígale Usté al rey que si él me va a pagar lo que yo le cobro, ya mi'mo puedo resucitarle la reina.

—¿Cierto, señor?

—Sí. Va y avíselo.

Así que se fue a esto:

—Espéreme aquí.

Que "Sí, vay y que "Aquí la espero".

Se fue. Llegó allá. Subió. Salió una hija que tenía el rey, una niña. Le dice:

—¿Adónde está el rey?

—Tá dentro. Tá llorando adentro —le dice.

—Dígale que quiero hablar con él, que venga un momento aquí.

Así que entonces fue allá la niña onde estaba el rey y le dice:

—Papacito, una señora ha llegado aquí que quiere hablar con Usté un momento.

—¿Quién? Dígale que dentre, que venga.

Entonces la niña:

—Bien, dice que dentre adentro ¡vamo!

Ya la llevó al cuarto onde estaba el rey.

—¿Usté eh la señora que quiere hablar conmigo?

—Mi Majestad, sí —le dijo.

—¿Qué dice?

—Ahí en mi casa ha llegado un hombre no sé de ónde será y ha visto las casas de duelo y preguntó "¿Qué qué había? " Entonces le dije "Que la reina estaba muerta". Dice Que él la resucita si le pagan lo que él cobra".

—¿Y de aónde. . .?

—No sé de ónde será.

—Va y dígale que venga acá ese hombre. ¡Tráigamelo!

Ahí fue la señora. Le dice:

—Oiga, señor. Manda ecir el rey que vaya Usté allá un momentito.

—Bueno ¡Vamo!

Se vino el hombre. Al hermano lo deja ahí en la casa en que habían estado.

—'Pérese aquí, hermano, que ya regreso.

Se fue él. Llegó allá, subió, le saludó al rey. Y éste le dice:

—¿Usté eh el hombre que va resucitar mi mujer?

—Si usté me paga lo que yo cobro, ya mi'mo está viva.

—Bueno. Su Usté la resucita, le pago lo que Usté me cobra. Vea, ¡resucite!

—Póngamela adentro ar cuarto. Ciérreme el cuarto. A hora que yo le gorpeo entonces ha de estar.

Ahí se encerró. Lo que hizo él, pues: no más sacó la flor y se la puso sobre el pecho de la reina. Cuando que a lo momento empezó a menearse la reina, hasta cuando acuerda. Se sentó ¡viva como él! Ahí salió y golpeó la pueta y vino. Abrió el rey, ahí estaba ¡viva! Ahí le envivió. ¡Caramba! ese rey contento ¿pues, no? que la había envivido.

—Bueno, hijo —dice—, ahora yo te tengo que pagar lo que tú me va a cobrar. Pero —le dice—, hijo, yo tengo m'hija. Yo má bien quisiera que te case con m'hija para que te quede aquí.

—Ay ¡mi Majestad! Yo ando con un compañero que es mi hermano. Y onde ando yo, mi hermano ahí anda.

—¿Y adónde está tu hermano?

—Aquí está en la posada.

—¡Va y tráigalo! ¡Venga acá!

Ahí fue a traer al hermano. Ya vino, ya le dice que:

—Hermano, el rey no me va a pagar plata sino que me da la hija para que me case. Quiere que no me vaya de aquí.

—¡Caray, hermano! vo ya ere casao. ¿Qué te va a casar de nuevo?

—No, vamo allá —dijo—. La que eh mi mujer ya se ha perdío. Me caso con ésta, con la príncipa.

Ya fueron, ya subió:

—Aquí tiene, mi Majestad, mi hermano.

—¡Ajah! —dice— ¿Este eh su hermano?

—Mi hermano. Onde ando yo ahí anda ¿no? Nosotro no noh apartamo.

—Bueno, hijo. Usté se queda aquí, aquí ta un cuarto pa tu hermano. Ahí vive con nosotro, aquí mi'mo en er palacio.

—Bueno, pues, si es así.

Ahí se quedaron. Ahí se quedaron y ese se casó con la niña del rey. No quiso pagarle el rey, sino que se casaron. Ya se quedó. Después de que ya se casó, le dijo el rey que fuera él Rey también. Ahí fue Rey ese hombre. Dos reys, el joven y el veterano.

Bueno, y el hermano ahí alguno tiempito ya. Salía, pues, todos los días. Salía por ahí paseando ¿no? Como no trabajaba, lo mantenía el rey. Que así fue el compromiso. Tomó amistad con la gente de ahí de esa ciudad y ya tenía algunos amigos. Y en eso por ahí con los amigos él preguntaba "Si ellos no sabían de que aquí en la ciudad una señora s'había perdido en tales tiempos".

Ya unos decían:

—No, yo no conozco, yo no he sabido eso.

Y él como ya tomó amistad de por ahí con cualesquiera onde iba a pasear, se reunía con ellos, preguntaba. Hasta que un día, hubo una persona que le dijo:

—Sí, aquí hay una señora que no era de aquí.

—¿Ella ya tiene argunos tiempo?

—Sí, ya tiene argunos tiempo. Y esa en tar parte vive con su marido. Aquí se casó, pue. Aquí se casó.

—¡Ajah! —le dice—. ¿Y cómo se llamará esta mujer?

—Ehhh. . . yo no sé, porque yo no sé ir por su casa. Pero allá viven en tar casa.

—Bueno.

Ahí éste comprendió que ella podía ser ésa ¿no? Y como el rey era el hermano (con él hablaba todos los días) ya un día le dijo:

—Ya, hermano. Aquí yo he preguntado y una persona m'ha dicho que esa señora que s'ha perdido esos tiempo aquí, vive en tar parte. En tar parte vive. Que sí aquí se casó hace tiempo.

Entonces dijo el rey:

—Esta tiene que ser—. Y mandó al muchacho paje—: Vay Usté a tar casa. Suba y pregunta "Si eh er dueño 'e la casa" y

dígale a este señor "Que tenga la bondad de llegar ar palacio un momento con toa su esposa, que manda llamar el rey".

Así que se fue el paje. Entonces ya subió:

—Oiga, señor. Manda decir el rey que tenga la bondad de ir un momento ar palacio que lo llama.

—¿A mí?

—Sí —le dice.

—Bueno. Dígale que ya vamo.

—Para que no deje de ir, que lo espera.

—Bueno, dígale que ya vamo.

—Que no deje de ir con su esposa.

Se vino.

—Que ya viene —le dice al rey—. Ya van a venir.

—Bueno.

Cuando a lo momento, allá dice que venían.

—Mi rey, mi Majestad. Allá vienen. Los que vienen allá, son.

Entonces el rey dice al hermano:

—Oye, hermano, métete a tu cuarto. Métesa a su cuarto.

Ahí lo hizo meter adentro. Cuando ya subió este señor con la esposa:

—Bueno día. mi Majestad.

—Bueno día.

—Bueno día —la mujer también.

Se quedaron parados ahí.

—A las órden, mi Majestad. ¿Me mandó llamar?

—Sí. . .

Ahí se paró. ¡Fíjese! Entonces parado estaba ahí, y le dice a la mujer:

—Oiga, Señorita. Tenga la bondás, páreseme aquí más adelante.

Ahí vino la mujer y se paró. ¿Dónde, pues, ella iba a conocerlo? Tal vez no lo haya conocido, como estaba hecho rey.

—Señorita, vea. ¿De aquí Usté eh de la ciudad?

—No, mi Majestad. Yo soy de otra parte.

—Bueno. ¿Cuando Usté se vino de por su tierra de onde haiga sido, se vino Usté con ese hombre?

—¡Yhhh! —le dice— mi Majestad. Este hombre por allá salió por mi tierra y él me comprometió casarse conmigo y me vine con él.

—¿Y Usté eh casada con él?

—Sí. Nos casamo. Como yo era yo soltera. Era yo soltera.

—¡Ajahh! Bueno, señorita. Yo le pregunto esas cosas porque pasa que luego se vienen mujere dejando a sus maridos de otras partes. Por eso.

—No, mi Majestad. Yo era soltera, por eso me vine con él. Me comprometió a traerme a su tierra y me casé.

—Bueno. Para eso era, señorita. Bueno, señorita ¿y Usté me conoce a mí? ¿Me conoce a mí?

—No, mi Majestad (estaba hecho un rey). No, mi Majestad.

—Ah, bueno. —Entonces llama al paje y dice—: Oye, va y saque el que'está en er cuarto, er mi hermano. Dígale que venga acá.

Ahí fue el paje y destapó la puerta. Vino el hermano. Se para ahí.

—Oiga, señorita —dice el rey—. Vea, ¿Usté conoce este hombre?

—Sí —le dice (¿no ve que ese era como nosotros?). —Sí.

—¡Ah, bueno! ¿Y a mí no me conoce?

—No, mi Majestad, toavía.

—Oye —le dice—. ¿No me conoce a mí que soy tu marido? Y él es mi hermano. Con que vo te veniste dejándonos ¿no?

Se quedó muerta.

—¿Te acuerdas que estuvimos en la bóveda, qu hicimos el compromiso que el que se moría primero no fuera sepurtado en la tierra? Con que tú así fuiste ¿no?

Le brinca ella:

—Bueno, hijo. Perdóname que sí es cierto yo hice eso. Ve, perdóname, hijo, lo que te hice. Pero, si yo no tuviese hecho eso, no hubiese subido vo a rey.

—Sólo por eso ¡lárgate!

JUAN DEL OSO

Un oso rapta a una mujer y la lleva a vivir con él, en su cueva. Y con tiene dos hijos, una osita y un osito. Pero este osito era mitad gente mitad animal. Por eso se llamó Juan, pero "del Oso". Un día huye de la cueva Juan del Oso, llevándose a su Madre. Lejos en un pueblo, la Madre lo pone a estudiar en la escuela. Los niños de la escuela lo molestaban porque era mitad oso, mitad gente. De un sólo manotazo mata a los ocho niños que lo molestaban. Lo llevan a la cárcel. Es liberado, al hacer un favor a un Señor blanco, quien quería transportar un bulto de un sitio a otro y ni doce hombres juntos lograron mover el bulto. Juan del Oso lo hizo con una sola mano. Liberado, sale por ahí a buscar trabajo. Encuentra a tres compañeros. Lucha contra un Negro y lo vence. Pero sus compañeros lo

abandonan adentro de un hueco. Cómo logra salir de este hueco. Y casarse con una niña bellísima. Juan del Oso era un hombre bueno, valiente y fuerte.

Esta era una señora viuda. Y ella salía por ahí a apañar leña, así fuera de su casa, hacia unas quebradas, lejos. Cuando que un día, le salió un oso y se la llevó. La abrazó y se la llevó a su subterráneo donde vivía. Allá se la llevó. Así que ahí la puso adentro. Y ahí vivió con ella, el oso.

Bueno. Días los días bastantes días, la hizo en cinta. Ella, pues, en que no lo quería, no lo quería. ¡Caramba! ahí encerrada por el oso. Vivía con él.

Así que entonces parió la señora. Parió un hombrecito: de aquí para arriba era gente, de aquí para abajo era oso. Todo pachón ese ososico. Así era para abajo; de arriba era gente. Así se parió, ahí encerrada ella, solita con su marido. No salía; a la puerta del subterráneo había un piedrón, que ahí nadie podía alzarlo. Sólo el oso, que con una mano lo levantaba. Ella siempre encerrada. Y él salía todos los días afuera por ahí, a buscarle la vida para ella con el osito, y les llevaba marisco, cualquier cosa para que comieran. Ahí lo crió. Ahí lo tenía al osito. Cuando él se iba, dejaba cerrada la puerta. Esta puerta nadie podía destaparla, porque era piedra.

Bueno, cuando que a los días volvió a hacerse en cinta. Ahí parió una osita. Esa sí, era animalito toda; osita, hembra. Grandita se puso, pues. Ya salía él todos los días con ella a buscar la vida para el hermano y la mamá. ¿No ve que ella era un animalito toda? Pues con ella salía,. Y con el osito no, porque este era mitad mitad; oso mitad gente. Y el osito ya estaba grandecito también, pero todavía no salía afuera, a conocer. Sino que estaba encerrado no más.

Para esto, pues, un día que salió el oso grande, el osito se escapó atrás de él y él no lo vió. Cuando que le habló el osito:

—Ay, papacito, ¿sí que es bonito afuera!

—Ay —que le dice— ¡caramba! ¿Y cómo te hah salido? ¡Váyase adentro!

Entonces es que le dice:

—Papacito, déjeme ver, ¡que esto es tan bonito!

—No no no.

Fue y lo dejó metido ahí con la mamá. Ya se fue. Ahí lo dejó. Y el osito había ya sabido que afuera era lindo. Ya cuando se fue el papá, le dice el osito a la mamá:

—Mamita, déjame ir afuera, ¡que afuera eh bonitito!

Entonces que le dice ella:

—¿Y cómo va a salir? ¿Y yo? ¿Quién va a destapar eso?

—Yo lo puedo destapar, mamá.

Fue el osito y pegó un manotón y largó afuera la piedra. ¡Ajo! Qué pulso no tenía también, ¿no? Así que salió y estuvo todo el día. Cuando sentía que ya no más venía el padre, se metía y ponía la piedra y se encerraba. Al padre, pues, decía que no había salido.

Y de ahí todos los días salía el osito afuera y por ahí quedaba jugando, dándose el gusto. Y el papá con la osita, por allááá en el monte, de cacería.

Bueno, cuando ya este osito conoció bien y estuvo más grande, un día le dice a la mamá:

—Mamá, ¿Y Usté no se acuerda de su tierra ónde vivía?

—Como no, hijo. Pero qué vamo a hacer cuando nos tiene aquí su papá. No podemo salir.

—Mamá, vámono —dizque le dice—. Vámono. Dejemo a mi papá. Y dejemo a mi hermana ahí. Vámono loh do.

A ella ya se le había acabado el vestido. Andaba de lo más afuera todo el cuerpo. No quería salir, porque:

—¿Si ónde voy a ir como estoy?

—Vamo, mamita. ¡Caramba!

Hasta que él animó a la mamá y salieron y se han ido dejando a la osita ahí, encerrada. Y se fueron ellos. Por ahí cogieron un camino, al sonido del mar que estaba ahí. Y

llegaron a la orilla cuando una barca iba cruzando para arriba. Entonces él hizo seña, este osito. El Capitán mandó llevarlos a bordo, en una canoa. Y se embarcó ella con el osito y se fueron a bordo. Se fueron a bordo. ¡Fíjese!

Cuando miran acá, venía el oso allá, a las carreras, con la osita en la mano. Casi se los alcanza. Entonces al ver clarito, que se iban en la barca ¡caray! el oso cogió a la osita ¡paaahh! le dio un manotazo. La mató. ¡Fíjese! Quedó sin la mujer, sin el hijo y sin la hija. Qué desesperación no tuvo ¿no?

Bueno, tres días estuvieron navegando. A los tres días llegaron a la tierra del hombre de la barca. Esa señora y su hijo mitad oso. Saltó a tierra el Capitán. La señora no quería saltar porque andaba lo más desnuda. Entonces se va el Capitán onde su señora, su mujer propia:

—Oiga, vea, señora. Présteme un vestido para soltar una pasajera que traigo, que viene desnuda.

—¿Quéé́é? Yo no te presto mi vestido porque ¿quién sabe qué mujer que trae vos ahí? ¡Caray!

—¡Nooo!

Ya él le aclaró cómo era. Entonces ya le dio el vestido. Ahí saltó. Se la llevó a su casa. Ahí la tenía con el osito. Se quedó con ellos en su casa.

Bueno, ahora sí. A los dos días que llegaron, bautizaron al osito. El Capitán fue el padrino. Le dieron por nombre Juan. Y como era mitad mitad quedó siendo Juan del Oso. Así que ahí se crió, pues.

Más grandecito, tuvo el osito de cursar colegio. El padrino se va a la escuela. Fue y habló con las maestras. Caramba. En medio de tantos niños, éste como era la mitad oso, los muchachos se le apegaban al verlo ¿pues no? Le jalaban los pelos, porque tenía pelos en las piernas. Entonces Juan decía:

—Mi Maestro, vea. Estoh niñoh me jalan los peloh.

—Amodérense, niños —les dice—. Dejen al niño.

Y de siempre. No hacían caso los otros. Como todos los días venía, jalaban los pelos del osito. Y él avisaba al maestro.

No le daba coraje de pegarles un manotazo.

—¡Ah, modérense, muchachos!

—No hacen caso, mi Maestro, estoh muchachoh.

Entonces lo cogió el Maestro un día, y lo puso allá en un rincón, solito, para que lean los demás por acá. ¡Caray! Allá se iban los demás niños le jalando los pelos. Eran ocho niños ahí al lado de él, molestando. Entonces ahora sí, le dio coraje; les dice el osito:

—Vean, niñoh, modérense. Mi Maestro me ha puesto para cá para que Ustedes no me estén molestando. Si ustedes me molestan, yo levanto la mano y los mato a todos, oye.

Ellos no hacían caso, creían que era broma. Le hicieron dar coraje ¡cay! levantó la mano ¡paaahh! Todos los ocho niños quedaron muertos, de un sólo manazo. ¿Y eso?

Ya viene el Maestro acá a ver:

—¡Caramba! —Asustado. Se vino a ver en su colegio cómo habían muerto esos niños. "¡Caramba!" Tuvo que hacer llamar a los padres para decirles cómo había sido.

Llevaron preso a Juan. A los padres de los niños muertos, les dijo que sus hijos "le molestaban al preso". Ahí se fue preso, el oso. Y avisaron a la casa. Supo la madre que el hijo estaba preso.

—¡Cay! ¿Y ahora? —dice la mamá—. ¿Qué le irán a hacer? (Había matado ocho niños). ¿Qué le irán a hacer?

Esto fue hoy día. Durmió anoche preso. Mañana de mañana estaba preso, soñando ahí en la reja de la cárcel. Cuando en eso van pasando doce hombres por ahí, yendo para allá a trabajar no sé adónde. Y lo vieron que se estaba asomando en la reja de la cárcel.

—Holá, amigo —le dijeron—. ¿Qué? ¿Está preso?

—Sí, amigoh. Vengan por aquí. ¿Adónde van?

—Vamo a trabajar por allá nosotro. Que nos manda el patrone.

—¿Qué van a hacer?

—Vamo a tener un burto qu'está allá. Que el patrone nos

manda a traer un burto pesado. Por eso vamo toda esta gente, a ver si es que podemo. A eso vamo.

Bueno, se fueron. Cuando llegaron a traer el bulto, no lo podían los doce hombres. Pesaba no sé cuántas toneladas adentro. ¿Pesado, no? No lo podían ni los doce hombres. Viraron para atrás onde el señor que ha sido el patrón: "Que no no lo podían". Y viraron, pasando otra vuelta por la cárcel.

—¿Qué es? ¿No hallaron el burto? —dijo el osito.

—Amigo ¡si no lo podemo!

—Vea le dice—, amigoh. Díganle al patrón si él me saca de aquí donde me tienen preso, yo ya mismo le llevo er burto donde él lo va poner. Yo solo.

—¿Cierto?

—Sí —le dice.

Entonces fueron y avisaron al patrón:

—Patrón —le dice—, no podemo ar burto entre nosotro. Ahí está un joven preso, y nos ha preguntao. "Que no lo podemos", le decimo nosotro. Y dice él que si lo sacan de onde está preso, él lleva solo, ya mismo, el burto.

—¿Quién es?

—No sé, ahí está. Un joven.

—Bueno, ve y habla con el portero de la cárcel. Y díganle que me saque a ese hombre y llévenlo. Que me traiga el burto.

Ahí vinieron a verlo al portero de la cárcel. "Que lo saque a ese hombre", dijeron.

Entonces lo sacaron, se fueron para el bulto. ¡Cay! El osito lo cogió con una mano. Y así lo llevaba, él solo. Que entonces no lo habían podido doce hombres. Y lo fue a poner allá donde quería el patrón.

—¡Caramba! —el patrón se imaginó. Dice— ¡Qué hombre!

Entonces ya le preguntó quién era. Y él dijo que su mamá estaba por allá en tal parte.

—Váyase no más, váyase no más, no va preso —el dice el patrón.

Ahí lo sacó. Este, Juan, se queda por ahí ese día, viendo a ver si ya no lo cogían para ponerlo preso, ¿no ve que él había hecho muertos? Pero entonces ya nadie le decía nada. Al otro día se fue onde la mamá y allá, onde el padrino. La mamá:

—¡Ahy, hijito! Ya saliste.

Entonces ya le conversó cómo había sido:

—Ya no me hacen nada, mamá.

—¡Caramba!

Ahí se quedó. Para esto, ya sabía él leer bastante; ya no fue al colegio. Sabía leer bastante. Cuando que un día le dice a la mamá:

—Mamá, yo quiero ir por áhy a trabajar. Yo puedo trabajar onde quiera.

—Bueno, hijo. Anda que.

—Quédese aquí onde mi padrino, que yo cuando ya tenga plata se la vengo a ver.

Bueno, se ha ido. Y por ahí llegó a un lugar, un sitio, no sé qué. Ahí, pues, la gente que iba pasando le salía:

—¿Cómo está amigo?

—Bueno, pue.

Hasta que un día le dice a un joven, a uno que pasaba:

—Oye, amigo. ¿Onde se va?

—Por aquí voy, a buscar trabajo.

—¡Caramba! ¿No hay trabajo aquí?

—No hay trabajo.

—Vamo si gusta —dice—, donde encuentramo trabajo. Acompáñame.

—Vamo, ps.

Y se va llevando a uno de este lugar. Mañana lo mismo. Se llevó a otro, de otro lugar. Ya eran dos amigos, con él tres personas. Y al tercer día, lo mismo, con otro que iba pasando:

—Oye, amigo. ¿Onde se va?

—Por aquí voy, a buscar trabajo.

—Si gusta, acompáñame.

De modo que se llevó a tres. Tres amigos se fue llevando a

cada lugar. Con él, eran cuatro. Y dale camino, dale camino. A buscar trabajo.

Un día llegaron a una casa al lado del camino. Sola. Una casa sola. Casa grande, sin nadie adentro. Llegaron, subieron arriba. Nadie. Silencio estaba. Viraron las puertas. Nadie. Y había toda cosa ahí de como que habían vivido. Hasta cosa de comer había. ¡Fíjese!

—¡Caramba! —dice él—. Compañeros, aquí no hay naidie. Vamo descansando aquí, que a hora que se vienen los dueños aquí nos encuentran.

Ahí se quedaron. Como había qué comer, cocinaron. Comieron. Comieron y comieron. Anocheció la noche y anocheció. Naidie vino. Se durmieron pues. Descansaron.

—¡Caramba! ¿De quién será eso? ¿De quién será?

De modo que estuvieron tres días ahí. Y no vino nadie. No vino nadie. Al lado de una montaña era esta casa. Casa sola. Entonces, dijo Juan del Oso:

—Compañeroh, aquí esto me gusta para hacer un trabajo, un desmonte. Pues aquí tenemo qué comer.

—Bueno —dijeron.

—Entonce mañana nos vamo a desmontar esa montaña. Que me gusta aquí.

Al otro día se fueron con Juan del Oso. Se fueron tres, porque uno quedó a que cocine.

—Usté se queda a que cocine pa la hora que venimo.

—Está bien.

—Tamo allá lejito adentro. A l'hora que ya está la comida, nos sopla el cacho para oír onde estamo, a venir a comer.

—Está bien.

Bueno, se fueron ellos. A la hora de cocinar, cocinó, el cocinero. Cuando ya estuvo lista la comida en la olla, la apeó. Y busca el cacho para pitarle, para que vengan los compañeros. En eso estaba, buscando el cacho cuando le habló un Negro en la escalera:

—Ay —dice—, ¿quién tá ahí arriba? A ver.

—Yo —le dice el cocinero—. ¿Qué quiere? ¿La vida o la comida? ¿Qué quiere, la vida o la comida?

—No quiero vida ni comida. Baja baja, si eres hombre.

¡Cay! Se baja el cocinero. Lo coge ese Negro allá y lo dejó lo más muerto. Subió y se comió la comida. Y se fue.

Cuando allá en el desmonte, pues, los compañeros trabajadores:

—¿A qué hora pita er cacho? ¿A qué hora? Va bien tarde y no pita.

¿Qué, pues? Si el Negro lo había dejado lo más enfermo. Estaba en un rincón, enfermo. lo maltrató bien.

Dice Juan del Oso:

—Vamo a ver que es qué le pasa a éste. Ya es tarde y no pinta er cacho.

Vinieron. Llegaron. Cuando ven al cocinero, como jumadito:

—¿Qué te pasa que no has pitado er cacho?

—¡Caramba! Vea que ese Negro casi me ha muerto.

—Noooo —le dicen.

—Sí, si aquí vino un Negro, me aporrea y se me ha comido la comida y casi me ha muerto.

—¡Caramba! —le dice Juan del Oso— Chambón ereh. ¿Cierto?

—Nooo, ps. Ese Negro. . .

Bueno. Así que como tenían comida, enseguida cocinaron otra vuelta y comieron.

—Mañana vamo al trabajo. Y mañana queda este otro.

Bueno. Al otro día se fueron a trabajar. El que quedó de cocinero ya mismo estaba apeando la olla para buscar el cacho y pitar, cuando oyó:

—¡Hey! —le dice una voz de abajo— ¡Hey!

—¿Quién es?

—Yo —le dice el Negro.

—¿Qué dice? ¿Qué quiere? ¿La vida o la comida?

—No quiero vida ni comida. Baja baja, si eres hombre.

—¡Fíjese! Insultando. Abaja el hombre. Lo mismo le hizo el Negro: lo aporreó duro. Quedó lo más muerto. Era bravísimo el Negro. Ahí lo dejó templado. ¡Caray! Y se comió la comida.

Cuando allááá en el desmonte, los compañeros trabajadores:

—¿A qué hora pitar er cacho?

Dice Juan del Oso:

—Vámono, compañeroh. Cuidado, argo ha pasao como ayé.

Y dicho y dicho. Vinieron. Llegaron.

—¿Qué te pasa que no has pitado er cacho?

—Caramba, que ese Negro casi me ha muerto.

—¡Chambón! Mañana te queda vo —dice Juan del Oso al tercero—. Te queda vo.

Al otro día deja al otro. Para acabar el caso más pronto, pasó lo mismo. Aporreó y se comió la comida, el Negro. A todos tres los había dejado lo más muertos. Dice Juan del Oso:

—Mañana me quedo yo, van a ver. ¡Chambones!

Así que al otro día quedó Juan del Oso.

—Lárguense ustedes a trabajar, pue.

Lo dejaron y se fueron.

Cuando que, ya cocinó, apeó la olla. Va a buscar el cacho para pitar y oye:

—¡Hey! ¿quién vive aquí? ¿Quién tá aquí?

—Yo —le dice Juan del Oso—. ¿Qué quiere? ¿La vida o la comida?

—No quiero vida ni comida. Bota abajo, si eres hombre.

Abajo Juan del Oso ¡Caray! El Negro como estaba enseñado a aporrear, pues, que había aporreado a los tres, se le fue encima a Juan del Oso. ¡Cay! Juan del Oso le metió una semejante trompada por aquí y se le fue llevando un lado de oreja. Cayó la oreja del Negro y Juan del Oso la cogió y la puso al bolsillo. Sale corriendo ese Negro por ahí. ¿Qué más, pues, podía hacer? Sale corriendo onde dice había un hueco y ahí se fue abajo. Juan del Oso ahí lo dejó ido, porque era hondo el

hueco. Y se vino para atrás. Llegó de vuelta y estaba la comida en la olla. No la había comido el Negro. Sopló el cacho y se vinieron los trabajadores. Llegaron. Dice Juan del Oso:

—¿Ya ve? ¿Ves? ¡Caramba, chambones! Apuren, coman pronto que noh vamo a ver allá al Negro metido en su hueco. Quedó sin su oreja, ps. Acaben pronto.

Comieron pronto y se fueron a verlo, llevando una soga larga. Se han ido, pues. Llegaron al hueco y se asomaron. ¡Pooo! eso sin fin estaba. ¿Adónde, pue, encontrar al Negro? Hondo hondo el hueco.

Dice Juan del Oso al primero:

—Ve —le dice—. Usté se va abajo a ver qué. Qué hay por ahí abajo.

Bueno, entonces le echó a uno amarrado, abajo. Dijo:

—Argo que pase, si no aguanta menea la soga pa jalarte.

Bueno, así que se fue ése. Juan del Oso le va arreando soga. Cuando llega a un calor que no aguantaba. ¡Una calooor! Meneó la soga a que lo jalen para arriba. Ya subió.

—¿Qué? ¿Qué viste? ¿Qué pasa? —le preguntaron.

—¡Caramba. Compañeros, si abajo hay una calor que no se aguanta.

—Humm, Caray. Chambón —le dice Juan del Oso—. Amárrate vo —al otro.

Así que ese también se fue. Ese sí, pasó la calor y llegó a una frialdad que no aguantaba. ¡Caramba! Meneó la soga para arriba. Ya subió.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Juan del Oso.

—¡Caramba, compañero! Llegué a una friardad que no se aguanta.

—Chambón. ¡Amárrate! —al otro.

Se fue ese otro también. El tercero. Juan del Oso lo echó por ahí para abajo. ¡Cay! Pasó la calor y pasó el frío. Llegó a una claridad que se asustó de ver tan claritita que era. Meneó la soga para arriba.

—¿Qué pasa, hombre? —Juan del Oso.

—¡Caramba! Yo pasé la calor y el frío. Pero allá más abajo llegúe a una claridad que yo m'he asustao.

Ninguno, pues, de ellos llegó al fin del hueco. Entonces dijo Juan del Oso:

—Bueno, yo me voy abajo. A hora que meneo la soga, me jalan a mí.

Se fue Juan del Oso. Fue largo largo. Pasó todo, la calor, la frialdad, la claridad y todo. Cuando que avanzó más allá, allá estaba el cuarto. Y en ese cuarto, una niña tan linda en la puerta. Paraaada estaba.

—Buenos días, mi niña.

—Buenos días. Oiga, ¿qué anda haciendo Usté por aquí?

—Por aquí vengo a conocer —le dice.

—Vayse, vayse, que mi papá por aquí no más stá. Y es muy bravo.

—En busca d'él voy —le dijo.

—Vayse, señor, que aquí a mí me cuida la sierpe y ya mismo viene y se lo come.

—No importa, niña. Bien me la come la sierpe, o bien me la como yo.

Cuando ve, viene la sierpe que se la cuidaba a ella. ¡Imagínese! Esta sierpe, ¡ajo!

—Véala onde viene.

—No importa, niña. Bien me la come la sierpe, o bien me la como yo.

Y viene la sierpe. Viene viene. Juan del Oso levanta la mano ¡paahhh! la dejó muerta. ¡Fíjese! de un manotazo.

—Ya ve, niña. Con mejores fieras he luchado, ahora a esta sierpe ¿qué, pué? si no es nada—. De un porrazo la dejó muerta—. Oiga, niña. ¿Y Usté no desearía conocer arriba onde yo vivo?

—¿Adónde? ¿Arriba?

—Sí, aquí arriba. ¿No desearía Usté casarse? Yo tengo mih compañeros arriba. ¿No deseaba casarse con uno de mih compañeroh?

—¡Ay! Bueno, yo sí me caso, oye.

—Amárresela, oye. Amárrese. —Ahí la hizo amarrar—. Allá hay tre —le dice—. Pregunta por fulano de tal, y a él le dice Usté que Usté es su esposa.

—Está bien —le dice—. Amarre.

Y la echó arriba, amarrada. ¡Fíjese! desde el hueco abajo hasta arriba. Meneó la soga y la jalaron. La subieron. Llegó arriba, diciendo:

—A ver, ¿cuál eh julano de tal?

—Yo, —le dice uno—. Yo.

—Yo soy su esposa. —Lindísima esta mujer—. Yo soy su esposa. Hombre, conténtese. Y guinde la soga al que está abajo.

Para abajo la soga. Así que Juan del Oso avanzó más. Fue largo largo. Llegó a otro cuarto. Ahí estaba otra niña. Más linda que la primera. Ahí a la puerta paraaada.

—Oiga, señor. ¿Onde va Usté por aquí?

—Ando conociendo —le dice.

—Váyase, que mi papá ya mismo viene. Que él por áhy no más stá. Que es muy bravo. Y pa esto, a mí me cuida aquí er puerco jabalí. Váyse que ya mismo viene y se lo puede comer.

—No importa, niña —le dice Juan—. Bien me come el puerco Jabalí o bien me lo como yo.

Cuando lo ve ese puerco bravo. Venía encima. Juan levantó la mano ¡paahh! ahí lo dejó muerto. Muerto.

—Ya ve, niña ¡caray! Con mejores fieras he luchado—. Muerto quedó el puerco jabalí. Oiga, niña. ¿Usté qué es para la niña que estaba allá en el primer cuarto?

—Es mi hermana.

—Ya está arriba —le dice Juan—, onde vivo yo. Yo tengo doh compañeroh má y a ella yo la he mandao porque se va a casar con uno de mih compañeroh. ¿No gusta casarse, también?

—Ah, si mi hermana se casa, yo también caso.

—Amárrese, niña.

Arriba para el otro compañero. ¡Fíjese! La echó arriba, amarrada. Que cuando llegara arriba, fuera diciendo: "¿Cuál eh

julano de tal? Porque yo soy su esposa". Así le iba poniendo a cada uno su mujer. Luego:

—¡Guíndeme la soga!

Así avanzó más. Largo largo. Llegó al agua en este hueco profundo. Allá está otra niña más buenita. ¡Caramba!

—Buenos días, niña.

—Buenos días. ¿Qué anda 'ciendo Usté por aquí?

—Por aquí ando conociendo, niña.

—Váyse que mi papá aquí mismito viene. Y otro es que a mí me cuida, el león. Que con ese no hay quien pueda.

—Hummm. Bueno. Bien me come el león, bien me lo como yo.

Cuando le ve el león. Venía que pelaba los dientes. Juan del Oso que le brinca de acá y de allá. Levantó la mano ¡paaajj! Ahí lo dejó muerto.

—Ya ve, niña. ¡Caramba! Con mejores fieras he luchado, ahora este. . . ¿qué? Oiga niña, ¿qué son las dos niñas que 'staban en los cuartos?

—Eran mis hermanas.

—Tan arriba, pue.

—Ajora se van a casar con unoh compañeroh mío. Y tengo otro compañero má, ¿no desea Usté casarse?

—Si mis hermanas están arriba, yo sí me voy.

—¡Amárrese!

Le mandó arriba, amarrada. ¡Fíjese! Le mandó arriba. Cuando que ya subió, vio a todos tres con su buena señorita.

—¡Guíndeme la soga! —gritó Juan del Oso.

Abajo la soga para Juan del Oso. Y avanzó más. Largo largo otra vez. La última de las niñas, sería la más mejor todavía. Ahí estaba ella, paraaaada a la puerta:

—Oiga, señor. ¿Pa ónde va?

—Yo voy. . .

—Ahí está mi papá que ya viene.

—En busca d'él voy —le dice.

—¡Váyse, señor!

—Oiga, niña. ¿Y Usté qué es pa las dos niña qu'estaban allá?

—Eran mis hermana.

—Ya están arriba, pue. Se van a casar con unos compañeroh míos. ¿Y Usté no desea casarse conmigo?

—¡Cómo no! Si Usté se casa, yo sí me caso.

—¡Amárrese!

Ahí la echó arriba, amarrada. ¡Fíjese! a la que iba a ser su mujercita, la de él. La echó arriba. Caray. Se fue onde ya estaban las hermanas, todas arriba.

—¡Guíndeme la soga! —gritó Juan del Oso.

¡Púchica! Estos compañeros no le guindan la soga. Para que él no suba.

—¡Guíndeme la soga!

Nada. No le guindan la soga. Querían hacerse dueños de esta niña también. y ya cada cual tenía su mujer. Y ella decía que "No", que "No". Pedía que la dejaran abajo, pue, con Juan del Oso. ¡Vaya! La cogieron y se la llevaron con ellos y las hermanas de ella. Las cuatro mujeres. Se fueron de vuelta a la casa donde habían estado trabajando al comienzo, cerca del desmonte. Casa sola. Allá fueron a dar ellos y cuando llegaron allá, ya eso se había hecho un pueblo. Un pueblo. De una simple casa ya era un pueblo. Con Iglesia.

Para esto, pues, Juan del Oso quedó abajo en el hueco. Y no duerme y no duerme esa noche. A ver a qué hora le tiran la soga. ¿Y qué y qué? Que no le tiraron y se fueron. Lo dejaron abajo. Ahí quedó Juan del Oso.

Ya al otro día, viendo que éstos no le guindaban, se fue por ahí caminando. Por ahí abajo. Largo largo. Cuando acordó, le ha salido el Negro. ¡Fíjese! El Negro mocho de la oreja, con quien había luchado. Pero ahora estaba mansito. Mansito. ¿No ve que se había quedado mocho? sin oreja.

—Ay, Juan del Osito. Vea como ando mochito. Dame mi orejita.

Le dice Juan:

—Vea —le dice—. No me venga aponerse bravo. No me

venga a molestar, porque si yo te levanto la mano me llevo el otro lado de la oreja.

Y el Negrito, mansito:

—Déme, Juan del Osito, mi orejita.

Tanto y tanto, a lo rato ya le venció.

—Caray —le dice Juan—. Bueno, sí te voy a dar tu oreja, pero eso sí: que tú me suba arriba.

—¡Cómo no, Juan del Osito!

—Pero yo te doy es allá arriba. Subemo p'arriba.

Entonces el Negro le dijo:

—Siéntese aquí—. Lo hizo sentar en su nuca. Se acomodó en la nuca del Negro. Ahora sí —le dice el Negro—. Ciérrese los ojos. A hora que yo le diga "Abra la vista", ahí abre.

¡Caray! Sentado en la nuca del Negro. Cerrados los ojos. Y así se lo subió arriba, pues. Cuando ya le dice:

—A ver. Abra la vista.

Ya estaban arriba.

Entonces, pues, ya visto Juan del Oso que estaba arriba, sacó la oreja del Negro y ahí mismo se la puso en su lugar, se la pegó. ¡Shiiii! Contentísimo el Negro. Entonces le dice el Negro:

—Oiga, amigo. Vayse ligerito pronto allá donde están sus compañeroh, porque se van a casar hoy día ya. Allá en la iglesia. (En la Iglesia de ese pueblo. Ahí había una Iglesia ahora). Y la señorita que va ser para Usté, un señor anda que se quiere casar con ella. Váyase ligerito. ¡Apúúúrese!

¡Cay! Se va a la carrera Juan del Oso. Los encuentra en la Iglesia todavía. Se habían casado estos compañeros y un señor andaba ahí por ella "Que cásate conmigo, cásate conmigo". Y ella decía "Que no, que mi esposo ha de venir, mi esposo ha de venir". Y este señor blanco ya haciendo una diligencia con el padrecito para que lo case. ¡Fíjese! Adentro estaban todos. Para esto llega Juan del Oso a la puerta de la Iglesia; se queda ahí. Cuando miró ella para atrás y lo alcanza a ver.

—Oiga, señor. Oiga, señor, váyse pa juera que ese que está ahí a la puerta es mi esposo.

¡Cay! Salió el blanco. Se fue. No lo vieron más. ¿Qué, pues, iba a luchar con Juan del Oso? Entonces entró Juan del Oso. Y a lo que entró, los compañeros salieron ya casados. Dijo:

—¿Con que así fueron conmigo, no? Que no me guindaron la soga y me abandonaron allá en el hueco. Ingratos. Y yo que a cada cual les he dado su mujercita. Ingratos.

¡Púchica! La vergüenza de ellos. Se fueron también, pues, ligerito de ahí. Con sus mujeres. Se fueron de por onde eran sus tierras. Avergonzados.

Y Juan, a ese padrecito le dijo que "Nos case". Y ella "Sí, que él es mi esposo". Ya: ¡casados! Lindísima la niña. Su mujercita. Y él se fue con ella a vivir donde la mamá d'él. Y allá han de estar viviendo.

Ahí cerramos el caso. Juan del Oso: bueno, fuerte y valiente.

JUAN, EL HIJO QUERIDO

Historia de un viudo que tenía tres hijos y estimaba más al menor. Vivía de una plantación de flores. Un día no hubo flores. Mandó al hijo mayor que se fuera a dormir en la plantación, para cuidarla. No hubo forma. Mandó al hijo medio y pasó lo mismo. Por fin, mandó a Juan, el hijo menor, y Juan descubrió que un caballo blanco se comía las flores. Pudo amansar el caballo y se vino donde el padre. El padre amonestó a los otros dos hijos, llamándolos por nombres feos. En consecuencia, se marcharon de casa. Juan fue tras de ellos porque mucho quería a sus hermanos. Pero desde entonces, el resquemor y la envidia de esos hermanos no les permitieron amar a Juan. Y todo lo hicieron para rebajarlo ante el Padre. Y muy lejos de casa se casaron todos. Y como la mujer de Juan era muy fea —parecía una

mona—, creyeron que el padre al conocerla iría a repudiar a Juan. Pero una "señora blanca" transforma la fealdad de la mona en belleza de princesa. El padre más quiso a Juan. Y los hermanos casi se mueren de envidia.

Este era un hombre que él era viudo y tenía tres hijos. El vivía con sus hijos solo, en su casa. Juan se llamaba el más menor. Uno era Pedro, otro era Juan. Y ese hombre tenía una chácara onde sembraba en los inviernos. Y esa chácara tenía un árbol, que ese árbol dice que echaba flor. Todo el tiempo ese árbol echaba flor. Y esa flor la recogía ese hombre todos los días. La hacía recoger con los hijos y la vendían al pueblo y de ahí se mantenían.

Así que entonces esa era la vida de este hombre. Todos los días, todas las mañanas llamando: "Vaya Usté (el más grande) a recoger lah floreh". Ya traían un charol lleno. Entonces ya venía a vender. Ya venía con esa plata ahí y compraba la comida. Comían todos, los tres hijos y el padre. Así que, andando a los días bastante, va uno a ver la flor y no la encontró. Ya no amaneció la flor. Ya no trajo la flor. Ya viene donde el padre. Le dice:

—¿Aónde está? No hay, no hay amanecido ahora, la flor.

—¡Caramba! —Molesto el padre, que ese día no comieron—. ¡Caramba! —dizque decía—. No, mañana va el otro. (El otro hijo). A dormir vos allá.

Mandó al otro que vaya a dormir allá. Tuvo hasta como las diez de la noche despierto, después lo cogió el sueño y se durmió.

Amaneció a ver la flor. Nada, no hay nada, no había.

—¡Caray! —él también regresa sin nada.

Cuando ya va llegando, el padre:

—¿Qué fue 'e la flor, hijo? ¿Qué fue, pues? ¿Anduvo viendo la chacra que'amaneció? —¡Caray! quería saber si entraba por ahí un rastro de alguno que entraba a robar ¿no?

—¡Caramba, papacito! Si no hay nada. Mañana voy otra vuerta.

—¿Quién sabe quién se adentra ahí a robar de noche? ¿no? Porque lo coge el sueño. ¿Te ha cogido el sueño?

Todavía vuelta a la chácara. Entonces encontró un hueco así como que habían salido de ahí. Y estaba la estaca caída.

—¿Ya viene, hijo?

—Sí, pue.

—¿Qué será, pue?

—Será arguno qu'ha robado —dice—. Hay un hueco qu'hay en la chacra. Rastro no encuentro. No hay rastro por ahí.

Bueno, no comen dos días ya. Le dice al más chico, Juan:

—Esta noche te vas a dormir vo, hijo, allá.

—Bueno —le dice.

—Te va allá a dormir. ¡No duerma, hijo!

Temprano se fue ese muchacho a arreglar su cama, ahí onde iba a dormir a media chácra. Dice:

—¡Caramba! Entonce, pue, eh argún animal que se entra y se come —dizque dijo él, Juan—. ¡Ah! voy a llevar mi cabresto así no má pa dejar armado el lazo. Si hay argún animal qu'entra, ahí lo cogemo.

Bueno. Así que se va éste, Juan.

—Yo esta noche no duermo —dice. Tenía una guitarrita que tocaba él—. Ahora me llevo mi guitarra para tocar y no dormir. Que no me dé el sueño.

Ya llegó onde había acomodado. Dentrando ahí, se acomodó. Puso cuatro espinas y las deja así a los lados. Dice:

—Por argún caso me coja el sueño, estas espinah tan medio p'allá. Me clavo pa no dormir.

Bueno. Y también fue a dejar amarrado el lazo en el hueco ese. El, pues, ahí tocaba su guitarra, cantaba y era noche. No dormía. ¡Ajo! que ya sería ya noche bastantísimo. Ya le estaba queriendo coger el sueño, se había cansado de estar cantando,

tocando. Se reviraba para allá, caía sentado, en una espina, no podía dormir. Cuando en una de esas ¡caramba! siente el golpe allá donde él dejó armado el lazo.

—¡Ehyyy! Caramba, ¿qué?

Y este muchacho había llevado una cuchilla grande para la defensa de él, pues, Como estaba solito.

Lo va a ver. Llega, es un caballo que se había enlazado en esa soga. (¿Qué dice usted?) Se iba al suelo ese animal, bravísimo. Se iba al suelo y levanta a ver esa soga. ¡Qué! No se le rompió la soga. Le pegó el grito al animal.

—¡Ey! ¡carajo! Una gran puta. Comer la flor.

Cuando que se le venía encima, manoteando. A ver si rompía la soga también, dice Usted, ¿no? ¿No ve que se venía encima y le templaba la soga y él huía? El caballo se puso sudadito. Y no rompe la soga. Y levantaba y caía. Era un caballo blanco. Se chorreaba en esa cola (cuchilla que le dicen).

—¡Pendejo! hijo de una gran puta, ¡yo te mato! que le dice el hombre, el muchacho, Juan. Y ese caballo le viraba las patas y quería manotearlo. ¡Cojudo! ¡Carajo! ¡te mato! —y fue a la cuchilla y no lo alcanzaba. Ya, pues, el caballo ya parado ahí, se había parado. Y él hacía así, pero viraba el caballo—. ¡Cojudo! sino te deja tocar es que te ensarto la cuchilla —le decía él.

Y el caballo por ahí ya cansado también. Ya le soba y soba por la cabeza, pues, hasta que le puso la mano por la crina. Ya se dejó sobar.

—Ah, cuidado, cojudo, porque sino te mato. ¡Te mato!

Ahí le habló el caballo, ¡Fíjese Usted!

—Oye, Juan. No me mate. Yo no te hago nada. Desáteme, que yo soy la virtud para vo. (¡Ese caballo!). Ya, ¡desáteme y llévame!

Ahí amaneció con su caballo, pues, él. Ya lo amanzó mancito a la cuenta, y él le habló. Se fue largo onde estaban las flores.

—Si a mal no viene, monta a caballo que yo no te hago nada —dijo el caballo.

El, pues, siempre malicioso, no quiso montar. Lo llevó al anda. Cogió el charol de flores, lo puso al hombro y jalando el caballo se fue. Ahí estaban las flores. Era el caballo quien se las comía. Ahora sí, apañó las flores ¡Ajo! llegando, pues, allá de día en la casa del veterano, como a dos hermanos. Llovía. Decía el veterano:

—No 'parece m'hijo. —Lo quería, pues, el hombre al más chico—. No viene Juan, no 'parece.

Al rato, dice:

—Allá viene uno.

—Pero ese no eh —dijo el hermano—, porque ese viene con una cosa al hombro y con un caballo, un animal trelado ahí, no sé qué será.

Y avanza, avanza. Cuando dice el otro hermano:

—Oye, ese parece Juan que viene.

—Vean, m'hijo, si no eh él que viene.

Acerca él con el caballo.

—Ese eh Juan —dice el veterano—. Ese eh Juan, pero él trae un animal al anda, caballo qué será. Y él trae el charol al hombro.

¡Caramba! Se alegraron.

—Quién sabe mi hijo ahora sí trae las flores.

Y llega y llega. Llegó, pues, a su casa. Venía con el charol lleno de flores. ¿Qué dice? Ahí afuera había un palo, ahí amarró el caballo. Vino a pie, lo dejó amarrado. Ya subió:

—Aquí están, papá, lah flore.

—¡Carajo, m'hijo! —. Lo quería, pues, en una de esas lo quería más. —¿No vah a comer?

—No.

Dice a los otros:

—Ustés son unos flojo, tontoh, ¡carajo! Vos querés dormir no má, no cuidan. ¿Ya ve m'hijo? Y él eh el má chico. ¡Qué!

Cuando fueron a vender las flores, mandó a uno de los dos:

—Ve, Usté venda lah flore y traiga lah comida.

Molesto el veterano. El caballo amarrado ahí abajo. Ya se fueron, trajeron la comida, hicieron qué comer. Dice el veterano:

—A ver ¿qué ya stá la comida?

—Apena. . .

—Oye, que yo voy a repartir —dice el padre.

Bueno, prepararon la olla, ya cocinaron, estuvieron viendo:

—Ya stá, papá, la comida.

Dos días no habían comido. Estos tenían hambre también, ¿no? Caray. Va, pues, el veterano a repartir la comida. Sirvió poquito a los dos más grandes, en dos platos. Poquito. ¿Qué iban a contentar, pues? Si estaban con hambre. Y él, pues, se sirvió para él y el hijo menor, ¡caray! ¡dos platos llenos!

—¡Caray! —dicen los hijos mayores. Lo veían.

Ya bueno, acabaron ellos. Otro rato para allá se fueron los dos hermanos.

—Te fijaste, hermano ¿lo qué nos hizo papá?

—Sí —le dice.

—¿Ya ve? Ellos comieron bien, y a nosotro, porque no nos quiere, nos dio poquito. Y su hijo querido ¡caramba! Se comieron hasta lo que sobraron ahí. Y a nosotro ha dado ese poquito. ¡Caray, hermano!

Dijo el mayor:

—Yo me voy, hermano. Yo me voy ¡caramba! por ahí a trabajar otras parte. Yo ya me voy.

Entonces le dice el otro:

—Hermano, si te vaya también me voy.

—Vámono, hermano. Dejemo mi papá con su hijo querido ahí.

—¡Caray! se ve que no nos quiere.

—Bueno, hermano.

Para esto Juan, en ese momento les dice:

—Hermanoh, ensíllanme este caballo.

Lo tuvieron listo. Decían:

—Si no es tan bravo.

—No, pue, el caballo eh mansito.

Se montó Juan y se fue por ahí para adentro a pasear. ¡Caray! Ese caballo era lindo ¿qué dice Usté? volaba ¿no? Así que por allá se fue Juan, en su caballo blanco.

—Ve ¡carajo! —dice el hermano—. Además con ese caballo, mi papá lo quiere más.

Por ahí cogieron sus cositas que tenían ellos, sus ropitas por ahí, con eso hicieron su atado.

—Vámono, hermano, venga.

Allá está el veterano. Ya llegaron onde el papá:

—Papá.

—Mande.

—Echeno la bendición que me voy.

—¿Onde se van?

—Me voy, papá. Usté no má quiere a nosotro. Quédese con su hijo querido que tiene.

—Ustés son unos flojo, unos tonto. ¿Ya ve m'hijo? Ese es advertido, es sabido. No ha sido como éste de acá, que siempre viene "que no hay", "no hay".

—Por eso mismo, papá, échenos la bendición que me voy.

—Bueno.

El padre le echó la bendición. Brinca el otro:

—Papá, a mí también eche. Si se va mi hermano, yo también voy.

—¡Va, va too!

Le echó la bendición. Fue, cogieron su atado y tomaron a la orilla del mar, se fueron por ahí. Se fueron lejos. Bueno, así que se fueron.

Cuando que ya hacía rato bastante, éste (Juan) que por ahí andaba paseando, montó en su buen caballo lindo, y ya viene llegando tarde del día acá onde el padre. Ya estaba solito el padre. Se apeó, dejó su caballo ahí amarrado y subió.

—¿Y ónde está mis hermanoh, papá?

—Ehhh. . . sus hermanoh por ahí cogieron, alistaron sus cosa y se han ido —dice—. Alistaron sus cosa y quisieron que l'echara yo la bendición que se iban. Yo no sé ónde s'irán después.

—¿Cierto, papá? —Juan sí, quería a los hermanos. Sí los quería. Y dice—: ¡Caramba! así fueron estos mis hermanos. No me han dicho que se van por ahí, yo también me iba.

—No, hijo, vo no. ¿Qué va ir vo? Vo tiene qu'estar conmigo, morir conmigo. ¡Déjalo a esos que se vayan!

¡Caray! tenía el caballo ensillado.

—No, papá. Yo me voy al arcance de mis hermano estos.

Ahí montó en el caballo y jaló orilla y se fue, pues. Ya en la orilla, ahí clarito los rastros por onde habían ido por ahí, orilla orilla ¿no?

—¡Estos son mis hermano!

¡Caray! Por ahí ni fin. Ya era, pues, tarde del día. ¡Caray! (Diga Usted, señor) le clavaría a ese caballo, porque era viento también. ¡Ajo! lejisísimo. Había corrido bastante ya, cuando alcanzó a ver que allá iban unos bultos.

—Allá va, estos son.

Cuando que, ya iba cerca. Ahí vieron ellos, a ver para atrás:

—Oye, allá viene uno, hermano. Viene un caballo durisísimo, ¿quién eh?

Ellos allá vieron. El caballo volaba con la carrera. Se fue acercando. Y ellos lo tantearon.

—¡Carajo! Parece Juan ese ¿no?

—Carajo, sí se parece.

¡Jay! dale. Y ellos tanteaban para allá, cuando más cerquita:

—Ihhh. . . este cojudo, pendejo, que viene aquí.

Ya ya, pues, ellos eran bravos con el hermano (¿no ve que lo odian?). Hasta que Juan se les fue adjunto.

—¡Carajo, hermanos! —dice Juan— ¿Por qué me van dejando? Ni m'han avisado que Ustés se ian.

—¡Qué, pendejo! A vo ¿qué te vamo a llevar onde vamo nosotro? ¡Qué! Anda, vete no má. Quédate con tu padre que te quiere a vo y a nosotro noh noh quiere.

—Caramba, hermanoh ¿por qué? —dice—. Yo me voy con Ustés también.

—No no, Nosotros no te llevamo. Lárgate p'atrás. Anda a ver a tu padre que te quiere. Ya ve, ayer que nos servió la comida, Ustés comieron bien ¿no? Y a nosotro porque no nos quiere, nos ha dado de los poquitos.

—¿Por eso?

—Ah ¡anda!

Ya botaron al hermano.

—No, hermano, yo me voy. Onde mueran Ustés, ahí voy a morir también.

—No no no. Andate. Lárgate p'afuera.

Juan recio, atrás de ellos. Viendo que Juan no se marchaba ¡caray! se lo han cogido y lo botaron debajo del caballo. ¡Fíjese! los hermanos. Y han hecho un hueco hondo en la arena y ahí lo enterraron. Así vivo lo enterraron.

—¡Ehhei! ¡Qué ahí se muera!

Y el caballo se paraba allá, y no se dejaba atar la correa de ellos, que lo querían llevar. Querían coger el caballo y no se dejaba. Estaban viendo que no se dejaba:

—¡Dejen ese caballo! ¡Qué ahí se muera!

Y se fueron. Y el caballo ahiii, parado. Cuando que ya iban bien lejos bastante, que ya no alcanzaban a ver los hermanos, el caballo se puso a manotear onde estaba enterrado Juan. Y manotea y manotea ¡carajo! hasta que lo sacó. Que estaba enterrado en la arena. Salió. Todavía vivo.

—¡Carajo! —dice Juan—. Vea, si mis hermano no me quieren, estos pendejo. No fue hecho mi caballo me muero aquí enterrado.

Ahí cogió el caballo y se montó otra vuelta. Al alcance otra vuelta. Por ahí iban andando los hermanos. Dice uno:

—Allá viene uno, durísimo. Viene a caballo también.

—¡Carajo! —dice el otro—. ¿No será este cojudo que s'ha salido que viene ahí?

—¡Yo qué sé! ¡Caray!

Y avanza, avanza. Cuando más cerca, dice el otro:

—Caray, ese eh Juan.

—¡Caray! este fue. Puta ¿y cómo se ha salido ahí?

—¡Carajo!

Hasta que se le fue adentro, Juan:

—¿Qu'eh eso, hermanoh? Que Ustés son malo. ¿Por qué me hacen así?

—¡Ehh! conmigo no te llevamo onde vamo.

—No, hermanoh. Yo voy onde van Ustés.

—No no —dice—. Que te quede.

Ahí lo cogieron otra vuelta ¡abajo! Hicieron un hueco más hondo. Lo enterraron. Todavía el caballo parándose, no se dejaba coger.

—Ahí sí se muere este diablo.

Cuando que, a lo que ya iban lejos ahí otra vuelta, empezó a escarbar el caballo. De modo que tres veces (Diga Usted, señor) lo enterraron. Y a las tres veces lo sacó el caballo. Y se iba él atrás de los hermanos, atrás de los hermanos. Y éstos no lo querían, no lo querían llevar.

Así que ya tarde del día —y esta fue la última vez—, los hermanos ya iban dentrando así ya a un pueblo, no sé qué. Iban a llegar onde había casas. Cuando ven a ese Juan otra vuelta al alcance.

—¿Ve ónde viene Juan? Vamo a llegar aquí.

Se le fue adentro Juan:

—Hermano, pue ¡carajo! Que ustés son malo conmigo. Carajo ¿Por qué me hacen así? me han enterrao.

—¿Qué? ¡Cuídese!

—Bueno, hermanoh. Llévenme onde van a posar.

—No no. Busca vo posada por allá en otra parte.

No lo llevaron a la posada onde ellos posaron. Por allá se va Juan por otra calle, por allá. Y ellos se fueron por acá para encontrar una casa. Había una señora ahí, pidieron posada, ahí se quedaron. Ahí se quedaron. Juan se fue por allá "¿Onde aposo, ónde aposo?" Cuando que una señora estaba asomada en una casa. Una señorita blanca ¿qué sería, no?

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tarde —que le dice—. ¿De adónde viene Usté? ¿Pa dónde va?

—Aquí, señora, vengo a buscar trabajo y no encuentro trabajo.

—¿Ve? Oye, muchacho ¿Quiéres trabajar conmigo aquí en mi casa?

—Bueno, señorita.

—Aquí en la casa no más. Te queda Usté pa que trabaje aquí en cualesquier cosa que yo te mando.

—Bueno, señorita. Entonce, pue, ¿me da la posada aquí?

—¡Sube, sube!

Arriba. Ahí se queda Juan. Y los demás habían aposado por allá al centro del pueblo ¿qué sería? Así que estos muchachos, pues, entraron a trabajar. Encontraron trabajo los dos. Y Juan también encontró trabajo él mismo por ahí en la casa, pues, de la señorita. Trabajaba ahí. De vez en cuando la señorita lo mandaba para el centro a comprar cualesquier cosas de mando y por allá él se encontraba con los hermanos.

—¡Carajo, hermanos! ¿Y ónde que tan aposadoh? Ustés son malos. No me quisieron llevar pa estar juntos ¿eh?

—¿Y qué vamo a llevar vo onde vamo nosotro? ¿Y ónde está, pues, aposado?

—Yo, pue, allá atráh donde una señorita. Por ahí toy trabajando, haciéndole lo mando siquiera.

—¡Carajo! —dicen— ese diablo—. Había un estero hondo ahí. Cogieron a Juan del caballo y lo sembraron a medio estero—. ¡Que se muera ahogado!

Ahí lo han sembrado. Manoteaba Juan ¿no ve que era hondo? Y ellos se fueron:

—Ahí sí, se muere este diablo.

Y el caballo se atiraba, pues, onde andaba Juan manoteando. Rompió unos árboles. Y ahí Juan cogió esos árboles. Ahí fue que salió al otro lado y se fue para el otro lado de la calle. El caballo lo llevó.

Y los hermanos trabajaban, trabajaban. Pasan los días, trabajando. Ya fueron estos jóvenes teniendo amistad con la

gente. Ya empezaron con amigos. Hicieron amigos. Cuando salían de noche, por ahí ya andaban paseando ¿no? Y Juan, ese no salía, pues. No más ahí. Cuando que ya uno invitó al hermano mayor:

—Vamo a mi casa, amigo.

Lo lleva a su casa, tenía su familia, mamá, hermana, una joven sola. El hermano más grande, pues, va poniendo el ojo a esa joven. Y como ya se hicieron conocidos, se iban a pasear. Con tal que ya un día se llegó a decirle algo: "Si ella lo quería, que él era el enamorado". La muchacha le dijo que "Bueno, si él quería casar, se casaría". Y así andaban.

—Bueno, entonce voy a trabajar pa hacerme de unos medio pa casarme. Ahí celebramo.

Ya va onde el hermano. Dormían ellos por allá en un cuarto. De noche le conversa:

—Hermano ¡caray! yo m'he encontrado una muchacha que quiere casarse conmigo.

—¡Y ya está, pue!

—No. Le dije que voy a trabajar má pa hacerme de unos medio que necesito pa casarme.

—Oye, hermano. Yo también por acá veo a una muchacha ¡carajo! que también me gusta. Pero yo no l'he dicho nada ¡caramba! Primero voy a enamorarla porque me parece que sí me irá a quererme.

—Bueno, hermano, pue. Enamórale.

Así que éste también ya se puso a enamorarla. Un día le habló a la muchacha. También le dijo lo mismo, que se iba a casar con ella. Bueno. Entonces ya viene donde el hermano y le dice que también ya tenía conseguido la enamorada.

—Bueno, hermano —le dice el mayor—. Yo me voy a casar primero. Vo me va ayudar, pues, que yo después te ayudo a sacar la mujer.

—Bueno, hermano.

Así que ya se hizo de unos medios unos días y se fue llevando la mujer, pues, el mayor. El era casadillo, tenía sus medios. Ahí se casó. Los dueños de las muchachas enseguida las casaban con los muchachos que no eran de allá, porque eran casadillos, tenían sus medios, pues.

Andando los días, el otro va y también se hizo de mujer. Juan, pues, estaba acá onde la blanca. ¡Ah! Por ahí ya Juan supo que los hermanos ya se habían casado. No faltó quién le dijo ¿no? ¡Caray! Va un día con la novedad onde la patrona, la señorita.

—Vea, señorita ¿sabe qué? Mis hermanos ya s'hicieron de mujer. Se han casado con mujere de aquí.

—¿Cierto, Juan?

—Sí.

—Bueno, Juan, pue. Si vos también ya quieres casarte, búscate una mujercita, pue hijo.

—Pero, señorita, yo aquí no conozco las muchacha, porque ¿yo ónde sargo, pue? Mis hermano, eso sí, pue. Andaban por ahí en conseguir. Y yo no, pue. Yo no tengo por ahí con ninguna amistad.

Y esta señorita tenía una mona. Le dice:

—Bueno, Juan. Cásate con la mona, pue.

—Hunnmm. . . señorita.

—No, hijo. Cásate que esa muy bien te puede hacer las cosa. Que sí, hijo, cásate.

Hasta que le animó a Juan y le hizo casar con la mona, la blanca. Ahí se casó. Y vivía con la mona, pues. Le hacía las cosas. Para eso ¡caray! ya tenía sus días así así. A los días sí, ya supieron los hermanos que Juan se había casado con la mona. ¡Ajo!

—¡Carajo! Ve ¡qué cosa! ¡Casarse con ese animal! Verá que cuando sepa mi padre que su hijo querido s'ha casao con una mona, se va a poner bravo.

—¡Tonto! —decía el otro.

Bueno. Así que así andaban, pues, ellos. Ya sabían que Juan estaba casado con su mona. Ya a los días bastante que habían trabajado, dice el más grande:

—Oye, vamo hacer una cosa. Mi papá, ese no nos quería. Y si nos vamo allá con nuestras mujere y Juan con la suya, la mona, seguro que nos va a querer, pue. Ahora sí nos va a querer.

Dice el otro:

—Oye, hermano, vamo haciendo esto. Mandemo llamar a mi papá, para que venga.

—¿Vendrá? ¡Qué! A nosotro no nos quiere. ¿Vendrá?

—Vamo haciendo esto. Vámole mandando una carta a mi papá que estamo enfermo, que estamo a la muerte. Que si puede venir a verno. Mandemo una carta.

Ahí hicieron una carta, y le pusieron que estaban a la muerte, enfermísimo, que si quería verlos morir que viniera que estaban en tal parte. Recibió la carta, pues, el padre, un día. Leyó que los hijos estaban enfermos, muriéndose.

—¡Ay mis hijo! —dijo el veterano—. Voy a ver a mis hijo.

Y no, pues, ellos no estaban enfermos, estaban buenos. En algunos días el padre mandó la contesta. Que "tar tiempo, tar día, de aquí unos cuatro cinco días iba a ir a verlos". Entonces dicen los hermanos.

—Oye, hermano, papá va a venir. Vamo sacando cada uno una camisa para que la cosa las mujere y se la regalen a papá.

Bueno, hicieron la camisa lo más que pudieron las dos mujeres. Cuando que unos tres, cuatro días, llegó el veterano. Llegó y preguntó dónde vive fulano.

—Por aquí allá, vive en esa casa.

Allá se va, pues, el veterano. Llegó:

—Mis hijos. . . ¿Onde están mis hijo?

—Aquí, papá. Suba, papá.

Arriba el veterano. Ya los saludó y todo. No estaban enfermos, estaban buenos. Le representaron a las mujeres:

—Papacito, lo hemo llamado para esto, porque nosotro andamo hecho de mujer, papacito. Por aquí lo llamamo para hacerlas conocer, porque podemo morir y Usté no conocería.

—Bueno, hijo, tá bueno. (¿No ve que se habían casado?) ¿Y m'hijo Juan, que se vino cuando se vinieron Ustés?

—Sí, papá. Aquí llegó con nosotro, pero él no vive aquí onde vivimo nosotro.

—¿Y aónde vive m'hijito?

—Ese vive por allá en tar parte. En esa otra calle por allá. Vive en una casa de una señora ahí. Trabaja con la señora.

—Caramba ¿entonces por allá vive?

—Sí. Mi hermano, pue, papá, también ya se tiene su mujer.

¿Ya tiene su mujer? ¡Ah, bueno! —Entonces dice—: Hoy ya es tarde, mañana tengo que ir allá. ¿Ustés saben dónde vive?

—Sí, papacito. Sí, sabemo. Por allá vive.

—Entonce mañana me acompañan que voy onde m'hijito a conocerla su mujercita también, oye.

Los hermanos no le dicen que era una mona. Sino que:

—Bueno —dijeron.

Al otro día por allá salió Juan y encontró a un hermano. Le dice éste:

—Oye, Juan. Mi papá ha llegado.

—¿Adónde?

—Allá está onde estamo nosotro con nuestra mujere. Y él ha preguntado que ónde vive su hijo querido. Dijimo que "Vive por acá". Y él m'ha dicho que le llevemo mañana onde viví vo, porque también va a conocer a tu mujer que tienes.

—¡Carajo, pendejo! ¿Y qué le han dicho Ustés?

—Nosotro l'hemo dicho que ya vos también te has casao, pue. Pero no le dijimo que es una mona, nada. Y que mañana él quiere que nosotro con las mujere vamo a acompañale.

—¡Carajo! —penoso Juan, pues—. Estos cojudo mañana van a ir con sus mujere. ¿Yo cómo voy a salir con mi mona? ¡Caray!

Bueno, se fue Juan por ahí y le conversa a la blanca. Llegó y le conversó a la señorita "Que er padre había llegado y taba ahí onde los hermano y que mañana viene aquí a conocer a mi mujer".

—Bueno, dejalo, Juan pue. Está bien que venga a conocerla a tu mujer. También ha conocido las mujere de tus hermano. Tiene que conocerla también al a tuya.

Juan no decía nada, pues, apesarado. "mañana viene. . ."

—¡Caray!

Juancito esa noche ni duerme de estar pensando. Juan andaba por ahí. La señorita, también por ahí andaba, pensando. Ya serían las nueve del día cúando allá venían esos dos hombres con dos mujeres y un veterano. Dice la blanca:

—Juan, allá vienen unos hombre con unas mujere. ¿No son tus hermano?

Va por ahí y se asoma:

—Esos son mis hermano —dice—. ¡Caray! Más apesarado. Venían con las mujeres—. Esos son, señorita, mis hermano. Y el veterano es mi papá.

—¡Déjalos que vengan!

Llegaron abajo y éstos:

—A ver, señorita de arriba.

—A ver, suban.

A la voz de "Suban" la monita brincó y se encerró adentro al cuarto. Encerrada. Ahí se encerró.

—Suban arriba —decía la blanca.

Dentraron.

—Sienten.

Ellos sentaron. De una vez tiraron el ojo las nueras de los hermanos por ahí buscando a la mujer del hermano, a la mona. ¡No había, pues! "¿Adónde está la mujer"? Y el veterano saludó, le dijo que él era el padre de Juan.

—Aquí trabaja su hijo. Aquí vino cuando llegó, y yo le di trabajo.

—Bueno, señorita.

Y Juan ahí empalidecía. Cuando que dice el padre:

—Sí, señorita, yo he venido porque mis hijo me han hecho venir que ya ellos tienen su mujer, para reconocerlas, pue. Y he sabido que Juan también tiene su mujer y a eso vengo, pue, a que me la presente para conocerla también. Aquí tán las demá.

¡Carajo! Juan con pena y la mona estaba encerrada. Con pena Juan ¿caray! No quería ir adentro. La señorita le dice:

—Andate, anda. Abrele la puerta, dile que salga.

¡Caray! Juan ahí que no quería ir, pues, a sacarla. Y las otras estaban ahí, esperando para ver a la mona. Cuando que le dice la señorita:

—Anda, hijo ¡sácala! Destapa la puerta y dile que sarga afuera. Qu'aquí están tus hermanos con sus mujere y que quieren conocela también. Qu'aquí está el padre de su marido.

—¡Ah, caramba!

Juan se fue de mala gana, porque hasta el padre le dijo:

—Sí, hijo. Preséntame a tu mujercita que voy a conocerla también.

Juan abre la puerta, penoso, cuando que va saliendo, pues, esa mona hecha una príncipa. ¡Esa linda príncipa! Y ella va de una vez:

—Papacito, a las órdene, papacito. Yo soy la esposa de su hijo.

Las otras se quedan admiradísimas de la mona. Si era una príncipa. ¡Carajo! Cuando la vieron, dijeron:

—Vámono.

Se fueron los hermanos también:

—¡Carajo! Vea esa mona convertida en una príncipa.

—Ay, m'hijito —le decía el veterano—. ¡Qué linda tu mujercita! Tiene que estimala, hijo, tiene que estimala, hijo, a tu mujer. Porque ya, vea, tus hermano también tan casao, pero ellas no son como tu mujer. Estímala, esta quiere estimación.

—Sí —dice la señorita—. Sólo que Juan de aquí no va. El tiene qu'estar aquí, porque ella es mi hija. Y así hemo hecho el negocio, él no encontraba mujer, yo le di mi hija a que se casara. Diga Usted, señor. Esos hermanos más enfermos quedaron.

LA BOLILLA DE VIRTUD

Un muchacho huérfano se emplea en casa de un señor para hacerle compras. Un día se distrae jugando y pierde toda la plata. No regresa a casa, sino que se va por ahí. De casualidad, encuentra una bolilla de vidrio, botada en una basura. Al golpearla, ella se abre y desde adentro se le aparece un niño ofreciéndose a hacerle lo que desease. Era una bolilla de virtud. Pidió un canasto lleno de compras y se lo llevó al patrón. Pero ya no se quedó con ese patrón. Siguió su destino, yéndose por un camino hasta el cruce con los rieles del ferrocarril. Encontró, sucesivamente, una paloma, un halcón, una ballena y un cuervo, muertos. Los resucitó. Llegó a un pueblo y conoció a las tres princesas. Se casó con la menor. Un día un mágico le roba la bolilla. Y se lleva su castillo y su mujer. De cómo este muchacho huérfano logra rescatar a su

esposa de las manos del mágico, con la ayuda de la paloma, el halcón, la ballena y el cuervo.

Este era un muchacho huerfanito; no tenía padre ni mamá. Por ahí andaba en la calle, en su lugar onde él vivía. Destruidito el muchacho. Estaba arrimado en familias.

Había un señor, en una casa, y veía a ese muchacho que andaba por ahí. Un día preguntó de quién es:

—¿Y este muchacho de quién? ¿Qué familia es?

Le dijeron:

—Este de por allá vive, en tal familia. Y él no tiene padre, no tiene madre.

—Ahhh. Ve —dice—, me dieran este muchacho para que me haga loh mandoh. Que me haga loh mandoh. Yo le pagaría. ¿Y adónde vive?

—Allá vive, en tales casas. Allá.

—Mañana me voy a hablar onde vive, a ver si me dan este muchacho.

Al otro día, fue el señor onde estaba la tal familia. Habló del muchacho. El muchacho estaba ahí. Le dice:

—¿Quiéres ir, muchacho?

—Sí, me voy.

—Vamo, hijo —le dice el señor—. Tiene la comida el día que me haga loh mandoh no máh. A mano viene, te puedo dar tu vestidito. Y de noche, te vieneh a dormir aquí a tu casa. De día no máh me haceh loh mandoh.

—Stá bien.

—Yo te pago.

—Bueno, sí me voy —dijo el muchacho.

—A mano viene, cuando teamos desocupaos, te enseño a ler, también.

—Está bien.

—¡Anda, hijo!

Se fue el muchacho, allá. llegó ahí. Ese señor tenía su

cocinera también. Y entonces ya entró el muchacho a hacerle los mandos todos los días. Este señor le daba, todos los días, cinco sucres, para que compre pan para todo el día. Bueno. Entonces ese muchacho toditos los días compraba. Ya le entregaba a la cocinera el canastón de comida. Y así andaba toditos los días. Ya estuvo algunos días. Ya sabía leer la letra, pues, que le había enseñado el señor. Y estaba hombre, porque había entrado muchacho, al trabajo ese.

Bueno. Llegó un día que descubre este juego de la bolilla que hay. Que juegan los muchachos en la calle. Por ahí él andaba con su canasto, y había muchachos conocidos de él, cuando pasaba.

—Vente pa jugar —le decían.

—No, voy a hacer mis comprah.

Se iba. No hacía caso. Y compraba y entregaba allá el mandado. Y siempre pasaba y los muchachos en las calles, jugando. Cuando que un día, uno le dice:

—Vente pa jugar.

—¿Y con qué voy a jugar, pue, si yo no tengo?

—Yo te pongo la mesa —dice—. Vamo. Caray, que dentre de suerte. Que todavía está recién la cocinera haciendo el café.

—A ver, pónme la mesa.

Se pone la mesa y se han cogido al juego. Y juégale. De hecho le ganó a todos. Ahí la mesa en bolsillo. ¡Ajo! y ahí ya él fue cazando. Y juega y gánales y juega y gánales. Hasta que los ha desbancado a todos los compañeros. Entonces le dice el que le prestó.

—Ya ve ¡caramba! Usté que no quería jugar. ¡Caray!

Todito se anda llevando a los bolsillos. Llenos de bolillas.

—¡Arajo! —dice—. Ve. Véndeme, pue, unoh doh riale ahora pa jugar.

Le vendió, al que iba perdiendo. Y dale y dale al juego. Cuando otro momento, le viene la de la mala para él. Le empezaron a desbancar, desbancar. Y en el juego se calienta uno. Juega y pierde. Juega y pierda. ¡Carajo! Otra vuelta: juega y pierde, juega y pierde.

—¡Juega, compañero! —le dicen—. Que ahora te viene otra vuerta la suerte.

Y juega. Cuando acuerda, toditos le llevan las bolillas otra vuelta, los compañeros. Ahí lo desbancaron. ¡Ajo! Lo desbancaron.

—A venderte, pue —le dicen—. Ahora como no, que yo te compro.

—A ver, dame do riale—. Empieza a gastar la plata que llevaba para comprar las compras. Y ya perdió otra vuelta—. Dame otroh do riale—. Y pone. Pierde—. Dame otroh do rialeh.

Pone, pierde. Pone, pierde. Hasta que se gastó todos los cinco sucres. Y no hizo nada. Quedaron allá los compañeros con los bolsillos llenos. Dijo uno:

—Yo ya no jugo.

—Yo también —dijo otro.

Pues bien. Se fueron y a él lo dejaron ahí, sin nada y sin los cinco sucres que se los había gastado y no había comprado la comida. Ya quedó por ahí el muchacho.

—Caray —dice—. Estos me han ganao todita la plata. Voy a irme allá a esa tienda onde compraba la comida. Voy a hablarle al señor que me dé la comida hasta mañana, porque. . .

Caray, ya con mentira él, pues. Llega:

—A ver, señor, quiero que me dé la comida que llevo de aquí siempre porque el patrón no me ha dao ahora la plata.

—Voy a creer que no te va a dar. ¿Quién sabe en qué te la ha gastado?

No le da, pues. No le da la comida. Coge el muchacho por ahí y sin nada en su canasto. Y ya cuando pasa una calle, le dicen:

—Oye, dice la cocinera que vay pronto con el pan. Que ya loh señoreh stán levantadoh.

¡Jay! y él no cargaba nada, pues. Y ni plata. Y el dueño de la tienda no le había dado el comprado. El muchacho por ahí andaba tan asustado, dando vueltas. "¿Cómo? ¡Ajo!" Ya la cocinera, como pudo ella, de su propia plata mandó a traer el

pan para dar a los señores, pues. Y preguntaron los señores "¿Qué aónde estaba éste?" Les dijo que "Había salido en la mañana y no regresa".

—¡Caramba! —el patrón—. Hoy día lo vamo a castigar a este muchacho. ¿Por qué no viene? ¿Ah?

Andaba por ahí asustado. Por allá viene una basura. Una lata de basura, que barren en las casas y la botan ahí. Dice este muchacho:

—Ahora me voy a esta basura por aquí. Pueda que por aquí botan plata, la gente, confundida con la basura.

Y se va a ese basurero. Y coge un pedazo de palo ahí anda virando por ahí esa basura. En eso andaba, cuando encuentra una bolilla grande, enterradita. Con el palo, empieza "tras tras" sacudiendo para que salga esa tierra de arriba de la bolilla. Le había dado tres golpes sin dar cuenta, pues, limpiándola, "tras tras tras". Cuando ¡ajo! se le abrió la bolilla. ¡Fíjese! Con los tres golpes. Dentro de la bolilla estaba un niñito. Y ese hablaba. Le habló:

—Hola, mi amo. ¿Qué dice?

Se asusta el muchacho. Le dice el niñito:

—No tengas miedo. Yo soy la virtud para tú. Pídeme lo qué quiere que inmediatamente tiene todo. Cuando quiera argo, dame tre golpe con un palo, que aquí yo me abro y me pide lo qué quiera. Después, me cierro.

—Está bien.

—¿Qué quiere, pue?

—Quiero que me dé mi canasto lleno de todo mi comprao que llevo.

De hecho el canasto lleno. Cerró la bolilla y la embolsicó. Y se fue, pues. Se va allá, casi ya arriba el sol bastante. Ya los señores estaban por allá y la cocinera aguaita a qué hora viene este muchacho. Cuando va llegando con su canasto, ella abajo le dice:

—¿Onde estabas? Los señoreh están bravísimoh, te van a castigar ahora.

Oye —le dice—. Coja por aquí el canasto—. Y se lo guinda por la escalera—. Adiós, pue. Me voy.

Y se fue, pues. Ya no vino onde el patrón. Se fue largo. No va ni a la casa de la familia que lo tuvo de niño. Sino que cogió camino por ahí para otras partes. Se fue con su bolilla. Por allá iba por los caminos cuendo encontró una línea que cruzaba.

—Ay —dizque dice—, ahora me voy por esta línea, porque esta línea en arguna parte tiene que salir

Claro, pues, estas líneas salen a los pueblos ¿no? Por ahí se va él. Poste poste poste poste, en esa línea. Por allá iba, cuando venía una paloma volando. Y viene y se pega en el alambre de los postes. Y cae muerta adelante de él.

—Ve esta paloma —dice—. Venía volando y se ha pegao y ha muerto.

Saca la bolilla. Tres golpes:

—Oh, mi amo, ¿qué quiere?

—Quiero que inmediatamente me resocite esta paloma.

Viva la paloma. Ahí la envivió. Entonces le dice la paloma:

—Mi buen amigo. Cuando Usté se encuentre en argunos trabajo, acuérdese de la paloma.

—Está bien.

Alzó el vuelo y se fue. Y él sigue. Avanza avanza. Allá ma adelante iba, cuando que venía un harcón volando. "Tras" se da en el alambre, de ahí cayó delante de él. Cayó muerto. Sacó la bolilla, y le da tres golpes:

—Oh, mi amo. ¿Qué dice?

—Quiero que me resocite este Harcón.

Vivo el halcón.

—Mi buen amigo —le dice—. Cuando Usté se encuentre en arguna prisione, acuérdese del harcón; stoy presente.

—Bueno.

Alzó el vuelo y se fue. Y él avanza avanza. Por allá iba, más afuera oyó el sonido del mar. Dice:

—Ahora me voy por la orilla del mar.

Allá bajó el muchacho. Baja a l'orilla, cuando mira para allá abajo, estaba una ballena varada, muerta, fresquesita.

—Caramba —dice—, este animal stá muerto.

Saca la bolilla. Tres golpes.

—Oh, mi amo, ¿qué quiere?

—Quiero que me resocite esta ballena enseguida.

—Viva la ballena.

—Mi buen amigo —le dice—. Cuando usté se encuentre en algunos trabajoh, acuérdese de la ballena.

—Está bien.

Y se tiró al agua y se fue, pues, viva la ésta. Y dale el camino y dale. Más allá iba: un cuervo muerto, fresquecito, también.

—¡Caramba! —dice—. Estos animales que están por aquí muertos. . .

Fuera la bolilla. Tres golpes.

—Oh, mi amo, ¿qué quiere?

—Quiero que me resocite ese cuervo inmediatamente.

Vivo el cuervo. Ahí lo envivió.

—Mi buen amigo. Cuando Usté se encuentre en un trabajo por áhy, acuérdese del cuervo; stoy presente.

—Está bueno.

Se fue. Ahí avanzó. Ya tarde el día. Y avanza por esa orilla, avanza por esa orilla. Yaaa con la noche, va subiendo a una ciudad, no sé qué, que estaba acá a la orillita. Las casas ahí. Ahí subió, dentro él de una vez a esta ciudad, ya con la noche. Por ahí se fue para el centro. Nadie lo conocía, por ahííí andaba. El no aposó en ninguna casa, sino que por ahí andaba paseando. Más noche, se encontraba con los jóvenes por ahí. Ya le saludaban, preguntaban:

—¿Diónde es Usté?

—Hum, por áhy. Soy de tal parte.

Y por ahí, enroló con los muchachos.

—Vamo a caminar, vamo a pasiar por aquí.

Por ahí se fueron a pasear por el centro. Por ahí andaban paseando. Más noche, con tantos jóvenes que andaba, por allá dentraron a una cantina. Uno compró un trago y dice:

—Vamo a darno un traguito para distraerno.

Bueno. Andaban tomando y le daban a él para tomar también, pues. Y andaban y andaban. Por allá más noche, dijo uno:

—Oye, vamo a sacar la guitarra pa cantar un poquito por aquí.

Trayeron una guitarra. Empezaron a andar cantando y tirando su traguito y todo. Y él con ellos. Cuando que en eso, le dice uno:

—Oye, dale la guitarra. Préstale a este joven. Pueda que, caramba, sepa tocar también. Tóquese, amigo, pue, un poquito y cante Usté.

—Ah —le dice—, no. Yo no sé tocar guitarra. No entiendo. Cantar sí —le dice—, cantar sí, canto. Pero tocar no sé.

—Cante —le decían ellos.

—Bueno, de cantar, canto. Usté me entona la guitarra y yo canto. Que cantar sí, sé. Pero eso sí, llévenme por allá, po onde hay hembra, pue. Po allá pa cantar.

—Bueno, vamo por acá.

Ellos como eran de ahí, pues, ellos sabían onde había las muchachas. Por ahí se lo llevaron, a unas casas al lado.

—Aquí cante, amigo:

Y más para allá: alumbrado el palacio del rey. Un alumbradito. Cuando que empezó a cantar este muchacho. Estaba ya parte de la madrugada ¿no? Y canta en el silencio ese. Cuando en las casas, ya unos estaban despiertos y sienten esa voz. Decían:

—Ay qué ¡caray! Ese que canta, no es de aquí. Ese no es de aquí.

Las muchachas mismo:

—¿Quién es? Ese no es de aquí.

Lo oían, pues. Sabía cantar el joven. Y así, con la madrugada que se amanecía, dijeron los muchachos que andaban ahí:

—Vamo, yo ya me voy a dormir.

—Bueno.

—Vamo, amigo, a la casa.

—No, amigo. Muchah gracia. No.

El otro:

—Vamo, que yo también me voy.

—No.

No va con ninguno. Por ahí se queda él, en la calle. Y esos muchachos le habían conversado que allá en ese alumbrado era el palacio del rey y el rey tenía tres niñas, tres príncipas. Y les dice él:

—¿Por qué no avanzamo allá a cantar? Si allá eh el palacio del rey. Mejor avanzamo pa cantar pa las príncipa.

—No —le dicen—. Ahí stá el rey. Para acá noh vamo.

Bueno. Así que estos se fueron a dormir y él queda por ahí. ¡Caramba! no dormía toda la noche.

—¡Ay voy a avanzar allá pa ver el palacio del rey.

No duerme, pues. No durmió, se amaneció en claro pensando el las príncipas. Así que se fue allá por el palacio del rey. Viendo el palacio, entonces va éste y saca la bolilla. Tres golpes.

—Oh mi amo. ¿Qué dice? ¿Qué quiere?

—Quiero que inmediatamente me forme un castillo de oro, de aquí a l'orilla del mar, junto al palacio del rey.

De hecho se cubrió ese castillo de oro. ¡Cay! Ahí quedó ese castillo. Y él se fue por otro lado, pues. Por allá andaba paseando. En el día el rey se levanta. Cuando se levantó y se va a la ventana y ve, pues, lo primero, el castillo de oro.

—¡Ay! ¿Y esto qué eh? ¿Quién eh que me ha puesto esto aquí, de la noche ar día? —dijo el rey—. ¡Vengan! —a la gente que andaba por ahí—. Oiga, venga acá. ¿Usté no ha sabido quién me ha puesto eso.

—No, mi Sacarreal.

—¿Quién? Yo pago al que me dice que alguno me haiga formado esto de la noche ar día.

¿Quién, pues? Todita la gente llamaban. Nadie no había visto. Ya tanta gente. Pero dice un joven:

—Arguno que no sea de aquí.

—¿Qué? ¡Caramba! Yo quiero saber quién me ha hecho esto.

Viene otro de los jóvenes que habían andado esa noche:

—Mi majestad —dice—. Anoche andaba po aquí un joven, qu'ése no era de aquí. Anduvo con nosotro pasiando.

—¿Tú lo conoce?

—Sí sí. El, he, pue, que anduvo anoche. Pero yo no sé, pue. Se habrá ido ¿ónde estará, pue?

Dice el rey:

—Vay y búsquelo. Si stá por áhy, tráigamelo. Usté búsquelo. Corra.

Se fue por ahí y vuelta y vuelta, ese muchacho. Cuando lo ve en un almacén. Que estaba sentado y no había dormido toda la noche.

—Oiga oiga, amigo. Ven ven. Venga acá.

—¿Qué dice?

Ahí lo sacó afuera:

—El Rey manda que Usté vaya un momento allá

—¿Quién?

—El Rey. Allá.

—¿A mí?

—Sí.

—Bueno, vamo.

Ahí se lo llevó. Llegó onde el rey. Subió.

—Bueno día, mi Majestad.

—Bueno día. ¿De adónde eh Usté?

—Mi Majestad, yo soy de parte leja.

—Ajá —dice—. Bueno, oiga. Usté, por algún caso, no ha visto, no ha sabido ¿quién me ha formado este castillo, de aquí de mi palacio a l'orilla er mar, de la noche ar día?

—Mi Majestad, me parece que yo lo he hecho.

—¿Usté lo ha hecho?

—Yo lo he hecho—. El mismo se lo dijo—. Yo lo he hecho.

La reina con las niñas estaba adentro. El no más estaba tratando con el rey, afuera.

—Ya regreso —dijo el rey—. Entró adentro y le viene sacando una silla de oro. ¡Fíjese! Una silla de oro para el desconocido—. Siéntese aquí.

—No, mucha gracia, mi Majestad. Yo no me siento.

—Siéntese, que yo eh que lo pido.

Le da. Hasta que lo hizo sentar. El rey se imaginó, pues, que como había hecho el castillo de oro. . . ¡bueno! Quiso o no quiso, ahí se sentó. Adentro otra vuelta el rey.

—Ya regreso —y fue onde la reina y las hijas—. ¡Hijitah! Se acomoden, que lo voy a presentar a este hombre y a hacerlo reconocer.

—¡Cómo no, papacito!

Ahí, pues, esas niñas se acomodaron lo mejor que pudieron. Y la reina también. Ya estaban listas.

—Bueno, hijitah —les dice a las hijas el rey—. Yo les voy a poner a hacerleh conocer con este joven. Y lo que digo yo, eso eh, hijah.

—Bueno, papacito.

—Que yo lo voy a poner que él se dirija con quién de Ustedes se quiere casar. Lo que digo yo, eso eh. Yo soy el rey.

—Está bien, papacito.

Salieron afuera, pues. Se las presentó a él, que estaba en la siiiilla ahí. Presentó aquí sus hijas y la reina. Se saludaron. Entonces dice el rey:

—Bueno. Oye, joven. Le presento a mis hijah. Diríjase Usté, de lah tre que son, con cuár de ellah se quiere casar Usté.

—Mi Majestad, yo no quiero casar.

—No no. Diga. Que lo que digo yo, eso eh. Yo soy el rey.

Y él, pues, de que "No no; que eso sí, mi Majestad, yo no me caso".

¡Caramba! Cuando tanto, le dice la reina:

—Di no máh, hija. Que lo que dice el rey, eso eh. Di no máh. Ahí están mis hijah.

¡Ajo! Ya tanto que le exigían ¿no? Entonces dice el muchacho:

—Bueno, mi Reina y mi Majestad. Si Usté quiere, pue, me casaré con ella, con la menor de lah treh.

—Bueno, hijo. Eso eh.

Ahí lo casó. Ahí lo casó el rey. Ya tuvieron sus dos tres días de gusto. De ahí le endonó una casa, que se vaya a vivir allá afuera con su esposa. Este muchacho se fue. Allá vivía. Allá vivía con la príncipa su esposa, la menor de las tres.

Bueno. Para esto, pues, en esa ciudad había dos mágicos. Y esos dos mágicos cirujanos habían adivinado que ese joven tenía una bolilla de virtud. La bolilla, él no aflojaba del bolsillo. Ahí la cargaba.

Un día, como a él le gustaba salir afuera, por acá a la sabana, a la cacería, dijo a la príncipa su esposa:

—Voy a tirar un ave para comer.

Salió. Se sacó el vestido que cargaba, y se puso un vestido de ir al monte. Entonces deja la bolilla en el bolsillo del saco y no se acuerda de ella, del apuro que se iba al monte. Dejó esa bolilla. Y se fue. Por allá andaba lejos, ahí cazando, cuando que se acuerda de su bolilla.

—¡Caramba! —dijo entre él— Mi bolilla quedó en el bolsillo del saco.

Del nervioso, él se perdió. De hecho ya perdido en la sabana. ¡Caray! Perdido bien afuera. Lejos lejos.

En eso adivinaron los mágicos que él había salido y la bolilla la había dejado en la casa. ¡Fíjese! Entonces estos mágicos salieron a todas las casas de ahí del pueblo. A comprar bolillas ¡fíjese! Ellos sí adivinaron que allá estaba la bolilla en tal casa. Pero fueron de casa en casa, para que no maliceen. Fueron comprando bolillas a toda la gente:

—A ver, Señorah, Señoreh. Compramo bolillah de todo porte. Pagamo buen pago, que noh vendan.

Y ellas decían, unas:

—Yo no tengo, muchachos. Yo, mi hombre no sabe andar jugando con bolillah. No hay.

Y pasa y pasa y pasa. ¡Caray! Hasta la última, que ahí era

la casa. Se fueron allá. La príncipa estaba solita, la señorita esposa. Llegaron:

—A ver, señora.

—A ver —les dice.

—Compramo bolillah de toda clase, de todo porte que tenga por aquí.

—Hum. . . —dice—. Yo no tengo, hijo. Mi hombre no sabe tener hijo. (Todavía no hacía un año de matrimoniados).

—Señora, vea. Argunoh hombreh tienen bolilla para elloh, no para los hijoh. Bolillah de cualesquier clase. Y compramo, nosotro. Nosotro pagamo según la bolilla.

Dice la señorita:

—Yo sí l'he visto a mi hombre, que carga una bolilla. Pero él la carga.

—¿Ya ve? Busca. Pueda que esté por áhy.

—No, si él no lo sabe dejar. El lo carga en loh bolsilloh.

—Busca. Pueda que esté ahí.

El saco estaba en la salida de la puerta ahí. Enganchado onde pone los vestidos ¿no? Enganchado el saco. Ella va y trabusca. Atoca la bolilla, estaba en el bolsillo.

—Ve. Casuarmente lo ha dejado. Aquí stá.

La cogieron los mágicos. Lo vido, dice:

—Hum. Qué dice, compañero ¿servirá?

Sí, puede servir —le dice el otro, haciéndose.

—Oiga, señorita. Véndame la bolilla.

—Sabe qué, señor. No la vendo, porque yo no sé si servirá a mi hombre. Po ahí la carga. —Oiga, señorita. ¿Cuánto tiempo tiene Usté casada con su esposo?

—Ya vamo a tener año.

—Y Usté en loh tiempoh que ha vivido con su esposo ¿lo ha visto trabajar con ella?

—No —dice—. Yo lo veo, pue, que ahí no má lo carga.

—¡Caramba! Véndame. Cien sucres le doy.

—No, no la vendo. No sé si él ocupará.

Este mágico se hacía; le dice al compañero:

¿Nos servirá?

El otro sacó otro árbol de plata.

—Vea, señorita. Para que no diga nada su hombre, tome dosciento sucreh. Véndame la bolilla.

¡Cay! Se la vendió en doscientos sucres. ¡Fíjese! Estos mágicos se fueron y por ahí dijeron a la gente que si alguno andaba preguntando por la bolilla, "que no oyeron que naide había andao comprando". Y luego se fueron a un platero y hablaron con el platero si les podía bañar esa bolilla de oro. El platero dijo que "Bueno".

—Sí —dice—. Como no. ¿Cuándo la quieren?

—Cuando estea. Mañana.

—Bueno, dentro de tre día está.

—¿Cuánto va a cobrar?

—Cien sucre.

Cien sucres cobró por una bañada de oro. Les dejan la bolilla.

—Tal día vengo.

—Sí, venga en tre día.

Se fueron a su casa. Bueno, para esto, pues, uno de los mágicos pensó: "Caray. Ahora lo voy a ganar la bolilla a éste". ¡Fíjese! Iba a robársela del compañero. Se regresa onde el platero, ese rato mismo. Solo. Escapado. Dice:

—Oiga, señor. Manda a decir mi compañero, que le bañe la bolilla hoy día. Que aquí le manda más dosciento sucre. Pa que bañe la bolilla hoy día mimo.

—Ah, bueno. Como no.

—¿A qué hora estará?

—Venga a verla a la sei de la tarde.

Ahí la dejó a que se le aplicara la bañada en oro. Así que, pues, al trabajo el platero de inmediatamente. Y el muchacho dueño casi todo el día no más anduvo perdido. Ya taaaarde va saliendo de la sabana. Llega a casa. De una vez corrió al bolsillo a tocar y le dice a su esposa:

—Oye. ¿Y una bolilla que cargo, que ónde stá?

—Ay, hijo. Ve, se la vendí. Vinieron comprando unoh. Vendí —y le entregó la plata. Doscientos sucres.

—¡Carajo! No sabeh lo que hah vendido. Que es la bolilla que carga la virtud.

—¿Y por qué no me había dicho, hijo, pue? Que eso era de importancia de voh?

¡Fíjese! no le había dicho a la mujer. ¡Caramba! Bravísimo. Se fue por ahí en averiguación.

Para esto, pues, el mágico ya vino a ver al platero y sacó la bolilla y se la llevó. Allá lejos pidió a la bolilla que ese castillo de oro que había estado cerca del palacio del rey, que lo sacara y se lo volara a otra parte, lejísima. Con la mujercita del joven adentro. Que ahora esa mujer iba a ser de él con el castillo y todo. También pidió que a allá en ese sitio lejano no llegara ninguna clase de ave; que los vientos fueron durísimos para que no pudieran volar bajo, las aves, y no aposen. Y que el mar fuera seco de aquí hasta allá, para que los buques fondearan lejos.

El muchacho al pasar de vuelta por el castillo ya no lo vio. ¡Caray! Y su mujercita también había desaparecido con el castillo. Corre onde el rey a decirle que él había salido a la cacería y cuando regresa no encuentra la bolilla y ahora se había desaparecido también su castillo y su mujer esposa.

—Y mi mujer tampoco —le dice el rey—. A hora que he llegao de vuelta de la cacería no encuentro la bolilla. Y ni castillo y ni mujer.

El rey:

—¿Y por qué no le había conversado, pue, a tu mujer, que vo tenías esa cosa? —Bravísimo el rey—. No no no, m'hijo. Vea, si vo no me trae a mi hija dentro de tre día, te mato. Te mato.

¡Ajo! asustado el muchacho. Perdido. De enteramente perdido. Empezó camina y camina por ahí, ese día. "¿Quién, pue, le daba nueva?" ¡Nadie! Nadie le decía nada ¿No ve que esos tenían miedo y habían prometida los mágicos callar la boca? Al otro día salió de mañana:

—Me voy en veriguación por áhy—. Se fue otra vuelta en averiguación—. ¿Adónde veriguo? Vea. Ahora me voy po esta línea. Cuando yo me vine con mi bolilla cogí esta línea. Me voy por ella, de vuerta.

Bueno, se fue siguiendo esta línea del ferrocarril. Poste poste poste poste. Alambre alambre alambre. De pronto se acordó:

—Cuando yo me vine de mi tierra, que traía mi bolilla, vino una paloma volando y se pegó en el alambre y cayó muerta y yo la resocité.

¡Cay! Así habló y de inmediato se presenta esa paloma:

—Hola, mi buen amigo. ¿No le dije que cuando Usté se encontrara en alguno trabajo, y se acordara de mí, estoy ahí presente? Yo sé onde está su esposa.

—¿Qué dice?

—Yo voy allá.

—¿Cierto?

—Sí —le dice la paloma.

—Bueno. Si Usté llega, dígale que me mande es la bolilla, que la tiene el mágico. Yo no arcanzo, porque está muy dificultoso la llegada allá.

—Yo voy a hacer la diligencia —dijo la paloma.

—Bueno. Y yo voy por aquí por al línea y aquí nos encontramo al regreso.

—Está bueno.

Se fue esa paloma y se alzó vuelo. Iiiiihhh... hasta que llegó derecho onde era la ciudad. Ahora vido esa paloma que eso era todo una oscuridad. Polvo que echaban los vientos tan durísimos. Bajaba la paloma vuelo para abajo, vuelo para abajo, y no pudo llegar abajo, sino que el viento que la asuspendía para arriba. Se cansó de volar y no llegó. No llegó. Entonces regresó a la línea. Poste poste, alambre alambre. Ya llegó onde estaba el amigo, caminando.

—¿Qué fue, paloma? ¿Llegó allá?

—Sí —dice—. Pero hay una cosa: que no se puede, porque son loh vientoh durísimoh. Me llevaban pa arriba.

—Bueno, vamo yendo junto.

Ahí fueron juntos. Y avanza y avanza. Más allá iban, cuando él se acuerda del halcón:

—Cuando te resucité a vo, paloma, después resucité un halcón.

¡Cay! De hecho el halcón se presenta:

—Hola, mi buen amigo. ¿No le dije que cuando se encontrara en trabajo, que se acordara del harcón? Estoy aquí presente. Yo también sé donde está su esposa. Yo me voy allá ¿qué le digo?

—Si Usté llega, dígale que me mande es la bolilla.

Alzó el vuelo ese halcón. Llegó a la misma división. Eso se veía oscuro del polvo del viento. Ese halcón buceaba y buceaba y no pudo llegar también. Se cansó y no pudo. Regresó. Llegó acá.

—¿Qué fue? ¿Llegó allá, harcón?

—Sí —dice—. Pero son los vientoh durísimoh. No se puede.

—Bueno, vamo yendo junto.

Las dos aves y él, tres. Y dale camino. Dale camino. Por ahí bajaron a la orilla del mar. También se acuerda:

—Cuando yo —dice—, resucité al harcón y bajé al mar, resocité a la ballena, que estaba en el mismo puesto.

¡Cay! Presente la ballena:

—Hola, mi buen amigo. ¿No le dije que si Usté se encontraba en alguna prisione, que yo estaba presente? Yo también sé onde está su esposa. ¿Qué le digo si llego.

—Dígale que me mande la bolilla.

Esa se fue por el agua, pues. ¡Caray! Llevaba esos rollos de agua, de la velocidad que llevaba. Llegó allá afuera de la ciudad, que es acá. Allá afuera, onde estaban los buques fondeados. Hasta ahí llegó, que era hondo. De ahí, pues, avanzó para tierra y no pudo, porque se quedaba varada. ¿No ve que el castillo era encimita? Se quedaba varada la ballena y no pudo dentrar. Así que regresó. Llegó acá, onde iba el muchacho, el halcón y la paloma. Por la orilla iban.

—Mi buen amigo —le dice—. Sabe que no he podido llegar.

—¿De vera? Bueno, acompáñeme. Vamo junto.

Ahora sí: la ballena, el halcón, la paloma y el muchacho.

Los cuatro amigos. Vinieron ya por ahí. Más acá venían, cuando se acordó otra vuerta.

—Cuando le resocité a Ustedes, el úrtimo que resocité fue er cuervo.

Presente el cuervo. ¡Caray!

—Hola, mi buen amigo. ¿No le dije, cuando se encontrara en las prisione, que se acordara del cuervo? Estoy presente. Y yo también sé onde está su esposa y voy a hacer la diligencia, a ver si llego.

—Bueno.

—¿Qué le digo?

—Dígale Usté, si llega, que me mande eh la bolilla.

Alzó el vuelo el cuervo y se fue. ¡Dale ese cuervo! Allá llegó a la división onde estaban esos buques (como iban por la orilla ¿no?) fondeados. Y de ahí se sentó al agua. Y de ahí como para tierra era seco, este cuervo se fue por debajo del agua. Hay de esos canales de agua que van por adebajo de la tierra. Camina y camina el cuervo por debajo de la tierra, dentro del agua.

Así que entonces saltó allá a tierra onde estaban esas barracas afuera. Ahí saltó todo mojadito el cuervo. Hablaba, pues, este cuervo.

Estaban una gente ahí, preguntó que "¿Quién por áhy sabía de un hombre que había llegao con una señorita? " Dijo un muchacho:

—Yo no lo he visto. Pero yo he oído que tra ante de ayer, aquí ha llegao un señor con una señorita. Que no son de aquí.. Pero yo no sé mismo ónde viven. Pero sí he oído —le dice—. Vayse por aquí, por áhy esah casitah, por esah barracah preguntando, por áhy puede que le den nueva. Porque por en estos pedazoh me creo que están ese señor con su señorita.

Por ahí se fue, pues, el cuervo. Por allá estaba una barraca con cuartos; llegó y golpeó. Cuando abre, derechito era la señorita. Esa era. Ella le dice "Que entre". Le dice el cuervo:

—Yo vengo mandado de su marido, que le manda la bolilla.

—Hum —le dice—, el mágico lo carga lo más seguro. (El también no la aflojaba del bolsillo). Y no está aquí. Está por allááá. Está tomando, stá jumo. Horita se fue por allá. Sí, ha de estar por allá tomando, pero ya mismo viene, ya mismo viene. Y a qué viene vo, pue, si aquí este señor, onde estamo, he pedido que no llegue ninguna clase de ave. Y a la que llega es que se la come de hecho.

¡Caramba! el cuervo se asustó.

—Oye, ya mismo llega —le dice la niña—. ¡Caramba! Súbete allá a la solera de la casa. Métete en ese rinconcito, state ahí que no te vea. Porque si te ve, te come. Que ya no má viene, que anda jumo.

Bueno, para esto este señor todavía no había gozado a la señorita. Ella no lo quería, pues. Quería era a su esposo. Y el mágico andaba como un enamorado: "¿A qué hora? ¿Cuándo? " Ella no lo quería.

Entonces le dice al cuervo, la niña:

—Métete ahí, que a hora que viene yo lo hago dormir. Si es que cae revorcando ahí, te tirá vo al borsillo, que ahí es donde carga la bolilla. Pero no te dejeh ver.

El cuervo se metió ahí, encogidiiito. Cuando a lo rato ya viene el mágico, con su botella de licor en la mano. Llegó onde ella, pues. Como andaba como un enamorado ¿no? Llegó onde estaba ella:

—¡Ah! —dice— ¿Qué fue, pue, hijita? ¿Qué fue, caramba. ¿Hasta cuándo me hace sufrir? ¡Caramba! —Y el cuervo ahí, escondido—. ¡Caramba! ¿Que tú hasta cuándo?

Dice ella:

—Vea —le dice—. Hoy día sí Usté va a dar satisfacción de mí.

—¡Caramba que me hace sufrir. De una vez pue.

Cuando le dijo "De una vez", ya va a quererla.

—Espérese —dice ella—. Hoy día Usté ya da satisfacción de mí. ¡Espérese!

—¿Espérese que qué?

—Cuando yo —dice ella—, me casé con mi esposo hicimo esto.

—¿Qué, pue?

Dice ella:

—Para ya conocerno nosotro, él se tomó una copa de coñá y yo me tomé una copa de vino. Eso mismo tiene que hacer Usté para ya conocerno.

—Bueno bueno. Entonce ya mi'mo.

—No. Yo voy a mandar a traer. Deje—. Allá mandó un mandadero—. Vaya Usté a esa tienda, que me manden una de coñá y una de vino.

Así que fue enseguida el mandadero y lo trajo.

—Ahora sí, vamo a hacer esto —dijo ella.

Trajo dos vasos. Enseguida los llenó ella mismo. Y en el vaso de coñac puso también veneno. ¡Caray! Ella ahí y él aquí, el borracho. Entonces le dijo:

—Anda a ver—. Cogió el vaso, dice—: Ven, noh tomemo, pue. Pronto.

—Sí, pue. Vamo tomando pronto —dijo él. ¿No ve que él quería tener satisfacción con ella?

Coge el vaso de coñac y ella el de vino. Y de una vez arriba arriba. Dale. Acabado el vaso, de una vez cayó revolcando. Que se pateaba, revolcando. Y a lo que andaba revolcando, se tira ese cuervo y ahí échale el pico a los bolsillos, hasta que ahí sacó la bolilla. Y salió. Se fue el cuervo. Alzó vuelo. Fue y se fue al encuentro de éstos que venían. Y el mágico revolcándose, hasta que se quedó muerto. No dio satisfacción de ella. ¡Fíjese! Quedó muerto.

Así que el cuervo llegó aónde venían los compañeros por la orilla. Y él llegó con la bolilla, se la entregó al muchacho:

—Aquí tiene la bolilla.

¡Caray! Eran el cuervo, la paloma, el halcón y la ballena. Cuatro aves amigas de este muchacho.

—Ahora sí —le dijeron—. Mi buen amigo, ya lo sacamoh de lah prisione. Hasta aquí le acompañamoh.

—¿Por qué? Me tienen que acompañar hasta el castillo.

—No, mi buen amigo. No vamoh. Adiós, pue.

Como eran aves se fueron al cielo. Volaron. Hasta la ballena se hizo ave y también voló. Ballena ave.

Bueno, él quedó con la bolilla. Pegó tre golpe con un palo:

—Oh, mi amo. ¿Qué dice?

—Quiero que me lleve mi mujer, de inmediatamente, con todo er castillo allá.

Cuando el rey se asomó, que era mañana, ya estaba el castillo prendido otra vuelta. Y él llegó a su casa con su señorita. Y ya ese día en la tarde hacía los tres días que se cumplía el plazo dado por el rey. Lo iba a matar si no traía de vuelta a su hija. ¡Caray! Ya el rey mismo ya vido el castillo. Contentísimo. Ya fue adentro y ya vio a su hija que ya estaba ahí. Ahí estaba la hija.

Llamó al muchacho:

—M'hijo, ven. Usté ahora eh Príncipo.

¡Fíjese! Lo hizo Príncipo. Y le endonó las tierras y todo. Ahora era Príncipo. Y nunca más olvidó su bolilla en el bolsillo del saco.

LADRON DE LOS LEGITIMOS

Un hombre tenía cuatro hijos. A todos los educó. Al prinero para carpintero, al segundo para tirador, al tercero para músico, y al cuarto para ladrón, quien llegó a ser un ladrón perfecto, de los legítimos. Tan pronto tuvieron su oficio, salieron a buscar trabajo. De las aventuras que ellos han tenido. Y del peligro por el que pasó Kiko, el ladrón de los legítimos, al haberse asociado con Kako, un ladrón inexperto. Al fin, el rey tuvo tanta admiración por las proezas de Kiko, que le pidió fuera a rescatar a su hija, quien había sido raptada y vivía en una isla en pleno mar. Kiko llama a sus hermanos y todos juntos se van a rescatarla. Libran terrible lucha contra una sierpe. Y rescatan a la Princesa. Pero luego cada uno la quiere en casamiento y por ella discuten. ¿A qué solución llegaron?

Este era un hombre que tenía cuatro hijos, y de los cuatro hijos el menor, el último, se llamaba Kiko. Se llamaba Kiko. Y este hombre los mandó a una parte a aprender algo de trabajo. ¿Qué querían aprender ellos? Así que los mandó a un Maestro. Entonces el Maestro llamó al primero de los cuatro, el mayor. Les dice:

—A ver, ¿cuál es el mayor?

—Yo.

—Bueno, venga para ca. ¿Qué oficio quería aprender Usté? —le dice el Maestro.

—Yo mi Maestro, quiero aprender un oficio para un carpintero.

Bueno, era el primero. Al otro, el segundo.

—Usté ¿qué oficio quería aprender?

—Yo, mi Maestro, quiero aprender un tirador.

—Tá bien.

Y al otro (eran cuatro), al otro le dice:

—¿Qué oficio quiere aprender Usté?

Yo, mi Maestro. Para músico.

Al último, que era Kiko, el menor, le dice:

—¿Qué oficio quiere aprender Usté?

—Yo, para ladrón.

—Está bien.

¡Fíjese! Quería aprender para ladrón. "Está bien", dijo el Maestro. Y a todos les dio su herramienta. Al mayor le dio una suela.

—Con esta suela va a trabajar Usté en cualquier trabajo de carpintería —le dice—. Eso sí, cuando vaya a trabajar, Usté no va a trabajar por día, sino por un tanto. Y ya arregla por cuánto va a hacer este trabajo, porque Usté, con dar un suelazo, ya está listo el trabajo.

—Está bien, Maestro.

Ahora el tirador:

—Cuando Usté vaya a la cacería, no va a tirar al ave que estea por aquí, baja. Sino a la que vea Usté última, apena arriba.

A esa tire. Mientras no, no tire.

—Está bien.

Al músico le dio un violín, que así llaman a ese instrumento tan lindo, que toca tan hermoso. Violín lo llaman. Le dice:

—Usté en su oficio, cuando se muera un muerto, allá se va a ir Usté con su violín. Qu'ese violín es de virtud. Sube a la casa y empiece a tocar. Entonce le han de decir: "Usté, músico ¡oiga! ¿Por qué Usté viendo que estamo aquí de duelo, viene con su música?" Entonce Usté ha de decir: "Oiga, señor, si Usté me paga lo que yo cobro, ya mismo le resucito er muerto. Pero eso sí, los vivo van a bailar de cabeza". Le han de decir: "Está bien. Si Usté me resucitara el cadáver ya mismo se le paga lo que Usté cobre, y no solamente eso". "Por eso le digo", les dirá Usté.

Bueno. Al último, el menor, el Maestro no le dio herramienta, sino harbirtencia (decir: habilidad ¿no?), pues ese robaba, era ladrón. Y robaba cuando estaba el lucero de acá, una cuadra arriba; ahí era el tiempo de robar. Mientras no estaba ese lucero de acá, no podía robar. Kiko se llamaba. Era ladrón de los legítimos.

Bueno, así que ahora ya estuvieron con trabajo todos. Entonces dijo el primero:

—Yo, mañana me voy a buscar trabajo. Me tengo ya mi herramienta. (Era una sola suela, d'esa grande). Me voy a buscar trabajo.

Había una ciudad por ahí cerca de onde ellos vivían; se fue allá. Un rey estaba haciendo un palacio. Tenía la de carpinteros ahí, bastantísimos. Se fue allá no más, amaneció llegando. Ya se fue donde tanto trabajaban. Le dice:

—Oiga, amigo. ¿No habrá trabajo para mí?

—Como no —dice—. El rey tá queriendo trabajador Maestro Carpintero, porque quiere hacer pronto er trabajo—. Dice—. ¿Trabajador Usté?

—Cómo no.

Andaba sólo con la suela, esa grande. Dice:

—Pues suba arriba al palacio donde está el rey.

Subió arriba.

—Bueno día, mi Majestad.

—Bueno día. ¿Qué se te ofrece?

—Por aquí vengo en busca de trabajo para ver si me da trabajo para trabajar.

—¿Eres carpintero?

—Como no, mi Majestad.

—Bueno, yo estoy pagando a tanto mi gente.

—Mi Majestad, sabe que yo no trabajo por día, yo trabajo por un tanto.

—Ah —dice—, perooo. . .

—Eso sí, mi Majestad, pero de inmediatamente ya está su trabajo. Ya mismo puede estar si Usté me paga lo que yo le cobro.

—¿Ah? —dice.

—Sí.

—Si pudiera hacerlo y me deja conforme con lo que yo quiero, está bien, yo se lo pagaré. ¿Vah a cumplir?

—Como no, mi Majestad. Pero quiero eso sí: que me separe todo loh trabajadore, porque yo solo, voy a hacer el trabajo.

Entonces le dice el rey:

—Bueno, vamo abajo— donde estaban los trabajadores. Y a los trabajadores—: Bueno, muchachoh, todos se van. Va trabajar este sólo trabajador.

Se fueron, les mandó el rey a los trabajadores que estaban trabajando. Y ellos por ahí, hablando, dicen:

—Caramba, este hombre ¿quién será? Ha venido a quitarno el trabajo qu'stamo trabajando.

Se fueron todos éstos, los trabajadores. Se fueron. Y el Maestro le había dicho que cuando ya tuviera el trabajo, que viera el mejor palo que había de todos los palos. Y con ese palo cogiera la suela y le diera un suelazo y ya está. Bueno, lo cogió. Tanteó ese palo mejor que está allá y fue con la suela, le pegó un suelazo. ¡Cay! de hecho está el palacio, conforme quería el rey. Y de un solo suelazo.

Entonces subió y le dice:

—Mi Majestad, puede pasar vista, ya está el trabajo.

Vino a ver el rey:

—¡Caramba, hijo! Está conforme yo deseaba.

Ahí, pues, el rey, en ese momento, le pagó lo que el hombre cobró. Se fue lleno de plata, con dar ese suelazo. ¡Iiir! Se fue.

Llegó a su casa el hombre, llenito de plata.

Entonces al otro día, dijo el tirador:

—Mi hermano ya se hizo de a plata, yo sargo mañana.

Cogió su escopeta, esa. Salió. Amaneció por ahí afuera de la sabana, tanteando las aves. Pero el Maestro le había advertido que a la que estaba sentada no le tire, sino a la que última que apenas alcanzaba volando. Se fue por ahí, cuando por allá ahí viọse una solita. Levantó la escopeta para arriba: ¡Tam! —el tiro.

Se quedó suspenso él. ¡Nada!

—¡Caramba! —dice—. Yo no voy a hacer nada.

Dentro de unos dos minutos empezaron a bajar las aves atrás de uno. Caían abajo muertas. Entonces el hombre se puso a recogerlas. Hizo un pilo de ahí. Ya hizo gajo, las amadrinó. Y se vino, con ese gajo de aves. Vino a su casa cargadito de aves, todas aves de comer. El vendía a cómo podía; a seis reales, cuatro reales, a sucre, lo que él pedía. También se hizo a plata como su hermano, el carpintero. Todos los días él podía salir. Levantaba la escopeta para arriba: ¡Tannn! . . .A la última que apenas alcanzaba volando.

Entonces al otro día dijo el tercero hermano, el que era de resucitar a los muertos. El músico. Dice:

—Mañana sargo. Mis hermanoh ya están con plata.

Por ahí salió. Había unos pueblos, por ahí una ciudad, no sé qué. "Amanezco allá". Se fue. Llegó a una casa. Apasó un momento y le pregunta a la dueña de la casa:

—¿Qué hay por aquí de bueno, en este lugar?

—Por aquí —le dice—, no hay nada. Sólo que ayer en esa casa de allá se ha muerto un muerto. Está muerto.

—¿De vera?

—Sí.

Bueno, apasó otro ratito y se fue ahí, a esa casa de ese muerto que estaba muerto. Se fue con su violín, que llaman violín. Subió arriba, estaba la gente de duelo, velando el cadáver. Cuando que sube este hombre, se sienta en la escalera, empieza a tocar el violín.

—Oiga, m'hijo ¿qué le pasa? Vea que estamo de duelo nosotro, y Usté viene con su música.

—¿Usté es er dueño aquí de la casa?

—Sí —le dice.

—Vea amigo, si Usté me paga lo que le cobro, ya mismo está vivo er cadáver. Si es que me paga.

—¿Quién es Usté?

—Yo soy fulano de tal.

—¡Caramba! Y Usté resucitara er cadáver, se le pagaría lo que cobra. No solamente eso.

—Por eso le digo. Yo voy a resucitar ya mismo, si es que me paga. Pero eso sí, los vivo van a bailar de cabeza.

—Está bien. Bueno ya. Acércase cá. Suba adentro, al lado del cadáver.

Y empieza a coger el violín, y toca y toca. Toca toca toca toca. A lo rato, se le va meneando un brazo, la pierna y todo. Cuando acuerda, se le sentó vivo el cadáver. Y viéndolo ahí, ya alegre la gente. Cuando da cuenta, esa gente vira de cabeza, las piernas para arriba. Bailando de cabeza, toditos ¡Imagínese, amigo! Esas mujeres andaban bailando de cabeza; todos los vestidos para abajo. Ellas deseando que haya parado la música.

Bueno, así que este músico se hizo ya plata. A él le pagaron lo que le cobró, también. Resucitó al muerto. Ahora vamos con el ladrón, el señor Kiko. Ese dice:

—Ya mih hermanoh están con plata. Yo mañana sargo.

Ese esperaba el lucero de acá, pues, cuando estuviese una cuadra arriba. Cuando ya el lucero estuvo sobre el tiempo, el señor Kiko dijo:

—Ahora sí, me voy.

Se nos fue. Este hombre llegó a una ciudad. Ahí había un ladrón más, que había hecho un robo al rey. Le había robado, en el pozo, la plata. Y ese ladrón, ese se llamaba Kako, señor Kako.

Bueno. El señor Kiko por ahí llegó a una casa. Dentruó, bien de mañanito. Le dice:

—Oiga, señora. Véndame una taza de café.

Le vendió.

—Véndeme un pan.

Le vendió. Ahí tomando su café con pan, cuando viene un hombre pobre del centro de la ciudad. Pobre ¿no? Subió y le saludó al señor Kiko:

—Amigo —dice—, aquí toy buscando mi pan.

El señor Kiko dice:

—Oiga, señora. Sírvele café a mi amigo.

Lo llamó a la mesa y ahí le sirvieron café y pan. Por ahí estuvieron conversando. Tomando café y conversando:

—Oye —dice—, amigo. ¡Caramba! Por ahí en er centro tá arborotadísima la gente.

—¿Y qué hay? —le pregunta al señor Kiko—. ¿Qué hay?

—Vea. Dicen que anoche han robado al rey, todo er dinero del pozo. Y por ahí tá la novedad: "Qué ha robado el señor Kako". Ese es que ha robado. ¡Caray!

Eso no más oyó el señor Kiko. Tuvo un ratillo más ahí, conversando, y se despidió y bajó y se fue para el centro. Le dice aonde encontró un hombre por ahí, entre tanta gente:

—Oiga, amigo. ¿Usté sabe adónde es la casa del señor Kako?

—Váyase por esta calle, y allá en el acabao de la calle vira a la otra calle; ahí está la casa de tar número, ahí eh la casa del señor Kako.

Por ahí se fue señor Kiko. Vira la calle, estaba el número ahí. Ahí está.

—A ver —dice el señor Kiko, desde abajo. Se asoma una

niña, no sé qué, hija de ese señor Kako—. ¿Aquí ónde vive el señor Kako?

—Sí —le dice—. Papacito, aquí le habla un señor de abajo.

—Ah, dígale que suba.

Ahí subió señor Kiko. Ya subió, ahí estaba el señor Kako sentado. Se le va adentro, pues, el señor Kiko.

—Bueno dá, señor.

—¿Cómo está? —dice. Le da la mano el señor Kako.

—¿Cómo está Usté? —le da la mano el señor Kiko.

—A las órdenes —dice el señor Kako—. ¿Usté es el señor Kiko?

—Sí, pue. Usté es el señor Kako y yo soy el señor Kiko, er ladrón de loh legítimo.

Entonces el señor Kako le dice:

—Usté ¿ladrón?

—Sí. De loh legítimo ladrón.

—¡Ay, amigo! Yo también soy ladrón. Entonce quédese para acompañarlo.

—Ya estuvo —le dice el señor Kiko.

—Esta noche vamo al robo otra vuerta —dice el señor Kako.

Bueno. Ahí se queda el señor Kiko. Y se hizo amigo con él. Se quedaron los dos. Llamó a la señora y a las hijas, ya lo presentó. Eran sus hijas y su señora, del señor Kako. Así que ahí le mataron un pavo para el señor Kiko. Le hicieron un almuerzo y ahí almorzó. Cuando que terminado el almuerzo, dijo el señor Kako:

—Ya regreso— y salió.

Se fue a un almacén. Viene trayendo una pieza de género negro e hizo hacer un vestido en uno de esos sastres. En un momento estuvo el vestido. Que se le hicieran un vestido "¡Ahora!" dijo. Un vestido todo pegado, pantalón, camisa y todo pegado, pero anchísimo. Sólo con los botones de abrir y cerrar. Ese vestido era para cargar el dinero del robo, pues. El señor Kako ya tenía donde cargar; estaba listo con una paca

para irse al robo nuevamente esa noche. Ya había robado la otra noche.

Bueno, anocheció la noche.

—Ya, vámono —dice señor Kako.

—No, todavía no —dice señor Kiko. Porque señor Kiko sólo robaba cuando ya estaba el lucero ¿no? No le dije eso. No más hacía tardar.

—Ya es tarde —decía señor Kako—. Vámono.

—Aguarda.

Entonces quedaron listos que "A tal hora nos vamo". Señor Kako se acostó allá con su señorita y señor Kiko en una hamaca, aquí afuera, y al lado de la ventana, para ver la hora en que estaba el lucero. Como el señor Kako ya había robado, el rey había puesto en el palacio guardia abajo. Alumbradito estaba el palacio. Ya a un Adivino el rey lo había puesto al lado del pozo. Este adivino era cieguito.

Bueno, como digo: anocheció. De las diez horas para arriba de la noche, ya señor Kako ya estaba:

—¡Señor Kiko!

—Mande.

—¿Todavía no es hora?

El miraba por la ventana, para afuera:

—No —le dice—, todavía no eh—. No veía el lucero.

Ahí quedaban.

—¡Señor Kiko! —otro acto.

—Mande.

—¿Todavía no es hora?

Miraba por la ventana. Todavía no era. Bueno, de modo que a las tres, cuatro veces le habló, ya estaba el lucero allá. Ahí entonces le dice el señor Kiko:

—Ahora sí eh hora. ¡Vámono!

Se fueron. El uno cogió su paca, el otro se puso ese vestido anchísimo. Y llegan al palacio, alumbradito y la guardia dando vuelta abajo y no los ven. Subieron arriba. El señor Kiko adelante, porque ese era de los legítimos. No los vieron. Y

llegaron arriba, al pozo, ahí sacaron el dinero. ¡Shiii! El uno llenó su paca, esa paca grande, llenesita; y el otro se atarugó que apenas caminaba. Y se vinieron. Cuando que llegaron a la casa, llenos de plata.

Entonces el rey se levanta a las cinco de la mañana, fue asomar al pozo. Ya ve dos huecazos, porque habían sacado el dinero. Dijo el rey:

—¡Caramba! Volvieron a robar loh ladrone.

Y el Adivino estaba ahí. Se le arrima el Adivino.

—¡Jenfinfin! —le dice— mi Majestad. Ahora son dos le dice—. Dos. Ahora anda uno que es de los legítimo ladrone y se llama Kiko—. Adivinó el Adivino ¡Fíjese! —Uno que se llama Kiko. Con ese hombre no hay quien pegue.

—¡Ajo! —el rey—. Carajo, nos robaron, y alumbradito y no los vieron. La guardia ahí. ¡Carajo!

Fue el rey donde el Adivino:

—Bueno, mi Adivino. Adivíneme ahora cómo hacemo pa ver si cogemo algún de eso ladrone.

—Esta noche vienen otra vuerta —le dijo el Adivino—. Esta noche vienen.

—Adivíneme cómo hacemo.

Entonces le dice el Adivino:

—Vea, mi Majestad. Saque hoy día todo er dinero del pozo que hay. Sáquelo y llénelo de alquitrán. (Un pozo hondo, ¿pues no? ¡Que no sería lleno de alquitrán!). Deje lleno de arquitrán el pozo. Y toda la cuadra del palacio también déjele untada de arquitrán. Que quede eso resbalozo, porque esta noche vienen por acá y si cae arguno, bien.

Bueno, anochecieron listos para ir al robo ellos, los ladrones, los dos. Cuando que el señor Kako, a las nueve ahí ya está:

—Señor Kiko, ¿todavía no eh hora?

El otro decía:

—No, todavía no eh hora.

Y molesta:

—Señor Kiko —otro rato— ¿Todavía no eh hora?

—No, todavía no eh hora.

Esperaba el lucero. En una de esas el señor Kako perdió la paciencia—: ¡Señor Kiko! ¡Vámono, pue!—. Se hizo de dormido el señor Kiko, no le respondió—. Señor Kiko, ya está bien, yo me voy. ¡Caray!

Se levantó, cogió su paca y se fue. Se fue solo. Señor Kiko quedó en su hamaca, junto a la ventana, esperando por el lucero. Porque así le había enseñado el Maestro. "Que no robara sino en la hora en que estuviese el lucero". Ladrón de los legítimos: con el lucero.

Señor Kako llegó al palacio y como también era bueno, pero no legítimo, subió y la guardia no lo vio. Todo alumbrado y no lo vieron. Pero la luz de arriba la habían dejado apagada, para que no se viera el pozo ahí lleno de alquitrán. Toda la cuadra embarrada de alquitrán. Cuando el señor Kako ya subió arriba.

—¡Está escurísimo! — Pero él sabía cuál era el pozo ¡Escurísimo!

Subió la escalera.

—¡Caramba! Que tanto como tá mojao eso. Me voy en cuatro.

Se fue en cuatro, gateando allá, buscando el pozo. El sabía de memoria la hechura del pozo y eso sin luz. Cuando que ya llegó al lado del pozo, ahí gateando, como que se ha resbalado y se fue abajo. ¡Burundún! Se fue a pique de cabeza. Entonces se ahogó. ¡Fíjese! Ahogado en la alquitrán, cabeza adentro.

Y el señor Kiko durmiendo, esperando el lucero. Parte de madrugada ya, cae la señorita:

—Señor Kiko.

—Mande, señorita.

—¿Qué? ¿Usté no ha ido?

—No —le dice.

—El señor Kako se fue.

—¿De veras? No me ha hablado, pue.

—Pues desesperado se ha ido. Y ya se hace madrugada, no aparece, ¿qué le pasará?

—¿Quién sabe por ahí que algo le pasa?

Se durmió otra vuelta, en su hamaca. Otro rato más de día, no aparecía el señor Kako. La blanca se levantó:

—Señor Kiko.

—Mande, ps.

—Argo le pasa al señor Kako, no aparece.

—Bueno, me espero a mi vez.

—Va y véale.

Ya venía rayando el día, el lucero despuntó. Dice señor Kiko:

—Voy a verle.

Se levantó, se puso su vestido, cogió una caja de fósforos, y cogió una barbera. Cogió y se fue. Dice que la guardia ahí. Subió, no lo vio nadie. Se fue derecho al pozo. Estaba oscuro. Cuando que rasgó un fósforo. Alumbradito el señor Kako, apareciendo las piernas, muerto. Entonces señor Kiko ¿lo que hizo? Lo cogió de ahí por las piernas, lo transvió para arriba la cabeza y lo cogió por el pelo y lo suspendió. Con la barbera ¡paaafff! le bajó el pescuezo. Y se llevó el pescuezo y dejó el cuerpo ahí. Se fue onde su casa. Llegó onde la señorita y:

—Vea —dice señor Kiko—, tá muerto. Aquí traigo la cabeza. Lo mataron. Tá muerto.

Entonces quiso llorar la señorita y las hijas de Kako.

—Vea, señorita —dice Kiko—, no lloren no. Ni se asusten porque ya mismo sale la Comisión, y onde oyen un llanto, un susto, le toman con casa y todo juego. Quédense calladito.

Guardaron la cabeza por ahí. Qué susto ¿no? Así que ya el rey se levanta. De una vez de día, también da otra vuelta y alumbra el pozo. Lo primero que ve: el muerto ahí.

—¡Jai! —dice el rey— ¡Ja, caramba! Por fin cayó uno—. Y se le quedó viendo—: ¡Ja, caramba! Pero tá hasta descabezado, ps. No se conoce quién eh.

Claro, pues, no conocían, estaba descabezado. Ahí se le arrededó el Adivino.

—¡Jen jen jen! —le dice—. Vinieron los doh. El uno vino primero, despué vino el señor Kiko a velo. Ese se llevó la cabeza, para que no lo conozcan. Con él no hay quién pueda. Es ladrón de los legítimo.

Entonces ya vino el rey onde el Adivino:

—Bueno, mi Adivino. Adivíname Usté ¿cómo sabemo cómo vamo a dar? ¿De qué familia, de qué casa eh este muerto?

—Vea, mi Majestad. Búsquese unos cuatro hombre y haga una litera y pasée er cadáver por toda la ciudad, de calle en calle. Paséele.

Con los guardias atrás. Donde ven un llanto, un susto, ahí es la casa d'él. Ahí es la casa.

El rey buscó a cuatro hombres. Dice:

—Vamo hacer una litera y sargan con ese muerto ahí.

¡Cay! Por todas las calles, dando vueltas con el muerto en la litera. Gritan:

—¡Vean el muerto descabezadooooo! ¡Er ladrón descabezadoooo!

La gente salía a ver, pero no le conocían. Es que era sin cabeza. Muerto sin cabeza.

—¿Quién será? —decían esos—. ¿Quién será que haya sido el ladrón descabezado?

Y dale vuelta, dale vuelta. Señor Kiko estaba en la casa de la señora de Kako. Ya le dice a la señora:

—Oiga, ya por aquí vienen.

—¿Lo qué pasa?

—Va pasar er cadáver. No se van a asustar, no van a llorar, porque esos traen orden que onde haya susto o lloro metan fuego a la casa con todo.

—¡Ayyyy! —dice la señora—. ¡Caramba!

Venían ahí:

—¡El muerto descabezadooo! ¡El ladrón descabezadooo! —gritando.

—¡Ay —decía la señora—. Ahí viene papacito. ¡Cómo lo llevan! Déjeme —dice— asomar.

Dice Kiko:

—Pero no vayan gritar, no se asusten.

—Bueno.

Y:

—¡Er ladrón descabezadoooo! ¡El ladrón descabezado!

El señor Kiko tenía su barbera ya bien despalmada. Cuando iban pasando:

—¡Er ladrón descabezao! ¡Er muerto descabezao! —gritaban.

Pega un grito la hija:

—¡Ay! —se quiso llorar. Y bueno, aquí se asustaron. La señorita y las hijas de Kako se asustaron.

—¡Arriba! ¡Dale vuerta a la casa! —gritaron los guardias. Arriba de una vez los guardias—: A ver, aquí como que oímo un grito que han gritado. Que onde vemo nosotro un grito eh porque estoh son los ladrone. Se ha de meter fuego a la casa.

Don Kiko se había bajado este dedo, con la barbera. Este dedo estaba ventilando la sangre. Cuando subieron los guardias. Y les dice Don Kiko:

—Sí, señores. Son mis hija y ellas, como yo también, miraban er muerto que ia pasando. Pero yo taba afilando mi barbera y me he bajao er dedo. De eso es que gritaron mis hija. Se asustaron fue de eso: de mi dedo (ventilaba la sangre).

—¡Ah! perdón amigo, entonces.

¡Fíjense! No se dieron cuenta. Del dedo había sido el susto. Bueno, pasaron. No descubrieron al señor Kiko. Ya se fueron al palacio. Llegaron.

Para esto, pues, el señor Kiko bajó también. Y se buscó una varilla de tiza y a todas las casas ahí sobre el número les puso un sólo número. Toditas iguales, con un solo número. Y la cabeza de Kako la había guardado en su casa.

Bueno, cuando que los guardias llegaron onde el rey:

—A ver —dice el rey—. A ver, muchachos. ¿Qué eh? ¿Por ahí no ha habido alguno?

—No —dicen—. Hemoh pasado toda la ciudad. No ha habido nada por ahí. Sólo aquí abajo ahí hay una casa. Y como

que gritaron, quisieron asustarse una gente. Pero nosotro subimo...

—¿Y y y y y? ¿Y qué?

—Nada, ps. Sólo un hombre taba ahí con las hija que habían gritado porque él estaba afilando la barbera y se bajó el dedo, ese momento.

Ahí sale arriba el Adivino:

—¡Jej jen jen! Ese que bajó el dedo es el señor Kiko, el ladrón de loh legítimoh. Y ahí eh la casa del cadáver.

Entonces dice el rey a sus guardias:

—Ahí van y de una vez le meten fuego a too junto que hay ahí en la casa.

Se vinieron los guardias. ¡Caray! Pero esas casas ahora toditas tenían un sólo número ¿no? Toditas lo mismo, parecidísimas.

—¡Caray! ¿Y qué? Aquí —dicen—, aquí hay un número y acá este mismo número. ¿Y ahora, ps? ¿Dónde estamo?

No atentaban cuál era la casa. Por allá se van a una que más o menos podía ser ¿no? Se van subiendo arriba, onde había unos Marqués, Señores, Caballeroh. Se van subiendo los guardias arriba:

—¡A ver!

Sale el Marqués y con qué cosa les pegó un lajazo:

—¡Bájense, carajo!

¡Shiiii! bajaron los guardias.

—Perdone, mi Marqués. Perdone, mi Marqués.

Les había pegado un lajazo ¿no? Si era Marqués. Los guardias no le hicieron nada. Se fueron. Ya se fueron onde el rey, diciéndole que no habían podido dar con la casa. Ahí se rió el Adivino:

—¡Ja jai! Cuando Ustedes pasaron, bajó el señor Kiko y dejó marcadas todas las casas para que no descubran. Y con él no hay quien pueda. Eh ladrón de loh legítimoh.

—Bueno, Adivino. ¿Y ahora cómo hacemo para ver si damo con este muerto quién eh? Sin cabeza, pue.

—Vea —le dice el Adivino al rey—. Vea, mi majestad, esta noche ponga a velar er cadáver. Ponga a velar. Búsquese doce hombre. Y corra Usté la voz por ahí, el bando a toa la gente que sí pueden pasar por aquí cerca hasta lah diez de la noche. Pa arriba de ahí no pasa naide y el que pasa se le coge como que sea dueño d'ese muerto.

—Está bien.

Allá buscó el rey doce hombres y puso a velar el cadáver despescuezado. Y mandó soldados para cuidar el camino. Y el bando diciendo que de las diez para arriba ya no pasaba más nadie por ahí, que el que pase iba preso. ¡Caramba!

Cuando que el señor Kiko ese día ya tarde, se fue a un almacén por ahí, compró una pieza de género negro. Hizo hacer doce vestidos como para cura, señor Kiko. Le hicieron en seguida el favor y le cobraron también. Ya estuvo. Y se mandó hacer una alforja grande y compró una demasana (decir: damajuana) de que llaman aguardiente. Y se compró un sombrero grandote y se puso. Y por ahí alquiló una mula para irse a pasar, de las diez de la noche para arriba, haciendo que iba por ahí a ver qué le decían.

Bueno, cuando que, quedó listo. Así que a las diez de la noche para arriba subió en su mula. Y puso todos sus vestidos que había hecho hacer para cura, la alforja y ese galón de aguardiente que llevaba. Y se fue.

Ahí a las diez de la noche, cuando lo vieron que por allá viene. (Parecía un cura, sombrero grandote). Cuando lo vieron que allá venía, pasando. Dijeron esos que estaban cuidando:

—Ve, allá viene.

—Pero ese eh er padrecito.

Ya llegó ahí.

—Buenah noche, padrecito.

—Buenah noche, muchachoh, hijoh —les dicen.

—¿Qué pasa? —le dicen.

—Paseando. . .

—Aquí —le dicen—, mi padrecito, estamo cuidando este cadáver que m'ha mandado er rey a cuidarlo aquí, porque este

s'ha cogido en una acera, ayer, qu'es un ladrón. Y tá descabezao, no sabemoh quién eh. Pero tenemo orden aquí que er que cruza de lah diez de la noche pa arriba lo cojamo aquí nosotro.

—¿Cierto?

—Pero Usté no, padrecito, porque Usté es padrecito.

—Ah, bueno. Vean, muchachoh, yo voy aquí no má a un pueblo, un viaje urgente. Voy llevando unoh vestidoh para unoh obispoh que van venir mañana, aquí en la ciudad.

—Pase Usté, padrecito, puede pasar.

Y la demajuana ese padrecito le dejó afuera el pico, para que lo vieran ¿no? Así que ya lo vieron que era una demajuana. Le pregunta el cura por el señor Kiko. ¡Fíjese! Atrevido ¿pues no?

—Muchachoh —les dice—. ¿Y qué les fue dado pa hacer la noche aquí? ¿Qué les dio el rey pa hacer la noche?

—¡Caramba! —dicen los soldados—. El rey no dio pero ni pa cigarro.

—Entonce esto tá malo —dice—. Esto tá malo. Aquí Ustedes que no duermen toda la noche, el rey tiene que darle argo para la noche. Tá malo esto —les dice.

—No, no ha dado nada.

—¡Caray!

Así que, bueno, se despidió.

—Puede seguir no más, mi padrecito.

Entonces llegó adelante. Ya iba allá. Pero estos soldados le habían visto con la mano sobre el pico de la demajuana. Alzado el pico afuera.

—Oye —dicen—, el padre llegó humo. ¿No será, oiga, trago, que lleva este? Por ahí naide le preguntó. Díganme: ¿Preguntó?

—Bueno, pregunte.

—¡Ah, padrecito! ¡Ey!

—Mande, —ya se paró.

—Oiga, padrecito. Vea, discurpe. ¡Caramba! El rey no ha

dado ni pa la noche nada. ¿Usté por argún caso, por ahí no lleva un árbol de trago que me venda?

—¡Cómo no! —dice— Er tanto que llevo eh trago. Le puedo venderle. Vamo a la luh allá.

Al lado del cadáver se vinieron. Ahí:

—¡Venda una botellita!

Como eran doce, estos soldados se reunieron "Venda una botella, un litro, no sé qué'. Vinieron todos. Y toman su trago y trago. Se lo tomaron.

—Muchachoh, esto se lo regalo para Ustedes.

—No, padrecito, ahora véndanos un litro. Queremo máh.

Bueno, les vendió un litro. Y toma y toma, entre ellos todos. Cuando que ya dice:

—Bueno, hijos. Yo me voy, si acaso quieren pagá, leh vendo máh.

—Oye, ¿cuánto carga?

Se reunieron entre ellos de plata y dejaron dos litros vendidos. ¡Caramba! Y toma y toma y después el padrecito les sacó otra botella, de modo tal que se ajumaron. Hizo ajumar a todos estos soldados. Y él ya viendo eso, se queda por ahí sin tomar. No tomaba. El señor Kiko no tomaba. Jumísimos, les cargó de licor. ¡Fíjese! Cuando que a lo ratillo empiezan a caer. Cae uno allá, cae otro acá. Se caían, pues, ajumados. Alta noche bastante doblaron todos los soldados. Cayeron de jumo. ¡Caray! Y queda él solito con el cadáver. Entonces, sí, se llevó el cadáver, el señor Kiko. Se lo llevó. Se lo trajo a la casa de la mujer del señor Kako, donde tenía la cabeza de ese cuerpo descabezado. Y entonces trajo la cabeza y lo sepultó a las cinco de la mañana, al cuerpo del señor Kako. Y esos soldados amanecieron todos borrachos, tendidos. Y a todos ellos los dejó vestidos de cura, con los vestidos que él llevaba. Doce vestidos de cura para doce soldados. ¡Imagínese! Así que ya bien de día, bastante deshumejados, ellos recuerdan. Dice uno de los soldados:

—Caramba. Estamo too vestío de cura.

Algunos que todavía estaban tirados, se levantaron asustados.

—¡Caray! ¿Y el cuerpo?

Y en el palacio, el rey, apurado.

—¿Qué hacen estoh que no aparecen a ver qué habido anoche? ¡Caray!

Del cuerpo ni nueva. Se fueron derecho al palacio los soldados. El rey asoma a la ventana, cuando ve allá a esos doce curas que eran. Entonces, ya ver eso, el rey dice:

—Bien pocos curah que vienen por ahí

Derecho tiraron al palacio. Y llegaron al palacio.

Subieron arriba:

—Bueno día, mi majestad.

—Bueno día. Ah, y que Ustedes son, pue, ¿los que tan cuidando er cadáver?

—Sí, mi Majestad, nosotro. Anoche ha pasao un padrecito y por ahí nos vendió un árbol de trago. Noh quedamoh ajumao. Y hemo dormido. Cuando nosotro recordaba, ya no habido el cuerpo.

—¡Caramba!

Entonces dijo el Adivino que tenía ahí el rey. Dice:

—¡Jan jan! Ese fue el señor Kiko, el ladrón de loh legítimo, que sepurtó el cuerpo a las cinco de la mañana. Si con él no hay quien pueda. Con él no hay quien pueda.

—¡Caramba! —dice el rey—. Ve—. Dijo a su Adivino—: Bueno. Ahora, Adivino, adivíname Usté ¿cómo hacemo para conocer este, el señor Kiko, el ladrón?

Le dice el Adivino:

—Mi Majestad, Usté lo que puede hacer: Mándelo llamar.

—¿Y aónde está?

—En tar parte está. En una casa allá. Está horita, conversando con un hombre. En esa casita allá. Mándelo a ver.

—¿Vendrá?

—Sí, viene.

Entonces mandó a un paje:

—Oiga, hijo. Vávase a esa casa. Ahí están treh hombre conversando, uno está en la hamaca. A ese qu'está en l'hamaca Usté le pregunta si es er señor Kiko. El va decir que "sí". Entonce Usté le dice que tenga la bondad de venir ar palacio que le llamo yo, el rey. ¡Vay!

Se fue el paje. Ya llegó a esa casa. Cierto, ahí estaba el ladrón, señor Kiko, en la hamaca y otros dos hombres, vecinos, conversando. Subió a ver:

—Bueno día.

—Mi bueno día.

—Oiga, vea, amigo —le dice al que estaba en la hamaca—. Discurpe, ¿Usté es er señor Kiko?

—Me tiene a las orden. El señor Kiko, er ladrón de loh legítimo.

—Manda decir mi Majestad Sacarreal que tenga la bondad de ir un momento ar palacio.

—¿Sí? —le dice—. Ah, bueno, dígale que ya voy.

—Manda decir que vaya de una vez conmigo.

—Ah, bueno. Entonce, amigos, ya regreso. ¡Vamo!

Cogió el sombrero y se puso y se fueron. Adelante, el señor Kiko. Llegaron al palacio. De una vez se veía el rey sentado. Se le fue encima el señor Kiko, al rey:

—Bueno día, mi Majestad.

—Mi bueno día—. Le dio la mano—. ¿Cómo está Usté aquí? Bien —le dice—. Me tiene a las orden, mi Majestad, el señor Kiko, er ladrón de loh legítimoh.

El rey se atemorizó. Quedó calladito, le quedó viendo. Vio que tenía razón, que era el ladrón de los legítimos. Le dice:

—¿Usté es er ladrón de loh legítimo?

—De loh ladrone de loh legítimo.

—Bueno, señor Kiko. Yo l'he mandado llamar.

—Estoy a las órdene.

—Bueno.—le dice—. Para yo creer que sí es cierto que Usté es el ladrón de loh legítimo, Usté me va a robar el anillo que carga mi mujer.

—Está bien, de hoy a mañana —le dice al rey—. Está bien—. Entonces se despidió—: Me voy, hasta luego.

¡Imagínese! Que "De hoy día a mañana, sí le robaba". Bueno, se fue. Y ese día, el rey salió a pasear por allá. Entonces Kiko se fue a un almacén y manda hacer un vestido de rey ¡fíjese! Sombrero y todo. Vestido de rey. El rey se quedaba por alláááá, distrayéndose, Kiko se vino al palacio, subió. Cuando ya subió, le dice la reina:

—¿Ya viene?

—Ya —le dice.

Estaba en la hamaca, la reina. No lo veía, pues. Le dice:

—Siéntate, pue, en l'hamaca.

Se sentó así por detrás de ella. Ahí sentado.

—¿No te han robado el anillo? —preguntó él.

—Ay no —le dice ella—. Hijo, eso eh lo que toy pensando: que va a venir ese y se me lo lleva. Vea —le dice—, tome, cárguelo Usté.

Era el señor Kiko disfrazado ¿no? para subir ahí. Entonces se lo sacó con su manillas mismo el anillo. Se lo sacó para que lo cargue él, "que no vaya a venir el ladrón y se lo lleve". Ahí que estuvo un ratito en la hamaca, y bajó: "Ya regreso". Se fue otra vuelta. Por allá se fue hasta una casa.

A los momentos, viene el rey mismo y ya sube. El tenía su modo, que cuando venía se iba de una vez a la hamaca donde su reina. Llegó y se fue donde su reina.

—¿Ya viene otra vuerta? —le dice ella.

—Si ahora no más vengo.

—¿Cómo así? ¿No veniste anteh?

—No, si yo no venido.

—Que yo te di el anillo, que me preguntaste si es que no lo habían robado.

—¡Ah, pue! Ya ve, pue, te lo robó, pue.

Ella misma se lo había dado con la mano. ¡Fíjese! Al señor Kiko, ladrón de los legítimos. Para eso sería, ¿pues no? finísimo ladrón, bien legítimo. Y el adivino estaba ahí, le dice:

—¡Jaaaahhh! Con él no hay quien pueda. (Era cieguito el Adivino). Con él no hay quien pueda. Si yo mi vista buena fuera, con él anduviera.

Dice el rey, que no se conformaba. Dice:

—¿Onde está él?

—Ya está en tar parte.

—¿Vendrá? Pa volverle a llamar.

—Mándele llamar que sí, viene.

Entonces ahí lo volvió a llamar. Cuando que, ya vino otra vuelta.

—Bueno día. Me tiene a las orden, mi Majestad.

—Mi hijo, pa creer de cierto que es Usté señor Kiko, ladrón de loh legítimoh, ahora va y róbeme mi hijá que está en una isla.

—¿Cierto? —le dice.

—Está en una isla. Se me la ha llevado la sierpe y ésta vive cerca, en el fondo del mar. Si Usté me la roba de onde la tiene la sierpe, prisionera, ahí sí creo de una vez que sí es cierto, que Usté es ladrón de los legítimo, señor Kiko como lo llaman.

—Bueno, mi Majestad. De hoy a mañana le traigo viva su hija.

—Pa creerle de una vez que es Usté ladrón de los legítimo.

—Ya regreso.

—Está bien —le dijo.

Bueno, se fue el señor Kiko. ¿Y qué hizo pues? Como ellos eran cuatro hermanos, buscó a los tres, al tirador, al músico y al carpintero.

—Hermanoh —les dice—, acompáñeme que vamo hacer esto: Vamo a robar la Príncipa onde la tiene la sierpa, en una isla. Allá en el centro del mar.

—Bueno.

Le dice el señor Kiko al carpintero:

—Hácete una barca, pue, para irno afuera al mar.

Este como tenía la suela, que de un hachazo le daba y ya estaba el trabajo de hecho hizo una barca. Y se embarcaron y se

fueron los cuatro hermanos a la isla onde estaba la niña. Cuando llegaron, ahí arrumaron a la orilla la barca y ellos saltaron a buscar a la niña. Fueron a dar a así en un subterráneo y la tenían adentro, en un peñascón de piedra. Cuando llegaron ellos, la niña hizo huir. Estaba arisca ¿no? Es que la sierpa la había robado de chica. Ahora estaba señorita grande. Y para esto andaba media desnuda, de que ya los vestidos se le habían acabado y ella se cubría con hojas de árboles. Así andaba y quiso huir.

Le habló el señor Kiko:

—Vea, mi niña, no huiga. Venimo mandado por su papacito a llevarla.

La sierpe no estaba ahí en ese momento. Había salido a pasear a la playa. La niña estaba solita.

—Véngase que la vamos a llevarla.

Ahí dice ella:

—Pero apúrense, porque aquí no viene naide. Porque el que viene, se lo come de hecho la sierpe.

—¡Venga no máh!

Por ahí vino ella como pudo y se embarcaron. Se la trajeron pues, en la barca, los cuatro hermanos. ¡Ajo! y se vinieron por ahí, con tanteo. Cuando vieron que venía atrás la sierpe. Esos rollos de agua que parecían cerros encima de ellos, en la barca. Se los alcanzó la sierpe. Les pegó esa marejada y les fundió la barca a pique. ¡Ajo! Ellos nadando, casi ahogándose. Kiko con la niña en los brazos. En eso el carpintero pega otro suelazo en el pedazo más grande de palo que queda, de la barca que se fue a pique. De hecho formó otra barca y ya se embarcaron. Pero la sierpe se iba a venir con más rollos de agua que parecían cerros ¡fíjese! Entonces Kiko dijo al otro hermano, al tirador:

—Ahora sí, hermano. Apúrese. Ahora te conviene a voh. Póngase a popa. A lo que se acerque la sierpa, Usté le dispara un tiro.

Y así fue. La sierpe se acercaba y tiro y tiro. ¡Pahhh! ¡Pahhh! Con todo la sierpe levantó los rollos de agua que

parecían cierros y fundió la barca otra vuelta. ¡Caray! Y el tirador peleando en el agua, disparándole tiros. Y los hermanos nadando para tierra. Cuando que en una de esas se muere la niña en los brazos de Kiko. Se muere ahogada en los rollos de agua que parecían cerros. Y ya el tirador mató la sierpe ¿no ve que le daba tiro y tiro siempre? Y el carpintero formó otra barca —la tercera barca, fueron tres barcas— con otro suelazo en el palo más grande de la que se había ido a pique. Subieron todos a la nueva barca, hasta que saltaron a tierra con la Príncipa muerta en los brazos de Kiko, ladrón de los legítimos. A lo que ellos saltaron a tierra con la Príncipa muerta, dice Kiko:

—Hermano— le dice al que resucita a los muertos. ¿No ve que éste resucitaba a los muertos y hacía bailar a los vivos, de cabeza? — Oye, hermano. A ti te toca, pue. Resucita la niña.

Empezó con su violín, que ese era asunto de él. Y toca y toca y toca. Tocaba lindísimo. Pura prima tocaba. Cuando acuerca, se envivió la niña. Ahí la envivió. Ahí vivita.

—Ahora sí. Nos vamo, compañeroh, donde el rey.

Se fueron. La llevaron. ¡Cay! la alegría del rey. Alegrísimo con la hija. ¿No ve que la habían robado de niña y era una señorita ya ahora? Bella mujer.

—Caramba, Kiko m'hijito. (Fíjese, de "M'hijito lo trataba ahora). Kiko, m'hijo, m'hijo. Usté eh, pue, de los legítimo ladrone. Ahora sí lo creo.

—Me tiene a la orden mi Majestad.

—Ahora dígame Usté, m'hijo. ¿Cuánto tengo que pagarle por la traída de m'hijita?

—Mi Majestad, Usté ha de ver. Usté ha de ver.

—Bueno, hijo. Usté es héroe. Sírvete, pue, de ella.

Se le dio la Príncipa, el rey. Bueno, Kiko aceptó, pues, se la había dado el rey, para él, que se sirviera de ella. Pero ya cuando se iba con la niña, brinca el carpintero:

—Oye, hermano. A vos no te toca la Príncipa.

—¿Por qué, pue? Si el rey me l'ha dado a mí.

—Pero si yo no hubiese hecho la barca, ¿cómo la iban a traer de allá?

Brinca el tirador:

—Ni a voh, hermano te pertenece. A mí, porque si yo no retiro la sierpa a tiro, es que nos come a todos.

¡Caray! Allá una pendencia de los hermanos por la niña. Y entonces brinca el que resucitaba, pues, a los muertos que estaban muertos. ¿No ve que se la había resucitado?

—Ni a vos te toca, hermano. A mí me toca porque ya ven que la Príncipa se murió y si no ha sido yo, pue, que la resucitó, no vuelve, pue. Me toca eh a mí.

¡Vaya una pendencia de los hermanos! "A vo, no". "A mí, sí". "A vo, no". Entonces dice señor Kiko:

—Bueno, hermanoh. Sabe que nosotro por el padre aprendimo a oficio, cada uno. Y si por él no fuera no aprendimo nada. Mejor, pues, que se sirva mi papá de la Príncipa. (El padre ya era un hombre solo, que la señora de él se había muerto, la mamá de los cuatro muchachos). Mejor que sirva de la Príncipa él, papá.

¡Cay! No se sirvieron los hermanos, sino el padre. ¡Fíjese! Tanta pendencia. Pero si no hubiera sido por el padre no tenían ahora un oficio. Ahí cada uno con su oficio: carpintero, tirador, violinito y ladrón de los legítimos.

Y cerramos el caso ahí.

LA HIJA DEL HOMBRE QUE DIO A LUZ

Historia de un hombre que dio a luz. Parió una linda niña. Y la abandonó a la orilla del mar. Una veterana la recoge y la cría. Un día el hijo del rey la ve y se enamora de ella enseguida, proporcionándole casamiento. Huyen de casa y la madre la maldice, quedando la niña con la cara deformada. Aunque así, el Príncipe la quiere. Pero la cocinera de este Príncipe intenta matar a la niña. De cómo la niña logra escapar a la muerte, transformándose en paloma. De cómo el Príncipe viene a descubrir la verdad, castigando a la cocinera y deshaciendo el encanto.

EL HOMBRE QUE DIO A LUZ

Este era un hombre que tenía a su mujer y la mujer se hizo encinta. Que iba a dar a luz el primer hijo. Como estaban casados, ella se hizo encinta no más.

Así que un día ya le cogió de dar a luz. No se aguantaba. Iba a la cama y salía para afuera con los prenuncios esos. ¡Jay! ¡Ajo! Cuando iba a la cama, se quejaba "Ay que esto". Decía ella " ¡Ay! " Salía por allá " ¡Ay! " queriendo hacer cama por fuera. Y el hombre molesto, bravo:

—Caramba, que no aguanto —le dice—. Quédate en tu cama no más que te salga. No anda por áhy p'afuera.

Y ella que "No" y salía para allá y salía para acá.

—¿Y cómo cuándo estás en el gusto ahí, no andas así —dice él—. Y ahora no aguantas.

—Tú fueras —le dice ella— mujer, para lo que vieras lo qu'es dolor para botar una criatura al mundo. Tú fueras que vieras lo qu'es dolor, para que veas lo qu'es dolor. Botar una criatura al mundo—. Así maldijo al marido, con estas palabras: "Tú fueras para que tú vieras".

Ya de una vez le cogió el prenuncio, cogió la cama ahí, y dio a luz. ¡Ajo! al fin. Ahí parió. Ahí dio a luz. Ya salió bien.

Días van, días vienen, días bastantes ¡caramba! el hombre salió encinta. ¿No ve que ella lo maldijo que él fuera para que viera lo que es un dolor? ¿No ve que él anduvo bravo con ella? Ella lo maldijo, pues.

—Sí —le dice un día—, oye ¡caray! ¿y para qué m'está criando la barriga? Yo no soy así. ¡Caray!

Y días van y días vienen, cuando acuerda: ya más grande. El mismo se notaba. Y atoca: "Se ve que aquí tengo. ¿Qué es esto? " Ya se tocaba ese. "Qu' es? "

—Hay que creerte, pue, qu'es criatura esto —dice la mujer.

—¿Y qué eh? ¿Que acaso yo soy hombre de andar en eso con otro hombre? ¡Caray! Yo ca no soy de eso. ¿Y cómo?

—Está que venga la partera, pue, una que sabe de los hijos (partera que llaman).

—Tráigamela.

Ya vino la partera. Le sobó la barriga y lo tocó.

—¡Ay! —dice él.

—Sí, oiga señor. Sí, éste es criatura.

El hombre se queda suspenso:

—¿Cómo?

—¿Y qué? ¿Usté es de esos que. . . ¿Cómo, pue, tiene esta criatura?

—No, señora. Yo no soy d'esos. (Decir: d'esos que andan con los otros compañeros hombres).

—Es criatura y ya va a nacer, ya va a nacer —decía la partera—. ¡Caray! oiga, salió encinta, le maldijo la madre.

Para eso, un día le cogieron los dolores. "Dios castiga, dicen unos, pero no con soga". Le castigó, pues. Andaba lo mismo anduvo la mujer. La mujer le hacía la cama:

—Aquí acuesta.

Pero él se levantaba para afuera, igualito como anduvo ella. Para que viera, pues.

— ¡Jey, caramba! —que el hombre se gritaba. Dice que decía—: ¿Por dónde se me irá a venir? ¿Por arriba o por abajo?

Viendo eso, ese hombre ya con los apuros corrió al mar. Por allá parió. Parió, pues. ¿Quién sabe por ónde cierto parió? ¿no? Ya Dios, pues, sabe; Dios hizo esas cosas. Así que por allá parió. En la playa, junto al mar. Una niña de pelo colorado ¡tan linda! Para eso, en esos momentos pasaba una señora por ahí, veterana.

—Llévese esa criatura —dijo él.

Y ella se la llevó. ¡Fíjese! La señora veterana cogió y llevó. Y ella no conversó a nadie, la llevó a su casa a esa criatura que era tan bonita. Y la crió. ¿Quién sabe, pues, si hubiera descuidado, se hubiera muerto? ¿No ve que él la había dejado botada?

Bueno. Ya el hombre regresó a su casa. Ya sin la criatura. Dice la mujer:

—¿Qué? ¿Ya pariste?

—Ay, por allá parí.

EL PRINCIPO ENAMORADO

Tiempos bastante, ya la niña se hizo muchacha señorita. Criada allá lejos con la señora que la había recogido en la playa. Esta señora vivía solita con la hija a cuenta. Y siempre salía sola a comprar sus compras, comida y todo y dejaba a la niña.

Un día baja un hijo de un rey. Va paseando por esa calle y la alcanza a ver. Estaba asomada y le dice:

—Buenos días, niña.

Le saludó y se le fue ahí al pie de una ventana. Que le dice.

—Oiga, niña. ¿Con quién es Usté? ¿Su mamá, su papá?

—Mamá sí que tengo.

—Onde está su mamá.

—Está por áhy en el centro.

Oiga, niña. ¿Usté no desearía casarse conmigo?

—Bueno. Yo, si Usté se casa yo sí me caso.

—Bueno. Pero ¿qué tiempo quiere casarse conmigo?

—Cuando Usté quiera para casarme.

Le dice:

—Bueno, después nos casaremos.

Así que ahí quedaron de enamorados. Ya eran enamorados. Y él era un príncipo. ¡Fíjese!

—¿Y cómo hacemos para venir a conversar yo con usté, todos los días? —dijo el príncipo.

—Venga tal hora. Tal hora estoy solita. Mi mamá se va comprar ar centro y estoy sola. En esa hora, venga.

Por horas venía éste, cuando echaba a ver que ya la veterana estaba para el centro. Venía y conversaba en una pasadita. Ahí conversaban ellos. Estaban enamorados, próximo a casarse.

Pero esta señora veterana, que la había criado, era un poco adivina, no sé qué.

—¿Quién ha venido aquí, hija? —preguntó. ¿No ve que ella, pues, adivinaba?

—Naidie, mamita. Aquí no ha venido naidie.

—Cuidado, hija.

Y todos los días se iba, todos los días se iba. Cada vez que ya se iba, venía un niño por ahí a conversar un momento con ella. Un día le dice ella:

—Oye, mi mamá tiene malicia. Stá maliciosa. Me ha preguntado quién viene aquí. L'he dicho "Aquí no viene naidie".

—¡Caramba! Oye —dizque le dice el enamorado—, dame una hebra de pelo.

Le pidió una hebra de pelo. Ella se arrancó y le dio. La puso en un frasquito y él se la llevó. Tres hebras de pelo. Se las llevó, el enamorado. Ya venía la veterana;

—Oye, hija. ¿Quién viene aquí cuando yo no stoy aquí?

—¿Y quién va venir, mamita? Usté sabe que cuando Usté st' aquí ¿quién ve que viene?

—Cuidado , hija.

Ya salió al otro día a la compra.

—A ver, vente hija pa dejarte contao lah hebrah 'e pelo.

Ahí las dejaba contadas las hebras de pelo que tenía la niña. Ya hacía la compra y ya regresaba a ver. Un día ya le faltó una hebra. Le dice:

—Oye, aquí falta una hebra, pue, del pelo que yo dejé contao.

—Sí, mamita, por aquí cruzó una paloma volando y se le enredó la patita y se me llevó esa hebra de pelo.

—Hummmm. . . —le dice—. Bueno.

Al otro día volvió a contar los pelos. Así que otra vuelta vino:

—A ver, hija, para contarte.

Le faltó la otra hebra, la segunda.

—¿Y quién, pue, ha venido? ¿Quién que se te ha llevado a vos l'hebra del pelo?

—Mamita, porque pasó un cucú y ella también se l'enredó las patas y se me la llevó.

Ella como quiera le engañaba a la mamá. ¡Fíjese! Así que la mamá, pues, molesta. Ya un día vino el enamorado.

—Oiga, mi mamá stá maliciosa —le dice la niña—. Stá muy maliciosa, está brava. Dice que me va castigar, no sé qué. Stá bravísima. Mejor vámonoh.

Que le dice él:

—Bueno, pues. Bueno, vámonoh.

LA MALDICION

Ahí se la llevó el príncipe. al lado de la casa de la señora había un árbol alto, grande, como tantísimos hay en la ciudad. Y gente para aquí, para acá... . Se subieron arriba de ese árbol, para que no los vieran. Allá arriba,el príncipo enamorado y la muchacha señorita. Hoy se subieron arriba. Quedaron esperando la noche. Cuando que viene la mamá. Ya no encontró, pues, la niña. ¡Jiii! a los vecinos:

—Oiga, vecina. ¿No me ha visto m'hijita que quedó aquí? ¿Qué p'ónde se ha ido que no stá aquí?

—No —le dice—, todo ahí que yo vi, ahí staba. Pero ahora en este momento no andamo puesto cuidado.

¡Jiimmm! que por ahí corría las casas y que "No", nadie la vio. Ellos estaban arriba en el árbol. Si la señora ve para arriba, los vería, pues. Pero ella andaba en las casas por ahí, preguntando. Bravísima con la hija, porque se le había ido.

Para eso, entonces ya, pues, llegó la noche. Cuando que en la noche bajaron ellos, y se fueron. Ahí sí se la llevó el príncipo ya a su casa. Tenía una casa onde vivía. Allá se la llevó.

Así que al otro día amaneció. Ya no faltó quién le dijera a la mamá que la niña se le había ido con un hijo del rey. Más molestísima la señora.

—Caramba —decía—, esta bandida.

Entonces la maldijo. Maldijo a la hija. Que se hiciera de un moro.

—Esta bandida, pedazo de no sé qué. Se volviera la cara de burra —le dijo.

¡Caray! Le alcanzó la maldición. De un lado era bien, del otro lado tenía la cara de burra. Pero el príncipo la quiso así mismo. Hummm, la quiso. Ya se quedó con ella en su casa.

EL ENCANTO

Pero este príncipo tenía una cocinera. Era una señora morena, la cocinera. Así que ahí la tenía. Como vivía solo en su casa, ese príncipo vivía con la cocinera, con la morena, que estaba encinta. Cuando el príncipo llevó la niña, a la cocinera no le gustó. Estaba molesta con el príncipo, que se había llevado, pues, esa niña. Y a ella, a la cocinera, el príncipo ya no le quiso. Antes ella dormía adentro, con él. Después él la echó para que duerma afuera. Que le cocinara y duerma afuera. Ya no la quiso coger nada en la cama, sino que se encerró con la niña.

¡Cay! Esta cocinera echaba la comida, todo. Todos los días les daba de comer. Así que un día dice el príncipo:

—Voy a ver mi papá. Hacerlo saber, porque yo ya me voy a casar contigo.

—Bueno, ándate.

Bien de mañanita se va el príncipo.

—Yo me voy —le dice. Y se fue.

Entonces quedaron las dos solitas, la niña con la cocinera. Quedaron las dos. Al mediodía sería, que habían almorzado, estaban ellas un rato desocupadas. Que le dice la cocinera:

—Oiga, niña. Mi príncipa, venga para verle si no tiene piojoh.

Así que ella fue y se dejó coger la cabeza. Para eso esa señora cocinera le hizo un mal a la niña. Le pone cuatro alfileres aquí en toda la cabeza. Ahí le hizo un mal. Puso cuatro alfileres. La niña no se murió, pero se convirtió en una paloma. Salió, alzó el vuelo y se fue. Quedó la negra ahí, es decir, la cocinera, pues. Y el príncipo haciendo saber al padre que él se iba a casar con esa niña. Todo el día estuvo ése allá onde el padre. No vino

hasta de noche. Ya llega, bien oscura la noche, acá a ver a su mujer. Y ya ésta se había hecho paloma. Se había ido. Así que llega él, pues, ahí a su casa. A la cocinera le preguntó:

—¿Y ónde está la ésta? ¿aónde está?

—¿Cuál?

La niña, pue.

—¿Y no me ve que yo soy? —le dice ella—. ¿No me ve que yo soy?

—¡Qué va ser vo! ¿No era la cocinera vo, que tengo aquí?

—No. La cocinera se fue a su casa a dormir. Yo soy la niña, que me quedé aquí. Ella m'ha dejao sola.

—¿Y cómo vas a ser tú? Tú no eres negra.

—Ve, hijito. Como tú estuviste todo er día par' allá, que te fuiste, y como hizo sol yo me salí a l'azotea. Toa tarde esperando, todo el día miraba ese sol. El eh, pue, que me ha hecho negra.

—Ay, cierto hijita. Vámono adentro, entonce.

Fueron adentro, otra vuelta creyendo que era cierto ¿no? Y era la negra, no era la niña. La niña se había hecho paloma.

Así que ahí se cogió otra vuelta con la negra, la cocinera. Ya tenía unos cuatro días así con ella, con la morenona. Y ellos, pues, cuando ya se desocupaban de almuerzo, se sentaban en la hamaca y se ponían a jugar. Jugaban ellos y la morena cantaba. Cantaba ahí en su hamaca con él. Cuando que un día llega una paloma ahí a la ventana. Atrás vino la paloma y se sentó ahí. Y dice que le decía, la paloma:

Ay, hijito.
Tu mujer tan zamba,
tu mujer tan negra y zamba,
que canta,
a veces canta
y a veces llora.

Entonces, pues, oyendo la paloma, se quedó él pensando: "Ve. Mi mujer siendo tan linda y por irse al sol ¡cómo se ha hecho!

A él le venían las lágrimas. Y la paloma:

Hijito
tu mujer tan zamba
tan blanca y zamba
y a veces canta
y a veces llora.

¡Caray! todos los días esa paloma.

—Quita, paloma —le dice.

Se levantaba, echaba mano, se iba ella volando. Así que un día sale este niño a por ahí a la calle. Le conversa a un amigo "que eso pasaba en su casa, que todos los días venía una paloma a estarle hablando y diciéndolo eso. ¿Qué contenido será? ".

Entonces le dice el amigo:

—Esta paloma viene y se va ¿no la puede coger?

—No.

—Cójala.

—¿Y cómo la voy a coger si eh arisca?

—Póngale maíz —dice—, ahí. Déjela que se cebe. Mientras hace un no sé qué en la puerta, en la ventana. A lo que esté ella comiendo, que está mansa, cierra la ventana y la coge.

Así hizo, pues, el príncipo. La paloma venía todos los días. Le dejaba tirado maíz. La palomita venía a picar abajo. La dejó que se cebara así unos días. Cuando acuerda, ya la palomita pica. Cuando acordó ¡traz! le trancó. Ahí quedó encerrada. Ahí se la cogió. Y él se encerró adentro con ella a verla. A preguntarle algunas cosas ¿no? La morena cocinera quedó afuera. Entonces ya él le preguntó ahí todo. ¿Qué es que por qué venía a cantarle?

—Ah, hijito —dice la paloma—. Sabe una cosa: yo soy qu'iba a ser tu mujer cuando te fuiste onde tu papá. La cocinera

me llamó pa cogerme los piojos y me ha clavao los alfiler. Aquí los cargo. Sácamelo, hijito.

Ahí cargaba los cuatro alfileres, la palomita. Apenas los sacó, ahí se convirtió ella como era ella. Ahora sí ¡caramba! ella ya le dijo lo que le había hecho ésta. Enseguida el príncipo, bravísimo, salió con la morena:

—Lárguese, lárguese. No la quiero más—. Ahí la despojó. De que se fuera a su casa.

—Ay, hijiiito, ábreme la puerta.

—¡Ajo! —dice que dice el príncipo—. Carajo, que se largue de aquí esta negra. No la quiero más.

Al otro día la mandó "Que se largue y que se largue y que ni venga que yo no la quiero más". Le cerró las puertas para que no suba. Ya no vino.

Ahí ya un día dice a la niña:

—Ahora sí. Nos vamos a ir donde mi papá.

Ahí se fue, pues, con la esta niña, porque ella fue hecho niña como era, tan linda, pero con este lado de la cara hecho cara de burra. Carajo, se fue onde el rey.

Por el camino iban cuando por allá les salió la madre de la muchacha. La que la había criado, pues, y que después la maldicionó, quedando la carita de ese lado como cara de burra. Por allá le salió la madre:

—Ay, hijita. Perdóname que te mardije.

¡Caray! y ella, pues, por volverse buena, ahí perdonó a la madre. En este momento se convirtió como era, pues, con toda la carita sana.

Se presentó el príncipo con ella, onde el rey. Esa niña ahora sí ¡tan linda entera! Ahí los casó el rey. Ya, casados para siempre.

LA HUMILLACION DE UN REY

Historia de dos huérfanos de madre. Vivían con el padre. El padre se iba al trabajo y los dejaba solos. Un día falta el fósforo para prender la candela y la niña se acerca a la casa de una vecina. Esta señora la peinó, la bañó, la cuidó, porque estaba muy dejada. Al regresar, trató de convencer al padre que se casara con "esta señora buenísima". A los pocos tiempos de casados, la señora madrastra comenzó a maltratar a la niña y a su hermanito. Un día la niña recoge en el bosque a un gusanillo y lo cría, a escondidas. La madrastra todo lo descubre e intenta matar al gusanillo. La niña lo lleva a la playa y lo tira al mar, no sin antes ser lamida por el gusanillo y recibir de regalo una calandra y un apito. Habiendo sido lamida por el gusano la niña se volvió hermosa y al peinarse sacaba de sus cabellos perlas, rubíes y diamantes. La

madrastra vuelve a quererla. De cómo el Rey supo de la existencia de esta niña y se la compra al hermano. De cómo luego manda matar al muchacho, sepultándolo en el muladar. De cómo un Negro encuentra a la niña y la lleva con él. De cómo el Rey vuelve a saber de la existencia de la niña María que bota perlas, rubíes y diamantes. De cómo María humilla al Rey, obligándolo a desenterrar al hermano.

EL CASAMIENTO

Este era un hombre viudo, solo y que tenía dos hijitos, una mujercita y un hombre. Todos los días iba a su trabajo. Y como tenía a los dos hijos, los dejaba en la casa. Tarde salía del trabajo. La muchachita ya era más grande, esa le tenía la comida lista para cuando venía el padre. El muchachito le acompañaba. Cuando el padre se iba, les decía:

—Hijitoh, tense aquí en la casa. No vayan a andar por áhy. Yo no me gusta que vayan a andar por áhy.

—Bueno, papacito.

Y así andaban, así andaban. Hasta que un día le falta el fósforo para prender la candela, a la muchachita. Entonces no tenía con qué prender la candela y le dice:

—'manito, yo voy a traer candela allá esa casa.

Que había una casa ahí cerca.

—Anda, pue, hermanita —le dice.

Y se fue. Llegó allá:

—Buenoh díah, señora.

—Buenoh díah. ¡Qué milagro, hijita! Vo no sabe venir por aquí.

—Sí. Señora, vengo por candela porque no tengo con qué prender.

—Hum, pobrecita. ¡Sube!

Ahí subió. Y ya lo vidó que ella andaba mala de condición, la muchachita, porque no tenía madre. Sólo tenía el taita. Estuvo ahí un ratillo, cogió la candela. Y andaba con la cabecita toooda así destruida. La cara también. Le dice la señora:

—A ver, hijita, pa verte si no tenéh piojoh—. Así que le abrió el pelo y estaba llena de piojos. Entonces le dice—: Ve, mi hijita, pobrecita, ¿quién, pue, te saca loh piojoh? —Así que ahí le sacó unos cuatro—. Vente mañana cuando stés desocupada, pa sacarte un poco loh piojoh.

—Bueno, señora.

Y se fue. Llegó a su casa, prendió la candela, hizo la comida. Más tarde ya vino el padre. Entonces ya le sirvió la comida al papá. Cuando que le dice la muchachita:

—Papá, yo me fui a la casa 'e esa señora. (Y la señora también no tenía hombre, era viuda). Me fui allá a traer candela.

—¡Caramba! —dice él—. Yo te tengo dicho que cuando yo no estoy aquí, que no vayas a andar por áhy.

—Pero, Papá, fui por la candela. ¿Con qué ia a prender? Y otro eh que esa mujer es muy buena, Papacito. Me estuvo sacando loh piojoh, que ando llena de piojoh. Y me dijo que vaya yo cuando esté desocupada.

Caramba, al padre no le gustaba eso. Bueno, en fin. Así pasó. Y él, pues, todos los días en su trabajo, todos los días días a trabajar, él. Se quedaban los dos niños ahí. Hermanitos. Otro día ella fue otra vuelta por la misma candela, onde la misma señora.

—Ya hijita, a buena hora —dice la señora—. Sube, que te voy a sacar loh piojoh.

Así que le sacó los piojos y después la echó peinadita a la muchachita. Le acomodó la cabecita.

—Cuando quierah, vente no máh pa despiojarte.

Así que volvió. El padre salió tarde del trabajo. Ella le sirvió la comida y él lo vido peinadita a la hijita.

—Oye, hijita. ¿Y quién te ha peinado?

—Papá —le dice—, si me fui otra vuerta onde esa señora a traer la candela y me ha echao peinada, me sacó loh piojoh que tenía yo.

Caramba, el padre molesto, bravo. Le dice:

—¡Caramba! que te digo que yo cuando no estoy aquí, no quiero que vayas a andar po áhy en otrah parteh.

—Pero, Papacito, fui por la candela. Y Papacito, esa mujer es tan buena, tan buena que me manda que vaya a vele.

Y en eso en lo que el padre le estaba riñendo, se puso a llorar la hijita. Lloraba. Entonces, tanto y tanto:

—No lloreh, hijita —le dice.

—Papá, casé con esa mujer, que esa mujer es bien buenísima.

—Caramba, hija, que yo no tengo amistad con esa mujer nunca. Y no sé ir por áhy nunca.

Y ella lloraba:

—Ay, Papacito, que sí se case con esa mujer. (¿No ve que era una señora viuda?) Que sí se case.

Caray la muchacha 'llanto! Ya tarde, no dejaba de llorar. el papá le dice:

—¿Y qué eh? ¿Por qué, hijita?

—Vay, Papá, que esa mujercita, esa eh buenísima.

Caramba, de ver que la muchacha lloraba, le dice:

—Calla ya, hija. Ve, no lloreh, que ahora en la noche voy a ir onde esa mujer.

Cuando que ya llegó la noche, la muchacha le anima:

—Vay, Papá, onde esa mujer.

Llorandita. ¡caramba! Y el hombre:

—Deja, muchacha.

Se puso los trapos y se puso los zapatos. Cogió su sombrero y bajó:

—Ya regreso, que ya mismo vengo.

Quedaron los dos chicos ahí. Y se va el hombre onde la señora. Llegó:

—A ver. Buenah nocheh, señora.

—Buenah nocheh, señor. Suba.

Arriba. Era una señora viuda. También tenía sus uno, dos hijos. Entonces ya ahí se pusieron a conversar ellos. Cuando que en la conversa estaban, le dice la señora:

—Por aquí vino su hijita en denantes. Vea, la pobrecita anda llena de piojoh la cabeza. Loh estuve sacando loh piojoh y la eché peinadita.

Le dice el señor:

—Y sí, señorita. Si yo por eso mismo vengo. Porque vea, señora, desde en denantes que yo llegué, le pregunté que quién le había peinado la cabeza. me dijo que había venido aquí. Y se ha puesto a llorar esta muchacha.

—A Dioh, ¿y por qué?

—Vea, pue, que no tenía, pue. . . (No se animaba a decirlo, ¿no?)

—¿Y por qué llora, pue, su hijita?

—Sí, vea señora. Y vea, yo vengo por eso por aquí, porque esta muchacha está llorando y me manda que venga yo onde Usté, a ver si Usté no quiere irse conmigo.

Se rio la mujer. No le dijo nada, más que se rió. Bueno, ya ahí conversandito, conversandito. A lo ratito, le dice el hombre:

—Vea, señora, pue, ¿qué dice de que lo que yo le he dicho? Porque yo he venido a eso. Que me voy a ver a mih hijitoh que están soloh.

—Y cierto, a¿a eso viene Usté?

—Sí, señora. A eso vengo.

—¡Caramba! Mire, señor, yo tengo mis hijitoh también.

—Si Usté se va conmigo, yo me hago cargo de suh hijoh suyo.

—Bueno, si es así, señor, me iré con Usté.

—Bueno—. Y entonces le dice—: Y noh vamo ¿cuándo? ¿O noh vamo ya?

—No —le dice ella—, no. Venga mañana o pasado mañana para decirle, pue. (Si es que se iba a ir siempre ¿no?)

—Ah bueno.

Pero ya le dio ella esa palabra. Entonces ya regresa el veterano. Se despidió y se vino. Llegó. La muchachita ya corre:

—¿Qué eh, Papá? ¿Lo habló a esa mujer?

—Caramba, hija. Tú me andah haciendo pasar vergüenza, vea.

—¿Y ella lo dijo, Papacito?

—Ya sí. Dice que sí se viene, pero todavía no.

—Véalo, pue, Papacito, mañana se va otra vuerta.

Así que ya al otro día fue al trabajo. Vino la noche, le animó la muchacha:

—Vay, pue.

—No, mañana voy.

A las otras dos noches, fue. Otra vuelta se fue allá el hombre. Caramba, él con repugno de llegar y hablarle de eso. Entonces le dice:

—Bueno, señora. Yo vengo a esto que me diga. Para pensar, pue, si es cierto que se va Usté y si no.

—Bueno, señor. Sí me he de ir con Usté.

—Bueno, si Usté tiene intención de irse, que me diga cuándo, pue, para irnoh. Porque soy trabajador y a mih hijitoh loh dejo soloh y por eso mismo eh que vengo yo.

Dice la señora:

—Venga a verme mañana. Pasado mañana tarde, ya venga. Ahí sí me voy ya con Usté.

Dos días más. Ya regresa el hombre a casa, otra vuelta. Dijo la muchachita:

—¿Qué le dice, Papá?

—Dice que se viene, pero pasado mañana tarde ya.

—¡Caramba! Tonce, Papá, se va.

A los dos días se fue, pues. Ahí se lo trajo ya a la mujer. Ahí sí ella se vino con todos los hijos. Tenía unos, dos hijitos, también. Ya se los trajo. Esa señora estimaba hartísimo a esa muchachita del hombre. ¡Caray! No sabía onde ponerla, de que la quería tanto, Así que el hombre ya él se iba al trabajo ya sin cuidado. Que ahí dejaba a las criaturas con la compañera.

EL GUSANILLO

Días van días vienen, ya llevaba algunos días bastante viviendo con él. Entonces, ya se le va haciendo un poco a la muchacha, ya la reñía. Cuando una cosa por allá, la reñía. Y se fue haciendo mala. Y en los pocos días más ya la cogía de por las mechas, le daba sus trompones por la cabeza. Después de haberla querido tanto. Ya ¡Caramba! al hermanito, lo mismo. A él, toditos los días le decía:

—Váyse a traer leña. ¡Váyse al agua!

Venían con leña, con agua. Y así andaban, que ya a la muchacha no la quería. Ya, como digo, le pegaba. ¡Caray! después de haberla querido tanto. Y este hombre, como era trabajador, la muchachita a él no le decía nada, pues. Nada de lo que le hacía la madrastra, ni que le alzaba la mano. Nada. Y la muchachita, todos los días hacía la leña con el hermanito. El hermanito cortaba la leña, los palos y ella hacía los pilos. Y cuando ya tenían para los dos tercios, el uno para el uno, y el uno para ella, venían y amarraban la leña. Ella traía en la cabeza, y él al hombro, los dos hermanitos.

Un día, pues, picando la leña, al hermanito salió un gusanillo. (Ahí en las leñas saben estar). Y cayó ahí. Lo vido ella, corre la niña, la muchachita:

—Ay hermanito, este gusano ¡bien bonito!

—Esoh así stán en loh paloh —le dice el hermano.

—Yo me lo llevo —dice—. Ahora me lo llevo yo.

—Deja ese animal.

—No, yo me lo llevo.

Lo coge y se lo trae la muchacha, a ese gusanillo. (Por eso es el caso del gusanillo). Así que se lo trajo a su casa. Ella tenía una cajita allá en su rinconcito onde tenía sus cositas, sus trapitos. El hermano pensó que no lo había traído. Así que ella llegó y fue a su cajita, tenía una caja de fósforo sin nada; la abrió, metió el gusanito adentro de esa caja de fósforo. Desde ese día, lo que comía ella, iba y le ponía un poquito al gusanito.

Y el gusanillo comía, pues. Ahí comía. Y eso era de todos los días. Cada que ella comía, iba, le ponía comidita a él en la caja de fósforo.

Cuando a los días bastante, ya no le cabía en la caja de fósforo. Iba criando. ¡Imagínese! Ya iba criando. Así que, como digo, ya no le cabía en la caja de fósforo. Tenía un tarrito así en su cajita. Sacó todo y lo metió dentro del tarro. Ahí lo dejó. Y todos los días comidita, todos los días comidita. Cuando a los días, ya no le cabe en el tarro. Ya estaba más grande. Iba criando. Y así ella cuidaba tanto al animalito. Nadie lo veía, pues. Nadie, sólo ella sabía de eso.

Para eso, ya a los días, ya no le cabía en el tarrito, ya. ¡Caramba! Entonces, ella lo qué hizo: sacó todas las cositas de la caja, e hizo un atado y lo deja afuera. Y al gusanillo solo, lo pone dentro de la cajita. Solito. Y ahí le daba comida, le daba comida. Ahí iba criando. Y cría a ese animalito.

Cuando acordó a los tiempitos, ya no cabía en la caja. Ya estaba del porte de la caja ese gusanillo, que ya no le cerraba la tapita, quedaba alzada. No cerraba, porque estaba el gusanillo levantado.

Entonces, como estos se iban todos los días a la leña, al agua (les mandaba la madrastra, ¡caramba!), un día que andaban ellos por allá, coge la señora la escoba y ¡punnn! se pone a barrer la casa arriba. Barre y barre. Cuando va por la caja, onde estaba el rincón de esta muchacha, y la ve que estaba alzada la tapa.

—¿Qué eh que trae esta muchacha, su caja stá la tapa arzada?

Va y la levanta, la alza más, y ve ese gusanillo, la madrastra.

—¡Ay! —se asustó la señora—. Ay, esta muchacha puerca, lo que tiene aquí. ¿Qué eh esto? Este animal.

Le ha cogido a la caja y con todo lo arboló abajo. Allá quedó abajo esa cajita y el gusanillo ahí se aplastó y quedó en adentro de la caja, vivo. El no se murió. Vivo.

Para eso, a lo rato vienen ellos de la leña. Cuando que va llegando, ella lo primero que ve es su caja abajo. Entonces ya corrió. "¡Ay!" Y brinca la madrastra:

—¿Qué? muchacha puerca. Que ¿pa qué tiene ese animal aquí? ¡Caramba! —Bravísima—. ¿Qué diantre qué eh que haceh con ese animal?

Entonces la muchacha se puso a llorar. Llora y llora.

—¡Lárguese! —dice. Ahí estaba el mar cerca—. A dejar botao eso pa allá pa er mar, muchacha puerca.

Ya no animó a subirse ella porque, claro, la mujer estaba bravísima "Y que vaya a dejar botao eso pa afuera, po allá pa la mar". Entonces, ella lo que hizo: cogió su cajita y la cerró un poco la tapa y se la echó a la cabeza y se fue por ahí a la orilla del mar. Allááá a la orilla. Allá bajó, la cajita, llorando llorando. Y el gusanillo adentro, aplastado. Y ella llora, llora, que no lo quería dejar, no quería tirarlo al mar. ahí llorando llorando.

Entonces el gusanillo ahí habla. Dice que le dice:

—María (la muchachita se llamaba María). María, ya no lloreh —disque le dice—. Ya no lloreh. Bótame al mar no má. Tírame al mar, pero con toda la caja.

Más lloraba ella, que veía hablando ahí al gusanillo ¿no? Más lloraba. Y tanto y tanto.

—Ya no lloreh, María —le decía el gusanillo, hablando—. Para eso, en una de esas se salió el gusanillo de la caja—. María, tírame no má ar mar, pero yo me voy a despedir de vo.

Entonces la cogió y la lamió toda; por la cara, por la cabeza. Todita le lamió el gusanillo. Para eso, esa niña se volvió una niña tan linda. Y la cabeza ardía y de ahí botaba perlas y rubíes, diamantes. Con que se hacía así con la cabeza, desgranaban los rubíes, diamantes y perlas.

—Ahora sí —le dice—, María. Me vah a tirar al agua. Te voy a dejar esto —y ya le formó un ave, una calandra. Le forma una calandra. Y un pito le dio. Le hizo un pitito.

—Toma esta calandra. La vah a estimar lo má que puedah porque esta es tu ama. Y este pito; cuando algo te pase a vo,

vente a la orilla de la mar y pítame, que inmediatamente me tendráh a tu lado. Y ahora sí tírame al agua.

Quiso no quiso, ella lo cogió con toda la caja y lo tiró. Se fue al fondo del mar, esa caja con el gusanito.

PERLAS, RUBIES, DIAMANTES

Así que ella regresó y llega onde la madrastra. ¡Caramba! que venía esa niña tan bonita y la cabeza que ardía. Se sentó y se hacía así; como que botaba perlas y rubíes, diamantes.

—Ay, mi hijita, ¿cómo te has hecho esto?

Ya la quería ahí la madrastra otra vuelta. ¡Fíjese! Con "Ay hijita, ay hijita". Y otra vuelta la niña como que echando mando a las perlas, que desgranaban de la cabeza.

—Ay hijita, ¿y cómo eh eso? ¿Cómo pue?

Ya ella, pues, llorando, le decía que so le había hecho el gusanillo. Ya la madrastra volvió a quererla bastantísimo. Y que "hijita" y que "hijita". Y eso mismo día, el padre, como era un hombre trabajador (que trabajaba ¿no?), sale esa tarde enfermo del trabajo. Enfermo y de una vez a cama cayó. Vino bien enfermo del trabajo. No se ha fijado de la hija cómo había estado. No se dio cuenta. Llegó enfermo a cama. Ahííí enfermo.

Cuando que tres días duró el padre y se murió. Y la hija quedó con el hermanito en la sala, viéndolo muerto. Viene la señora, la madrastra, y dice:

—Vean, ya se murió su Papá. Vean cómo lo velan, cómo lo van a enterrar, porque yo ni tengo pa darlo alguna cosa.

La muchachita ya grande estaba, más grande. Dice:

—Hermanito, ándate pue, por áhy a buscar plata para sepurtar a mi Papá.

—¿Y aónde voy a ir?

—Por áhy... Aaaanda, convérsales que mi Papá se ha muerto y que no tenemo cómo velarlo, cómo hacerlo el entierro.

—Yo —dice el hermanito—, me voy por áhy. Si no encuentro, yo te vendo—. Así le dijo el muchacho a la hermanita—: Si no encuentro plata, hermana, yo te vendo.

Entonces le dice ella:

—Bueno, hermano. Yo lo que quiero eh que me traigah plata pa sepurtar a mi Papá.

Se fue el muchacho de ahí. Había cerca una ciudad, se fue a la ciudad. Por ahí hablaba a la gente, les conversaba cómo estaban ellos. ¿Quién, pues? Nadie le prestaba ni le daba. Pero un hombre hubo, de tanto que andaba por ahí el muchacho, le dice:

—Oye, hijo. Ve, anda vete onde el Rey. Ahí stá el palacio 'el Rey. Convérsale cómo es, pueda que el Rey te dé argo.

Allá se fue, pues, el muchacho, onde el Rey. Ya subió:

—Buenoh díah, mi Rey.

—Buenoh díah, hijo. A ver ¿qué dice, hijito?

Y ahí le dijo él que "El andaba por áhy, que el padre se le había muerto y había ido por áhy a ver quién le prestaba o lo regalaba, que su Papá estaba muerto y no tenía cómo sepurtarlo ni para comprarloh lah velah". Entonces dice el Rey:

—¿Y qué eh, pue, 'e la familia?

—No, si nosotroh no má hemo sido con mi Papá. Yo tengo eh una hermanita.

—Ah —le dice el Rey—. ¡Qué lástima! Bueno, ¿y qué ha dejao tu Papá? ¿Algunah cosah por áhy?

—Nooo, mi Papá era un hombre trabajador, empatronado. Y no ha tenío nada él de cosah por áhy.

—¡Caramba!

—Por eso eh que no tenemoh ni cómo comprarlo lah velah.

Entonces dice que le dice el Rey:

—Y tu hermana, ¿no tiene nada tampoco por áhy, arguna cosa?

—Mi Rey, mi hermana lo que tiene es una calandra. Y de la cabeza bota perlah y rubileh, diamanteh. Eso eh lo que eh mi hermana.

—¿Así es tu hermana, hijo? Oye.

—Así eh mi hermana.

—Ah, bueno. Ve, hijo. Yo te voy a dar plata, pero yo me traigo a tu hermana.

—Bueno, pue—. Como él le había dicho que lo que quería eh plata, la vendió. ¿Cierto, no? —Bueno.

—Bueno, ya está. Tarde voy a traer a tu hermana.

—Está bien.

Le dio una talega de plata.

—Lleva, hijito, esta talega 'e plata. Con esta sepurtan a su papacito y leh sobra plata pa Ustés. Bueno, pero tar día, mañana a tre día, voy a traer a tu hermana.

¡Caray! Se vino con la talega de plata. Llegó a su casa.

—¿Qué fue, hermanito? ¿Hallaste?

—Sí —dice—, pero hermana, yo te he vendío con el Rey de la ciudad.

—Ah, bueno, pue.

Cogió la talega e hicieron todo, velas y todo. Fue y sepultaron al papá. Cierto, les sobró platita. Entonces:

—Y el Rey dijo que te viene a llevar mañana, pasado mañana, a lo tre día. Te viene a llevar.

La madrastra oyendo:

—Ay —dice— ¿Qué dice este muchacho tonto? Ya vendió a María. ¡Carajo, Jesús!

Ya clarito oyó ella, la madrastra: "Viene en tar día mañana. Hoy y mañana, al otro día viene a llevarte". Y esta señora tenía también a su hija, ya casi igual con María. Una hijita. Dice que le dice:

—Hijita, mañana que viene pasado mañana, te va vo en lugar de María, que argún día te ha de venir el Rey. Te va.

—Bueno —le dijo esta también, la hija verdadera.

—Pa dejarme a María. Porque María, esa yo no quiero que se vaya a ir má —dijo la madrastra.

Bueno. Al otro día amaneció. Al otro día amaneció. Los mandó la madrastra.

—Vaynse a traer leña, agua, no sé por ónde, lejoh, para que no vengan hasta tarde.

Por ahí los mandó que no sé aónde se fueran. Se fueron, pues. Como ya eran acostumbrados a ir todos los días, se fueron. Cuando que ya día de ese día sería, ¡trahh! el carro del Rey:

—A ver, señora. ¿Por aquí es la casa onde el muchacho que vino con la plata para el cadáver que se había muerto?

—Sí —le dice la señora.

—Venimo por María.

—Bueno. —Dice la señora a la hija—: Alístate, pue, hijita. Que te va ya vo en lugar de ella.

Ahí le hizo alistar a la hija. Así que entonces ahí se alistó. Y también llevó la calandra que pertenecía a María. (¿No ve que el gusanillo había regalado una calandra a María?) Esta otra la llevó entre sus cosas. Y la cogieron en el carro y se la llevaron derecho onde el Rey. ¡Ajo! llegaron allá. Así que de una vez la subieron arriba. El Rey de una vez la cogió y la llevó:

—Vente, hijita, vamo adentro al peinador—. Y le dio el peine—: A ver, péinese.

Y se peinaba ahí ella. ¿Qué, pues? El esperaba que botara las perlas y los rubíes, diamantes, que le había dicho el muchacho. Y ella se descarmanaba y botaba era piojos. Piojos. ¡Caray!

Bueno, el Rey no dijo nada. "En fin —pensó—, mañana botará lah perlah".

Ahí la dejó. Anocheció la noche. Se la llevó a su cama, el Rey. Ya durmió con ella. ¡Vaya! Ya esta muchacha como ya era de él, pues, la había comprado. Durmieron. Al otro día, otra vuelta se desocuparon:

—Venga hijita. Vamo al peinador. Péinese.

Y piojos era lo que botaba ella. Piojos. Nada. Todos los días le sacaba el Rey. Nada. Pero él vivía con ella, dormía con ella. Bueno, así que ya un día:

—¡Carajo! —dice que dice el Rey—. Este muchacho me ha engañao. Que dice que su hermana botaba perlah y rubileh,

diamanteh y ésta no bota má que piojoh. ¡Caramba! el muchacho me ha engañao.

Dice a sus pajes:

—Vayan onde ese muchacho. Cojan el carro y vaynse allá a la casa onde está el muchacho. Tráiganme ese muchacho acá. Tráiganmelo.

Así que vinieron a verlo. Y cuando llegó el carro ahí estaban, pues, ya los dos, María y el hermano. Fue otro día ¿no? Ya estaba María con el hermanito en la casa. Cuando ¡trazz! el carro.

—A ver. Venimo mandado 'el Rey. Que el muchacho que trajo la talega 'e plata que se presente allá. ¡Venga!

—Bueno —dijo el muchacho—. ¡Embárquenme!

Dice María:

—Anda, hermanito. ¡Andate!

Se embarcó y se lo llevaron al muchacho. Pero a ella no, sino al muchacho, el que había engañado al Rey. Entonces ya llegó el muchacho onde el Rey. Subió arriba. El Rey no le pregunta nada al muchacho, sino que lo cogió y lo mató de hecho. Ahí lo mató de hecho. Y fue y lo enterró en su muladar. No más lo enterró adentro. Quedó enterrado.

EL NEGRO

Ya hacía días, más de un mes, no aparecía, pues. La hermanita decía:

—Hum, mi hermanito no viene, no 'parece. No lo ha de dejar venir el Rey, a lo menos por ese dinero.

Y la madrastra ya estaba bien acomodada, que toditos los días apañaba perlas y rubíes, diamantes.

—No, mi hermanito no viene. Eh que yo me voy —dijo un día la niña—. Una vez que mi hermano ya no viene, yo me voy.

—¿Y aónde te va vo, hijita?

—Me voy, señora.

Alistó sus cositas, hizo un atado. Y cogió, bajó y se fue. Ahí se fue. Camina todo ese día. Tardísimo ya, va llegando ella a una montaña.

—Ay, por aquí me van a comer el animal bravo esta noche, solita—. Cuando que así a los lados picaba un picador de palo. Entonces ella lo sintió. Dice—: Aquí está esta gente.

Le daba temor de ir a ver, pero en fin se fue porque ya iba a ser de noche. Se fue tanteando. Cuando lo ve. Allá está ese picador picando leña. Y ella se le va por el lado de atrás del hombre, acercando, temerosa. Hasta que llegó cerquita y era un señor moreno. Estaba picando leña. Era un carbonero. Piiica leña ahí para carbón. Y ahí al lado tenía un hijito. Estaba acostaaado el hijito esperando al papá. Y ya tardísimo el día. Cuando esta niña le habló, pues, esta María le habló al negro:

—Buena tarde, señor.

Vira ése y se asustó. ¡Con qué fuerza que le habló por detrás! Y la alcanzó a ver, pues, a la niña.

—Buena tarde, mi paromita branca —el negro le dice—. Ay ¿de po ónde me sale, mi paromita branca? —así le dice el negro, con su modo de hablar.

—Señor, lléveme, que yo ando perdida.

—Ay hijita ¡cómo no!

—Lléveme a su casa.

Ahí el muchachito levantó también enseguida. Y se alistaron y "noh vamoh". El negro tiró su hacha para allá y para acá, y se fueron.

Este negro vivía en una ciudad que estaba ahí cerca. Llegaron. Este negro vivía a los cantos de la ciudad. Y el palacio del Rey era adentro, a medio de la ciudad. Este negro tenía su mujer. Va llegando abajo y la señora asomada. Cuando le dice el negro:

—Mujei, me he hallo esta paromita branca en la montaña y me la va a cuidar mejor que a una hija.

Y subieron arriba. Y se sentó ella en una silla y se peinó. Caramba ¡lah perlah, cómo botaba! Entonces el negro de una

vez las empezaba a coger. La estimaba ese negro, cierto, mejor que a una hija. Y para esto toditos los días ya la hacía peinar para apañar las perlas, rubíes, diamantes. Ese negro ya se estaba haciendo rico, ahí en la ciudad.

Las cosas se saben ¿no? Para esto, un día llega a los oídos del Rey que ese negro tenía una niña que había hallado en la montaña; botaba perlas y rubíes, diamantes, de la cabeza. El Rey quedó pensando; dice:

—¿Cómo conozco a esta niña?

Pero él tenía a la piojosa, pues, él vivía con ella. Así que "¿Cómo? ". "Y es muy verdad que julano tiene a esa niña que se ha halló en la montaña". ¡Ajo! el Rey pensando. Después dijo un día, dijo:

—Voy a hacer esto —dice a sus pajes—. Muchachoh, hoy a las cinco de la mañana, cójanme esa vaca que está ahí y me la matan, que van a hacer una comelona mañana, que voy a invitar aquí a mis amigoh, al palacio.

Bueno. Y mataron la vaca esa mañana. Amanecieron los cocineros haciendo las comidas, mejores comidas para la invitación. Cuando que ya ahora sí, mandó invitar el Rey por ahí a sus amigos ¿no? Y para esto una carta hizo y la manda al negro.

—Vaya Usté, déjeme esta cartita a ese señor. Entrégueselo no má.

Así que la fueron a dejar. Llegó allá el que la llevó:

—Bueno día, señor.

—Bueno día.

—Aquí le manda el Rey esta carta.

Ahí cogió la carta el negro y la destapó y se puso a leer. Y dice el negro con su modo:

—Humm... ¿cuándo que Rey manda a invitá? ¡Nunca sabe invitá! —le dice a la mujer—: Ven acá, hija. Manda el Rey que tenga bondad de ir a palacio con la familia. Nunca sabe invitar —decía el negro con su modo, leyendo la carta—. Alístese, mi paromita branca, pue que vamo a llamo 'el Rey.

Ahí se alistaron. Mandaba a llamar el Rey, se fueron. Se acomodaron bien. Esa niña, pues, como que la cabeza le ardía. Y se fueron onde el Rey.

Llegaron al palacio del Rey. Ya estaban algunos invitados allá. Subieron. La veían, pues, a esa niña. Cuando subió, el moreno dice:

—A ver, mi Majestá Sacarriai. A sus óiden.

Sale el Rey:

—Bueno, negro. Suba.

¡Caray! Tiró la vista a María, pues, que tenía de ese modo la cabeza. De una vez:

—¡Siente! —le trajo la silla— ¡Siente!

Ahí se sentaron. ¡Ajo! Cuando que ya el Rey la vido. Y viene onde el negro.

—Bueno, mi querido amigo. Yo le invité que viniera...

—A la óidene, mi Sacarreal.

—Quiero que me preste un momento la niña pa llevarla al peinador horita.

—Bueno. Vaya, mi paromita branca, pue.

Se la llevó el Rey adentro al peinador.

—Péinese, pue, m'hijita.

Se empezó a alisar la cabeza ¡cómo desgranaban las perlas! Ahí el Rey se imaginó. Estuvo un ratito, vino y la sentó acá onde estaba. Dice:

—Muchah graciah— al negro.

Ahí vuelta se fue onde los cocineros y todo, que le sirvan las mejores comidas para el negro con la familia. Y todos los invitados a la mesa. En fin que ahí ya fueron a la comida. Comieron. Y el Rey andaba ahí, que se paseaba. Viendo a María y paseando. Cuando que ya acabaron de comer, salieron todos y se sentaron en su lugar onde habían estado. Viene el Rey otra vuelta:

—Mi querido amigo, présteme la niña otra vuerta pa pasar al peinador.

Ahí le fue otra vuelta:

—Péinese, pue, mi niña.

¡Carajo! se alisaba ¡cómo botaba las perlas! Ese Rey ¿qué más, pues? se imaginó. Y a la piojosa, esa la metió adentro para que no estuviera ahí, sino que estuviera adentro en los cuartos. Allá la tenía. Y para esto ya ella tenía bien elevada la barriguita ya. Así que de adentro ella no veía lo que acá afuera. Entonces el Rey ya se imaginó. Dice:

—Bueno, toda mi compañía. No se va naide hasta que tenemo que ir afuera. Vamoh afuera ar patrio del palacio para que se dirijan a loh jardineh de floreh que tengo. Póngase todoh en fila que vamoh afuera.

LA CALANDRA

Entonces toditos se pusieron en fila. Y el negro se pone ya acá más atrás de los señores. Acá con su familia, y María se pone última. Acá última. Y empezaron a salir, pues, esos señores afuera. E iban toditos viendo esos lindos jardines que tenía el Rey en el patrio afuera. ¡Caramba! El Rey en medio de todos ellos. El negro también ya estaba viendo encantado esas lindas flores. Y María iba última. Cuando que ya salieron aquí en esta esquina del palacio, ahí estaba en la jaula la calandra. ¿No ve que la piojosa se había llevado la calandra? Había robado la calandra que era de María. Y la tenía aquí en esta esquina, en la jaula ahíí... a la calandra. Y va saliendo última María, tanteando, cuando alcanza a ver la calandra. Le dice:

—Calandra mía.

—Mande, mi amita.

—Y tu ama con quien veniste ¿aónde está?

—Tá adentro gozando de cama flore. (¡Fíjese!)

—¿Y mi hermanito?

—Muerto. Está enterrado en el muladar.

—¿Quién lo mató?

—El Rey mismo.

¡Ajo! Y el Rey estaba parado, oyendo. Toditos estaban oyendo cómo estaba hablando ésta con la calandra, pues.

"Muerto está enterrado en el muladar". "¿Y quién lo mató? ". "El Rey mismo".

Se aflojó a los llantos María. Se aflojó a los llantos. Y ese Rey asustadísimo ¿no ve que esta niña lloraba en voz alta? ¡Caray! Cuando que acordaron un ratito, se aflojó el invierno. ¡Ese invierno durisísimo! Y la niña más lloraba. Y ese invierno ¡caramba! Media ciudad es de agua. Entonces el Rey:

—¡Ay, niña!

Ella dice:

—Si Usté no me da mah que sea loh restoh de mi hermanito, se pierde la ciudad ya mismo.

¡Ajo! ese Rey./Ha llamado a los compañeros que estaban ahí:

—¡Vengan, amigoh! Vamoh sacando. (¿No ve que todito lo había enterrado y estaba eso aún fresco?) Vamoh sacando.

María ahí atrás. Y ellos ya iban, pues, a escarbar. Dice María al Rey:

—No no no. ¡Usté mismo tiene que sacarlo!

¡Ajo! Ahí se agachó el Rey. Escarba escarba. Y ese invierno durísimo. Más lloraba la niña, más invierno. Escarba él mismo, el Rey, hasta que llegó onde estaban los restos del muchacho cadáver. Y como estaba fresco, pues, todavía eso, se rompía ¿no? El Rey lo qué hizo: con una mano se tapaba la nariz y con la otra escarba y escarba.

Dice uno de los amigos invitados:

—No es propio que el Rey esté ahí, vea. Vamo nosotro a escarbar.

—No no no. ¡Déjelo que lo saque él mismo!

¡Fíjese! Que si no sacaba el Rey mismo a los restos de su hermano cadáver, no iba a cesar el invierno. Media ciudad era ya de agua. Al fin, ya estuvo afuera el niño. Lo pusieron en un saco. En un saco. Entonces dice María:

—Ahora sí. Toda la compaña que vamo a la orilla 'el mar.

Salta el Rey, "que todita la compaña. No se fuera".

—Vamo a la orilla del mar —dice ella.

—Bueno, pago lo que cobren. Lleven este saco.

Y brincaron, pues, los unos a coger. María:

—No no no. Usté mismo lo va a llevar. O que empeore el invierno.

El Rey se puso el saco al hombro. Y ahí se lo llevó a la orilla. ¡Fíjese! ese Rey con su saco al hombro, a la orilla. ¿Dónde, pues, ya se vio? Un Rey. Llegaron a la orilla. Todos: "¿Qué irá a hacer esta niña? ".

Ahí llegaron. Estuvieron un ratito. Cuando María sacó el pito que le había dado el gusanillo. Un pitito y empezó a soplar "Fuiiii. . .".

LA VUELTA DEL GUSANILLO

A lo momento sí se viene subiendo el mar. ¡Caramba! se venía subiendo. . . Ahora todita esa campaña salió huyendo, pues, para allá a lo alto, porque todito se venía cubriendo de agua. Y el Rey también va por ahí durísimo, pero lo coge María:

—¡Usté no se va!

Lo cogió al Rey ahí para junto de ella. A María no más le llegaba el agua aquí a la arribita del pie. Ese Rey asustadísimo, tuvo que aguantar. Y los demás allá, afuera. Se subió ese mar, pues. Cuando a lo rato venía un tumbo de estos que pasan a la orilla del mar, grandísimo. Cuando acordó ¡traaa! llegó y se quedó ese tumbo ahí. Y ese era el gusanillo ¡Fíjese! Venía con esos tumbos, de grandísimo. Venía ahí, y le dice el gusanillo:

—María ¿no te dije que cuando te encontrara en alguna cosa que me pintarah? Ya stoy aquí. (¿No ve que ella le pitó?) Ya stoy aquí. A ver —le dice—, póngame loh restoh de su hermano aquí encima, pue, der tumbo. Encima.

—Pues Usté mismo lo va a poner —le dice María al Rey—. Póngame arriba ese tumbo lo resto de mi hermano.

Ese Rey ¡caramba! se va con qué miedo ahí que hasta se orinó de miedo. Así que lo fue a poner. Entonces le dice el gusano:

—María, Usté me espera aquí, que dentro de uno tre minuto estoy aquí.

Ahí se quedaron. Ya a lo rato, ya va bajando un poco el mar. Pero a ella no más le llegaba el agua; el Rey estaba cubrido de agua. Los compañeros estaban por allá afuera en esos altos, aguaitándolo. Cuando acordaron, alcanzó a ver la niña que venía como un dedito. Un bultito, afuerísima.

—Ese tiene que ser mi hermanito.

Cuando que poco ratito, a tierra otra vuelta ese rollo de agua. Ahí venía encima del rollo de agua, paradito. Ese rollo lo traía ahí al hermanito formado como era. Lo trajo formado. ¿No ve que le había llevado los restos? ¡Fíjese!

Allá llegaron a tierra y ahí ya el gusanillo le entregó el hermanito. Ahí estuvieron todos, un rato. Ya ahí ya secó el mar, como era. Ya bajó la compaña, otra vuelta. Entonces dice el gusanillo:

—María, ahora sí, d'esta ya no me veráh. Y noh despedimoh.

Ahí la abrazó y la lamió otra vuelta toda. Le dice:

—Pero eso sí, cuando argo te pase, acuérdate del gusanillo.

—Bueno.

—Adiós, puede irse.

Ahí se van. Ella, el hermano, y el Rey con toda la compaña. Al palacio derecho. Llegaron acá, pues, el Rey como andaba todo que se había hecho la del susto ¡caray! Pasó a acomodarse, a vestirse, salió a atender la compaña otra vuelta. Y le dice al negro (como él era quien tenía a María), le dice:

—Vea, señor. Lo que eh Usté, no va del palacio. Yo me arriesgo a mantenerlo con toda su familia. Quédese aquí, aquí tiene todo.

¿Qué más se quiso el negro, pues? Se quedó con la familia, que ya ni trabajaba nada, sino que el Rey lo iba a mantener. Pero por ganarle a María. Ahí se la ganó siempre, pues ahí se quedó el negro. Se hizo el Rey siempre de María. ¡Fíjese!

Para esto, a la piojosa la tenía encinta, ya iba encargada. Cuando que ya se hizo de María, la sacó un día afuera a la ésta, a la piojosa, y buscó donde dos hombres, y dice:

—Vayn, déjenme esta mujer perdida a la montaña.

Por allá la mando a dejar perdida. Por no matarla, disque dice el Rey.

LAS TRES PLUMAS DE VIRTUD

Sale un hombre a buscar trabajo y por el camino encuentra a dos hombres peleando. Al otro día, encontró dos toros también en pelea. Al tercer día, dos piedras que se entrechocaban, echando chispas. Y al cuarto día vio a un hombre en un río, para arriba para abajo. Finalmente, el rey le ofreció trabajo. Ese trabajo consistía en hacer mandados. Un día el rey le manda que fuera a traer tres plumas del Pájaro Pinto. Con la ayuda de una señora desconocida, él logra obtener las tres plumas. Regresa con ellas al palacio del rey. Y el rey le obsequia una de las plumas. Con ella se hizo rico.

Este era un hombre pobre y él tenía su familia. Salió por ahí a buscar trabajo.

—Me voy —dice— a trabajar por áhy onde halle yo trabajo.

—Bueno —le dice la señora.

Entonces cogió un camino y se fue. Ese primer día encontró un par de hombres peleando en un camino. Estaban peleando y él iba paseando. ¡Ajo! esos hombres cómo peleaban ¡diga Usted! Estaban coloreando, los dos solitos. Entonces ¡caray! dizque le dice:

—Hola, amigos. ¡Caramba! ¿y por qué pelean? ¿Por qué pelean?

—¡Hey! Aquí peleamo hasta que se nos caigan los brazos.

Hummm... él se fue avante, pues. Se quedaron esos peleando. Y él dale camino. Cuatro días estuvo para llegar aonde iba ¿no? a una ciudad.

Al otro día encontró un par de toros peleando. ¡Jay! esos toros, en esas cabezas se dan durísimo. A ellos no dijo nada por que eran animales. Estuvo un rato gustando ¿no? Se fue. Ahí quedaron peleando esos animales.

Bueno, al otro día dos piedras también encontró ¿no? y la una allá y la otra acá y se encontraban y se echaban chispas de candela.

Al otro día de camino, ya por ahí, cuando acordó llegó a un río de agua. ¡Jay! por ahí mira para medio río, se quedó parado. Allá iba uno, en una canoa, para allá y llegaba hasta allá, y ya regresaba para acá en esa canoa. Y jala remo e iba hasta allá y viraba para arriba.

—¡Caray! ¿Quién eh?

El sí lo estaba viendo, pero el uno de la canoa no miraba a verlo. Llegaba hasta allá y regresaba, a remo. ¡Hiii!

Viró él por la orilla del río, por ahí se fue. Ahí lo dejó a ése también ¿no? Tres días ya eran pasados. Cada día encontró una cosa. Cuando de tarde, salió a una ciudad. Por ahí el hombre buscando trabajo y no hallaba. Entonces un hombre le dice:

—Vea, aquí stá el rey qu'está queriendo un hombre que le hago los mando. Suba arriba, que ayer casuarmente me ha dicho que onde ande un hombre por trabajo que se lo mande. Vay que él le da trabajo.

Ahí se fue arriba, onde el rey. Subió y le habló el rey:

—¿De adónde eh Usté?

—Yo vengo de por allá, de otras parte. Vengo a ver si Usté no me quiere dar trabajo.

—¡Cómo no! Yo quiero un hombre aquí para que me sirva los mandoh.

Bueno. Entonces ahí se quedó el hombre. Ese rey tenía sus niñas ¿no? Ahí hacía los mandoh y venía a ver a las niñas. Después ya las niñas ya le hablaban. Como era de ir al mando, él. Le hablaban, fue cogiendo amistad con las niñas y todo. Ya ellas mandaban por dondequiera el hombre. Ya le hacían mandadoh: "Vaya, tráigame esto". "Vaya y cómpreme esto". Ya se hizo amistoso ya. Y ahí estuvo unos días con el rey.

Bueno, así que a los días el rey le dice:

—Oiga. Usté mañana me va hacer un mandado de aquí a tal parte. (Pues era un mandado ¿no?)

—Stá bien.

Lo mandó de ahí.

—¿Adónde voy? —dice.

—Usté se va... coge ese camino y se va. Usté se va en busca de la letra B.

—¿Qué de qué?

—De la letra B. Y de ese pájaro me va a traer Usté tres pluma.

Entonces le dice el hombre:

—Bueno, mi Majestad Sacarreal. ¿Y cuál es la letra B?

—La luna, pues, la luna. Vay nomás que algún día Usté se encuentra por áhy en er camino con ese pájaro.

Bueno. Entonces fue, pues. Y camina y camina. El se decía:

—¿Quién, pues, que voy a encontrar por aquí?

Y dale. Cuando que un día llegó a una casa que está en el camino, solita. Estaba una señora asomada.

—Buenos días, señora.

—Buenos días. ¿Para ónde va Usté?

—Señorita, por aquí yo voy mandado del rey de la ciudad.

—¡Ajá! ¿A qué, pue?

—Voy en busca de la letra B, a traer tres plumah.

—¡Ahhh! —le dice la señora—. Allá stá. Pero ahí no va cuarquiera. Espérese que yo voy con Usté. Yo le 'compaño. Vamo.

—No, pues, Señora, Usté no va.

—Vamo, porque Usté no sabe. Porque si va solo Usté se dentra dentro y el pájaro se lo come.

Había un pájaro encerrado allá en una jaula con alambre, no sé qué. Por ahí no podía entrar nadie por ningún lado, porque se clavaba.

Entonces se fue con la señora. Llegó la señora, golpeó la puerta:

—¿A ver a ver a ver?

De atrás sale el pájaro. Y el hombre acá atrás, parado.

—¿Qué dice? —dice el pájaro.

Dice la señora al hombre:

—Dígale, dígale lo que dijo que le mandaba el rey.

—Yo vengo mandado del rey de la ciudad que Usté me dé tres plumah.

¡Nada! Meneó la cabeza el pájaro. Pero era esa ave grandísima, se llababa el Pájaro Pinto. ¡Caray! Y como ahí estaba la señora, tres plumas le dijo:

—Tome, aquí tiene.

Cogió las plumas. Era un pájaro que tenía figura de hombre, qué sé yo, pero con las plumas. Entonces le preguntó:

—Bueno, amigo. Y usté de que salió de su tierra ¿qué ha visto por er camino?

—Señor, yo ese primer día que salí de mi tierra encontré un par de hombreh peleando en er camino.

—¡Ajá! ¿Qué s'hacían esos hombres?

—Jiii, tán peleando a morir, tán todo bañado en sangre y yo les pregunté ¿hasta cuándo pelean? Ellos me dijeron que peleaban hasta que se le caigan los brazo.

—¡Jey! Vea, esos do hombre que estaban peleando, esos eran unos compadre. Eran compadre. ¿Qué más vido Usté cuando salió de su tierra? (Como estuvo cuatro días, pues, caminando).

—Señor, al otro día que yo vide fue un par de toro peleando.

—¡Ajá! ¿Y esoh qué hacían?

—Estaban peleando y yo pasé no más.

—¡Ah! Esos eran los diablos esos toro. Esos eran los diablos.

—¿Qué más vido después?

—Yo —dice—, al otro día encontré un par de piedrah que estaba una allá y otra acá e iban y se encontraban y echaban chispa 'e candela.

—¡Ah! esas piedrah que se atropellaban y echaban chispa 'e candela eran dos comadreh. Eran dos comadreh ¡fíjese! Bueno, ¿y qué más ha visto cuando salió 'e su tierra?

—Al otro día, al úrtimo día, señor, encontré un hombre en un río que andaba en una canoa pa arriba y pa abajo.

—¿Usté l'habló?

—No. No le hablé sino que él andaba ya medio río por allá, y llegaba y viraba pa 'trás y volvía y subía.

—¡Ah! ese era un hombre que andaba buscando un niño que botó ahí. Y ese hombre ahí tiene que estar hasta que encuentre a ese niño. Y si no lo encuentra, ahí estará hasta su eterna vida. ¿Quién sería, no? Semejante penitencia.

Y regresó el hombre, pues. Se fue con las tres plumas. Ya encontres se fue largo. Ya por ahí no vido nada, se vino derecho a la ciudad. Llegó a la ciudad, se fue onde el rey. Subió.

—¿Ya viene? —le dice el rey.

—Ya, mi Majestad.

—A ver, tráeme.

—Aquí stán: treh plumah.

¡Cay! Eran las plumas de virtud. Para eso, el rey cogió las plumas y dio una al muchacho. El rey se dejó dos plumas no más. Le dice:

—Ahora sí. Usté váyse a su casa y llévese esa una pluma. Cuando quiera Usté o de hoy mismo, pídale a la pluma que inmediatamente tiene todo, sea lo que Usté pida.

Se fue. Le dio una virtud. ¡Fíjese! Ese pobre se hizo rico. Había salido a buscar trabajo y regresó con una pluma de virtud.

HISTORIAS A LO DIVINO

Por Paulo Carvalho-Neto, volumen 2 de la Colección Proyección Folklórica, se terminó de imprimir en los Talleres de la Editorial Universitaria, de la Universidad de San Carlos de Guatemala, el quince de marzo de mil novecientos setenta y nueve, con un tiraje de dos mil ejemplares en papel bond 80 gramos.